

EL PACTO DEL HAMBRE

Rocío Corriàs Herraiz



Finalista XXIV PREMIO DE NOVELA FERNANDO LARA



Rocío Corriàs Herraiz

EL PACTO DEL HAMBRE



Editorial maLuma, S.L.

Primera edición: noviembre 2020

© Rocío Corriàs Herraiz

© Editorial Maluma, S.L.

editorialmaluma.com

info@editorialmaluma.com

Fotografía de portada: cedida por la FUNDACIÓN ELIZALDE

Impreso en España / Printed in Spain

ISBN: 978-84-122702-0-4

Depósito legal: M-28550-2020

Quedan prohibidos, dentro de los límites de la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de la editorial.



avis Paco i Adelina, mama Paquita i tiet Josep

AGRADECIMIENTOS:

Paquita Peret Quintana.
Armando Bori Martínez.
Jaume Monclús Bori.
Mónica Bori Peret.
Pep Peret Alcalde.
Fundación Elizalde.
Antoni Capella.
Roberto Dors.
ADAR (Associació d'Aviadors de la República).
David Íñiguez.
Taller d' Historiadors de Gràcia.
Cristina Ruíz Espinosa.
Antonio Morcillo.
Javier Miró
AUTARQUÍA

I

Sábado 16 de marzo de 1935. En la esquina de la calle Urgel con Provenza, en pleno Ensanche Izquierdo de Barcelona, un automóvil ocupado por activistas de la FAI lanzaba a su paso varias bombas de mano. Uno de los explosivos estalló bajo el coche de policía que esperaba aparcado, desde hacía varias horas, en el cruce de las dos calles. Murieron dos guardias de asalto y hubo varios heridos; entre ellos, un sospechoso que fue detenido inmediatamente.

Al día siguiente, mientras desayunaba, el coronel Julio de Rentería leía esta noticia publicada en *La Vanguardia*. Sabía perfectamente cómo había sucedido aquel altercado. Había presenciado el incidente la tarde anterior, cuando llegaba al portal de su casa, y todavía estaba reciente en su memoria. Su primera reacción había sido sobresaltarse y, a continuación, dar unos pasos rápidos, retirándose contra la pared. Miró a su alrededor y a duras penas alcanzó a sujetar por el brazo y cubrir con su cuerpo a una mujer que, tras oír la explosión, no podía contener sus gritos histéricos.

Transcurrieron tan solo unos minutos hasta que pudo observar las consecuencias del atentado desde el interior de su domicilio. Ya no le impresionaban aquel tipo de sucesos y quizás era eso lo que más le preocupaba. El clima de violencia en la ciudad se había normalizado de tal forma en los últimos años que escenas como aquella pasaron a ser parte de la rutina barcelonesa. ¿Sería para todos así? ¿Era su condición de militar la que le proporcionaba un parapeto invisible ante las situaciones de peligro que se veían a diario? Solía manifestar aquellas dudas a su círculo de amistades de vez en cuando, sin obtener respuesta. El hombre se quedó un buen rato junto al balcón. Ni siquiera se había quitado el sombrero y la americana, pues había entrado a toda prisa. Continuaba allí, inmóvil, sujetando con una mano el visillo que cubría la cristalera del comedor. Desde tan cerca, no perdía detalle de lo que pasaba en la calle. La planta principal del edificio se había convertido en un improvisado palco del Liceo desde el que pudo desencajar cada pieza del triste espectáculo: una joven se alejaba corriendo despavorida por la calle Urgel, sin detenerse siquiera al perder uno de sus zapatos. Volvió a ver a la pareja con la que se había cruzado poco antes del estruendo; el hombre consolaba a la mujer, que no dejaba de llorar mientras tocaba desesperadamente sus piernas y sus medias rotas, por las que se filtraba la sangre de las decenas de pequeñas heridas causadas por la metralla que llegó a alcanzarla. En unos segundos, el suelo se llenó de manchas rojas que rodearon los restos del coche, mientras los guardias comenzaron a arrastrar los cuerpos de los heridos al otro lado de la calzada. El ruido de las sirenas de policía y de las ambulancias se oía cada vez con mayor nitidez. Varios hombres salieron corriendo como alma que lleva el diablo cuando llegaron más efectivos de la guardia de asalto. Las ambulancias sonaban a lo lejos,

seguramente recién salidas del Hospital Clínico para socorrer a las víctimas. «¡Ya he visto suficiente!».

En nuestra barriada, una pequeña parcela del barrio de Gracia, aquel altercado no tuvo demasiada repercusión. De hecho, aquel tipo de incidentes se repetían tan a menudo en la ciudad que, pese a publicarse la noticia al día siguiente en la primera página de *La Vanguardia*, los vecinos apenas lo comentaron. Por el contrario, en casa sí se habló de ello. Al cabo de unos días mis padres cuchicheaban en la cocina sobre la reacción de don Julio, el director de la Elizalde y superior militar de papá, que había sido testigo de lo ocurrido.

Pertenecer al sexo femenino y, además, ser una cría eran grandes inconvenientes para entender lo que me rodeaba. En contrapartida, mi niñez me concedía cierta invisibilidad que yo aprovechaba para colarme en todas partes y, como una cotorra que no llega a comprender lo que recita, repetirle a mi adorado hermano mayor todo lo escuchado a mi alrededor sin que nadie le hubiese dado importancia a mi presencia. Años después, los dos solíamos hablar de muchas de las cosas que vivimos juntos: yo, desde mi pequeña burbuja; él, desde la conciencia que toma un niño que, de forma precipitada, empieza a enfrentarse a la crudeza de la vida.

Don Julio no quiso esperar al día siguiente para comentar con Carmen Biada lo que había presenciado. No se trataba de un hecho puntual, la situación estaba llegando a un nivel que podía afectarles en cualquier momento. Elizalde era también su responsabilidad y resultaría imperdonable que, siendo además militar, no hubiese tomado precauciones ante cualquier altercado que pudiese producirse entre los trabajadores de la fábrica. Estaba convencido de que, de ser así, nunca se lo perdonaría.

Dobló el diario y lo dejó sobre el plato vacío del desayuno. En pie junto a la mesa del comedor, volvió a mirar durante unos segundos por la ventana. Las manchas habían quedado incrustadas en los adoquines de la calzada y un sol de justicia les concedía un tono negruzco; apenas podía distinguirse el espesor de la sangre que formaba grandes charcos la noche anterior. Terminó su café de un sorbo y a los pocos minutos salió de su casa con el maletín en una mano y su sombrero en la otra.

Julio de Rentería se montó en el asiento trasero de su automóvil para dirigirse al domicilio de la familia Elizalde, los propietarios de la fábrica. Aquella noche no había logrado dormir. Se había levantado varias veces de madrugada para repasar mentalmente el discurso que le ayudaría a trasladar su preocupación a la viuda de Elizalde, pero conservando la serenidad suficiente para no alterar excesivamente a la mujer.

De camino, al ritmo del traqueteo que producían las ruedas contra los adoquines, recordaba el inicio de su relación con el fundador de aquella industria aeronáutica, cuando los motores de aviación no eran su principal actividad.

A principios de 1925, cuando era capitán de ingenieros del Ejército del Aire, el general Soriano lo había nombrado representante aeronáutico militar. Su misión era asesorar a los técnicos de la industria civil en la materia. Desde un principio, su relación con Arturo Elizalde había sido satisfactoria y su vinculación con su empresa cada vez más intensa. El industrial, con un inusual carácter emprendedor, había decidido apostar por la aviación, combinando la actividad automovilística de Elizalde, S.A. con su incursión en la aeronáutica. Elizalde se comprometió con el gobierno de Primo de Rivera a estudiar la fabricación del motor Lorraine-Dietrich de 400 CV, de modo que ambos

trabajaron desde ese momento en estrecha colaboración. A él, que era también el encargado de supervisar el grado de nacionalización de los resultados obtenidos, le satisfacía comprobar no solo que se había cumplido con el encargo, sino también que se habían superado las expectativas, mejorando el proyecto inicial. Durante el verano de ese mismo año, se ultimó en la factoría el aprovisionamiento de materias primas y utillaje necesarios para la construcción del primer motor aeronáutico producido en serie de la historia en España. Los dos hombres contaron, además, con la asistencia de Salvador Elizalde, el segundo hijo del industrial, por lo que nada quedó sin control.

Para entonces y antes del viaje de Arturo Elizalde a Francia, donde tendría lugar la reunión con la casa Lorraine —en la que se ultimarían los detalles de la licencia en la que estaba interesado—, el empresario, al que ya consideraba un amigo, lo invitó a cenar en el domicilio familiar. Aquella noche le presentó a su esposa. Durante la velada, los temas de conversación oscilaron entre la actividad y los orígenes de la fábrica, las carreras en las que la marca y sus propios hijos habían participado y la nueva fase que iniciaban juntos.

Durante la cena, Carmen Biada ya le había parecido una gran dama, distinguida y elegante, cuya corpulencia no le restaba un ápice de femineidad. El invitado observó el retrato del matrimonio. Rodeado por un marco de plata labrada y luciendo el escudo familiar en la parte superior, había sido colocado sobre el lujoso aparador del comedor. El hombre supuso que la figura de la mujer había debido de alterarse a causa de sus nueve embarazos, si bien aquello no restaba distinción a su porte.

En el asiento trasero de su automóvil, de camino a su casa para reunirse con ella, pensaba que quizás no había sabido valorar la personalidad de aquella mujer en aquella

época. Siempre la había visto ocupar un segundo plano tras la imponente identidad de su esposo o cederles protagonismo a sus hijos varones, convertidos ya en adultos destinados a seguir los pasos de su padre.

Después de diez años trabajando codo a codo junto a ella, valoraba especialmente las cualidades de una mujer tan poco común. La inteligencia de Carmen Biada se escondía tras la dulzura de aquellos ojos claros y grandes. Su exquisita educación le permitía moverse en cualquier ambiente, despertando entre cuantos la conocían curiosidad por el coraje demostrado al tomar las riendas de semejante empresa. Lo cierto es que él admiraba a la viuda de don Arturo, que nunca abandonó su interés por las cuestiones relacionadas con los negocios de su marido. Quizás se debiera a sus orígenes, puesto que era la biznieta del primer promotor de la línea de ferrocarril Barcelona-Mataró y gozaba, además, de una formación privilegiada recibida en escuelas suizas.

En los ecos de sociedad, así como en los círculos de clase alta que ambos frecuentaban, él mismo se había percatado de las opiniones sobre la viuda de Elizalde que rezumaban una mezcla de envidia y desconcierto. A ojos de todos, para aquella dama habría sido mucho más fácil desprenderse de la industria y vivir de las rentas, manteniendo el nivel que correspondía a su clase social o trasladándose definitivamente a París. Otra mujer en sus circunstancias habría preferido dejar atrás las preocupaciones sociales y políticas que azotaban España.

El automóvil de Rentería llegó a su destino a las diez en punto. En pocos minutos atravesaron la ciudad hasta el lado opuesto del Ensanche. La circulación era casi inexistente y poca gente paseaba por las calles a primera hora de un domingo. Las campanas de la iglesia de la Concepción sonaron mientras avanzaban por el paseo de Gracia y, a los

pocos minutos, el chofer de la señora ya recibía su vehículo abriendo el portón de madera de la cochera del palacete. Al bajar del coche, el hombre se estiró cuidadosamente los faldones de la americana y recompuso su atuendo, reforzando también el nudo de la corbata. Sostenía el sombrero en la mano derecha, mientras miraba la fachada de la mansión que habitaba una de las familias más influyentes de la burguesía catalana.

Prevenida sobre la llegada del invitado y la urgencia del aviso, inmediatamente, una de las sirvientas acudió a su encuentro para facilitarle la entrada. La muchacha quiso anunciar su llegada a la señora de la casa y acompañarlo hasta el despacho.

—Gracias, Angelines, no hace falta que me acompañe, conozco el camino. No se preocupe, doña Carmen me espera —le dijo, entregándole su sombrero mientras la despedía.

Doña Carmen Biada ya trabajaba desde hacía varias horas. Había cambiado su horario habitual de día festivo al acudir a misa de ocho, en lugar de hacerlo a las doce acompañada del resto de la familia. Cuando el hombre golpeó la puerta del despacho con los nudillos, encontró a la presidenta del Consejo de Administración sentada, sumergida entre cláusulas de contratos y facturas. La misma mesa que él había recordado mientras se dirigía hacia allí minutos antes: de madera de nogal tintado en tonos marrones, se sostenía sobre dos columnas, una a cada extremo, formadas por tres cajones del mismo tamaño. Tras ella, su figura infundía el mismo respeto que tiempo atrás había causado la de su marido. La elegante mansión del número 302 de la calle Valencia acogía también algunas oficinas de Elizalde, S.A.

Durante los últimos tiempos, el ambiente revuelto que reinaba en las calles de Barcelona mantenía a la presidenta

de la sociedad alerta y dispuesta a tomar cualquier medida necesaria para que su familia, patrimonio y trabajadores, por ese orden, se mantuviesen a salvo. Cuando la noche anterior recibió la llamada de su hombre de confianza, pensó que, tal y como era su costumbre, debía sujetar el toro por los cuernos y afrontar cualquier situación que amenazase la buena marcha de la empresa. De nada servía ya rezar. Su devoción cristiana no menoscababa un ápice de su sentido práctico. Por el momento, lo más importante era conservar la calma y seguir con las pruebas de motores del nuevo proyecto, sin abandonar la producción de los contratos firmados, siempre y cuando las noticias que obligaban a mantener aquella improvisada reunión no impidieran continuar con sus planes.

Cuando el director general de la empresa llamó con suavidad a la puerta del despacho, la sorprendió tomando un respiro para despejarse. Revisar los libros de contabilidad y algunos de los posibles contratos la había dejado algo aturdida. Jugueteaba con las perlas de su collar. Con un gesto instintivo, se atusó durante un instante las ondas del pelo, perfectamente recogidas en un moño. Don Julio sabía de su empeño por mantener una imagen impecable que inspirase consideración y obediencia a partes iguales. Aquella mujer, que había superado ya los sesenta años, cuidaba su aspecto vistiendo de forma elegante pero discreta, sin excesivas joyas ni maquillaje, y era consciente de que despertaba una admiración hacia la figura del patrón poco habitual entre los trabajadores de la factoría. Era la excepción que confirmaba la regla en una ciudad que encabezaba las reivindicaciones de la clase obrera y la lucha por sus derechos, liderada por los sindicatos.

Sin percatarse de que su visita había asomado la cabeza después de abrir la puerta unos centímetros, la mujer abrió el segundo cajón de su derecha y sacó su

pequeño espejo de mano con contorno y empuñadura de latón plateado y con un grabado de mujer biselado en el reverso. Seguramente, también ella acusaba el paso de los diez años transcurridos desde que asumiera tanta responsabilidad. ¿Cuándo habían aparecido todas aquellas canas en su cabello, antaño negro azabache? Qué lejos quedaba ya su primer viaje a París, en 1889, cuando contaba tan solo quince años y visitar la Exposición Universal era el único acontecimiento que esperaba vivir en la *Ville lumière*.

De nuevo, unos ligeros golpes en la puerta consiguieron sacarla de su embelesamiento. El sonido acompasado anunciaba la entrada de su amigo y mano derecha. La mujer guardó el espejo en su sitio mientras miraba hacia la puerta. El hombre entró pidiendo permiso y, recibéndolo con una sonrisa cordial tras su mesa de trabajo, la dueña de la fábrica confirmó que la había sorprendido descansando un poco mientras lo esperaba. Hacía girar las ruedecillas de su silla con suavidad, hacia un lado y a otro, de una forma un tanto infantil que arrancó, por un instante, la preocupación del rostro del recién llegado.

—Pase, Julio, hace un rato que le esperaba. ¿Algún percance por el camino?

—Buenos días, Carmen. Disculpe de nuevo esta irrupción en un día festivo, usted debería estar hoy disfrutando de su familia...

—Nada, nada. Julio, por favor...

Se acercó a saludarla y le besó la mano en un gesto caballeroso. Recuperando la seriedad de su semblante, se acercó a uno de los dos asientos situados en el lado opuesto de la mesa.

—Siéntese, Julio, por favor —con la mano derecha le señaló los sillones situados frente a su mesa—. Cuénteme, ¿qué noticias tan preocupantes son esas?

—Últimamente está el ambiente muy revuelto, con todos esos incidentes por toda la ciudad... No estoy tranquilo, ya se lo dije hace unos meses, no sé hasta qué punto nos afectará tanta revuelta social.

Mi padre conocía bien a su superior. Mientras el hombre le contaba los detalles de la reunión, él podía imaginárselo y así le describió después la escena a mamá: sus gestos habituales, la manera en que desvelaba su nerviosismo, aquellas formas tan características que repetía tanto en el cuartel como en el despacho de la fábrica.

Rentería desabrochó los botones de su americana, levantó los faldones y se encajó en la butaca, moviéndose algo inquieto y, a la vez, intentando disimular su nerviosismo. Un poco incómodo, se aflojó ligeramente el nudo de la corbata y retiró las solapas de la chaqueta, dejando a la vista el chaleco gris marengo que cubría su torso. La dama miró la minúscula cadena de oro que el hombre llevaba recogida en un pequeño bolsillo lateral y sonrió. Sujetaba el reloj de oro que solía consultar con un gesto involuntario cuando estaba nervioso. Seguramente, la mujer se estaría preguntando cuánto tiempo tardaría su amigo en recurrir a ese gesto.

La solemnidad con la que llegó su hombre de confianza aquella mañana era para ella una señal de alarma que debía tener en consideración antes de tomar cualquier decisión. El hombre dejó su cartera de piel marrón sobre la butaca desocupada. Poco a poco y de forma ordenada sacó de ella algunos documentos, revisando el contenido de algunas carpetas antes de dejarlas sobre la mesa. Al tiempo que les echaba un último vistazo de reojo, comentaba lo ocurrido.

—Mire, Carmen, estoy harto de huelgas, sabotajes, atentados y boicots... desde el treinta y tres que no para esta locura. No sé adónde nos conducirá tanta violencia,

estos conflictos solo pueden acabar en tragedia. Ayer mismo presencié uno de estos ataques junto a mi casa, no sé si está al corriente, viene hoy en *La Vanguardia*... —Se acercó a la cartera para sacar el periódico, pero la mujer lo interrumpió, negando con la cabeza—. Ahora, a esperar la reacción de sindicatos y grupos anarquistas. Esto es una escalada de odio que no traerá nada bueno. Si no, al tiempo.

A diferencia de la empresa familiar situada en el actual paseo San Juan, gran parte de la industria de la ciudad imponía a sus trabajadores unas condiciones laborales abusivas: horarios agotadores, falta de higiene, malos tratos por parte de encargados y capataces, etc. Hacía ya tiempo que los afectados se habían organizado, de manera que los sindicatos tenían un peso considerable en la sociedad y representaban la principal fuerza con la que contaba el pueblo para reivindicar sus derechos y conseguir algunas mejoras.

La bomba colocada en la fábrica de la Sedeta en julio de 1934, que se sospechaba tenía como principal objetivo la empresa textil de Salvador Casacuberta, había mentalizado a los vecinos de la barriada de las medidas de extrema violencia que tomarían los sindicalistas como respuesta al poder desmesurado que ejercían muchos de los empresarios de la ciudad. Sin embargo, para don Julio de Rentería fue el atentado sucedido frente a su domicilio, más de un año después, la gota que rebose el vaso. El miedo a que sus trabajadores quisieran solidarizarse con obreros de otros sectores, aunque fuese como medida disuasoria, le había impulsado a prevenir a doña Carmen. Todos tomamos conciencia del peligro cuando lo vemos a las puertas de nuestra casa, amenazando a quienes más queremos o todo aquello por lo que hemos luchado. Ahora pienso que aquel debió de ser el verdadero motivo de la visita de don Julio.

En el entorno de la factoría, una pequeña parcela del barrio de Gracia, aquel altercado no tuvo demasiada repercusión. De hecho, la gente se había acostumbrado al clima de violencia y, para muchos, la lucha obrera no suponía ningún otro peligro que el de verse sorprendido por la policía si se decidía tomar parte en ella.

El hombre continuó hablando mientras sacaba un pañuelo del bolsillo del pantalón y se lo pasaba por la frente, secando las diminutas gotas de sudor que empezaban a cubrirla. Inquieto, aceleró el discurso ante la atenta mirada de su interlocutora.

—Hace ya dos años que los conductores de tranvías iniciaron las protestas, los gremios de transportes no llegan a ningún acuerdo para la firma de convenios que devuelvan la tranquilidad al sector... No sé, Carmen, no sé. No me atrevería a asegurar que en Elizalde podamos continuar mucho tiempo sin que todo este revuelo nos afecte. Barcelona es un hervidero, la gente está asustada y no les falta razón. Ayer estuve mirando la reacción de los que pasaban por allí. Creo que ya estamos todos acostumbrándonos a cierto grado de violencia, pero no nos engañemos: los obreros no son conscientes de lo que conlleva todo esto. Demasiado tienen con salir adelante, y a eso tenemos que sumarle la incertidumbre de las zonas agrícolas, la pobreza lleva a las personas al límite... Cuando no se tiene nada, nada se puede perder.

»No pretendo ser alarmista, reconozco que nuestra producción no ha menguado en absoluto; al contrario, continuamos con los pedidos de motores A4 de doce cilindros, estamos logrando alcanzar las expectativas y llegamos de sobras a cumplir con el contrato firmado de las ciento cincuenta unidades de la licencia checoslovaca Walter para avionetas de prácticas de vuelo...

La mujer hizo un gesto afirmativo, mostrando su aprobación. No quiso interrumpirlo, pero le acercó el vaso de

agua que ella aún no había probado. El hombre hablaba cada vez más aprisa, incluso para él era evidente que necesitaba calmarse. Tomó un par de sorbos y, más tranquilo, continuó hablando.

—Podemos sentirnos orgullosos de nuestra plantilla, sin duda, en ese sentido no digo que no esté contento. Conseguiremos encabezar el sector de la aviación durante muchos años si seguimos a este ritmo...

Por fin, su tono era más pausado. Recostó la espalda en el respaldo de la butaca y cruzó la pierna derecha sobre la izquierda, colocando una mano sobre ella. Guardó el pañuelo en el bolsillo derecho de su pantalón, respiró hondo y buscó el pequeño reloj de oro en su chaleco. Apretó el botón que accionaba la tapa, lo miró de reojo y volvió a guardarlo un segundo después. Doña Carmen no pudo contener una sonrisa condescendiente. Sin duda, hacía rato que esperaba ese gesto y supo que había llegado el momento de intervenir.

—Julio, por favor, no se acalore, tranquilícese y atiéndame, hágame el favor —dijo la mujer con su habitual tono afectuoso—. Ante todo, creo que debemos conservar la calma. Soy consciente de la carga que supone para usted la tensión que vivimos desde la proclamación de la República, no le quepa duda, pero esta fábrica ha superado tiempos peores. Sé que, a medida que pasan los años, lejos de calmarse la revuelta social, parece que los conflictos se suceden con mayor intensidad. De todas formas, debe reconocerme que las relaciones con el gobierno, pese a las tensiones que siempre comportan, tampoco nos han desfavorecido.

La viuda de Elizalde hizo una pausa. Abrió el tintero que tenía en una esquina de la mesa y, mirando de reojo, sacó una pluma del primer cajón de la izquierda. Comenzó a visar según su costumbre, ojeando algunas hojas al

mismo tiempo que conversaba con el director. La confianza que ambos se tenían le permitía hablar como si estuviera pensando en voz alta, sin dejar de prestar atención a los documentos.

—En ese sentido, lo que más me preocupa, al igual que a usted, es cómo puede afectar al día a día de nuestros trabajadores. Por otro lado, estoy convencida de que ellos aprecian las medidas que hemos tomado para contribuir a su bienestar. Arturo era un industrial atípico, un hombre con ideas avanzadas que implantó algunos procedimientos innovadores que nos han beneficiado a todos, también a los obreros. Una línea de actuación que yo he procurado seguir, pese a las ideas contrarias de muchos empresarios que no comparten los mismos criterios. La ayuda a las familias, el seguro médico, el economato, el consultorio médico en las instalaciones de la fábrica... Dígame, querido Julio, ¿por qué cree usted que insistí tanto en que se contratara siempre a gente del barrio? —Sin esperar respuesta, continuó—: Yo se lo diré: evitamos de este modo que dependan de transporte alguno, a la vez que favorecemos que dispongan de más tiempo libre para dedicar a sus esposas e hijos. ¿Por qué piensa que he querido siempre constatar que nuestros trabajadores fuesen conocidos, vecinos, amigos o familiares de alguien de confianza en la empresa? —Rentería, que escuchaba atentamente, no disimuló una sonrisa mientras respiraba profundamente—. Naturalmente, amigo, quiero que seamos una gran familia. No en vano, ya he creado una. Déjeme que mi experiencia como madre entre en el terreno profesional y continúe confiando en mí; creo que mis trabajadores lo hacen. Usted sabe que me gusta visitar las instalaciones de vez en cuando... Me interesa su bienestar, quiero que ellos lo perciban, que no se sientan ajenos a los intereses de su lugar de trabajo. Los horarios que hemos establecido les per-

miten descansar lo suficiente, no se sienten oprimidos... Creo que me he ganado su respeto; sus gestos y su trabajo me lo confirman... No me negará que implantar la semana inglesa no fue un acierto por parte de mi marido...

De pronto, lo miró de frente, directamente a los ojos. Dejó a un lado la montaña de impresos y cartas que había ido firmando mientras hablaba, colocó ambas manos a la altura de su pecho, sobre la mesa, una sobre la otra. Relajó los hombros al reclinarsse ligeramente hacia delante y de nuevo sonrió a su colaborador.

—Confíe en mí, amigo Julio, algún día le hablaré de la escuela de aprendices que tengo en mente. —Levantó un dedo señalando al infinito, dibujando círculos en el aire con un gesto que provocó la sonrisa de Rentería—. Me hace especial ilusión, ¿sabe? Una factoría de trabajadores especializados que aprendan a querer la fábrica como si de algo suyo se tratase... En fin, ahora no es el momento, todo llegará.

La mujer se levantó de su sillón de piel, rodeó lentamente la mesa que los separaba y se sentó junto a él. Rentería, al verla acercarse, recogió el maletín que había dejado en el asiento. Carmen se acomodó y posó ambas manos sobre su regazo con parsimonia. De nuevo se dirigió a su colaborador, que no apartaba la mirada de ella.

—Por el momento, deje que le tranquilice —dijo tras una pequeña pausa—. Si la producción sigue a buen ritmo, no debemos tomar ninguna medida excepcional, pero en cuanto terminemos la última fase de producción, avíseme. Estoy dispuesta a viajar a Madrid, a reunirme con Manuel Azaña las veces que hagan falta y a arrancarle un contrato de fabricación de motores para aviones militares. Para conseguirlo, apelaré al interés social en favor de las cuatrocientas familias que dependen de nuestra actividad.

Julio de Rentería sonrió y asintió sin dejar de mirarla, admirado por la seguridad que conseguía transmitir aquella mujer.

—Desde luego, nunca dejará de sorprenderme su entereza. En una sociedad como la nuestra apenas se encuentran mujeres como usted, Carmen.

—Querido amigo, permítame que le recuerde algo —dijo la empresaria, adoptando la actitud maternal que la caracterizaba—: de sobras sabe que no soy una mujer que se amedrente fácilmente ni que se deje vencer por la contrariedad. ¿Sabe qué pensaba antes de su llegada, hace un rato? Recordaba el día que decidí tomar las riendas de la sociedad y ocupar el cargo de presidenta del Consejo de Administración, aquel fatídico cuatro de diciembre de mil novecientos veinticinco, cuando mi marido murió repentinamente en París.

Dando por terminado el tema que les preocupaba (los continuos enfrentamientos violentos en las calles de la ciudad), recordaron tiempos pasados, cuando las circunstancias obligaron a que Carmen Biada tomase las riendas de la dirección de la fábrica y su proyección industrial cambiaba de rumbo: era el año 1925.

Revisar el libro publicado por la actual Fundación Elizalde me ayudó a comprender los inicios de la factoría. Mi padre ya me había contado algunos detalles de la empresa, pero confieso que el tema nunca me había interesado demasiado. Supongo que para todo el que amase la aviación, aquel proyecto innovador debió de ser un sueño hecho realidad.

El sector automovilístico en España estaba dominado por las marcas extranjeras y Arturo Elizalde se mostraba más preocupado que de costumbre. Había invertido todos sus esfuerzos y gran parte de su fortuna personal para

trasladar a España el nivel de industrialización francés. El gobierno no había estado a la altura de otros países, dejando totalmente desprotegida la comercialización del producto nacional mientras Citroën, Ford o Studebaker, entre otras, se apoderaban de un mercado libre del pago de unos aranceles que sí imponían sus países de origen para vehículos de importación.

Carmen Biada comprendió perfectamente que su marido tomase la decisión de abandonar poco a poco la actividad deportiva de la marca Elizalde, tras el accidente sufrido por su hijo Arturo Luis cuando pilotaba uno de sus modelos. Los quebraderos de cabeza de su esposo eran cada vez mayores. Ella misma lo animó a dar un giro a su actividad que les ofreciera una salida de la difícil situación que atravesaban durante los últimos años.

Cuando en mayo de 1925 se celebró en Barcelona el Salón del Automóvil, dos empresarios rivales, Arturo Elizalde y Damián Mateu, observaron el interés que suscitaba la exposición de dos chasis con motor, dos Tipo 51 carrozados y un impresionante propulsor de aviación de 12 cilindros en V. ¡Ahí estaba la respuesta! ¡Motores de aviación! A esa idea dedicaría su ingenio a partir de entonces.

Antes de acabar el año, Carmen viajaría a Francia junto a su marido, que debía entrevistarse con *monsieur* Rosignol, uno de los responsables de la casa Lorraine, para ultimar los detalles de la licencia que les concedería la oportunidad de adentrarse en la fabricación de motores de aviación. La ilusión de embarcarse en una nueva faceta mantenía despierto el espíritu emprendedor de Arturo y le ofrecía nuevos alicientes.

Días antes del viaje a París, en el aeródromo de Getafe, presenció junto a su hijo Arturo Luis los vuelos de prueba del Breguet XIX con motor Elizalde-Lorraine, aún en fase de prototipo. Desde entonces, Arturo presentaría síntomas

del fuerte resfriado provocado por las bajas temperaturas soportadas en las pistas de aviación madrileñas, pero su estado no le persuadió de viajar.

El trayecto en tren hasta la capital francesa resultó más pesado que de costumbre. Resistiendo a base de empeño y convencido de la importancia de la reunión con el directivo de la marca, decidió seguir con sus planes. Cuando llegaron a su piso de la capital francesa, ella ya sabía que el estado de salud de su marido estaba empeorando, por mucho que él se empeñase en disimularlo.

El diagnóstico médico no dejó lugar a dudas. El fuerte catarro se había complicado con una grave infección intestinal y, pocas horas después, Arturo Elizalde Rouvier falleció atendido por su mujer. Ella lo acompañó hasta el final, prometiéndole y prometiéndose continuar con su legado, pues aquella sería la mejor manera de honrar su memoria. De alguna forma, todo lo que él había construido, el proyecto de vida en el que creía firmemente, continuaría vivo.

Horas más tarde, en la factoría del entonces paseo de San Juan de Barcelona se recibía un telegrama urgente desde Francia:

Con mis hijos vengo a comunicarles mi firme decisión de continuar la obra de mi difunto esposo (q.e.p.d.), confiando en la cooperación de todo el personal, jefes y operarios para proseguir en el engrandecimiento de nuestra fábrica.
Carmen.

Con los datos que han llegado a mis oídos, puedo imaginar cómo afrontaron los Elizalde aquel trago tan difícil cuando, pocos días después, todos se reunieron en su domicilio de Barcelona.

María, la hija menor, se había sentado junto a la matriarca. Carmen acariciaba el pelo de la muchacha, recostada en su regazo, mientras su mirada recorría con len-

titud los rostros de sus hijos. La decisión estaba tomada, ella tomaría las riendas del negocio. Fijó su atención en los dos mayores, Arturo Luis y Salvador, que mantenían un gesto solemne. Deseosos de continuar con el legado de su padre, estaban convencidos del éxito de la empresa y sus ambiciones no pasaban desapercibidas. Arturo dejó firmado el contrato con Lorraine. De momento, contarían con la licencia que les aseguraba la fabricación de motores de aviones Lorraine 12 EB de 450 CV para equipar los Breguet de la aviación española, uno de los mejores biplazas de reconocimiento y bombardeo ligero de su época. Aquel sería el comienzo de una nueva etapa, en la que Elizalde representaría el *«alma y nervio de los conquistadores del aire»*, tal y como, dos años más tarde, rezarían los carteles propagandísticos.

La nueva presidenta leyó atentamente las cláusulas del contrato firmado hacía tan solo unos días por su marido en París. Elizalde, S.A. acababa de tomar un rumbo definitivo hacia el sector de la aviación. Julio de Rentería, impulsor de la nueva orientación, dirigiría la empresa a partir de ese momento con el beneplácito de los hijos mayores de la familia: Antonio Elizalde, que ejercería de director general; Arturo Luis, que ocuparía el cargo de director de producción, y Salvador, piloto experimentado, en el puesto de director de pruebas.

Eran casi las 14:00 h cuando el comandante de ingenieros y director de producción, Julio de Rentería, abandonaba, después de su reunión, el despacho de la calle Valencia. Se despidieron junto a la puerta de entrada de la mansión:

—Nos vemos mañana en la fábrica, Julio. Tengo entendido que Ricardito, el pequeño de Eladio Baulenas, uno de los soldadores del taller, ha caído enfermo y es solo un bebé recién nacido. Quiero interesarme por su estado —le

dijo la dama, mientras el chofer abría la puerta trasera del automóvil.

Regresaba a casa algo más relajado. Había recuperado el ánimo. Tenía otra perspectiva de la situación. No podía negar que los argumentos de doña Carmen, en cierto modo, le habían tranquilizado. Elizalde, S.A. se mantenía al margen de las alteraciones del orden público que protagonizaban los grupos armados de la FAI y la CNT en sus enfrentamientos con el gobierno. Habían superado más de un obstáculo en los últimos años: la proclamación del *Estat Català* por parte del líder de Esquerra Republicana, Francesc Macià, el refrendado Estatuto de Nuria, las huelgas convocadas por Alianza Obrera en 1933 y 1934, que paralizaron la ciudad de Barcelona y provocaron detenciones, incendios de fábricas, ataques con bombas de mano, etc. Seguía pensando que estaban atravesando tiempos convulsos que nada bueno presagiaban, pero también era cierto que la gente del barrio parecía mantener aquellos acontecimientos al margen de sus vidas. Al menos, aparentemente. Tan solo papá, el supervisor de taller, Francisco Peret, y él mismo se habían visto involucrados en aquellos sucesos, al haber participado en la sofocación de la revuelta.

II

Desde que Jaime me llamó la semana pasada para pedir-me ayuda, estuve pensando cómo podría empezar a contarle una historia que ni siquiera mis hijos conocían. Desde entonces he estado revolviendo papeles descoloridos, fotografías de la época, documentación diversa de la fábrica y el viejo diario de papá. Pocos días después, sentados en la cuarta fila de la filmoteca, formábamos una curiosa pareja que permanecía atenta a la pantalla para no perder detalle del documental *Memorias de España*. Me pareció una buena idea situar al chico en la Barcelona de los años 20 y lo animé a que me acompañase hasta el Raval. Asistiríamos juntos a la proyección sobre el reinado de Alfonso XIII, que incluía la filmación de su visita sorpresa a la fábrica de automóviles y motores de aviación del paseo de San Juan en Barcelona. Cuando llegó el turno de las imágenes de Elizalde, ofreciendo un escueto resumen del recorrido por sus instalaciones, abandoné mi postura relajada en la butaca y apreté la mano del muchacho que, hasta ese momento, jugueteaba en el reposabrazos que nos separaba.

El trabajo de humanidades que le habían encargado en el instituto trataba sobre la superación personal:

los cambios en la vida, qué hechos pueden provocarlos y cómo afrontarlos. A Jaime le pareció interesante tomar su propia familia como referencia. Quiso saber más acerca de sus orígenes, investigar el entorno del que procedía, a qué se habían dedicado sus antepasados para ganarse la vida, etc. Su madre ya le había hablado de Sant Cugat de Sesgarrigues, aquel pueblo de la provincia de Barcelona situado en la comarca del Alt Penedés donde comenzó la historia familiar, entre viñas, campos, gallinas y calles de piedra y barro, en la Masía de Cal Parettes. Revolviendo viejas fotografías amontonadas en una caja de zapatos, a Jaime no se le ocurrió nadie mejor para ayudarlo a recopilar información que la abuela Paquita. En su opinión, yo contaba con dos cualidades que me convertían en la perfecta cómplice: simpatía y paciencia. Al menos, eso me dijo cuando intentó ganarse mi colaboración. La verdad es que disfrutábamos de la compañía mutua y es cierto que la gente solía atribuirme un carácter agradable que me parecía una cualidad exagerada. Quizás lo que sí resultaba imprescindible para la tarea que me esperaba era que gozaba de una infinita capacidad de aguante, necesaria para soportar el ritmo de mis dieciséis nietos.

Jaime Monclús, el menor de todos, era un muchacho fuera de lo común. A sus catorce años disfrutaba más leyendo un libro de historia que pegándole patadas a un balón. A diferencia de sus hermanos, primos y compañeros de clase, aquel jovencito inteligente y observador se declaraba enamorado de la historia y apasionado de la política, algo que no solía interesarles demasiado a los de su generación. Lejos de conformarse con informaciones superfluas sobre sucesos de esta índole, preguntaba hasta saciar su curiosidad y a menudo aturdí a sus profesores y, por descontento, a sus padres con sus interrogatorios y discusiones. Su aspecto era tranquilo y sereno. Alto y delgado, su tono

de piel era blanquecino y tenía unos grandes ojos oscuros que examinaban cuanto le rodeaba. Su carácter también era diferente al del resto de chicos de su edad, dispersos y siempre con los ojos clavados en las pantallas de móviles, pendientes de los últimos juegos, enviando mensajes o participando en las redes sociales de forma compulsiva.

Para él, los problemas de la adolescencia no representaban ninguna preocupación. Lo consideraba un estado tan natural como fugaz, algo contra lo que no valía la pena perder el tiempo rebelándose. Puesto que crecer era una cuestión de tiempo, invertía todos los esfuerzos en desarrollar su personalidad, aprender y crear su propio criterio sobre todo lo que ocurría a su alrededor.

Por mi parte, el bálsamo que representaba su conversación e interés por cuanto le explicábamos Armando y yo durante sus visitas semanales a casa se hacía cada vez más necesario para romper nuestra rutina.

—No ha estado mal, lo reconozco. Un documental interesante. Pero no entiendo qué tiene que ver la visita de Alfonso XIII a la fábrica Elizalde en 1924 con el bisabuelo Paco —sentados aún frente a la pantalla, esperábamos a que la sala se vaciase por completo antes de salir.

—Jaime, cariño —le dije sonriendo—, tendrás que ser más paciente si quieres saber y entender la historia de tu abuelo. Para comprender por qué las personas hacen o dejan de hacer algo, especialmente si repercute en la vida de aquellos a los que quieren, es importante tener cuantos más datos, mejor. La vida de mi padre, como la de la mayoría de los de su generación, no fue nada sencilla. ¿De verdad quieres que te ayude con tu trabajo de la escuela?

—¡Claro! Es más, a la mierda el trabajo, lo que quiero es saber, saberlo todo... Mi madre no me ha contado casi nada de aquella época, no sé si nunca le ha interesado o si se le ha olvidado. No sé qué tiene que ver con nosotros

lo que pasó en el país o en el gobierno de la época, la verdad... Lo entendería si le estuviese preguntando por lo que pasa ahora, con tantos cambios, ya sabes... independencia sí, independencia no... Pero yo no le pregunto sobre eso. En casa se habla poco de política. Mira, abuela, lo que yo quiero es conocer mejor todo lo que pasó en el barrio, en la ciudad... En fin, todo lo que sepas.

—¡Cómo no! —Solté una carcajada. No podía ser de otra manera. Este chico...

Fuimos los últimos en abandonar el cine. A la salida, sin disimular mi orgullo, me colgué del brazo de mi nieto, que me superaba en altura, y mientras caminábamos hacia la boca del metro continué calmando sus ansias de conocer lo sucedido hacía ya más de ochenta años, antes y después de una guerra que lo cambió todo.

Para todos yo era una afable «joven» de ochenta y seis años. Recordaba mi infancia cobijada entre dos hermanos varones a los que adoraba. José Antonio era el mayor y siempre me pareció tan guapo, tan protector, tan simpático. La diferencia de sexo o los dos años que nos separaban no suponían un obstáculo para estar muy unidos. Manuel era el pequeño. Sensible y quebradizo, siempre me pareció un espíritu libre, despegado del entorno, como si necesitara evadirse de la realidad para sobrellevarla sin romperse en pedazos. Quizás por ese motivo desarrollé la facultad de procurar que nada afectase al pequeño de manera que pudiera dañarlo. Los hermanos éramos muy diferentes y estábamos muy unidos.

La historia de nuestra familia era recuerdos entre brumas. Aquel relato latente en mi vida que, de pronto, alguien deseaba conocer había sido víctima de la represión sufrida durante tantos años en el país y de los silencios impuestos en cada casa con la absurda esperanza de hacer desaparecer todo aquello que tanto daño había causado.

A nuestro regreso del cine, ambos nos sentamos alrededor de la mesa del comedor de casa, aquel piso situado en la calle Cerdeña de Barcelona, donde habíamos vivido mis padres, mis hermanos y yo, donde formé mi propia familia junto a mi esposo Armando y donde pasaría el resto de mi vida.

—Espera aquí, ahora vuelvo —le dije, levantándome lentamente de la silla—. Guardo en nuestra habitación algunas reliquias que te gustará ver: fotografías antiguas, recortes de prensa, cartas...

Hablaba al tiempo que caminaba despacio por el largo y estrecho pasillo que conducía de la entrada al comedor, dejando el baño y las habitaciones que habían sido de mis hijos a un lado y la cocina al otro. Avanzaba presionándome el costado con la mano derecha. A veces, ni me doy cuenta de que hago ese gesto. Toda la tarde en danza empezaba a pasarme factura, me sentía cansada, pero el entusiasmo de Jaime se imponía y yo no he sabido nunca negarle nada. Desde una de las habitaciones levanté el tono de voz, a sabiendas de que el chico esperaba ansioso:

—¿Qué hora es? No sé si tendremos tiempo para mucho más, tu abuelo está a punto de llegar. —No me contestó y regresé al comedor para continuar con la charla. Jaime saltó de su asiento como impulsado por un muelle y se dirigió a la cocina, de la que regresó poco después sosteniendo un plato de pastas para la merienda.

—Creo que la tarde será larga —dijo riendo—, traigo provisiones, abuela.

Sentada frente al muchacho, coloqué la caja de cartón raído sobre la mesa y empecé a seleccionar con calma, una a una, las viejas fotografías de mi niñez. Jaime había vuelto a la cocina para preparar un café con leche y caldearnos en aquella fresca tarde de octubre. Me daba lástima comprobar el deterioro de los retratos de toda una

vida. Algunos estaban descoloridos; otros, rotos por alguna esquina, pero todavía se conservaban los suficientes para ilustrar lo que quería contarle. La primera fotografía que le enseñé al muchacho era un retrato familiar en el que se nos veía a los cinco: Francisco Peret Ferrer, en pie y con semblante serio, vestido con su uniforme militar de brigada del Ejército del Aire. Sentada a su izquierda estaba Adela Quintana Miret (Adelina, como la llamaban todos), luciendo un sencillito pero elegante vestido oscuro con pequeños topos claros, tapado parcialmente por el pequeño Manuel de apenas un año, sentado en su regazo. Allí estaba yo también, de pie frente a ella: Paquita, la niña de la casa pegada a las piernas de su padre. Era baja para tener seis años recién cumplidos. Aparecía, sin embargo, sonriente y despreocupada. Flanqueando a papá por el lado contrario, a la izquierda del grupo, estaba José Antonio. José, como solíamos llamarlo, un muchacho alto y robusto, repelinado en un afán de parecer un hombre hecho y derecho, imitaba el gesto de papá, pero exhibía la inevitable candidez de sus ocho años. Al pie del retrato, algo borrosa por el paso del tiempo, figuraba la fecha. «*Barcelona, 24 de octubre de 1936*», leí en voz alta sin poder evitar la emoción.

—Abuela... ¿lo dejamos?

—No, no, cariño, nada de eso —contesté mientras me secaba las lágrimas que empezaban a inundar mis ojos—. Me he propuesto ayudarte y, además, me gusta recordar. Mira, lo importante de todo esto es que sepas, ante todo, que siempre hemos sido una familia que nos hemos querido mucho... mucho, mucho, de verdad. Eso nos salvó de la barbarie y de cometer el error de contagiarnos de la maldad que nos rodeaba. —Quise ser sincera con el muchacho. No pretendía engañarle con falsas ilusiones sobre unas vidas que, quizás, no le parecerían tan apasionantes como a él le gustaba imaginar—. Yo te contaré lo que sé.

Recuerdo algunas cosas, mi hermano José me explicó otras y la mayoría fueron vivencias que me contó mi madre, con la que viví cuando enviudó e incluso después de casarme. Mamá era una mujer muy apreciada entre las vecinas, así que también conocía muchas de las historias de gente de la barriada que más adelante me contó a mí.

Suspiré acariciando los rostros teñidos de sepia de mis padres y sonreí a mi nieto. Deseaba trasladarle toda la ternura que me inspiraba aquella imagen, las caras de aquellos que para él eran unos desconocidos. Habían pasado tantos años... La memoria me fallaba algunas veces, pero, curiosamente y siguiendo las normas que marca la propia naturaleza, recordaba con mayor facilidad los sucesos de cuando era niña que el menú del día anterior. Me había propuesto ayudar al pequeño de mi hija Mónica, no en vano esa era mi debilidad: cumplir los deseos de nuestros nietos. Aunque implicase desvelar confidencias de mis hermanos y de mi madre. No solo contaría lo poco que abarcaban mis recuerdos, sino todo aquello que me fue legado y que se mantenía oculto en un rincón de mi memoria: habladurías del barrio, comentarios que no entendí de niña pero que con el tiempo fueron tomando forma en mi cabeza, miradas cargadas de sentido, gestos y susurros envueltos en un halo de misterio, etc.

Yo era la niña de los ojos de papá y de mi hermano José, la muñeca de la casa para ambos. Mi padre solía escribirme versos que yo todavía guardaba, como oro en paño, en la vieja caja de cartón junto a un montón de fotos en blanco y negro. Durante las ausencias de la figura paterna, José asumió instintivamente el papel de protector de la única niña de la casa. Cuando la ausencia fue definitiva, decidió que siempre velaría por mí, incluso después de casada. José se mantuvo siempre cerca de la familia que yo había formado y nos visitaba frecuentemente, preocupándose

por nuestros hijos y entablando una fraternal amistad con su cuñado, Armando. Mirando de nuevo el retrato familiar, me resultó extraño reconocermé en la figura de aquella muñequita con vestido corto y lacito en el pelo, con la cara redonda y sonrisa efervescente. Naturalmente, ochenta años no habían pasado en balde. Continuaba siendo bajita, algo que se había agravado debido a la artrosis que me atormentaba desde hacía años y que ahora se manifestaba en una espalda ligeramente encorvada que solía dolerme día sí, día también. Mi extremada delgadez y un aspecto frágil siempre han contrastado con el empuje y decisión que pretendo demostrar ante situaciones que me parecen injustas, pero lo que más aprecian cuantos me conocen es la actitud jovial que procuro que marque cada paso que doy en la vida. Para mí es importante ser una mujer positiva, alegre, vital. Afrontar los problemas, siendo consciente de que de nada sirve quejarse y llorar. Creo que heredé ese carácter de mi madre. Tan solo junto a mi marido, Armando Bori, me he permitido la licencia de derrumbarme a lo largo de los más de cincuenta años que llevamos casados. En ocasiones, los golpes que he tenido que superar vencían la fortaleza acumulada en mi menudo cuerpo. También yo quiero legarles a mis hijos el valor suficiente para superar los obstáculos que dificulten actuar con bondad y generosidad, siguiendo los principios que con tanto ahínco me inculcaron mis padres.

Giré lentamente la cabeza observando a mi alrededor y, finalmente, mi mirada se posó en la lámpara que iluminaba el comedor. Los cristales que colgaban de ella cubiertos con una leve capa de polvo se mantenían impasibles.

—¿Sabes cómo se llaman esos cristales que cuelgan de la lámpara? —pregunté pensativa al muchacho.

—No, ¿eso tiene nombre? Pues no sé... ¿Cristalitos?

—Lágrimas... se llaman lágrimas, y son el único tes-
tigo que queda de aquella época en este piso. Fíjate qué
curioso, algo tan frágil se ha conservado hasta hoy. Toda-
vía recuerdo el tintineo de su nervioso baile al son de los
bombardeos. Entonces ya vivíamos aquí, ¿sabes? Los mue-
bles han cambiado y las paredes están pintadas. No queda
rastros del papel con el que mi padre las cubrió ni ha sobre-
vivido el aparador donde se guardaba la humilde vajilla de
mi madre, con aquella enorme sopera que, cuando estaba
llena, pesaba tanto que apenas se podía alzar para colo-
carla sobre la mesa —dije sonriendo, gesticulando como si
volviera a cargar con ella entre mis manos—, pero vosotros
habéis jugado en el mismo patio donde jugaron mis hijos y
donde antes lo hicimos mis hermanos y yo. En este mismo
piso, en este mismo barrio, cerca del que fue el lugar donde
trabajó mi padre como mecánico de aviación, en la fábrica
Elizalde. Eso era lo que le hacía feliz, ese fue su sueño des-
de muy joven. Luchó mucho para lograrlo y casi le cuesta
la vida haberlo conseguido.

Jaime me miraba atento, sin interrumpirme. Observa-
ba cada uno de mis gestos, intentando captar en el ambien-
te cualquier cosa que le pudiera ayudar a abstraerse de la
que, para él, había sido siempre la casa de los abuelos. Allí
había compartido escondite, pelota y bicicleta con sus her-
manos mayores y sus primos. En aquellos treinta metros
cuadrados de comedor celebramos santos, cumpleaños y
nos reunimos en Navidad para comer todos juntos y can-
tar villancicos, riendo y bailando. ¿Cómo imaginar aquel
escenario de otra forma? Debería hablarle de una época
totalmente distinta a todo lo que él había visto hasta en-
tonces, teníamos que retroceder juntos en el tiempo y ver
lo diferente que era todo cuando no contábamos con los
avances de la tecnología, de la ciencia, de la mentalidad ni
con la libertad a la que estábamos acostumbrados. Viajar al

pasado para que pudiese imaginar a una familia viviendo allí con pocos recursos y muchas esperanzas, donde algo tremendo tuvo que ocurrir para que, tantos años después, él fuese capaz de entender que a su abuela se le quebrase la voz al recordar. Mis ojos se empañaron casi sin darme cuenta. Durante unos segundos me quedé inmóvil con la mirada fija en los agrupados cristales que, de cinco en cinco, colgaban del techo formando una curiosa tela de araña a la que nadie daba ninguna importancia.

Reaccioné al cabo de unos instantes, descubriendo la mirada de Jaime por encima del tazón mientras soplaba su contenido. Tomó un pequeño sorbo sin dejar de mirarme. Yo intuía sus pensamientos, de sobra conocía la expresión desconcertada de su cara, pero no sabía por dónde empezar, eran muchísimas las cosas que quería contarle. Me recosté en el respaldo de la silla, mis dedos jugueteaban nerviosos con el borde de la fotografía que todavía sostenía en la mano y, poco a poco, mis ojos volvieron a secarse y las palabras salieron de mi boca. En un intento de situarlo al comienzo de la historia, le hablé de papá.

—Mi padre se llamaba Francisco Peret Ferrer, pero todo el mundo lo conocía por Paco. Era un hombre bueno. Te contaré muchas cosas de él que no sabes y te enseñaré algunas fotografías que te ayudarán a formarte una idea suya que ahora no tienes, pues para ti es un desconocido del que has oído hablar muy poco. Ni siquiera tu madre lo conoció, porque murió antes de que ella naciera, pero el calificativo que mejor lo definía era simple, bueno. Cuando sepas su historia, comprenderás el porqué.

»Desde muy joven demostró buenas aptitudes para la mecánica. Puesto que en su casa no sobraba el dinero y no era el hijo mayor, quien heredaría la masía y las tierras, tuvo claro que tenía que espabilarse si quería ejercer esa profesión, de modo que consiguió un empleo en un

pequeño taller de reparación de automóviles. En aquella época no se veían muchos (ten en cuenta que te hablo de mil novecientos dieciocho, mil novecientos veinte), pero tampoco había mucha competencia. Solo se requerían dos cosas: tener vocación y ganas de trabajar, y él cumplía ambos requisitos.

»Cuando llegó el momento de hacer el servicio militar, se trasladó a Madrid, cumpliendo reemplazo en el aeródromo de Cuatro Vientos. Allí juró bandera y se enamoró de los aviones. Sin tener entonces ninguna obligación que le impidiera quedarse, decidió ingresar en el Ejército del Aire y formarse en la novedosa Escuela de Mecánicos de Aviación. Al año de estar allí lo destinaron a Marruecos, a Larache, como mecánico de aviación en el campo de Aunámara, hasta que en septiembre de mil novecientos veinticuatro se licenció y volvió a Barcelona.

—¿Y la bisabuela Adelina? ¿Ya la conocía?

—Sí, sí, claro... eran del mismo pueblo. Se conocían de toda la vida. En Sant Cugat de Sesguarrigues, como en cualquier otro pueblo pequeño, se conocían todos. Papá era delgado pero fuerte, alto, tenía el pelo azabache, ojos oscuros y una mirada profunda. La cara algo alargada y angulosa... era un hombre muy guapo. Cuando volvió, lo que desde hacía años había sido un tonto sin importancia se convirtió en un noviazgo en toda regla. Se prometieron formalmente y se casaron. Adelina, mi madre, tampoco era la primogénita, así que no tenía derechos sobre el patrimonio familiar, exceptuando una pequeña dote. Era una mujer encantadora. No contaba con una belleza que volviese locos a los hombres, pero resultaba agradable y tenía un carácter bromista que despertaba el afecto de los que la conocían. Tenía una bonita figura: algo rellenita, con unas piernas preciosas y no muy alta. La expresión de su cara era amable, ovalada, con pómulos sonrosados separados

por una nariz perfecta y unos labios discretos que apenas se pintaba. Y lo que seguro que te ha contado tu madre es que su mirada de ojos verdes se afeaba por el estrabismo que acusaba uno de ellos... «Tengo un ojo que busca ratas», nos decía cuando éramos pequeños. Casi sin darse cuenta pasaron dos años y juntos tomaron una decisión: si lo que realmente quería él era asegurarse un futuro como mecánico de aviación, lo mejor sería que volviera al Ejército del Aire y completar sus estudios en Cuatro Vientos.

—¿Cuánto tiempo estuvieron allí?

—Algo más de dos años. Mi madre me contó que papá continuó con su formación de mecánico de aviación militar. También pertenecía al Aero Popular, un club privado que organizaba fiestas, verbenas y hasta clases particulares en la misma escuela de Cuatro Vientos. Mira... mira, tengo guardado por aquí... —musité mientras revolvía las fotografías y recortes de periódico de la caja.

—¡UUUUHAAALA! ¡Menuda reliquia! —exclamó Jaime, sujetando entre las manos un ejemplar de la vieja revista de aviación.

No pude reprimir una carcajada al ver su expresión. Nunca vi unos ojos tan abiertos. Revisó cuidadosamente la revista hasta que algo llamó su atención y empezó a leer en voz alta:

—Motoavión, número treinta y dos. Madrid, diez de agosto de mil novecientos veintinueve. Revista práctica de automovilismo y aviación. El Aero Popular está realizando los preparativos necesarios para celebrar una gran verbena popular en los Jardines del Retiro. Por ahora, todo está en vías de organización. Como festejos propuestos por la comisión organizadora podemos anticipar los siguientes: vuelos nocturnos sobre el estanque, saltos en paracaídas y lanzamiento de bombas luminosas, castillo de fuegos artificiales y, además, las consabidas tómbos-

las, bailes y demás festejos propios de esta clase de espectáculos.

Me acerqué al documento y señalé uno de los párrafos siguientes. El muchacho, divertido, continuó leyendo:

—Vuelos. Relación de los señores socios del Aero Popular que pueden volar en las fechas que se indican. Día dieciocho de agosto de mil novecientos veintinueve... —Entre un listado de nombres, separados entre señoritas y caballeros, encontró el de su bisabuelo, subrayado posteriormente en bolígrafo, y sonrió—: ciento cincuenta y nueve, don Francisco Peret Ferrer. ¡Vaya! Parece que se lo pasaba bien. Tú aún no habías nacido, ¿no?

—No, yo no. Durante algunos permisos, si eran largos, volvían a Sant Cugat para ver a la familia. El veinticuatro de agosto de mil novecientos veintiocho nació su primer hijo en el pueblo: mi hermano José Antonio, mi querido José.

»Continuaron en Cuatro Vientos un año más. A mi padre ya le habían ascendido a brigada y también impartía clases de aritmética y geometría en la Escuela de Mecánicos. Estaba muy bien considerado allí, lo apreciaban. Pero no creas que todo era perfecto y que aquello era un camino de rosas. Llevaban la vida sencilla contando solo con el sueldo precario de mi padre y sin ninguna ayuda familiar. Entonces, tampoco la medicina contaba con los avances de hoy día, el descubrimiento de la penicilina era algo demasiado reciente para estar al alcance de cualquiera y enfermedades que ahora no representan ningún peligro se cebaban entonces con la población más humilde. Un año después del nacimiento de José, llegó a la familia el pobre Salvador y murió a los pocos meses víctima de una epidemia. No recuerdo la enfermedad... A mi madre no le gustaba hablar demasiado de aquello y yo tampoco le preguntaba.

»Después lo enviaron a Barcelona. Querían que supervisase, como militar especializado, la construcción de motores de las instalaciones del barrio de La Sagrera de la fábrica Hispano Suiza. Cambiaron varias veces de vivienda cerca de la Sagrada Familia, una construcción que entonces estaba rodeada de descampados y, finalmente, se instalaron en este piso, muy cerca del paseo de San Juan, que entonces tenía otro nombre, y de otra importante fábrica que despuntaba en el sector de la aviación: la fábrica Elizalde, S.A. ¿Te suena? —le pregunté sonriendo—. La Elizalde ocupaba toda una manzana, desde la calle Bailén hasta paseo de San Juan (es decir, el paseo de García Hernández), y de Córcega a Rosellón por el otro lado. Ahora ya no existe, pero entonces era el centro neurálgico del barrio. Muchos de los vecinos trabajaban allí, y otros vivían de la actividad que la fábrica generaba —dije, esbozando una sonrisa—. Papá me habló de Sisquet, el quiosquero, del bar de la Chata, el Alaska, que todavía existe como bar y donde antes se divertían algunos trabajadores los fines de semana. Era como una sala de fiestas, pero sencilla, sin pretensiones, para gente de barrio.

El ruido de la llave girando en la cerradura de la puerta interrumpió la conversación. Jaime miró sonriente hacia la entrada. Yo, de espaldas, me mantenía indiferente, revolviendo distraída los papeles esparcidos sobre la mesa. Hacía tiempo que mi incipiente sordera me libraba de sobresaltos provocados por la llegada de visitas. Armando entró farfullando entre dientes, como hacía siempre. Intuí su llegada al ver la sonrisa de nuestro nieto, que se levantó para darle un abrazo.

—¡Hola! ¿Cómo ha ido la magia? Vienes de la asociación, ¿no? —preguntó.

—¡Hola, chaval! Sí, sí, de allí vengo. ¡Bah! No creo que vuelva... los trucos de siempre, nada nuevo, ya ves. A per-

der el tiempo tontamente. Vosotros, ¿qué hacéis? ¿Ya habéis empezado con el trabajo del instituto?

Armando, médico pediatra de profesión, era mago aficionado y miembro de la Asociación de Magia de Barcelona. A ello dedicaba parte de su tiempo desde que se jubiló y yo agradecía que ambos respetásemos las aficiones del otro. El amor se alimenta también de la distancia cuando compartes tu vida con alguien durante tanto tiempo.

Lo miré mientras se sentaba a mi lado, después de besarme en la mejilla y acariciar la mano con la que yo sostenía la foto familiar. Sé que entendía perfectamente cómo me sentía al compartir aquellos momentos con mi nieto. Sé que sufría pensando que recordar sería duro para mí y no quise que se quedara al margen de lo que compartiríamos durante las tardes venideras. Él era parte de mí. Nos conocimos siendo muy jóvenes, gracias a la perseverancia de mi cuñada Mercedes, la entonces prometida de mi hermano José, que se empeñó en que le diese una oportunidad a su primo. «Un día se convertirá en médico, es una buena persona y será un buen partido», solía repetirme. Escasos centímetros más alto que yo, la gente decía que formábamos una bonita pareja. Sus ojos, de un azul intenso, dulcificaban un rostro serio que parecía imponerse a fuerza de practicar, obstinado en disimular la bondad inmensa que ablandaba su carácter. Llevaba el cabello rubio siempre peinado hacia un lado, pulido, arreglado cuidando el detalle, y desprendía un olor a loción que evidenciaba su perfecto afeitado, conservando un recortado bigotillo muy a la moda de la época y que a mí me resultaba gracioso y atractivo a la vez.

La mirada cómplice de Jaime me invitó a compartir con el abuelo nuestras intenciones y le pusimos al corriente del encuentro de aquella misma tarde.

—¡Anda! Si lo hubiese sabido, habría ido con vosotros. Yo conocí a mis suegros y cuñados, claro. Tengo también algunos documentos que te interesarán, de cuando volvió de la guerra. Lo buscaré, lo buscaré... —dijo acariciándose la barbilla, intentando recordar.

—¿La guerra? Pero ¿estuvo en la guerra civil?

—Paso a paso, Jaime... ¡Armando! No lées al chico, parece mentira. ¿No lo conoces? Querrá saberlo todo hoy y yo ya empiezo a estar cansada. Ahora estaba contándole cómo se vivía entonces en el barrio, antes de la guerra, cuando mis padres ya vivían en este piso con nosotros, los tres hijos. Nadie puede asimilar tanta información de golpe y para mí son muchas emociones... Ahora le hablaba de las fábricas donde trabajaba papá, de la Elizalde, de su profesión como mecánico de aviación.

Miré mi reloj y se lo enseñé después a mi marido. Empecé a recogerlo todo para volver a colocarlo en el nido de la vieja caja. Con un gesto le indiqué al muchacho que debíamos parar. Armando, recién llegado y entusiasmado con la visita de Jaime, se frotaba las manos mientras sugería incluir detalles que se esforzaba por recordar sin ordenar sus ideas. Mientras el chico, divertido por la escena, se levantaba para ponerse la chaqueta, Armando lo besó en la mejilla al tiempo que le palmeaba la espalda. Caminamos juntos por el pasillo para acompañarlo hasta la puerta y le prometimos continuar con la charla tantas veces como fuese necesario, pero él, ansioso, seguía con el interrogatorio:

—Es verdad, abuelo, tengo muchas dudas. ¿En esa fábrica no hacían coches? En el documental que hemos visto decían que se dedicaban a la automoción, yo no he visto ni un avión.

Le despedí con la mano, lanzándole un beso al tiempo que sujetaba a Armando de un brazo para que no saliera al rellano. Jaime ya estaba saltando los últimos peldaños

de la escalera y, de espaldas a nosotros, colocó la mano derecha junto a la oreja y levantó los dedos índice y pulgar, indicando que nos llamaría en cuanto llegase a casa.

Y así era, Jaime tenía razón, *la Elizalde*, como todos la llamábamos, era una fábrica de automóviles, pero eso cambió en 1925, cuando doña Carmen tomó las riendas del negocio.

—Una mujer excepcional, sin duda... —dije, pensando en voz alta, al cerrar la puerta.

III

Aquella misma tarde, en el bar de la Chata, Rafel y Paco tomaban un café mientras esperaban noticias de su amigo Baulenas. Sus compañeros lo habían dejado media hora antes terminando los últimos cigüñales antes de acabar la jornada. Suponían que alguna de las piezas no debía de haber pasado la supervisión del jefe de taller y aquel percance justificaba su retraso. Ambos querían comentar con él el interés que la patrona había mostrado por la mañana, al acercarse personalmente hasta la zona de soldadura para preguntarle por el estado de salud del pequeño Ricardo.

—Estoy intrigado por el interés de doña Carmen en conocer el estado de salud del niño de Eladio. Paco, ¿a ti no te parece extraño que la dueña de todo esto se preocupe por las miserias de un simple operario de taller?

—Pues la verdad es que no, Rafel. Comprendo que te parezca raro, pero es que esta mujer no es como cualquier otra de su clase. No sé, quizás sea por su educación en Suiza o porque su marido también era un patrón diferente al resto, pero solo tienes que comparar las condiciones de trabajo que tenemos nosotros con las de otras fábricas. Pregunta

por el barrio, a ver qué te dicen cuando les preguntas por sus sueldos, o por los horarios de trabajo... Algunas veces, oigo algún comentario entre los compañeros y pienso que muchos no reconocen la suerte que tenemos, somos la excepción en el barrio... en la ciudad, diría yo. ¡A ti, que ni se te ocurra meterte en líos de sindicatos, eh!

—¡Joder, Paco! Ahora me dirás que tampoco tienen razón cuando reclaman sus derechos...

—Claro que tienen razón, pero tenemos que ser prudentes por el bien de nuestras familias y, sobre todo, coherentes. Rafel, he oído algunos comentarios entre dientes de varios compañeros en el taller y, sinceramente, no me gustan. Ese victimismo no es justo. Supongo que responde a una estrategia que les beneficia, eso no te lo niego, pero la verdad es que a los trabajadores de Elizalde se nos trata muy bien. No solo no hay explotación, sino que, además, se preocupan por nuestras condiciones laborales. Tenemos beneficios que otros no tienen y los sueldos son dignos... En fin, que no nos dan motivos para que se haga ningún boicot.

—Bueno, eso lo dices porque tú aún mantienes amistad con don Julio. Os veis de vez en cuando en el cuartel, ¿no?

—Sí, una vez por semana coincidimos allí. Primero, me acerco a La Sagrera para echar un vistazo a los talleres de la Hispano; después, voy al cuartel a reportar informes y, muchas veces, don Julio me acerca con su coche hasta el barrio antes de marcharse a su casa. No te voy a negar que tengo muy buena relación con él, pero eso no tiene nada que ver. Para mí, doña Carmen es la patrona, igual que para los demás. Lo que pasa es que siempre me ha parecido admirable su entereza y valentía. Llevar el peso de una empresa como esta no debe ser tarea fácil, aunque cuente con la ayuda de sus hijos mayores.

—Sí, eso es verdad. Debíó de casarse muy joven, ¿no? Lo digo porque ahora tampoco es tan mayor y ha tenido nueve hijos: los que dirigen la fábrica y las hijas... ¿Tú sabes algo de su vida? Algo te habrá contado Rentería, sois viejos amigos y se nota que confía en ti.

—Bueno, Adelina también se ha enterado de algunas cosas de su vida personal a través de las criadas. Se conocen del barrio y en el mercado ya sabes que las conversaciones sobre los ricos están a la orden del día. Y sí, es verdad, en uno de los trayectos en coche, me contó la historia del matrimonio Elizalde. A él también le había sorprendido que la viuda se quedase al mando de la fábrica, hasta que comprendió que la mujer compartía con su marido el interés por el negocio y su carácter era igualmente emprendedor. Carmen Biada tenía tan solo quince años y acompañaba a sus padres cuando conoció al matrimonio Elizalde, Juan Salvador y Lola. Estos le presentaron a su hijo Arturo, cuatro años mayor que ella. Dicen que aquel joven apuesto ocultaba tras su semblante serio y sus ademanes elegantes una cierta timidez, pero ya sabes cómo son las mujeres. A la muchacha no le pasó desapercibido que el joven se había quedado visiblemente prendado de ella, de la *pubilla* de los Biada. Dos años más tarde, durante una de las frecuentes visitas de Arturo a sus tíos en Barcelona, la madre del joven, Lola Rouvier, falleció en la misma residencia de la calle Valencia que los tíos de Arturo le legarían, años más tarde, junto al resto de su fortuna. En la iglesia de la Concepción de la Ciudad Condal se celebró, después de cinco años de noviazgo, el casorio por todo lo alto de Arturo Elizalde Rouvier. Habían decidido entonces establecer su domicilio en París, en un soberbio palacete que habían hecho construir en el número doce de la avenida Raphael, cerca de Bois de Boulogne. —Al ver la cara de asombro de Rafel, papá puntualizó—: Yo tampoco conozco esa ciudad,

pero don Julio me dijo que se trataba de uno de los distritos más nobles de París. Sin embargo, alternarían sus estancias en Barcelona, puesto que los dos estaban muy unidos a nuestra ciudad. A los lazos familiares que a ella ligaban a la capital catalana se sumaba el recuerdo de Arturo por aquel lugar donde había compartido tantos momentos con su madre y sus queridos tíos, de los que heredaría toda su fortuna.

—Caramba, Paco, sí que sabes cosas de los patronos. Yo no conocía esa historia. La verdad es que la tía Lola suele contar cotilleos de la vaquería durante las comidas, pero tampoco la escucho demasiado. A mí no me interesan esos cuentos de viejas de mercado. Si al menos fuesen algo picantes... ya me entiendes —dijo, guiñándole un ojo—. Anda, líate un cigarro y esperamos lo que tardes en fumártelo, que Eladio está tardando mucho. Si este hombre no sale pronto, tendré que marcharme. Me preocupa verlo tan decaído y me gustaría saber cómo va todo, pero no puedo esperar tanto rato. Ya me lo contaréis mañana. Teresa y sus tíos me esperan en casa y ya sabes cómo es la tía Lola: el que no esté a tiempo en la mesa no cena.

—Me parece bien, pero yo tampoco tardaré en hacer lo mismo. Adelina les estará dando la cena a los niños y quiero jugar un poco con ellos antes de que los acueste. Tú no tienes hijos todavía, Rafel, pero te aseguro que una de las mejores cosas de la vida es disfrutar de los chavales cuando tienen estas edades. Da gusto estar a su lado, te olvidas de todas las preocupaciones —dijo golpeando cariñosamente la espalda de su compañero.

Rafel tenía veinticinco años. Se había casado hacía cuatro meses y no tenía ninguna prisa por aumentar la familia. Había conocido a Teresa, su esposa, en la vaquería de la calle Grassot hacía apenas un año, poco después de que

ella se mudara desde Tarragona para ayudar a sus tíos en el negocio familiar, pues estos no habían tenido hijos. Lola era la hermana mayor de Cinta, la madre de Teresa. De la mano del párroco, había abandonado su pueblo veinte años atrás para servir en casa de una familia de clase alta de Barcelona, propietaria de una fábrica textil. Cuando el cura le propuso mudarse a la capital catalana en lugar de enterrarse para siempre en la colonia textil de los señores Bofarull, Lola no lo dudó ni un instante. Sabía, a través de los familiares de otras muchachas a las que el cura había conducido hasta allí, que las condiciones de vida eran excesivamente duras. Sus padres lograron convencer al artífice de procurar mano de obra barata a los señores de que el palacete de la calle Consejo de Ciento sería una opción más acorde al carácter y las aptitudes de su hija. De modo que, al finalizar las vacaciones de verano de sus nuevos amos, la chica dejó atrás su niñez y parte de su juventud, y se trasladó con ellos a la capital catalana. Se alejó de su familia y de sus amigos, pero también quedó al margen de los pactos del capellán con los capataces de la fábrica. Algunos habían llegado a oídos de Lola y ella no tenía ninguna intención de acatarlos.

Cinco años más tarde, cuando la sirvienta había perdido toda esperanza de formar su propia familia, conoció a Juan. Él era hijo único de un matrimonio de comerciantes del barrio de Gracia. A los pocos meses de frecuentar la vaquería de los padres de Juan, estos cayeron gravemente enfermos de viruela. Como muchos otros aquejados del mismo mal, ambos murieron y Juan se quedó a cargo del negocio.

Gracias a aquella desgracia, Lola pudo dejar atrás sus años de cofia y uniforme y se convirtió en la dueña y señora de su pequeña empresa y de un hogar en el que siempre llevaría la voz cantante. Él, de estatura baja y cuerpo

robusto, cara redonda con facciones amables y unos ojos claros que enfatizaban su aspecto bonachón, se enamoró del empuje y de la determinación de Lola. Ella era también de estatura menuda, aunque delgada, y llevaba siempre el pelo recogido para evitar que sus rebeldes rizos saliesen disparados en todas direcciones. Sus ojos eran del color de las avellanas y tenía la costumbre de arrugar su nariz respingona cuando esbozaba una sonrisa. Juan la llamaba entonces «mi ratita». En cuanto le hizo unos cuantos mimos a los que no estaba acostumbrada, ella se enamoró de su ternura y de su carácter afable y trabajador.

Cuando se casaron tenían casi cuarenta años y sabían que la posibilidad de que tuviesen hijos era remota. «A la pobre Lola se le ha pasado el arroz», de hecho, fue la frase más escuchada al terminar la ceremonia de su boda en la pequeña iglesia de Santo Tomás.

Todas las mañanas acudían juntos a la vaquería de la calle Grassot, cada cual a cumplir con sus tareas. Juan se enfundaba su camisa de cuadros y dejaba los botones del cuello y el pecho desabrochados, para que el aire se colase entre el abundante vello de su torso, y se remangaba hasta los codos. Solía llevar los pantalones de tergal por los tobillos, anudados a la cintura con un cinturón raído, y alpargatas. Miraba con sus ojillos claros y una sonrisa en los labios cómo su esposa se desenvolvía detrás del mostrador. Lola, pizpireta y resolutiva, vestía siempre una bata abotonada desde el cuello hasta las pantorriillas y un pequeño delantal anudado a la cintura con un bolsillo en el que guardaba unas cuantas hojas de papel atadas a un cordel y un lapicero. Allí anotaba los gastos y las deudas pendientes de algunos vecinos. Incansable, revisaba las cuentas una y otra vez, arrugando la narici-lla y forzando una mirada que ya empezaba a necesitar lentes.

—El mayor de mi hermana se casa. Creo que es un buen momento para proponerle algo... llevo un tiempo dándole vueltas.

—No se te escapa nada, Lola, ¿qué es esa idea que te ronda por la cabeza?

—Cuando vaya al pueblo para la boda, le pienso proponer a Cinta traerme a casa a la chica. Teresa ya ha cumplido los veinte y, cuando los recién casados se instalen en casa con mi hermana y mi cuñado, van a ser demasiados. Ellos andan siempre delicados de salud, pero ahora la nueva ya les podrá ayudar en casa y el chico se hará cargo de las tareas del campo.

—¿Crees que la muchacha querrá venir a Barcelona?

—¡Anda, pues claro! Es una chica fuerte, obediente y bonita. Con esas cualidades puede ayudarte a ti con las vacas, vivir en casa con nosotros y atender a la clientela. Teresa es muy trabajadora. Si no viene a echarnos una mano a nosotros, el cura se la llevará a servir a una familia rica o la meterá en la colonia de los Bofarull para que no se salga del rebaño...

—Sí, eso es verdad. Parece que los curas están siempre al servicio de los que más dinero tienen. Siempre en sus casas, siempre lamiéndoles el culo... El que a buen árbol se arrima...

Un par de semanas más tarde, Teresa aparecía en el umbral de la puerta de la vaquería junto a su tía. Llevaba puesto su vestido de los domingos y su único par de zapatos. Un pañuelo anudado por los cuatro extremos colgaba de su mano derecha. En él guardaba una muda de ropa interior, dos delantales de trabajo, un par de alpargatas, una sencilla bata de lunares y una fotografía familiar del día de la boda de su hermano, en la que se veía a su familia al completo. La sonrisa de la recién llegada inundó de cariño al tío Juan. Había llegado la hija que nunca tuvo.

Teresa y Rafel se enamoraron a cada lado del mostrador. Él la miraba cuando se dirigía en silencio hacia el interior del local, donde la esperaban las tres vacas que suministraban leche a las viviendas del entorno. Ella, cinco años más joven que el muchacho pero con la picardía de una hembra que se siente deseada, levantaba intencionadamente sus faldas al sentarse en la banqueta para ordeñar, a sabiendas de que la cortina no tapaba por completo el marco que separaba el almacén de la tienda. Él aguardaba nervioso para ver sus pantorrillas, mientras entretenía a su tía con comentarios banales sobre el funcionamiento de los talleres de la fábrica y la importante labor que desempeñaba allí.

Lola reconoció en él a un buen partido, pues era joven, soltero y con un buen trabajo, y Juan se dio cuenta enseguida de que el muchacho era una buena persona. Bastaba con mirarlo a los ojos para darse cuenta de lo enamorado que estaba de la chica. No dudaron en facilitarle la entrada en casa para que iniciase relaciones con su sobrina. Los jóvenes solían pasear, cogidos de la mano, por el barrio de Gracia. Se miraban a los ojos y desprendían el calor de los enamorados, deseándose a cada paso. Juntos acudían también al cine Chile o al Alaska a bailar, la mayoría de las veces acompañados de otros jóvenes solteros compañeros de trabajo de Rafel.

En el barrio todos se enamoraron de la joven tarraconesa. Tenía un acento peculiar cuando hablaba en catalán y su castellano era tan precario que provocaba las risas de los tenderos del mercado de la Abacería. Se repetían los unos a los otros las ocurrentes invenciones de la muchacha y las traducciones literales que daban lugar a disparatadas expresiones.

—Me voy corriendo a casa, que tengo que parar la mesa.

—¡Muchacha! Será que tienes que poner la mesa... o, si lo quieres decir en catalán: *he de parar taula*.

Teresa, sonrojada, se reía con ellos, tapándose la boca avergonzada pero divertida por la situación. Era hermosa, humilde y simpática. Pronto se hizo muy popular en el barrio y Lola lo reconoció, a su manera...

—¡Mira! Gracias a la buena idea que tuve al darte la oportunidad de labrarte un futuro y escapar de las intenciones del cura del pueblo, al final saldremos todos beneficiados. Cada día vienen más clientes a por leche, nata y mantequilla. Una boca más, pero no hay mal que por bien no venga.

También mi madre, Adelina, hizo amistad con Teresa. Sabía distinguir a las buenas personas y enseguida entabló amistad con la chica. Algunas veces nos confiaba a mis hermanos y a mí a su cuidado. Yo acariciaba su larga melena completamente encandilada por las ondas rubias que le cubrían la espalda, mientras ella se dejaba peinar sin quejarse nunca de los tirones que le daba con mis torpes manitas. Es lo que más recuerdo de ella: su pelo y su sonrisa.

Paco le tenía un cariño especial al joven Rafel y adoptaba una actitud paternalista con el chico. Antes de formalizar su noviazgo, solía sermonearlo, empeñado en reconducirlo hacia una moral cristiana con valores más firmes que los de seducir a las chicas del barrio. Superada la treintena, mi padre era un hombre feliz y orgulloso de la familia que tras muchos esfuerzos había logrado formar y deseaba la misma estabilidad para aquel chico al que consideraba un bala perdida. Empezaron a trabajar en el taller de Elizalde al mismo tiempo, pero papá llegó a los talleres como brigada del ejército del aire en calidad de mecánico de aviación, a diferencia del muchacho, que comenzaba como operario después de cumplir su etapa de aprendiz. Con su título bajo el brazo y la experiencia ganada en la fábrica Hispano

Suiza a su regreso a Barcelona, papá había sido nombrado inspector de fábricas civiles de Barcelona. Aquel currículum y su carácter afable y comprensivo imantaron al inexperto chico, y ambos entablaron una sólida amistad.

Cuando Rafel y Teresa se casaron, mi padre pensó que los discursitos que le daba a su joven compañero, aleccionándolo sobre las buenas costumbres, habían dado sus frutos. «Ahora empiezas una nueva vida, muchacho. Solo te faltaba encontrar a una buena chica que te hiciera sentar la cabeza», le dijo al terminar la ceremonia, golpeándole suavemente la espalda.

Unos meses más tarde, Paco y Adelina esperaban que cualquier día la joven pareja los sorprendiera con la noticia de que iban a aumentar la familia. En casa, solían hablar de sus amigos. En más de una ocasión era tema de conversación en la mesa, durante la comida o la cena. Mi madre decía que Lola podía no ser como una madre para Teresa, pero que estaba segura de que no le faltaría de nada.

—¡Coño, Paco! Eres un padrazo —dijo riendo a carcajadas, mientras colocaba una mano delante de su amigo—. Gracias, pero no, lo de los niños ya son palabras mayores. Teresa y yo estamos bien, alquilaremos un pisito pronto. Vivir con sus tíos es algo provisional y, ahora, lo más importante para mí es encontrar algo en el barrio, que los dos tengamos cerca el trabajo... y a disfrutar del matrimonio. A ver si ahora que tengo una mujer en la cama cada noche no voy a poder disfrutarla con tranquilidad.

—¡Rafel! Desde luego, hijo, mira que llegas a estar obsesionado con el sexo, lo tuyo debe ser una enfermedad... —dijo sin poder evitar que una sonrisa apareciera en su cara.

—Claro, claro... Es que tú no sabes lo que es tener que taparte la boca cada noche y andar de puntillas por la ha-

bitación para no molestar. Por no hablarte del ruido de los muelles de la cama, que...

—¡Vale, Rafel, vale! Me hago una idea —atajó, visiblemente incomodado—. Creo que lo mejor será que nos marchemos ya. Baulenas se habrá entretenido con alguien en el taller o se habrá acercado a los despachos para pedir algún adelanto, ya nos lo contará mañana.

—Bueno, hombre, no te enfades. Desde luego, Paco, no me extraña que en Madrid te llamasen Sargento Polvorilla, no se pueden hacer según qué bromas contigo... Tienes un genio...

Los dos amigos recuperaron la compostura al retomar el hilo de la conversación sobre su compañero y el preocupante estado de salud del pequeño Ricardito. Eladio Baulenas, era el mayor de los tres amigos, había cumplido treinta y siete años, dos más que Paco, el mismo día que nacía el último de sus hijos. Apenas diez meses más tarde, le diagnosticaron al bebé una incipiente tuberculosis y pocas esperanzas de vida.

—Lo siento por Eladio, pero yo tengo que marcharme ya. No puedo hacer esperar más a los niños... ¿Tú te quedas un rato más?

—No, no, ya te digo que no quiero problemas con Lola. Es buena mujer, pero no conviene olvidar que estamos en su casa y son sus normas. Cuando tenga mi propia casa, será otra cosa, y no te puedes imaginar las ganas que tengo. Ya sé que soy muy pesado con el tema, pero...

—¿Y Juan no dice nada?

—¿El bueno del tío Juan? Yo creo que llorará cuando nos marchemos —dijo soltando una carcajada— o se vendrá con nosotros... No me malinterpretes: él la quiere mucho, pero es que Lola no es precisamente una mujer dulce. Siempre pendiente del negocio, de los cuartos, de que no falte de nada en casa ni en la vaquería... Teresa

la defiende, dice que su tía se encontró con cuatro vacas enfermas cuando se casó con Juan y al poco tiempo una murió, pero las otras tres remontaron y enseguida empezaron a dar la mejor leche de Gracia y parte del Ensanche. Le hizo encalar las paredes de la tienda a su marido y comprar una caja registradora en vez de guardar el dinero en el cajón del mostrador de madera, que siempre se encallaba. Limpió de arriba abajo todo el local y renovó toda la paja de los animales...

—¡Hombre, Rafel! Todos conocemos a Lola. Tiene muchas virtudes: es trabajadora, limpia, agradable...

—¡No me jodas, Paco! Agradable solo es con las vacas, que parece que son de su familia. Lo demás no te lo niego, pero agradable...

Los dos se marcharon riendo del bar. Casi habían olvidado la preocupación por su amigo. Ambos levantaron un brazo, despidiéndose de la Chata al salir a la calle. Paco giró hacia un lado y caminó acelerando el paso para cruzar el paseo y seguir recto hasta la calle Cerdeña. Rafel llegaría antes por el lado contrario, agilizando la marcha hasta la calle Bailén.

Muchos vecinos se acuerdan de Teresa de la vaquería. No quedan demasiados de los que la conocieron, pero, aunque sea de oídas, todos en el barrio han oído hablar de ella. No sé si encontraré alguna fotografía de los tres amigos con sus esposas... Tendré que pedirle ayuda a Armando.

IV

Eran las once de la mañana del jueves 18 de octubre de 1935. La actividad en la factoría Elizalde se paralizó durante quince minutos de receso, que sus trabajadores aprovecharon para devorar sus bocadillos, liar un pitillo y fumárselo mientras charlaban con algún compañero de su sección. Rodeando el antiguo edificio colonial situado frente al paseo de García Hernández entre las calles Córcega y Rosellón, en el centro de las instalaciones, se encontraban las naves donde se ubicaba el corazón de la fábrica. Los talleres olían a grasa. Entre hierro, acero, prensas y maquinaria diversa, una actividad frenética culminaba la labor proyectada en los departamentos de diseño, delineación y, antes, en los despachos de la dirección de la empresa. Como eslabón de una larga cadena, cada operario era consciente de la importancia de su función. Todos los que trabajaron allí y con los que alguna vez tuve la oportunidad de hablar recordaban que el compañerismo se respiraba en todo el edificio, y pocos eran los casos que rompían la armonía que reinaba en el ambiente. Las antipatías personales y algunas rencillas aumentaron en aquella época,

pero no solían ir más allá de un roce que terminaba con un mal gesto o la indiferencia. Sin embargo, los tiempos eran difíciles y la condición humana, imprevisible.

—¿Sabes algo de Baulenas? Estoy preocupado. Me parece raro que tardase tanto en salir ayer de la fábrica.

—¡Qué va, Paco! A mí tampoco me gusta nada este silencio... Que desaparezca así...

Rafel se limpiaba con un trapo las manchas negras y pegajosas de las manos. Mientras escudriñaba los restos de suciedad entre sus dedos, se acercó a su compañero. El joven se revisó uno a uno sus dedos comprobando que ya estaban suficientemente limpios. Sacó un pequeño peine del bolsillo de su pantalón y se lo pasó por la cabeza: primero, hacia un lado y, después, hacia el otro de la perfecta línea recta que separaba su espesa pelambrera. Incapaz de disimular su impaciencia, apartaba hacia atrás un mechón de pelo que le caía sobre la frente, aplastándolo una y otra vez al peinarse.

—No quiero ponerme nervioso, Paco —dijo bajando la voz. El asunto era de extrema gravedad y ninguno de los dos quería que los rumores se extendieran por toda la fábrica, eran conscientes del peligro que corría su amigo de convertirse en un apestado—, pero no ha pasado por la Chata esta mañana y Sisquet me ha dicho que tampoco se ha acercado al quiosco a ojearle los periódicos sin comprar ninguno, como es su costumbre. Él también lo esperaba para preguntarle cómo sigue el crío.

Estaban sentados en el pedestal de madera que sostenía la prensa hidráulica en la que ambos trabajaban aquella mañana. Paco Peret había empezado a liarse un cigarrillo cuando vio entrar al tercero del grupo. «¡Miral! Por ahí viene... ¡Uff! Lo veo muy serio. Y esas ojeras...». Esperaron pacientemente a que fuese el afectado quien les diese explicaciones, pero Baulenas, con ojos llorosos, tan

solo movió las manos ante ellos con un gesto que dejaba entrever que las cosas no iban bien.

Los tres amigos solían salir juntos del trabajo y coincidían en un tramo del trayecto hacia sus casas.

—¿Nos vamos, Paco?

—Claro, Eladio, me aseo un poco y vamos a comer. ¿Cómo estás?

—Mal, chico, mal. Para qué te voy a decir otra cosa. Remedios también se ha contagiado. De hecho, lo más probable es que fuese ella la que infectase al bebé al darle de mamar y ahora la niña, con tres años, empieza a toser cada vez más... —dejó de hablar en cuanto las lágrimas inundaron sus ojos. Movi6 una mano para indicarle que esperaría fuera, se tapó el rostro con un pañuelo para disimular su desconsuelo y se marchó.

Rafel los observaba mientras recogía los cigüñales y reservaba algunos tornillos en las cajas para continuar con su trabajo esa misma tarde. Dejó con prisas el material junto a la máquina y se acercó al grupo justo cuando Baulenas lo abandonaba para salir del recinto.

—¿Qué pasa? ¡Decidme, coño! Me tenéis en un sinvivir.

—Hijo, tienes que ser un poco más paciente. Estas cosas son muy delicadas, no olvides que somos sesenta en el taller. El personal entra y sale continuamente... ¡No seas irresponsable, hombre! —Intentando restar gravedad a su tono de voz, continuó—: Perdona, Rafel, ya sé que solo quieres ayudar, pero tenemos que respetarlo y dejar que sea él mismo el que nos cuente lo que quiera cuando lo crea oportuno.

—Vale, ya lo entiendo, pero ¿qué cojones te ha dicho? Me ha parecido verlo llorar. ¿Está peor el crío?

Paco comenzó a caminar hacia la salida, invitando a su compañero a que lo siguiera.

—Ahora nos lo contará. ¡Vamos, date prisa!

Ambos salieron al encuentro de su amigo y, tras apretar el paso por el paseo, lo alcanzaron justo al girar la esquina con la calle Córcega.

Ninguno de los tres había reparado hasta aquel momento en lo tranquilo que se veía el paseo de García Hernández aquella mañana. El sol brillaba con todo su esplendor como si de un día de agosto se tratase y las temperaturas, que ya empezaban a anunciar la inminente llegada del otoño, eran todavía suaves. Eladio Baulenas tuvo esa percepción al respirar profundamente antes de maldecir por su mala suerte, en el mismo instante que Rafel, impaciente, lo agarraba del brazo y con sus pequeños ojos vidriosos, negros y punzantes como dos puñaladas, lo asediaba en busca de respuestas.

—¡Mierda! Soy un desgraciado. Ni siquiera ha llegado el invierno y ya tengo a media familia tísica —esputó el hombre, asqueado de la vida, respondiendo así a la mirada interrogante del joven Rafel, que buscó en Paco Peret alguna objeción o palabra de consuelo, una apelación al dios en el que tanto creía y al que acudía cuando algo le preocupaba. Los dos amigos buscaron en la serenidad del brigada alguna sugerencia, alguna posible solución, algo tangible a lo que anudar sus esperanzas.

Paco, unos pasos detrás de él, esperaba respetuoso, conteniendo su impaciencia. Aquel día debía pasar por el cuartel a entregar algunos informes, por lo que vestía uniformado, como siempre que sus obligaciones castrenses lo requerían. Con aire distraído se sacudía unas motas de polvo casi imperceptibles del faldón de su guerrera militar. Algunas horas después le confesó a mi madre que en su fuero interno esperaba que, al menos, sus rezos hubiesen servido para consolar a su amigo de la tragedia que estaba viviendo. No sabía qué otra cosa decir para ayudarlo.

Eladio Baulenas era un hombre tímido. Llamaba la atención porque no era frecuente ver a hombres con un aspecto como el suyo, del que destacaba su gran estatura, encumbrada por un rostro anguloso. Resultaba bien parecido gracias al verde intenso de sus ojos, a una nariz perfectamente perfilada y a su abundante y ondulado cabello rubio. Sin embargo, si no recuerdo mal lo que mamá me contaba, el atractivo de su porte contrastaba con un carácter apocado a juego con el tono de piel blanquecino que le provocaba, en ocasiones, un aspecto enfermizo. Aquello le devolvía la vulgaridad de un tipo corriente, lejos de la atracción que podía causar en la primera impresión. Al menos, eso era lo que sobre él comentaban las amigas de mi madre. Pese a su apariencia, Eladio gozaba de buena salud y era Remedios, su esposa, la que solía combinar sus estancias en el hospital a fuerza de alternar embarazos y catarros mal curados.

—Ricardito está mal, muy mal. Remedios le ha contagiado la enfermedad. Ella se encuentra muy débil, parece el rostro de la muerte. No se perdona el perjuicio que le ha causado al bebé. Le dio la vida y, cuando intentaba alimentarlo, casi se la quita. ¿Hay consuelo para eso, Paco? ¿Dónde está Dios ahora? ¿Qué hemos hecho nosotros para que se cebe así contra nuestra familia? —preguntó desesperado, al tiempo que empezaba a llorar, ocultando su cara con ambas manos—. Las toses suenan continuamente en casa —siguió contando entre sollozos, incapaz de reprimirse—. Ahora también Merceditas, mi pequeña, tiene ataques cada vez más fuertes.

Paco lo sujetó por el brazo y se lo llevó en dirección contraria a sus casas. Levantó el otro brazo y, con la mano, le indicó a Rafael que los siguiera. Caminaron varias calles en silencio. Cuando llegaron al cruce con la avenida del 14 de abril, Eladio ya no podía retener las

lágrimas. Paco se acercó a él y le dio unos ligeros golpes en la espalda.

—Vamos, vamos, Eladio, no te hundas.

Siguieron andando juntos, ya a paso ligero, hasta llegar a la plaza de Hermenegildo Giner de los Ríos, tres travesías más abajo. Los tres se sentaron en uno de los bancos. Las palomas se les acercaban sigilosamente, en busca de migajas de pan. Rafael levantó una pierna con rabia, pataleando al aire para espantarlas, y miró a su alrededor, comprobando que estaban lejos de las miradas de los vecinos del barrio y compañeros de trabajo. Algo más calmado, Eladio respiró hondo y siguió informando a sus amigos:

—Esto va muy rápido. El doctor no sabe darme soluciones, especialmente para el pequeño, que no tiene apenas fuerzas para tomar leche. Acudí a un ama de cría, amiga de Remedios. Sabemos que la muchacha ha trabajado en dos ocasiones anteriores en casa de unos señores del Putxet y es de confianza, pero nada, el bebé no se repone, está muy malito, el pobre... La única esperanza, no sé... ¡Bah! Quizás tengas razón y solo me quede rezar, Paco.

—A ver, ¿qué ibas a decir? Dime, ¿cuál es esa única esperanza? —se interesó el militar.

—Ayer se acercó al taller doña Carmen. —Rafel y Paco se miraron sorprendidos y el segundo, muy serio, colocó el dedo índice frente al joven a modo de amenaza, censurándolo con el gesto en cuanto abrió la boca para interrumpir a Baulenas—. Me dijo que quería saludarme, interesarse por el estado de salud del niño. Al parecer, Eulalia, la secretaria de don Julio, le había hablado de su enfermedad. —Hizo un pequeño inciso, como si su mente regresara por un momento a la rutina anterior a su desgracia, en un intento de evasión—. No sabía yo que esta mujer estaba al corriente de los casorios y nacimientos de sus trabajadores... ni de sus necesidades. ¿Vosotros sa-

bíais algo? —les preguntó a los dos hombres, que lo miraban asombrados.

—Yo sé que doña Carmen es una mujer fuera de lo común. No solo porque sea la dueña de la fábrica y quiera trabajar en ella, ni porque sea muy culta y tenga mucho dinero...

Rafel y Eladio no esperaban esa respuesta de Paco. Estaba claro que su amigo tenía, desde hacía tiempo, cierta información que a ellos les había pasado inadvertida. La condición de militar de Paco lo diferenciaba de sus compañeros de taller, así que ninguno de los dos se extrañaba cuando su discreto amigo los sorprendía con algún comentario sobre las intimidades de la factoría.

Papá se dio cuenta de la cara de asombro de sus colegas y quiso explicarles algunos detalles de la relación que le unía a don Julio, a quien había conocido en Madrid durante su etapa de estudiante de mecánica y cómo coincidió con él por casualidad años más tarde y este le ofreció la posibilidad de interceder por él en el Ejército del Aire para que lo destinasen a los talleres de Elizalde, después de cumplir su cometido en Hispano Suiza. Entonces le pareció que se había cumplido su sueño: trabajar en algo que le apasionaba, cerca de casa y de su familia, y en un ambiente inmejorable. Fue durante aquel encuentro cuando su superior le habló de doña Carmen. «Una mujer excepcional», le había dicho textualmente Rentería aquella tarde, mientras tomaban café en el Alaska, y él no había dudado de su sinceridad. Era la segunda vez que le hacía ese ofrecimiento y, tras instalarse en Barcelona definitivamente, le pareció que había llegado el momento de aceptarlo. Entonces no dijo nada en casa. Pensó que a un hombre tan ocupado como don Julio algo así podía olvidársele fácilmente o perderse entre sus muchas preocupaciones. Esperó paciente, como era su costumbre, trabajando con ahínco y sin escatimar

esfuerzos, hasta que un día le comunicaron su nuevo destino. Cuando se incorporó a los talleres de Elizalde, el primer día de trabajo, le impresionó encontrar a doña Carmen junto a don Julio al pie de las escaleras del imponente pero confortable edificio antiguo que encabezaba las naves de producción de la empresa aeronáutica más destacada del país. Se presentó, intentando resultar educado y cordial, ante la figura de aquella señora de porte aristocrático. Escuchó a su superior y antiguo profesor darle la bienvenida «a una casa de moral cristiana, en la que estoy seguro compartirá usted con nosotros, querido Francisco, infinidad de buenos momentos y obtendrá muchas satisfacciones, tanto a nivel personal como profesional».

—Después, los dos nos quedamos solos y él me contó cómo la señora había decidido escoger el camino más difícil: continuar con la labor de su marido en la empresa, incluso cambiando el tipo de producción, dejando el sector del automóvil para dedicarse de pleno al aeronáutico... Pero eso no es todo —continuó explicándoles—. Comparto con ella mis creencias y os aseguro que no se limita a ir a misa los domingos. Sé también que, junto a su hija María, visita a los más necesitados y les presta asistencia, ayudándolos en lo que está en su mano. Creó el economato pensando en las familias de los trabajadores con pocos recursos y nos facilita asistencia médica. Tú lo sabes, Eladio... habrá ido a tu casa varias veces en estos últimos tiempos, ¿no?

—Sí. Por eso os digo que quizá sea una esperanza. El médico ya no puede ayudarnos más, pero doña Carmen me dijo que hablaría con él y haría un par de consultas. No sé, estuvo un poco misteriosa, pero noté que se preocupaba por mi situación. A ver si pronto tengo noticias y empiezo a ver algo de luz en el horizonte, porque ahora solo tengo ganas de meter la cabeza en un torno.

—¡Quita, hombre! No sabes la que liarías en el taller, la de sangre que tendría yo que fregar —dijo Rafel bromeando, intentando animar a su compañero.

Los tres se levantaron al unísono, dieron media vuelta y volvieron al barrio disfrutando del primer sol de la tarde, que anunciaba que el receso había terminado. Aquel día no tuvieron tiempo de ir a comer con sus familias, pero no les importó. Hacer compañía a Baulenas era mucho más importante en aquel momento.

Esa misma tarde, al llegar a casa después de terminar su jornada laboral, Paco compartiría con Adelina su preocupación por el drama que estaban viviendo en el hogar de su amigo. Su esposa lo escuchó con lágrimas en los ojos. Recordaron juntos al pequeño Salvador, el bebé que tuvieron en 1929 y que murió al poco tiempo de nacer. Lo dejaron enterrado en Madrid, como quien deja un pedazo de sí mismo en una tierra lejana. Después de cenar, se acercaron sigilosos a los cuartos de sus hijos para verlos dormir plácidamente. Los dos se agacharon para besarles de nuevo en la mejilla y esperaron en silencio durante un rato en el umbral de la puerta, antes de volver al comedor. La respiración acompasada de las tres criaturas los ayudó a reconocerse como seres afortunados. Juntos rezaron para que nada ni nadie pudiese causarles nunca ningún mal. Eran tan felices y se querían tanto que tan solo la desgracia de alguien cercano parecía bajarlos del limbo en el que habían construido su paraíso terrenal.

Que al día siguiente vieran aparecer a Eulalia por el taller presagiaba que las noticias serían buenas para Eladio.

—¡Baulenas! ¡Baulenas! —gritaba para vencer el ruido de las máquinas—. ¡Eladio Baulenas! —repitió, tocándolo en el hombro—. Tiene que subir un momento al despacho

de doña Carmen. Acaba de llegar don Julio, dice que ella está en camino y quiere hablar urgentemente con usted para un tema de su interés. ¿Sabe dónde es? —preguntó, y continuó hablando, sin esperar respuesta—: Segunda puerta del pasillo del primer piso del edificio central —dijo a modo de cantinela coreada por el resto de trabajadores, provocando que la muchacha se ruborizase.

«... pasillo del primer piso del edificio central». Rafael incluso movía la cadera mientras sus compañeros coreaban las palabras de Eulalia. Los jóvenes reían mientras miraban su trasero alejarse a paso acelerado tras la burla.

Paco empujó levemente a su compañero, animándolo a acudir a la cita lo antes posible.

—Venga, venga no te entretengas, no les hagas esperar. —Eladio lo miró acobardado desde el umbral de la puerta—. ¡Suerte! —dijo como despedida, vocalizando sin que apenas saliera un hilo de voz de su garganta

Cuando regresó al cabo de media hora, Baulenas tenía otra cara. Parecía aliviado, pero no conseguía concentrarse en el trabajo. Paco le aconsejó que tomase un descanso para fumar un cigarro, mientras él terminaba la tarea de los dos. Para Eladio, era demasiada información la que tenía que asimilar en tan poco tiempo, pero sentía que le acababan de abrir una ventana y el aire fresco recorría su cerebro. Cada uno de los pasillos por los que se filtraba el frío en su cabeza abría la posibilidad de que su mujer, su hija y su bebé recuperasen la salud y, por pequeña o hipotética que fuese, él se aferraría a esa esperanza como lo hacían entre ellas las soldaduras de los hierros con los que cada día trabajaba y que miraba hipnotizado. Esquivando las miradas que Rafael acompañaba ansioso de un leve movimiento de cabeza, preguntando si había alguna novedad, sonó el timbre que anunciaba el fin de la jornada. Los tres amigos acordaron

encontrarse a la salida para tomar un vino en el bar de la Chata.

Se lavaron por separado, charlando con otros compañeros sobre el último estreno en el cine Chile y los bailes que esperaban al día siguiente en el Alaska. Minutos más tarde, los tres se encontraban en pie en la taberna, esperando que les sirvieran. Rafel se liaba un cigarrillo mientras Paco encendía el suyo. Baulenas levantó la mano y llamó la atención de la dueña del establecimiento, que en ese momento recogía vasos vacíos y pasaba un paño húmedo por la barra.

—¿Qué les pongo a los tres mosqueteros? —preguntó la mujer de cuerpecillo redondeado y poco más de metro y medio de estatura que los recibía siempre con buen humor y alguna broma que les arrancaba una sonrisa cuando entraban en el bar.

Cándida Vidal, popularmente conocida como la Chata, era lo que solía llamarse una mujer de armas tomar. Llevaba prácticamente sola el peso del negocio, puesto que Simón, su marido, era demasiado aficionado a la botella y sus tareas detrás de la barra se limitaban a llenar las fresqueras con algunos fiambres para los bocadillos y recoger los envases vacíos de gaseosa, colocarlos en sus cajas y cargar con ellas hasta la trastienda. La pareja heredó el bar de los padres de la Chata, que ejercía de patrona como nadie. La única hija de los propietarios servía en la barra desde jovencita y acabó casándose con uno de los parroquianos habituales. Al padre de la Chata le pareció un precio justo por las consumiciones que Simón acumulaba hasta esa fecha, sin contar con que al cabo de un tiempo la pareja acabaría enamorándose hasta el punto de lograr que su yerno renegase de su afición a la bebida. El bar tenía mucha clientela, pues su ubicación en la calle Córcega, entre el paseo y la calle Bailén, a pocos metros de la entrada principal de

la fábrica y justo enfrente de las naves de los talleres, la convertía en visita obligada de los trabajadores, ya fuese a la hora del almuerzo, como preludio al turno de tarde o al final del día.

Los tres mecánicos solían ir a tomar un café de achicoria antes del turno de tarde. Solamente se reunían allí a última hora en casos excepcionales. Aquel día era uno de ellos.

—Pon tres vinos, Chata. Os cuento lo que me ha dicho, tomo el vino y me marcho pitando, no puedo dejar a la vecina con Remedios y los niños mucho tiempo más. La verdad es que la gente se está portando muy bien. —Eladio añadió la última frase mirando al suelo, como si se avergonzase de la situación que estaba viviendo.

—Vamos, vamos, no te vengas abajo ahora. Cuando has entrado en el taller tenías otra cara. Dime, ¿tienes buenas noticias?

—Pues mira, Paco, la verdad es que creo que sí, que hay una esperanza que llega de la mano de doña Carmen, pero no he entendido todo lo que me decía. No sé bien qué hacer ahora. Lo que sí tengo claro es que ella me quiere ayudar, eso es muy importante y ¿quién sabe? Puede que funcione.

—¿Qué no la entendías? ¡Pero tú eres tonto, coño! ¡Baulenas! ¿Por qué no le preguntabas lo que no entendías? —asedió nervioso Rafel, mientras un rebelde mechón de pelo le caía sobre las cejas.

—Porque me daba vergüenza, ¡hala! Ya lo he dicho, ¿contento? Qué quieres que te diga, yo no fui al colegio, aprendí a trabajar de mecánico desde chico en el taller de Estación Balmes, mi padre trabajó también allí y me dejaban mirar porque él era viudo y no sabía dónde dejarme... —continuó bajando la cabeza mientras, jugueteando, comenzó a empujar con el pie las colillas acumuladas en el suelo.

—¡Tres chatos de vino! Y no quiero juegos de palabras —dijo la Chata al servirles, antes de retirarse y atender a los hombres que iban entrando en el local—. ¡Venga! ¿Qué más pongo por aquí? ¡Que no tengo todo el día!

Paco levantó su vaso, invitando a sus amigos a imitarlo, y los tres brindaron con suavidad, sin alegría, para retomar al instante el hilo de la conversación, esta vez con la intervención de Paco y su habitual tono calmado.

—A ver, Eladio, explícanos con calma qué fue lo que la señora te dijo y entre todos intentaremos entenderlo. Si hay alguna posibilidad para tu familia, no te quepa duda de que te ayudaremos y, si hay que subir a preguntar, pues yo mismo subo y pregunto. ¡Así de fácil!

Tranquilizado por esas palabras, Eladio relató la reunión ante la interrogante mirada de sus compañeros, que acercaban de vez en cuando la oreja para no perder detalle.

—La señora ha sido muy atenta conmigo. Primero me ha recibido y casi me ha obligado a sentarme. Yo no quería hacerlo porque tenía el pantalón y la camisa llenos de grasa, pero ella ha insistido en que no podía quedarme allí plantado, de pie, frente a su mesa... amenazándome con levantarse ella también para ponerse a mi lado. No he podido evitar sonreír y me ha convencido. —Los dos amigos cruzaron sus miradas sonriendo, pero no interrumpieron a Eladio.

—Bueno, ¿lo ve? Eso está mejor, Baulenas. Pero, hombre, ¿cómo vamos a hablar de algo tan importante y usted ahí, de pie, como si estuviese oyendo una regañina de la maestra? No, hombre, no. Mire, yo le he llamado porque, tal y como le dije el otro día, he estado haciendo algunas averiguaciones —le explicó doña Carmen—. También he hablado con el médico que los asiste y me ha puesto al corriente de las afecciones de su esposa y sus dos pequeños...

Porque ahora ya son dos de sus cuatro hijos los que han enfermado, ¿no es así? —preguntó sin esperar respuesta y mirando fijamente a los ojos de Eladio, que empezaban a llenarse de agua, mientras asentía en silencio—. No sé cómo ha podido avanzar tanto la enfermedad en su casa. Lo que tienen se llama tosferina y, desgraciadamente, ha sido causa de mortalidad durante muchos años en nuestro país. Comentando el tema con un buen amigo mío y prestigioso epidemiólogo, el doctor Alexandre Frias i Roig, ¿ha oído hablar de él? —De nuevo, no esperó respuesta y continuó hablando—: Bueno, no importa. Verá, él es un reconocido médico pediatra que hace un tiempo fundó en Reus, su ciudad natal, el Instituto de Puericultura, donde se encuentra La Gota de leche, en Barcelona también hay una, ¿lo sabía? —Al decir aquel nombre, Eladio saltó del asiento como un resorte. Señaló con el dedo índice a la señora de una forma instintiva y sonrió un instante al oír algo que, por fin, le sonaba.

—¡Sí, señora! Eso sí lo conozco. El doctor me habló de ese sitio y allí fui sin pensarlo dos veces en busca de ayuda. Es el hospital de niños pobres, en la calle Consejo de Ciento —dijo animado, levantando el brazo para indicar la dirección—. Me dijeron que no tenían plazas para ingresar a Ricardo y Remedios no quiso quedarse. La niña todavía no estaba enferma. Nos dieron algunas medicinas y leche en polvo para el bebé, después de lavarlo y atenderlo. Esto fue la semana pasada, pero el crío ya casi no comía y mi mujer prefirió volver a darle el pecho.

Doña Carmen lo escuchó en silencio. Su cara había adoptado el semblante autoritario con el que gobernaba su casa y la empresa y, cuando volvió a tomar la palabra, el tono de su voz dejó claro que no aceptaría réplica alguna.

—Le voy a decir lo que vamos a hacer. Vamos a curar a su familia. Para lograrlo, usted tiene que seguir mis indi-

caciones. No sé si sabe que desde mil novecientos treinta y dos se crearon en todos los Institutos de Higiene de la Sección de Higiene Infantil, que dependen de la Inspección general de Instituciones Sanitarias... —Mientras hablaba, la mujer se daba cuenta de la ignorancia sobre el tema de su interlocutor, pero aun así continuó informándole—. Bien, pues se crearon los Institutos Provinciales de Higiene, que cuentan con higiene prenatal, de lactantes y escolar. Todas estas iniciativas respondían al desarrollo de políticas de salud, encaminadas a la colectivización de la asistencia médica para primar la voluntad de prevención y la necesidad de coordinación sanitaria... En fin, no quiero aburrirle con datos innecesarios, así que iré al grano. Mi amigo, el doctor Frías, acogerá a su mujer y a sus dos hijos enfermos en su institución. Deberán trasladarse lo antes posible. Yo les proporcionaré un vehículo y mi chofer los llevará allí. Usted podrá visitarlos los fines de semana. Eso sí, tendrá que procurarse un lugar donde alojarse durante sus visitas —continuó, mientras el hombre, con los ojos abiertos como platos, afirmaba con la cabeza—. Es esencial que mañana, sábado, a primera hora, tengan todo dispuesto para el viaje. No hará falta que se lleven más de una muda. Allí les proporcionarán los alimentos, la ropa y el calzado necesarios durante lo que dure su estancia. La información que me han facilitado... Se lo digo para su tranquilidad... Parte de los estudios epidemiológicos del doctor, una eminencia, créame. La base de su recuperación parte de una buena alimentación, de mejoras en la higiene y del buen clima. Por eso, la pequeña población de Reus es una de las que tiene menor incidencia de enfermedades infecciosas de Tarragona y, a su vez, del país —concluyó su discurso ante un estupefacto Eladio, que no atinaba a levantarse y darle la mano al mismo tiempo para agradecer todo el bien que, intuía, representaba lo que aquella mujer le estaba ofreciendo.

—Y eso es lo que me ha sucedido en el despacho... ¿Os lo podéis creer? —preguntó con expresión de sorpresa a sus dos amigos—. Yo no sabía cómo agradecerle que se preocupara tanto por mi familia. Antes de marcharme se lo dije, estaba a punto de cerrar la puerta y caí en la cuenta... ¿Cómo podré pagarle todo lo que está haciendo por nosotros?

—¿Qué respondió ella, Baulenas? —preguntó expectante Rafel.

—No creo que le haya pedido nada, ¿verdad, Eladio? —contestó Paco, tomando la palabra de su compañero Baulenas, mientras él corroboraba su respuesta negando con la cabeza y levantando ambas manos hacia los lados—. Bueno, pues entonces a casa. Tienes que contárselo todo a Remedios, preparar un hatillo con cuatro cosas y mañana, marchando a Reus... a recuperarse.

—Al margen de los comentarios sobre el médico ese tan reconocido, el amigo de doña Carmen, y lo de las instituciones esas, ¿qué te preocupa, Eladio? Parece que todavía tienes dudas —continuó interrogando Rafel.

—No sé, después de que me facilite tanto las cosas, Remedios y los niños pueden curarse y eso es lo único que importa, pero ¿dónde vamos a meternos los dos mayores y yo los fines de semana cuando los visitemos? ¿Cómo vamos a ir a Reus cada semana? —preguntó, preocupado—. Ya sabéis que nuestra semana no da para muchos extras y yo no tengo ahorros... con cuatro hijos.

—Creo que yo puedo ayudarte con el tema del alojamiento. Déjame que hable con Teresa esta noche y mañana, cuando vuelvas de Reus, pásate por casa, por muy tarde que sea. —Ante la cara de sorpresa de sus dos amigos, Rafel continuó— ... ¡Coño! Que mi Teresa es de Tarragona

y eso está cerca. Le diré que hable con sus padres y que os dejen una habitación para que los chicos y tú podáis dormir los fines de semana. Eso sí, un poco apretados estaréis. — Animado, siguió con su verborrea, sonriendo —: A cambio, tendrás que contarme con pelos y señales cómo es eso de viajar en un Elizalde. Me han dicho que, cuando van con su coche al Liceo, ocupa casi toda la calle.

Baulenas se despidió de Rafel y Paco dándoles un fuerte abrazo. Emocionado, no pudo evitar derramar algunas lágrimas. Despidiéndose en la puerta del bar, les llegaban las voces de los cuatro parroquianos que quedaban dentro, celebrando su solitaria soltería en connivencia con la llegada del fin de semana, brindando al unísono, cantando, sin prestar atención a lo que pasaba a su alrededor y rogándole a la Chata que les sirviera el último vino antes de cerrar.

A la mañana siguiente, apenas pasadas las seis de la mañana, Eladio dejó a sus dos hijos mayores, de diez y doce años, en casa de Montserrat, la vecina que los había visto nacer. Diez minutos más tarde, subía a bordo de un magnífico Elizalde 48 negro, impecable, cargaba a su pequeña Merceditas en brazos mientras Ramón, el chofer de doña Carmen, dejaba su gorra de plato sobre el asiento para abrir una de las puertas traseras y ayudar a montar a Remedios, que sostenía al bebé envuelto en una pequeña manta que le tapaba hasta los ojos.

—¡¡Eladio!!

Todos se giraron al oír el grito de Paco, que se acercaba corriendo, casi sin aliento y mirando a su alrededor, temiendo que su voz hubiese despertado a los vecinos.

—¡Buenos días, familia! ¡Uff! Dejad que recupere el aire, antes de nada —saludó, acercándose al automóvil—. Solo he venido a despedirme y a deciros algo importante. Ayer te vi tan preocupado, Eladio...

Supongo que papá necesitó hacer una pausa para tomar varias bocanadas de aire. Debió de haber llegado exhausto, después de la carrera desde nuestra casa. Se sentía siempre tan feliz cuando estaba en sus manos ayudar a alguien... Cuando, media hora más tarde, llegó a casa y nos contó la escena que había presenciado y las caras de alivio del matrimonio Baulenas al recibir las noticias, mamá y él casi lloraban de la emoción. Realmente, hicieron por ellos cuanto pudieron.

—Me acerqué a la centralita y llamé a un compañero de estudios de Cuatro Vientos —contaba—, que está destinado en el aeródromo de Reus. Viene cada semana en busca de piezas para reparar motores, entre otras cosas... Ya está todo arreglado, no le importa llevaros a los chavales y a ti en el camión. Hablaré con su superior y, si hace falta, le pediré a don Julio que interceda a nuestro favor. Te lo contaré todo con más detalle cuando vuelvas, pero no quería que os marchaseis a Reus sin daros la buena noticia. ¡Ah! Se me olvidaba, también Adelina quiere echaros una mano —dijo dirigiéndose a Remedios—. No te preocupes por los chicos mayores y Eladio mientras no estés en casa, ella misma les traerá comida preparada de casa y se encargará de que no les falte ropa limpia y planchada.

Ramón ocupó su puesto al mando del volante. Les esperaban más de seis horas de viaje. La tarde anterior había preparado el itinerario y sabía que había tramos, como el de las costas del Garraf, que le obligarían a reducir la velocidad. Además, viajar con tres personas enfermas le obligaría a parar en más de una ocasión, así que debía emprender la marcha cuanto antes y concentrarse al máximo en la carretera. Volvió a colocarse la gorra, tensó la columna vertebral y se acomodó en el asiento. Al instante recuperó la formalidad propia de su oficio de chofer y perdió la sonrisa que minutos antes había aparecido en su rostro

al ver la camaradería de los dos amigos. Remedios y Eladio rompieron a llorar, mezclando los nervios del viaje, la incertidumbre de su destino y el agradecimiento a la gente que tanto los estaba ayudando a superar el trago más difícil de sus vidas.

—Nunca olvidaré lo que habéis hecho por mí —dijo Eladio Baulenas al despedirse de su gran amigo Francisco Peret, aquella mañana del sábado 20 de octubre de 1935.

V

La mañana del 15 de julio de 1936 el sol no era lo único que estaba entelado en la Ciudad Condal. La llegada de los cerca de seis mil atletas desde veintitrés países distintos para participar en la Olimpiada Popular, también conocida como Juegos Obreros, contrastaba con la agitación que reinaba en las calles a causa de las detenciones efectuadas por la policía de varios oficiales de la guarnición barcelonesa de militares, implicados en la conspiración previa al comienzo de la sublevación.

Pese a la aparente tranquilidad que se vivía en el barrio, cada vez más rumores se solapaban a la rutina vecinal. Era una calma falsa que todos mantenían por miedo a que su pequeño mundo se derrumbase como un castillo de naipes. La violencia que en los últimos tiempos se evidenciaba a pie de calle amenazaba la estabilidad de la vida cotidiana. Nadie quería admitir que tenía miedo, porque el miedo era la sensación de rechazo a lo desconocido, pero el temor estaba presente ya en cada rincón del barrio, en cada tienda, en cada casa. Se comentaban los altercados a escondidas, nadie quería significarse en público y las

conversaciones sobre política se limitaban al entorno familiar, con las persianas bajadas y en voz baja. No obstante, la música de fondo de los continuos bisbiseos se refería a los sacerdotes a los que algunos grupos armados les habían dado el paseo tras los asaltos a cuarteles de las fuerzas de seguridad. Algunos obispos habían conseguido escapar o permanecían escondidos en domicilios de familiares y amigos y, por supuesto, la quema de conventos e iglesias se sucedía por toda la ciudad.

Bajo la iglesia de Les Saleses, en la confluencia del paseo de la República con la calle Valencia, se habían encontrado ataúdes con esqueletos de bebés enterrados entre los pasadizos que llegaban hasta los cimientos del convento de las Dominicas, tres calles más arriba. Los huesos de aquellos cadáveres se exhibían para mayor vergüenza de los religiosos mientras eran sometidos a humillaciones públicas. Quedaba al descubierto la hipocresía de aquellos que con mano dura aplicaban lecciones de moral sin concesiones para los más débiles.

Para muchos, como Sisquet, aquel era el precio justo que los religiosos estaban pagando tras años de posicionamiento a favor de los poderosos. La Iglesia había jugado un papel político en beneficio propio, olvidando los valores cristianos y manipulando a la clase baja.

Aquella mañana de miércoles, en el mercado de la Abacería Central, muchas amas de casa llevaban un pañuelo húmedo para cubrirse con él la nariz y la boca si se repetían los incendios. Recordaban a media voz el humo que todavía quedaba en los rescoldos de la iglesia del Inmaculado Corazón de María. Algunas vecinas en los portales comentaban barboteando que los anarquistas también habían saqueado el colegio contiguo, que dirigía la orden religiosa de los claretianos. En el colmado de Pilarín, en la vaquería de los tíos de Teresa, en la pastelería Cerdeña y,

por supuesto, en el bar de la Chata, la pregunta de si esa misma situación se estaría viviendo en todo el país era el preludio de lo que pronto destrozaría la paz que los había mantenido siempre unidos.

Las vidrieras del Pabellón de lectura, situado al inicio del paseo, a la altura de la Travesera de Gracia, desvelaban el vacío de su interior. Se había convertido en una atalaya semidesierta que presidía, con una alfombra polvorienta desplegada triste y desprotegida a sus pies, la desangelada zona de recreo barcelonesa. Los bancos, a un lado y a otro de la explanada de tierra, habían dejado de ser el lugar favorito de lectura durante los calurosos días de verano. El acristalado mausoleo de libros asistía silencioso al declive de la animada vida de nuestra parcela del barrio de Gracia.

Aquel lugar entrañable que ahora casi nadie recuerda en el barrio, pero del que se habló en todas las casas durante generaciones, ha quedado marcado en la memoria de muchos vecinos. La imagen de aquellos días y el cambio que todos observaron agazapados tras las cortinas de sus ventanas han formado parte de las historias del paseo San Juan y sus alrededores.

Tres travesías más abajo, en el quiosco de Sisquet, Julio de Rentería coincidía con mi padre, Francisco Peret. El directivo de la fábrica bajaba de su automóvil aparcado sin demasiado cuidado delante de la entrada principal de la fábrica. A paso lento pero decidido se acercaba, recomponiéndose las mangas de su americana de raya diplomática, hasta el cubículo de madera de la esquina de la calle Córcega, donde cada mañana compraba su ejemplar de *La Vanguardia* y recogía la suscripción mensual de la revista *Aérea*. Paco lo veía llegar forzando una leve sonrisa. Intuía que ese recorrido era el único ejercicio que su superior hacía desde que cambió los campos de aviación por los despachos de la empresa, a juzgar por la redondez de

su torso. Ojeando la prensa mientras comentaba alguna de las noticias con Sisquet, el quiosquero, al que conocía desde que se instaló en el barrio con Adelina y los niños, Paco no ocultaba su preocupación por la cada vez más virulenta violencia.

—Buenos días, Peret. ¿Alguna buena noticia?

—Buenos días, don Julio, ya sabe usted que no. Sigue la huelga del transporte industrial y de los servicios auxiliares del puerto... aunque eso ya ni siquiera es lo que más me preocupa, la verdad.

—Ya, ya sé a lo que se refiere. Los asesinatos de ayer... Castillo y Calvo Sotelo, esto está a punto de estallar. Un viejo republicano y un viejo monárquico conservador, ¿sabe lo que puede suponer esto? —No esperó respuesta—: Yo se lo diré, amigo mío: más enfrentamientos, más detenciones, más sublevaciones militares. De momento, han detenido a varios oficiales, pero no sé hasta cuándo se sostendrá la incertidumbre que está provocando tanto altercado y tanta barbarie... Me han llegado rumores —añadió, bajando la voz— de que los de la CNT y UGT presionan al Govern para que les proporcione armas a los civiles. Eso puede resultar extremadamente peligroso... —Al percatarse de la preocupación que estaba despertando con sus palabras, rectificó el tono en un intento de restar importancia a los acontecimientos—: Pero tampoco debemos alarmarnos más de la cuenta. Usted, por ejemplo, es un hombre de paz, todo el mundo le quiere y le respeta en el barrio, no tiene por qué tener ningún problema. De todos modos, ya sabe que yo me acerco casi cada tarde al cuartel, le iré informando de cualquier novedad. Usted esté alerta, por si tenemos que presentarnos allí de improviso.

—Sí, por supuesto, ya sabe que estoy a sus órdenes, pero lo de la tranquilidad... Piense que soy creyente, don Julio, no olvide eso. No voy a dejar de rezar, por muy pe-

ligroso que sea. No voy a decirles a mis hijos que no deben creer en Dios ni a mi mujer que no lleve colgada su medalla de la Virgen. Eso me preocupa más ahora, más incluso que cualquier asesinato, por horrible que sea. ¡Qué Dios me perdone! —dijo santiguándose delante de Sisquet, quien gesticulaba para que Paco se ocultase mientras lo hacía—. He visto grupos incontrolados de hombres y mujeres llevar a sacerdotes a rastras a darles el paseo. Ayer mismo quemaron la iglesia a la que voy cada domingo con mi familia. ¿Le parece eso poco motivo para preocuparme? Mi hijo mayor no ha podido asistir al colegio hoy... lo saquearon anoche... Es terrible, todo esto es una locura. Me estoy planteando llevarlos al pueblo, a casa de mis padres, quizás en el campo estén más seguros...

—Le comprendo, amigo, tampoco yo en su lugar sabría qué hacer... —contestó negando con la cabeza, al tiempo que miraba de reojo su reloj de bolsillo.

Paco observó el gesto de su mentor y no quiso retrasarse abusando de su amistad. Le tendió la mano a don Julio para despedirse. Desde que trabajaban en la misma fábrica, ambos habían acordado dejar las formalidades militares para ocasiones en las que se requiriese el protocolo castrense, pero nunca en el día a día, cuando los dos ejercían de civiles, aunque no lo fuesen. Aquellos pequeños detalles reflejaban la camaradería que existía entre ellos, tan alejados socialmente pero tan cómplices a nivel humano.

—Bueno, voy tirando para la fábrica. ¡Sisquet, te debo quince céntimos! —dijo alzando el tono de voz y levantando su ejemplar de *La Vanguardia*, mientras se alejaba del quiosco.

Don Julio guardó el reloj en el pequeño bolsillo de su chaleco, se abrochó los botones de la americana y se dirigió al quiosquero para continuar la charla durante unos minutos más, esperando a que los trabajadores que en pequeños

grupos iban llegando a Elizalde entrasen a las diferentes naves.

—¿Me recomiendas algún estreno, Sisquet? —preguntó, abriendo el diario por la página de espectáculos.

—No sabría qué decirle, señor Rentería. Hay varias películas de las que me han hablado bien, pero llevan ya bastante tiempo en cartelera y yo, como solo voy al Delicias, no sé... Si le digo la verdad, tampoco es que ahora tenga demasiadas ganas de salir a divertirme y, como vivo solo, no tengo que sacar de paseo a nadie.

—Eres hombre de pocas palabras, ¿no, Sisquet? —preguntó, sin esperar respuesta.

El tendero no le contestó. Siguió colocando ejemplares de los diferentes diarios a cada lado de la caseta de madera, mordisqueando un pedazo de rama de regaliz mientras evitaba la mirada y la conversación de Rentería. El solitario cuarentón de cara angulosa y espalda algo curvada, que bromeaba con ironía con los trabajadores que solían comprar la prensa, acogía con cierta reserva las confianzas del director de la fábrica. Siempre tenía los labios torcidos en una medio sonrisa, la gorra ladeada cubriéndole media cara y algo entre los dientes que impedía que se entendieran algunos de sus comentarios *sotto voce*: «Algo habrán hecho» «Ahora os toca sufrir a vosotros», «lameculos»...

Una jornada más transcurría sin incidentes en las instalaciones de Elizalde. El intenso olor a grasa seguía inundando el ambiente de aquel reducto de la ciudad donde se continuaba trabajando entre matrices, motores, herramientas, planos, prototipos y proyectos. Sin embargo, algo había empezado a cambiar en la factoría. Nadie abandonaba su puesto y el ritmo se mantenía para completar a tiempo los pedidos. Los motores estaban a punto en el momento preciso, pero las risas, los chistes y las cancioncillas tara-

readas por algunos operarios habían desaparecido. Nadie sabía a ciencia cierta en qué momento habían dejado de escucharse. El buen ambiente de trabajo se había convertido en un trato correcto. No se producía discusión alguna que afectase el ánimo de los trabajadores.

De regreso a casa, Francisco Peret –papá– no dejaba de darle vueltas en la cabeza a la impresión de que aquellos cambios de actitud eran tan significativos como el humo que se respiraba por el barrio.

Caminaba despacio, sin pensar en nada que no fuesen los semblantes serios que había observado a su alrededor durante todo el día. Al cruzar la puerta y pisar la calle, decidió instintivamente acercarse hasta la esquina. Quería echarle un vistazo desde lejos al bar de la Chata. Tal y como se imaginaba, estaba casi vacío. Los murmullos y risas que antes se escuchaban a metros de distancia no se oían desde hacía días. Siguió andando, con las manos en los bolsillos del pantalón y la mirada perdida entre la gente que parecía regresar a sus casas agilizando el paso, evitando pararse a entablar conversaciones banales con vecinos o amigos, tal y como solían hacer antes de que la incertidumbre se instalase en la ciudad.

Al llegar junto al primer banco después de cruzar el paseo de García Hernández, se dejó caer sobre él como si un peso sobre los hombros le impidiera continuar. Notaba el ardiente respaldo en su espalda, pues el calor que aquellos días de verano atizaba Barcelona escaldaba los asientos expuestos al sol durante todo el día. Quería recuperar el ánimo antes de llegar a casa. Sacó la petaca con el tabaco y un papel de fumar y comenzó a liarse un pitillo, tal y como solía hacer para relajarse. Estaba seguro de que Adelina intuiría que algo le pasaba en cuanto lo viese, pero no quería que los niños, especialmente José y yo, percibiésemos que el miedo había llegado también hasta nosotros.

Levantó la cabeza al tiempo que cruzaba las piernas y se llevaba el cigarrillo a la boca, cuando vio llegar corriendo al muchacho. Mi hermano mayor (en aquel momento, a punto de cumplir ocho años) era un chico alto para su edad y, pese a sus continuas travesuras, su carácter alegre y la bondad que derrochaba con el pequeño Manuel y conmigo le convertían en el orgullo de papá.

—¡José, hijo! ¿Qué haces aquí? ¿Venías a buscarme al trabajo? —le preguntó.

—¡Hola, padre! —contestó, azorado, y siguió hablando de forma entrecortada, tan aprisa como pudo—. Venga, rápido, me envía madre a por usted. Dice que venga a casa, que no se pare en la Chata hoy. Venga, venga —proseguía al mismo tiempo que agarraba la mano de su padre, conduciéndolo hacia casa.

—¡José! ¿Qué pasa? Me estás asustando... ¿Le ha pasado algo a tu madre?, ¿a tus hermanos? —Se paró en seco y obligó al chico a detenerse.

—Por favor, padre, no me pregunte nada, no sé. La casa está llena de gente. Vamos, por favor. Ah, me ha dicho madre que no quiere que la gente nos vea llegar corriendo y se acerque asomando la nariz para ver qué pasa.

Sin decir nada más, Paco tiró el cigarrillo al suelo, pisó la colilla cubriéndola de tierra y enterrando el miedo que partía de su estómago, los dos siguieron su camino a paso ligero pero sin correr, tal y como Adelina había ordenado que hiciesen.

Tuvo que frotarse una mano contra la otra antes de sacar la llave del bolsillo y meterla en la cerradura, pues necesitaba recuperar el aliento y el pulso que había perdido por el camino, imaginando lo peor. Sabía perfectamente dónde guardaba su arma reglamentaria y, por primera vez en su vida, sintió que su condición de militar, en el peor de los casos, era una ventaja a la hora de defender a su fami-

lia. José esperaba tras él, sentado en el último peldaño de la larga escalera que llegaba desde el portal hasta su piso, en el principal del edificio, y que acababan de subir corriendo: él, tan rápido como pudo; su padre, saltando de dos en dos, incluso tres tramos de golpe.

—Pero ¿quiénes son todas estas mujeres?! ¡Adelina! ¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí?

Entró en el piso abriéndose paso por el largo pasillo, buscando a mamá entre una decena de mujeres que lloraban aterrorizadas: unas, tapándose las caras con las manos; otras, de rodillas junto a la pared, rezando. Al llegar al comedor situado al final del pasillo, me encontró sonriendo. Yo arranqué a correr hacia mi hermano José en cuanto lo vi llegar junto a mi padre y, sin pensarlo dos veces, le tiré de la mano, invitándolo a que me siguiera y me ayudase a abrir la puerta de cristal que separaba el comedor del patio. Al ver la escena, Paco se extrañó de que su esposa hubiese cerrado el acceso al patio.

Papá percibió entonces el aire casi irrespirable. Descubrió al pequeño Manuel sentado en el regazo de una mujer a la que reconoció al instante.

—¡Sinforiana! Perdón, quería decir sor Carmen.

Al oír la voz de su marido, Adelina —mamá— salió del dormitorio, intentando recuperar la serenidad que había perdido tras la llegada del grupo de monjas.

José miró a papá y, tras el gesto de conformidad que le hizo, abrió la puerta del patio y salió a jugar conmigo, que todavía le sujetaba la mano. Me apartaron de la incertidumbre de aquel día, pero años más tarde mamá me contaría con todo lujo de detalles lo ocurrido.

Paco cogió a Manuel de los brazos de sor Carmen, lo besó cariñosamente en la mejilla y lo dejó en el suelo.

—José, espera —le dijo al niño—, llévate también a tu hermano.

Al mayor de los chicos le esperaba la pesada tarea de explicarnos a Manuel y a mí por qué sus tías habían cambiado de nombre. Durante sus visitas a la masía de la familia en el pueblo, los abuelos nos habían contado que, en su cambio de vida para entregarse a Dios en cuerpo y alma, las dos mujeres habían abandonado todo lo que las identificaba con su antigua vida, pero éramos tan niños que no lo lográbamos entenderlo.

—¡Mira, José! Si las tías son las mismas, pero con otros vestidos —insistía yo, al tiempo que Manuel, a mi lado, asentía con la cabeza.

La puerta entreabierta del dormitorio dejaba a sor María Josefa (Antonia, antes de ingresar en la orden de las Hijas de la Caridad) al alcance de la vista de Paco. La segunda de sus hermanas permanecía sentada en la cama, mirando al suelo mientras rezaba asustada.

Adelina se acercó a él, lo besó y le apretó la mano derecha con fuerza. Cogió una de las pocas sillas que quedaban sin ocupar en el comedor y se la acercó. Sin embargo, Paco le indicó con dulzura que se sentara y descansara del ajetreo que, intuía, había comenzado hacía horas. Durante unos minutos solo se oyeron en el piso sollozos y llantos apagados, susurros y algún que otro quejido mezclado con risas que provenían del patio, donde los niños continuaban jugando y lanzando miradas curiosas hacia el interior de la casa.

—¿Qué ha ocurrido? —Paco rompió el silencio mirando a la mayor de sus dos hermanas, Sinforiana, que mantenía la calma y consolaba a las más jóvenes del grupo, que no dejaban de sollozar.

—Han llegado hace un par de horas, muertas de miedo. No sabía qué hacer, he pensado que sería mejor que se quedasen en casa... Son veinte en total. Descansando en el cuarto de los niños están dos de ellas; dos más, en el

de Paquita y en nuestro dormitorio, Antonia y las dos más afectadas. Les he dado una tila y se han acostado un rato, llevan días sin dormir.

—Tres noches —interrumpió Sinforiana—, desde que se llevaron al padre Federico. Lo detuvieron en plena calle, cuando venía al convento a officiar la misa dominical —dijo santiguándose—. Nos enteramos porque el reparador de leche que venía cada lunes no lo hizo esta semana, así que salí a preguntar a algún vecino, pero me di cuenta de que me evitaban. Entonces, alcancé a escuchar la conversación de dos mujeres: comentaban lo ocurrido al párroco, afirmando que lo siguiente sería entrar en los conventos del barrio... repitiendo la barbaridad que dijo un político de Madrid y que ahora estaba en boca de los saqueadores.

—Entremos en los conventos y elevemos a las novicias a la categoría de madres —dijo, levantando los brazos, una de las monjas que escuchaban sentadas en el comedor, antes de romper a llorar aterrorizada.

—¡Sor Ernestina! —la reprendió Sinforiana, levantando el tono de voz.

—¡Por favor, un poco de tranquilidad! Ya sé que es difícil, pero dando crédito a todo lo que se oye en la calle no conseguiremos nada —le dijo al pequeño grupo de religiosas que, sentadas en el comedor y en el umbral de la puerta del pasillo, habían oído el comentario y rezaban fervorosamente apoyadas contra la pared.

Paco tomó a su mujer y a su hermana del brazo y las condujo a la salita contigua. Apartados del comedor, frente al patio, continuó hablando en un tono más discreto:

—Lo que dice es verdad. Alejandro Lerroux es un político anticlericalista del Partido Republicano Liberal, pero eso lo dijo antes de la Semana Trágica, hace treinta años... ¡Por favor! Vamos a sosegarlos todos —dijo levantando

ambas manos, pidiendo calma—. Veamos —prosiguió, sentándose entre las dos mujeres, que esperaban atentas sus indicaciones—, quiero ayudaros, no puedo permitir que os hagan daño, pero tampoco podéis quedaros aquí. Sois demasiadas. Lo único que conseguiríamos es que vieran a deteneros en un par de días y se nos llevaran a todos. No puedo poner en peligro a mi familia. Lo comprendes, ¿verdad? —La mujer asintió y bajó la mirada—. Hoy os quedaréis aquí. Yo me acercaré a la fábrica mañana para pedir el día libre, no creo que tenga problema para ausentarme. Adelina, ¿tenemos algo para darles de cenar esta noche?

Mamá era muy espabilada. Previsora y resolutiva como pocas, sus amigas recurrían a ella cuando les faltaba algo o necesitaban solucionar algún problema doméstico. En aquella ocasión también papá pudo contar con su ayuda.

—Me acercaré un momento a la vaquería a por más leche. Tenemos patatas y huevos, y algunos tomates que me trajo mi hermana de La Pobra de Montornés el fin de semana pasado. Habrá suficiente.

Sinforiana se levantó para acercarse a su cuñada y besarla en la mejilla, sin poder reprimir las lágrimas.

—Bien —continuó Paco, separando a las dos mujeres—, de momento, esto es lo que haremos.

Al día siguiente Paco se levantó temprano, intentando no despertar a los niños. Toda la familia había dormido en el cuarto del matrimonio. Manuel y yo estábamos encantados. José empezó a interesarse por lo que había observado el día anterior y, presionados por sus incómodas preguntas, nuestros padres le contaron los motivos de la visita de aquellas monjas. Insistieron en que reconociésemos la obligación moral y cristiana que tenían de ayudarlas y, sobre todo, que era imprescindible que ningún miembro de la

familia contase nada de aquello a nadie. Para José, esa era la primera vez que tomaría una responsabilidad de gran importancia en la casa: procurar que sus dos hermanos pequeños guardasen silencio. Sintió que ya empezaba a caer sobre él el peso de sus ocho años a punto de cumplirse y no pudo evitar una sonrisa y una mirada altiva que nos dedicó en cuanto abrimos los ojos.

Adelina era la cómplice imprescindible de su marido. Avispada como pocas, mi madre consiguió esquivar la curiosidad de todo el edificio, saliendo de casa con su marido para dirigirse a las tiendas del centro y comprar ropa de diversas tallas, algunos pares de zapatos y pelucas. Compró pan en diferentes panaderías de regreso a casa y un par de quesos en dos colmados diferentes al de Pilarín, adonde solía ir. Mientras ella repartía los nuevos atuendos, las sumisas religiosas cambiaban de aspecto. Nerviosas y asustadas, se iban colocando las pelucas haciendo gala de su voto de obediencia. Yo, desde mi ignorancia infantil, las miraba y sonreía divertida, peinando aquellas brillantes melenas rubias, castañas y morenas de tacto resbaladizo. Les colocaba los lacitos de colores que yo lucía los días de fiesta. Las aparentes señoras seglares se los quitaban, dedicándome antes un guiño o un gesto cariñoso y, asustadas, cubrían el trasquilado corte de pelo que antes habían ocultado bajo una gran toca alada de color blanco inmaculado.

Paco, de camino, había aprovechado para entrar en la fábrica, confiando en poder solucionar su ausencia de aquella mañana. Se presentó en el despacho de don Antonio Elizalde, que lo recibió algo molesto debido a las prisas con las que avasalló a Eulalia para que le dejara ver a don Julio sin previo aviso. Don Antonio era uno de los hermanos mayores Elizalde y, además, Director General de la empresa. Un hombre alto de semblante serio, con el pelo hacia atrás, perfectamente cubierto de brillantina

acorde a la moda de la época, con cierto aire distinguido que contribuía a aseverar el distanciamiento que mantenía con sus empleados. A diferencia de don Julio, la figura de don Antonio imponía un respeto amalgamado con una sensación de miedo que aquella mañana Paco tuvo que vencer.

—¡Buenos días! ¿Qué está pasando aquí, Eulalia?

—Buenos días, don Antonio. Disculpe, no quería molestarle —contestó la muchacha—. Verá, es Paco... Francisco Peret, uno de los mecánicos, insiste en hablar con don Julio, pero no ha llegado. Le estaba explicando que no creo que venga hoy, al menos por la mañana. Está reunido con doña Carmen en su casa...

—No te preocupes, Eulalia, yo lo atenderé —le dijo, acercándose a Paco—. Dígame. ¿qué es eso tan urgente que no puede esperar a mañana?

Don Antonio no invitó a entrar a Paco en el despacho y él casi lo prefirió, si no podía hablar con don Julio y allí, delante de Eulalia y de cualquier otro empleado que estuviese de paso, no pensaba dar demasiadas explicaciones sobre la necesidad de ausentarse del trabajo. En los últimos tiempos había aprendido a mostrarse firme en el trabajo. No le importaba dejar al descubierto su mal genio si tenía que enfrentarse a alguien, fuese quien fuese. El comentario que había escuchado a sus espaldas por la fábrica, «este tío huele a cirio», provocaba en él lástima y rabia a partes iguales, pero a su vez le había ayudado a mantenerse enérgico. No se amedrentaba tampoco si alguien le dedicaba miradas de desprecio, pues quienes lo conocían sabían que era una buena persona. En aquel instante, sin embargo, empezaba a temer por la seguridad de su familia y prefirió ser cauto.

—Buenos días, don Antonio. Me ha surgido un problema familiar que debo resolver hoy con urgencia. Don Julio

me conoce bien, sabe que yo no faltó nunca al trabajo, pero en esta ocasión, de verdad, necesito tomarme el día libre. Por supuesto, recuperaré las horas.

Ante su sorpresa y la de la chica, que había vuelto a sus quehaceres sin dejar de mirar de reojo lo que ocurría frente a la puerta del directivo, don Antonio pareció perder el interés por su presencia y, dándose la vuelta, le indicó con la mano que podía marcharse y volvió a encerrarse en su despacho.

—¡Ah! Pues vaya, vaya. Anótelo, Eulalia.

La secretaria les tenía cariño a mis padres. Solía coincidir con mamá en el mercado. Vivía con su madre, una mujer mayor y enferma que dependía de su sueldo y de sus cuidados. Así, para la pobre Eulalia, aquellos encuentros entre verduras, pescado y legumbres cocidas eran las únicas escapadas que podía permitirse. La joven, cercana a cumplir la treintena, con el tiempo había aceptado la condición de solterona que le auguraban las cotillas del barrio y hacía ya unos años que ni siquiera suspiraba al cruzarse con alguno de los operarios de la fábrica de su misma edad.

Aquella mañana, Antonio Elizalde estaba concentrado en recoger la documentación que se llevaría al despacho de su madre en la mansión de la calle Valencia. Julio de Rentería ya habría llegado. Sabía que el servicio ya tenía dispuesto todo el equipaje y sus hermanos, al igual que él, preparaban los dosieres necesarios con los planos y proyectos del departamento de delineación que, junto a los contratos, escrituras, algunos albaranes y facturas completarían la documentación que precisaban para tomar las últimas decisiones antes de ceder temporalmente la gestión de la sociedad.

Tras la mesa del despacho de su casa, doña Carmen conversaba con Julio de Rentería, mientras esperaban la llegada de los tres hermanos que, siguiendo las instrucciones de su madre, estaban ultimando algunos detalles en Elizalde.

—No me queda otra alternativa, Julio —le dijo a su amigo con una cadencia de voz que mostraba su cansancio—. Ya sabes que yo siempre he sido monárquica, aunque haya nadado en aguas republicanas por el bien de la empresa. El desorden en el que se ha instalado esta sociedad no va conmigo, tú me conoces —confesó, buscando complicidad. Se levantó y empezó a caminar por la sala sin dejar de hablar—. He cerrado los ojos a demasiadas cosas. Mis hijos están sufriendo y nuestros valores se enfrentan a diario al riesgo de que impere la anarquía. Nuestras creencias están siendo aniquiladas; asesinatos, incendios, humillaciones públicas... ¿Quién será el próximo en caer? Si se atacan todas las jerarquías con total impunidad, tenemos el peligro en casa. No puedo negar la evidencia, nuestros trabajadores son buenas personas, pero ¿se comportarán siempre así?

Carmen Biada se dirigió a Rentería, que la escuchaba atentamente sentado en uno de los sillones aterciopelados. Al llegar a su lado, separó cuidadosamente el sillón contiguo al que él ocupaba y se sentó. Durante unos segundos, el silencio llenó la sala. Miró a su alrededor. Recordaba cada uno de los momentos que llenaban las imágenes familiares colocadas en marcos de plata labrada y agrupadas sobre la cómoda: la fotografía de su hijo Miguel, durante su viaje de fin de carrera como ingeniero industrial, junto a uno de los aeroplanos que había pilotado unos años antes. Arturo Luís rodeado de sus cinco hijos, vestidos de luto riguroso por la reciente pérdida de su esposa a causa de la difteria. Sus hijas Carmen y María. Antonio, con su frágil salud oculta bajo ese aspecto de hombre capaz de vencer

cualquier adversidad, y Salvador, en pie al lado de su esposa, que sostenía al último de los siete hijos del matrimonio en su regazo. Observó el retrato de su marido presidiendo la estancia, colgado de la pared, tras la mesa de madera indiana en la que ella trabajaba cada día.

La mujer no podía disimular que algo se le rompía dentro al abandonar parte de su vida. Las sillas de madera noble, el tapete de *crochet* sobre la pequeña mesa auxiliar de cristal que separaba los sillones y que ahora sostenía una pequeña bandeja con una tetera y dos tazas de plata a juego, que una de las sirvientas había dispuesto a la llegada de la visita. Todo parecía estar listo para su despedida.

—Nos vamos a Corvier. Mi familia tiene que abandonar el país, ahora que todavía estamos a tiempo.

Rentería no supo qué decir. En vista de los últimos acontecimientos y de la información reservada que desde los cuarteles y las altas esferas le llegaba, sabía que, probablemente, él sería el próximo en marcharse... aunque todavía no supiese dónde ni cuándo.

Mi madre me contó que, aunque habían pasado muchos años, mi padre recordaba cómo le impresionó ver a don Julio explicándole, con lágrimas en los ojos, la despedida de la viuda aquel día.

La tarde del diecisiete de julio la guarnición militar de Melilla se sublevó inesperadamente y, tras ella, las demás plazas del protectorado de Marruecos. Al día siguiente, al mando del general Francisco Franco se producía el levantamiento militar en las Islas Canarias y, a las dos de la tarde de ese mismo día, una parte de las tropas se sublevaba contra el gobierno bajo las órdenes del general Queipo de Llano, que después de efectuar arrestos en la II División Orgánica logró hacerse con el control de la ciudad de Sevilla.

Durante el sábado dieciocho de julio de 1936, las noticias llegaban a una Barcelona alertada desde hacía días de una posible insurrección. Como respuesta, el gobierno de la Generalitat, liderado por Companys, movilizó los *escamots*, pelotones de miembros del partido independentista catalán Estat Català y de las juventudes de E.R.C., las JEREC, entregándoles varios centenares de fusiles.

Por su parte, las organizaciones sindicales C.N.T. y U.G.T., impacientes tras la negativa de dotar de armas al pueblo por parte de la Generalitat y conocedores de los sucesos golpistas que tenían lugar en Marruecos, Navarra y Sevilla, recurrían a sus arsenales secretos. Los sindicalistas socialistas se adueñaban de la dinamita depositada en el puerto, mientras grupos organizados de la Unión General de Trabajadores asaltaban depósitos de armas de la ciudad y convocaban una huelga general para el día siguiente.

Barcelona se preparaba para la lucha contra los militares alzados. Durante los días siguientes, voluntarios de derechas se unieron a falangistas y tradicionalistas para respaldar a un gran número de oficiales afectos a las tropas rebeldes. Unos tres mil efectivos decididos a tomar el control de organismos oficiales en Barcelona, como la Generalitat, el parlamento de Cataluña o el ayuntamiento de la ciudad, planeaban converger en la plaza de Cataluña, situada en pleno centro, para apropiarse también de los edificios de comunicaciones: Correos, Telefónica y emisoras de radio. El general Goded lideraba la revuelta, convencido del gran triunfo que supondría para las fuerzas de derecha, de la que era acérrimo seguidor, apoderarse de esa importante ciudad. En contra se encontraban las fuerzas de seguridad, fieles al gobierno republicano. Los aproximadamente dos mil miembros de la Guardia Civil, unos tres mil del Cuerpo de Seguridad y Asalto y trescientos del cuerpo de Mossos de Escuadra, a las órdenes del

Gobierno de Cataluña, lograron coordinarse para hacerles frente.

La conspiración tampoco contó con el apoyo de la Aeronáutica Militar, con la Tercera Escuadra desplegada en el aeródromo del El Prat. El teniente coronel Díaz Sandino le informó personalmente al capitán de ingenieros Julio de Rentería y Fernández de Velasco de que la escuadrilla de Nieuport-Delage NiD 52 y una patrulla de Breguet XIX continuarían siendo fieles al gobierno republicano.

Aquel día, con el ritmo cardíaco acelerado y casi sin aliento después de coordinar las maniobras de salvación de su propia familia, el brigada Francisco Peret Ferrer cumplió con su obligación como militar, uniéndose a la defensa del gobierno establecido y contribuyendo a sofocar el intento de sublevación. Era la primera vez que mi padre empuñaba un arma en su propia ciudad. Al regresar a casa abrazó a Adelina, lloró en silencio y rezó para que la pesadilla de aquel día no volviera a repetirse jamás.

Durante los días sucesivos, Rentería se despidió de Salvador Elizalde, el último de los hijos de doña Carmen que abandonaría la fábrica para reunirse con la familia en el Chateau de Corvier. Se haría cargo de la dirección de la empresa hasta que la Generalitat decidiera que la fabricación de motores de aviación era de vital importancia para la defensa del poder establecido mediante las urnas, de modo que la sociedad Elizalde se convertiría en SAZ-8, sumando a su actividad la producción de material bélico, es decir, bombas para la aviación de guerra.

VI

La azotea del edificio del número 67 de la calle Bailén tenía forma rectangular. El pavimento era de ladrillo rojizo y estaba alineado desde las paredes de la fachada hacia el centro, donde formaba una extraña cordillera, coronada por una caseta cuadrada rebozada de cemento y equipada con una portezuela de madera, por donde se entraba desde la escalera del inmueble. Allí solían reunirse los veinte vecinos, antes de que estallase la guerra, para festejar juntos verbenas y cumpleaños: cada familia aportaba algo de comer y de beber, y los más jóvenes bailaban al son de una guitarra. Allí seguían subiendo las mujeres a tender la ropa de cama y los manteles que no cabían en las cuerdas amarradas a la pequeña ventana del dormitorio principal de cada piso; y allí también, todos los sábados, Teresa aprovechaba la intimidad que le regalaba la blancura de aquellas telas mecidas por la brisa para, cobijada tras ellas, lavarse de la cabeza a los pies. Era el día que, todas las semanas, sus tíos se ocupaban de la vaquería mientras ella hacía limpieza general en casa, encargándose de la colada y de otras tareas. La tía Lola ya no estaba para muchos trotes y

Teresa, que decidió quedarse a vivir con ellos cuando Rafel se alistó para ir al frente, colaboraba en todo lo que podía.

—Al final, habrá sido una suerte que no tuvieseis hijos. Imagínate ahora, con todo esto de la guerra. Tu marido pegando tiros y nosotros, que no estamos ya para cuidar de nadie, al contrario. Suerte que te tenemos a ti para ocuparte de la casa y la tienda...

La tía Lola le había prometido a su hermana Cinta en su lecho de muerte que cuidaría de su hija Teresa.

—No sufras por ella —le había dicho—, nosotros procuraremos que no le falte nunca de nada, hace tiempo que la queremos como si fuese hija nuestra.

La madre de Teresa había fallecido pocos meses después de que lo hiciese su esposo. Lola era más áspera desde aquel día. Supongo que estaba convencida de que su responsabilidad para con la muchacha era mayor desde entonces, o puede que su aspereza tan solo fuese efecto del paso del tiempo, pero la verdad es que muchos comentaban la mala sombra que gastaba Lola con la chica, a quien no perdía la oportunidad de recordarle que su matrimonio no había dado frutos. En octubre de 1937, lo que parecía el fracaso de un matrimonio joven y sano, paradójicamente, en opinión de la tía Lola, se había convertido en la suerte de una esposa bella que se quedó sola en Barcelona. En un momento en que los peores instintos emergían a la velocidad que marcaba el ritmo de aquel conflicto.

Abandonada ya la ingenua idea de que en una semana todo estaría resuelto, la gente en la ciudad se había conformado con sobrellevar las ausencias de aquellos que se alistaron con la esperanza de apagar la insurrección, tal y como habían hecho en su ciudad en julio de 1936. Exhibiendo un brazo al aire alzando su fusil, lanzando gritos eufóricos y un gesto heroico en sus caras, así los despedieron. Besando y abrazando a cuantos encontraban a su

paso, acompañándose agarrados de la mano por sus novias y esposas, que no se separaban de ellos hasta subir a los camiones que los conducirían a la victoria.

También Teresa había acompañado a su joven esposo hasta uno de aquellos camiones, que abrían sus lonas traseras para dar cabida a decenas de hombres ávidos de lucha. Desde algunos balcones de la barriada los vieron alejarse agarrados de la mano. Pilarín, la del colmado, comentó que la pobre Teresa daba saltitos al caminar para seguir el ritmo acelerado que llevaba su marido. El joven avanzaba entusiasmado, cantando como quien se dirige a la tierra prometida. Rafael Velasco se marchaba al frente de Aragón lanzando besos a su mujer, prometiéndole que, en una semana, diez días a lo sumo, volvería a tenerlo a su lado.

—A mi vuelta nos vamos a vivir los dos solos, cariño. Te lo prometo —le aseguró, mientras la muchacha, con los ojos llenos de lágrimas, sacudía con una mano un pañuelo, despidiéndose de su amor, y apretaba el puño de la otra, maldiciendo en silencio a todos los políticos y militares del país.

Más de un año después de que Rafael se hubiese marchado, su mujer cada vez tardaba más en recibir sus cartas. Al principio, llegaban cada semana y sus palabras era tan dulces como cuando las escuchaba de sus labios. Después, esperaba casi una quincena, pero, pese al retraso, durante los primeros seis meses conservaban el optimismo y buen humor que caracterizaban a su vivaracho Rafael. Teresa se acercaba entonces al bar de la Chata o esperaba a la salida de los trabajadores en la fábrica para compartir las noticias sobre los avances de las tropas y algunas anécdotas que el hombre explicaba con notas joviales con los compañeros que quedaban en los talleres de Elizalde. La joven

enamorada deseaba transmitir la esperanza que reinaba entre todos los que se encontraban lejos de sus familias. Intentaba no desfallecer ante la ausencia que cada día le resultaba más dura de soportar, si bien no era más que una manera de creerse las mentiras piadosas de Rafel, sin esforzarse en leer entre líneas aquello que tanto miedo le daba. Posteriormente, las misivas empezaron a llegar, con suerte, una vez al mes. Se sentía angustiada, esperando la llegada de noticias, sin saber a qué se debían aquellos retrasos, y se aferraba con fuerza a cada explicación que oía por el barrio o en boca de clientas de la vaquería: «mujer, ya se sabe, ahora mucho tiempo para escribir no tienen», «las comunicaciones están muy mal en todos los frentes, pero eso es normal», «tranquila, si algo malo hubiese pasado, ya lo sabrías... las malas noticias son las que llegan primero». En casa, el tío Juan la miraba en silencio por encima de sus lentes. Cuando ella le preguntaba su opinión, él disimulaba sin atreverse a abrir la boca mientras, despacio, se ajustaba las varillas de alambre alrededor de las orejas. Las miradas que ambos compartían en silencio guardaban el miedo que, desde hacía tiempo, vivía con ellos.

A diferencia del anciano, Lola parecía ajena al dolor de su sobrina.

—¿Quién le mandaba alistarse al muy bobo? —preguntaba—. Teniendo trabajo fijo, esposa joven y guapa, y un techo bajo el que cobijarse... —Ideales, sentido de la justicia, defensa del honor... nada de eso comulgaba con ella, quien a sus setenta y cinco años afrontaba la vida haciendo gala del sentido práctico que la había acompañado durante toda su vida. Esa forma de vivir se había convertido para Lola en una obsesión—: Vendrán tiempos difíciles, Teresita, ya lo verás. Aún no ha llegado lo peor. Al tiempo, creedme —vaticinaba girando la mano en el aire,

apuntando con el dedo índice como amenaza a todo aquel que cuestionase su actitud, consciente de que, a ojos de su marido y su sobrina, cada día resultaba más desagradable.

—Buenos días, Tomás. Pasa, pasa, hombre. Estoy sola, ahora podemos hablar de aquello que me pediste —saludó Lola tras el mostrador, al tiempo que miraba hacia el interior de la vaquería. Comprobó que Juan seguía ordeñando en la trastienda y no alcanzaría a oírlos.

La vaquería de Grassot era un viejo local con dos habitáculos separados por una cortina que Juan colocó tiempo atrás para sustituir una vieja puerta de madera raída. La trastienda era el lugar donde tenían las tres vacas atadas a un gancho clavado a la viga que atravesaba el techo de un extremo al otro. Las reses abastecían de leche a una parte de la barriada. Sobre un suelo cubierto de tierra y paja, los animales apenas requerían más trabajo que el de ser alimentados y limpiados una vez al día, y ordeñados tres. Juan y Teresa se ocupaban por turnos de esas tareas. Exceptuando las escasas ocasiones en las que alguna de las reses se desataba y tío y sobrina corrían tras ella para sujetarla y reconducirla hasta su lugar, se puede decir que el trabajo era tranquilo. En un rincón, cuatro lecheras de aluminio junto a unas botas negras de goma y unos zuecos de madera daban prueba de la tarea que ambos cumplían.

Los clientes hacían sus compras en la tienda a la entrada del local, separados de Lola o Teresa por un mostrador de madera que se alzaba metro y medio desde el suelo y que les llegaba a ambas a la altura del pecho cuando subían el peldaño para ocupar su puesto como dependientas. Teresa, sonriente y amable, atendía derrochando simpatía. Lola, enigmática y vigilante, no perdía ocasión para enterarse de los chascarrillos de la zona. Tras ellas, colgado a

un metro de altura sobre sus cabezas, un pizarrín rezaba: «Los enCargoS Se pagan por Adelantado».

—Buenas, doña Lola. He traído las cinco pesetas que me pidió, pero no sé si la semana que viene podré reunir-las...

—Hijo, todo tiene un precio. Si tienes un vicio, ya sabes. Todo cuesta dinero, ¿o es que no pagas por la picadura de tabaco? Pues eso, majo. —La mujer hablaba mientras des-ocupaba su lado del mostrador y se acercaba al muchacho, mostrando la palma de la mano para recibir el dinero—. ¡Vamos! ¿A qué esperas? —le preguntó, dándole un leve empujoncillo en el brazo y acompañándolo a la puerta—. Mira que se te hará tarde y no te valdrá la pena la inver-sión...

Teresa se encontraba ya cercada entre las cuatro sábanas blancas tendidas de las cuerdas y esperaba a que el agua brotase con timidez del pequeño grifo de cobre. El olor de la ropa limpia le encantaba. Después de comprobar que ha-bía cerrado la puerta de acceso y tras guardar la llave en el bolsillo del delantal, llegaba el momento del deseado baño semanal, cuando por fin podía relajarse. Disponía de tiem-po suficiente, pues el guiso que había dejado en el fuego necesitaba un buen hervor y sus tíos no regresarían hasta la hora de la comida.

El barreño de zinc aguardaba medio lleno de agua a que se decidiera a meter los pies en él. El delantal perfecta-mente doblado era la muestra de la interrupción del traba-jo de la mañana. Perdida en sus pensamientos comenzó a quitarse la blusa, desabrochándose poco a poco cada uno de los botones desde el cuello hasta la cintura, para des-prenderse de ella y colgarla en uno de los extremos de las cuerdas. Con los brazos desnudos, colocó sus manos tras ella y, a tientes, separó cada uno de los ganchos de la pre-

silla a la que estaba unidos. Los corchetes de su falda se liberaron y dejaron que se deslizase, acariciando sus piernas hasta caer al suelo. A la madeja de tela plisada que de una patada apartó hacia un rincón, entre la ropa tendida, se unieron los calcetines que lanzó mientras, todavía con la ropa interior puesta, introducía un pie en el recipiente y probaba la temperatura del agua.

El grito apagado de Teresa resonó lo suficiente por el terrado como para que la mujer no se percatase del sonido de la llave que Tomás había recibido de la mano de la tía Lola. Tampoco pudo oír el jadeo del hombre que, pese a su juventud, acusaba el esfuerzo de la carrera desde la vaquería y la subida de las escaleras a toda la velocidad que su cojera le permitía. Agazapado junto a la puerta y oculto tras el cubículo de cemento que parapetaba sus más ansiosos deseos, cada semana desde hacía dos meses se permitía cumplir una porción de sus fantasías con Teresa. Tomás el Lisiado, el Punto y coma, el Tiovivo, podía, previo pago de las cinco pesetas de rigor, gozar del cuerpo de la mujer de la que se enamoró perdidamente en cuanto llegó de su Tarragona natal.

Continuó el ritual quitándose la combinación. Sujetó con ambas manos la prenda para deslizarla hasta los pies, recogerla del suelo y colgarla luego junto a la blusa. Retiró un palmo de la sábana que impedía que cupiera todo en la misma cuerda y Tomás, entonces, pudo verla. ¡Qué hermosa era! Cuando Lola le dijo, al poco tiempo de llegar al barrio y hablarle de sus intenciones con la joven, que no estaba hecha la miel para la boca del cerdo, pensó que nunca podría recuperarse de aquel desprecio. Sentía un amor que le presionaba el pecho y que le estaría vedado para siempre. Meses más tarde, la veía pasear por las calles de Gracia colgada del brazo de Rafel, saludando a vecinos y amigos, orgullosa de su pretendiente e ignorando lo que

él sentía por ella. Cuando la oía sofocar una risilla floja al dejarlos atrás después de escuchar en boca de su amado el apodo con el que todos lo conocían, Tiovivo, otro desprecio se añadía a su amargura, otra astilla se clavaba en su corazón. Pero en ese momento, a cierta distancia, la sentía suya, aunque fuese sin su complicidad.

La miró mientras su bragueta abultada luchaba por abrirse. Observaba atento mientras ella se quitaba las últimas prendas: un sujetador ocre, a juego con las bragas de encaje que descubrirían el objeto de su deseo, la más recóndita guarida donde él querría aislarse del mundo para siempre.

Teresa se inclinaba hacia el grifo para llenar la jarra de agua dándole la espalda a su oculto *voyeur*, ignorando que aquel gesto suponía una provocación. La muchacha se había desnudado por completo. Relajada y absorta en sus pensamientos, tomaba aire y aguantaba la respiración durante unos segundos, mientras soportaba la primera impresión del contacto del agua fría antes de derramarla sobre su cabeza, dejando que su melena rubia, larga hasta la cintura, se empapara y se pegara a su espalda. La jarra volvía a llenarse bajo el pequeño surtidor mientras ella frotaba una pequeña porción de jabón de lavanda por sus piernas con el mismo ritmo acompasado con el que Tomás subía y bajaba la mano, que ya no se ocultaba, en su entrepierna. El hombre alternaba su mirada lasciva hacia la mujer con suspiros a ojos cerrados. Tan pronto como la veía aclarar la espuma de sus pechos, dejaba los ojos en blanco y se esforzaba por ahogar una exhalación impulsiva. Teresa sonreía, ajena a la obscenidad de su vecino, liberada de las órdenes de su tía y abstraída de la añoranza de su marido. Acariciaba despacio cada palmo de su piel, aprovechando cada gota de agua para limpiar la amargura que envolvía su vida y la juventud que día a día sentía

que se desperdiciaba a causa de la guerra, una guerra que ella nunca llegaría a entender y que había irrumpido en su pequeño mundo, en su presente y en su futuro, arrebatándole al ser que más quería en el mundo y del que ya hacía demasiado tiempo que no tenía noticias.

Tomás continuaba mirándola y no dejaría de hacerlo hasta que ella se vistiera de nuevo. Aprovechaba su inversión amortizando hasta la última peseta. Lo que empezó siendo un amor secreto se había convertido en una obsesión enfermiza. Escrupulosamente se limpiaba las manos con el pañuelo que cada sábado llevaba en uno de sus bolsillos. Después, se subía la cremallera de la braguita, frotándola de vez en cuando al notar que aún palpitaba, lo que le sugería que podía repetir. Sintió entonces que con aquella experiencia no tenía suficiente, que quería y necesitaba más, y pensó, al tiempo que observaba cómo Teresa se subía las bragas y se ponía el sujetador, que, si bien Dios no le había dotado de dos piernas de la misma longitud, sí le había regalado inteligencia y paciencia a partes iguales.

Con la colada seca en el cesto que llevaba sujeto bajo el brazo, atrapado contra su torso y la ropa sucia que se había quitado antes de lavarse, Teresa se marchó a su casa. «Mojada aún me gusta más», pensó Tomás al verla salir de la azotea.

Unos minutos más tarde abandonaba el edificio y se paraba a liar un pitillo junto a la entrada de la escalera, justo en el momento que Lola y Juan, después de cerrar la vaquería, llegaban a casa a comer con su sobrina. Supongo que, para Tomás, aquella era una forma inútil de luchar contra sus propios complejos.

—¡Hola, Tomás, majo! ¿Todo bien? —le saludó la anciana, esbozando una sonrisa llena de picardía.

No le contestó, pero afirmó con un gesto que dejaba al descubierto la poca vergüenza que le quedaba y

siguió su camino, andando con su balanceo habitual. Se alejaba con la mirada enturbiada clavada en el suelo, aspirando con ansia el cigarrillo y seguro de que algún día llegaría su momento y no pasaría por el pago de cinco malditas pesetas: «¡Me la follaré —se prometía a sí mismo—, lo juro por mi puta vida!».

Llegó el 13 de febrero de 1937 y Teresa seguía sin noticias de Rafel. La muchacha decidió visitar a Paco y Adelina en su casa, pues hacía semanas que no veía a mis padres. Necesitaba distraerse jugando conmigo y con mis hermanos un rato y escuchar las palabras amables del matrimonio Peret, que siempre conseguía que se sintiera más aliviada, aunque esa no era la única razón por la que buscaba su compañía.

—Paco, por favor, tú lo has querido siempre como a un hijo, y eres militar, ¿no puedes averiguar algo? —suplicaba llorosa, mientras cogía su mano.

Sentados en el comedor, Paco se encogía. Le pesaba demasiado la impotencia que sentía ante la esposa de su amigo. Adelina trajo unas tazas de café de achicoria recalentado, que era todo lo que podía ofrecerle. Se sentó junto a Teresa y le acarició el pelo mientras el ojo afectado por su estrabismo apuntaba interrogante a los ojos de su marido.

—Tienes que armarte de paciencia, Teresita, hija. Es todo muy difícil, pero Paco hará lo que pueda para enterarse de algo, ¿verdad, Paco? ¿A que lo intentarás? —dijo girando la cabeza hacia su esposo.

El hombre bajó la mirada y se frotó las manos con preocupación. Comenzó a caminar hacia el patio y dejó vagar la mirada entre los juegos de sus hijos. Dándole la espalda a las dos mujeres, dijo:

—Mirad, no voy a engañaros. Hace días que intenté averiguar qué pasa con Rafel. No está en aviación, así que

no resultó fácil... y la información tampoco es del todo fiable —remarcó, cambiando el tono al tiempo que giraba sobre sí mismo para quedar de nuevo frente a las dos mujeres, que lo escuchaban asombradas—. Rafel ya no está en el frente de Aragón, hace un tiempo que le cambiaron de destino. Según he podido enterarme, las fuerzas republicanas intentaban hacerse con la isla de Mallorca... pero no se sabe nada de los hombres que han conseguido salvarse de la ocupación italiana en las Baleares.

Todavía recuerdo la cara de mamá, casi llorando, mientras me contaba la angustia que sentían las dos mujeres escuchando a mi padre. La guerra empezaba a descubrir su cara más amarga. A mi hermano José, que también fue testigo de aquel encuentro en casa, le parecía que un monstruo pretendía salir de la oscuridad donde se encontraba amenazando hasta ese momento y ellos, indefensos, no podían hacer nada para evitar que su pequeña burbuja cotidiana explotase y sus vidas cambiaran por completo.

—¿Italianos? Pero ¿hay italianos en esta guerra? —interrumpió Adelina, levantándose enfadada.

—¡No lo sé, Adelina! Ya te digo que la información es muy confusa... Lo que quiero que sepas, Teresa —continuó diciéndole a la chica, acercándose a ella y cogiendo sus manos—, lo que quiero que no se te olvide nunca, es que no vamos a olvidarnos de Rafel. Intentaré saber más, lo buscaré, rezaré por él y, sobre todo, no te dejaremos sola. Creo que eso es lo que a él le gustaría que hiciese y lo que yo querría para mi familia si algún día me ocurriese algo.

Paco se marchó a la fábrica, dejándolas en el comedor con los niños. Las temperaturas empezaban a bajar y su jornada se alargaría hasta la madrugada. Debía verificar todas las piezas antes de que entrasen los del turno de noche para montar los motores de especificación rusa M-25, destinados a propulsar la fabricación de aviones

Polikarpov I-15 e I-16, réplica del modelo Wright-Cyclone estadounidense. Desde que había dejado de trabajar en calidad de civil, tenía que cumplir con responsabilidades de experto en mecánica de aviación con un mando de militar de complemento que cumplía algo aliviado, puesto que aquella función implicaba continuar sin mando en armas. La conciencia y los valores cristianos de papá le alejaban de la violencia que se vivía a diario en las calles de Barcelona y, aún más, de los enfrentamientos de ambos ejércitos en el frente.

De camino a casa, andaba despacio junto a su amigo Bau- lenas sin querer ocultarle la preocupación que sentía por la desaparición del tercero del grupo.

—No sé qué más puedo hacer, tengo la sensación de que nadie quiere decirme nada, pero tampoco quiero disgustar a Teresa sin tener información fiable. ¿Qué piensas tú?

—¡Joder, Paco! No sé qué decirte, la verdad es que no pinta nada bien. Es muy extraño que no reciba noticias tuyas desde hace meses, pero tampoco lo han declarado muerto ni desaparecido en combate... habrá que esperar. Yo no sé cómo aguantaría mi mujer una incertidumbre así si se encontrase en su lugar. De hecho, con los niños sería aún más difícil de soportar. La verdad es que Teresita es una muchacha muy fuerte. Está demostrando que, aunque solo tiene veinticinco años, es toda una mujer. A nosotros nos ayudaron mucho, al pedirles a los padres de Teresa que nos dieran cobijo en Tarragona, cuando los pequeños y Remedios estuvieron tan enfermos... Bueno, y gracias también a ti. No me olvido de tus contactos para los traslados desde Barcelona hasta allí y a Reus... Siempre estaré en deuda con vosotros. Si en algún momento hay algo que esté en mi mano para ayudar...

—Claro, hombre, ni que decir tiene... Aunque ahora mismo no se me ocurre nada que podamos hacer por ellos.

A las diez de la noche del miércoles 13 de febrero de 1937, José estaba tumbado en la cama y le leía a Manuel unas páginas del ejemplar de *Tiempos modernos* del que no se había separado durante todo el día. El pequeño, recostado sobre nuestro hermano mayor, escuchaba embelesado mientras sus ojillos azules parpadeaban, intentando vencer el sueño.

El ruido de las detonaciones nos sorprendió e inmediatamente se escucharon mis lloros, al despertarme asustada. Los estruendos siguientes parecieron mover el edificio. Salté de la cama para correr hasta el dormitorio de mis hermanos, el más cercano al mío. Casi al mismo tiempo, llegaban nuestros padres apresurándose por el pasillo.

En uno de los edificios de la calle Bailén, a escasos metros de la esquina con la calle Industria, todos los vecinos del inmueble fueron cegados por el relámpago rojizo que atravesó la pequeña porción de cielo que podía verse a través de sus ventanas. En uno de los pisos, Teresa salía de la cocina sujetando una sopera humeante con ambas manos, cuando algo la impulsó con violencia hacia el suelo. Tras impactar la loza contra los baldosines, el caldo y los fideos se esparcieron por el suelo, perdiéndose entre los dibujos hexagonales de la superficie del corredor. Con el estallido de las ventanas, miles de cristales cubrieron toda la estancia. La muchacha llegó hasta el comedor a toda prisa, agachada, ayudándose de manos y pies. Con una rapidez improvisada y sin saber lo que sucedía, los tres reptaron hasta un rincón de la estancia, parapetándose bajo los muebles que Juan arrastró como pudo junto a ellos. Allí permanecieron inmóviles hasta que sus huesos empezaron a revelar el dolor por la caída y la postura. Al cabo de un tiempo indefinido los vecinos del barrio comenzaron

a reaccionar. También en nuestro domicilio se oyeron sirenas de bomberos, tumulto en las calles, gritos y llantos despavoridos.

—¡Dios mío! ¡Es un bombardeo! Ha caído muy cerca, por el barrio —aseguró mi padre—. Por el momento no nos moveremos de aquí, rezaremos y dormiremos todos juntos en nuestra habitación.

El humo y el polvo embrutecía el ambiente y casi nadie alcanzaba a entender lo sucedido. Pronto empezó la desesperación ante la imagen del edificio destruido y otras casas erosionadas por impactos de metralla. Algunos vecinos se acercaron a los escombros en busca de supervivientes, encontrando incrustados en la fachada restos de los obuses lanzados todavía al rojo vivo. Las bombas habían llegado a Barcelona y ya nada volvería a ser igual. La guerra había alcanzado el corazón de la ciudad, asesinando a la población civil.

Dos días después *La Vanguardia* informaba del terrible ataque que a 9000 metros de la costa había perpetrado el crucero italiano Eugenio di Savoia. Las autoridades especulaban sobre el objetivo del obús que derrumbó el edificio del número 227 de la calle Industria y que causó dieciséis muertos y numerosos heridos.

El gentío que se concentraba en los alrededores del Hospital Clínico de la ciudad el martes 16 de febrero era el preludio de la gran manifestación de duelo que la población organizaría por las víctimas de los terribles ataques del sábado anterior. Hombres, mujeres y niños de toda la ciudad y de toda condición llenaron las calles levantando el puño, saludando con emoción al paso del cortejo custodiado por los Mossos de Escuadra. Encabezando la comitiva, una sección de la guardia urbana motorizada y otra de guardias de asalto a caballo seguían a los coches mortuorios de los vecinos asesinados en el bombardeo.

Numerosas autoridades policiales, políticas, militares y judiciales componían la presidencia oficial de la marcha fúnebre, encabezada por el presidente catalán, Lluís Companys; el alcalde de la ciudad, Carlos Pi y Sunyer; diversos consejeros de la Generalitat, el presidente del Parlament, el doctor Serra Hunter, y demás representantes del gobierno del país.

También Francisco Peret, vestido de uniforme, y Eladio Baulenas acompañaban a las familias y amigos que seguían algunos de los coches fúnebres. Eran vecinos de toda la vida los que se dirigían hacia los cementerios de Les Corts, Montjuïc y Poble Nou para enterrar a sus hijos, maridos, esposas o padres. Podía haberse tratado de ellos mismos o de sus familias, por lo que ambos estaban muy afectados. Adelina y María se habían quedado en casa con los niños. Aquella mañana, mientras lloraban en silencio, habían cosido un brazalete negro en la manga izquierda de la americana gris de uno de ellos y en la guerrera militar del otro.

Durante el recorrido de la manifestación, la gente comentaba cómo habían vivido aquella noche y los daños causados en sus viviendas. Muchos fueron los relatos de terror surgidos de aquella experiencia. A su regreso después del sepelio multitudinario, Paco ya había tomado una decisión respecto a su familia: por primera vez separaría a los tres hermanos. Tengo un vago recuerdo de aquellos días, pero sí sé que me asustaba por cualquier ruido y que no quería dormir sola por la noche ni alejarme de la vista de mi madre durante el día. En La Pobla de Montornés, mi tía (la hermana de mamá) y su familia cuidarían de mí. Mis padres decidieron que allí estaría segura y que recuperaría la tranquilidad que la irrupción de la guerra en la ciudad me había arrebatado. Mi madre y los dos chicos pasarían desde entonces algunas temporadas

en Sant Cugat de Sesgarrigues. Cal Paretes sería otro de los refugios temporales de la familia. Para papá, separarse de nosotros no fue una decisión fácil, pero nos visitó tantas veces como le fue posible. Solía aparecer montado en motocicleta y provocando las carcajadas de los pequeños, al perseguir con ella a las asustadas gallinas de la casa pairal que campaban a su aire por el carrer del pou.

VII

Desde el 16 de marzo, tan solo un mes después del bombardeo desde el mar, Barcelona se había convertido en objetivo de la aviación italiana. Tres de los seis aparatos que constituían la 251ª escuadrilla de bombarderos pesados de las tropas de Mussolini, asentadas en las Islas Baleares, iniciaron los ataques contra objetivos de la costa republicana y protagonizaron el ataque a la ciudad de Barcelona. Era la primera vez que las calles de nuestra ciudad sufrían los impactos de bombas lanzadas desde aviones. En los días sucesivos, la prensa, intentando dar a conocer la feroz agresión de los nacionales, se hizo eco de la tragedia que había causado seis muertos y treinta y nueve heridos, además de numerosos daños materiales.

Cuando la Generalitat, el 7 de agosto de 1936, creó la Comisión de la Industria de la Guerra, presidida por el consejero Josep Tarradellas, puso Cataluña y, especialmente, Barcelona en el punto de mira del bando rebelde. Un tercio de la producción del sector metal-mecánico estaba ubicado en la ciudad, pues debido a la demanda militar, las industrias civiles bien preparadas, tal y como había sucedido

con la fábrica Elizalde, pasaron al servicio de la República y, naturalmente, se convirtieron en objetivos militares.

La gente, poco a poco, fue mentalizándose de lo vulnerables que éramos. Las pretensiones de eludir el conflicto confiando en la paz que habitaba en nuestras casas, de pronto, habían desaparecido. Hasta entonces habíamos sufrido la guerra desde lejos, con las noticias de los avances de las tropas que nos llegaban por la radio entre canciones revolucionarias, himnos entonados por las milicias republicanas con estrofas antifascistas y música popular. Desde el inicio de los bombardeos aéreos, nadie negaba ya que el miedo se había instalado en todos los hogares de los barrios trabajadores.

El espíritu cooperativista se extendió por el barrio de Gracia y Camp d'en Grassot. Nuestro objetivo era asegurar la supervivencia de los residentes y, para conseguirlo, las diferentes asociaciones vecinales llevaron a cabo las actuaciones propuestas desde la Generalitat. Tan solo en el barrio de Gracia y mediante su autogestión se construyeron ochenta y nueve refugios.

Las ventanas de las casas y las vitrinas de los comercios se llenaron de tiras de papel engomado, colocadas en forma de cruz, para evitar la rotura de cristales, sensibles a los ataques. Los escaparates, cada día más vacíos, evidenciaban la escasez de alimentos que desde hacía tiempo sufría la población. La mañana que Teresa vio entrar en la vaquería a un grupo de hombres armados, vestidos con el uniforme del ejército popular, supo que a partir de ese momento podían despedirse de la leche, la nata y los pocos ingresos con los que sus tíos y ella contaban desde que Rafael desapareció en el frente.

—¿Qué se han llevado la vaca?! Pero... pero... pero tú eres tonta, niña. ¿Cómo se van a llevar lo único que tenemos para mantenernos vivos? —Lola no había dejado de

gritarle a Teresa desde que había llegado a casa contando lo sucedido—. ¡¡No me lo puedo creer!! ¡¡Malditos soldados!! ¡¡Maldita guerra!! —gritaba, llorando de rabia.

—Lola, tranquilízate, saldremos de esta, mujer... lo importante es que no le han hecho nada a la chica, ¿verdad que no, Teresita? —preguntó Juan a su sobrina, acercándose para consolarla.

—¿Qué quería que hiciese yo, tía? Venían armados, no me dieron ninguna opción. Me han dicho que es para una mejor distribución de recursos y, apartándome de un empujón... —se justificaba Teresa ante su tía, a la que temía más que a los soldados.

—¿Mejor distribución? ¡¡Una mierda!! Ya les entregamos dos vacas hace tres meses, ¿no podían dejarnos la otra? Para ellos quieren la vaca, para ellos... ¿O es que has visto tú algún soldadito muerto de hambre? ¡¡Una mierda!! ¡Mi vaca... se han llevado mi vaca, los muy cabrones! —rengó, mientras con ambas manos se tapaba la cara empapada por el llanto. De repente, se descubrió el rostro, se acercó a Teresa y la amenazó, apuntándola con el dedo índice—. Una cosa te digo, niña: esto no te lo perdono, no lo voy a olvidar nunca... que lo sepas.

Lola dejó a su marido y a su sobrina en el comedor de la casa y se marchó a cerrar definitivamente la vaquería que habían regentado durante tantos años. Juan se acercó a Teresa para abrazarla. Esperarían a que a la tía Lola se le pasara el enfado. Ya había sucedido otras veces. Transcurría el tiempo y, gracias a la indispensable ayuda que Teresa les prestaba, la mujer olvidaba cualquier disgusto y él pensaba que, en realidad, no era tan fiero el león como lo pintaban... Eso le repetía a su sobrina, que continuaba sollozando entre sus brazos.

Al llegar al quiosco, Paco se detuvo para charlar unos minutos con Sisquet. Sacó sus pequeñas lentes del bolsillo, colocó cuidadosamente las varillas detrás de las orejas y ambos cruzaron sus miradas, asombrado uno, consternado el otro.

—Sí, Sisquet, sí —dijo Paco—, las necesito para leer. Será que me hago viejo, puedes reírte si quieres.

Los dos hombres sonrieron durante unos segundos. El quiosquero continuó apilando diarios del día anterior en el interior de la caseta, mientras Paco ojeaba las noticias de portada de diferentes periódicos. La guerra ocupaba un lugar preferencial entre las noticias de las principales publicaciones y la cara del brigada reflejaba la misma preocupación y el mismo cansancio que la mayoría de barceloneses sobrellevaba cada día con mayor abatimiento. Algunos hombres, compañeros de la fábrica en su mayoría, se acercaban hasta Sisquet para pagarle el ejemplar de prensa que ellos mismos seleccionaban. El quiosquero ni siquiera levantaba la mirada. Alargaba la mano y con un «gracias» entre dientes despedía a sus clientes. Algunos se quedaban rezagados ojeando los titulares de diferentes publicaciones. Uno de ellos, Carlos, que vivía en el mismo edificio del bar de la Chata, pudo escuchar lo que comentaban Sisquet y mi padre. Consciente de la tensión que se estaba generando entre los dos, se quedó merodeando a su alrededor o, al menos, eso es lo que les contó después a sus amigos en la taberna.

Mientras tanto, se producían disparos en diferentes zonas de la ciudad, mostrando las discrepancias entre las diferentes facciones del bando republicano. En el barrio, aunque no se habían producido altercados, se vio a muchos hombres que llegaban corriendo, asustados por los disparos que los habían sorprendido al volver de trabajar en otros puntos de Barcelona. Anarquistas de la CNT-FAI

y trotskistas del POUM, partidarios de hacer la guerra y la revolución a la vez, se enfrentaban a las fuerzas de orden público de la Generalitat y la República Española, que contaban con el apoyo de los nacionalistas de ERC y los comunistas del PSUC, defensores de priorizar la lucha contra el fascismo y el triunfo de la guerra. Pese al pacto acordado para crear un Ejército Popular Unificado, las rencillas y desacuerdos entre las fuerzas de izquierda no cesaban. Con esa situación convivía la población civil, horrorizada por los continuos ataques que las aviaciones italiana y alemana perpetraban cada vez con mayor intensidad.

—Esta guerra, o acaba con todos en un bombardeo o nos va a matar poco a poco. Yo apenas vendo periódicos, la gente casi no se acerca al quiosco y de todas formas... ¡Bah! ¡Qué más da! ¿De qué te sirve el dinero si tampoco puedes comprar comida? No hay de nada. ¿Recuerdas al principio, el año pasado, cuando nos lamentábamos de que no teníamos pan? ¿Quién se acuerda ya del pan? Ayer comí un pedazo de gato que cazamos un amigo y yo, en el pasaje Conradí. Él aguardaba con un saco en un extremo mientras yo lo asustaba para que corriera hacia él. Es desesperante. Por no hablar de esas malditas sirenas, que son una serenata continua. Ni ganas tengo ya de bajar al refugio.

—No digas eso, Sisquet, sabes que corres demasiado peligro si no lo haces.

—¿Y qué cojones importa? Paco, yo no tengo familia, nadie me echaría de menos y cada día estoy más cansado de luchar —continuó hablando sin mirar a su amigo, mientras amontonaba la prensa del día anterior, la ataba con un cordón y la colocaba en un rincón—. ¿Sabes? Hace tiempo que el único motivo que tengo para mantenerme con vida es ayudar con la resistencia al fascismo. —Hizo una pausa, se puso recto y, mirando a Paco, continuó—: Tú

me conoces desde hace muchos años. Nunca me metí en política, pero un miembro de uno de los grupos que solían venir a buscar paquetes de prensa para el trapero me dijo que colocarían aquellos bultos en las barricadas y me dio qué pensar... Le di vueltas a la idea de que lo único que yo tenía en esta vida era mi libertad, por lo que no dejaré que nadie me la arrebate, Paco. Desde entonces, ayudo en lo que puedo. Pocos en el barrio lo saben; solo los que me han visto por casualidad en los bares del Paralelo, pues allí nos reunimos algunos compañeros de los sindicatos para organizarnos.

Mi padre había oído rumores sobre el nuevo rumbo escogido por el quiosquero desde que empezaron los bombardeos en la ciudad. En la fábrica, algunos hablaban de él como el Camarada de la tinta, pero papá siempre prefirió hacer oídos sordos y evitar temas de conversación que pudiesen ponerlos en apuros. Eran viejos conocidos y los dos respetaban sus posturas, quizás porque ambos conocían la distancia que los separaba y nunca habían conversado abiertamente sobre ella.

—No me cuentes más, Sisquet, no quiero saber nada, de verdad. —Paco levantó una mano frente al quiosquero—. No me gusta la política ni la lucha, no me gusta que se mate a la gente...

Frente a frente, los dos hombres se miraban fijamente. Paco había dejado de ojear los titulares de los periódicos amontonados a ambos lados de la caseta de madera. Sisquet se había quitado la gorra de la cabeza y la sostenía entre las manos. Jugueteando nervioso con ella, le daba una vuelta tras otra y estiraba su pequeña visera. Finalmente, la sacudió con fuerza contra su pierna derecha antes de volver a ajustársela y tapar su incipiente calvicie, al tiempo que contestaba a su amigo sin ocultar la rabia que sentía en aquel momento.

—¡¡Coño, Paco!! Eres militar, no me jodas. ¿Con qué me sales ahora? ¿Es que a ti te gusta que se destituya a un gobierno que hemos votado para que nos represente?

—Soy militar de carrera porque lo que yo quería era ser mecánico de aviación, ¿no lo comprendes? —le preguntó con los labios tensos y los puños cerrados con fuerza, intentando que su mal carácter no se manifestase contra aquel hombre al que apreciaba tanto—. Yo nunca quise llevar armas ni luchar contra nadie. Soy de origen humilde y lo único a lo que aspiro es a vivir tranquilo con mi familia y trabajar en aquello que me ha gustado desde chaval. Por eso me alisté, por eso me marché a prepararme lejos de mi casa y de mi familia; en Madrid, primero, en Larache, después... A mí nunca me ha interesado la política. Veo injusticias de un lado y de otro, y claro que no me gusta que alguien se imponga por las armas contra la voluntad del pueblo, pero tampoco apruebo que se quemen iglesias y conventos o que maten a alguien por sus creencias. Quizás sea porque para mí lo máspreciado que tengo no es la libertad, sino la vida; sobre todo, la de mi mujer y mis hijos.

—No se puede estar en los dos lados, Paco. Tú eres un buen hombre y la gente te respeta y te quiere porque siempre has ayudado a todo el mundo sin pedir nunca nada a cambio, pero la vida comporta sacrificios, más en tiempos de guerra... Deberías saberlo.

—¿Crees que yo no me he sacrificado? No ha sido nada fácil para mí llegar adonde estoy. Me marché lejos de los que más quería para conseguir un empleo digno a base de esfuerzo y estudio. Me reenganché, alejándome todavía más, cuando seguí mi carrera en África. ¡Casi me muero de paludismo, Sisquet! ¿No es eso suficiente sacrificio? Trabajo cada día lo mejor que puedo, aun sabiendo que lo que fabrico no siempre es para volar... Es para matar, algo que va en contra de mis propias convicciones, que es pecado.

—Recuperando el tono sereno de siempre, se acercó a su amigo y apoyó ambas manos sobre sus hombros antes de continuar—: Mira, yo siempre te he considerado una buena persona, no quiero meterme en tus asuntos y respeto lo que haces, lo único que intentaba decirte es que no debes dar tu vida por perdida. —Así se despidió, le entregó los quince céntimos de *La Vanguardia* y se dirigió a su puesto en el taller de SAZ-8, donde seguiría cumpliendo con un trabajo que también la guerra había transformado.

En la portada de *La Vanguardia* del jueves 6 de mayo de 1937, podía leerse «El espíritu de solidaridad antifascista ha de aplacar los odios y hacer posible la convivencia entre todos». El editorial del mismo periódico hacía referencia a la «ola de locura» que se vivía en Barcelona y varios puntos más de Cataluña desde hacía varios días, originada por los cruentos enfrentamientos entre las diferentes fuerzas republicanas. Mientras muchos luchaban en el frente contra los insurrectos, el gobierno legalmente establecido daba muestras de la fragilidad que desestabilizaba sus fundamentos.

Al tiempo que el gobierno de la República se hacía cargo del orden público en Cataluña, el nuevo Consejo de la Generalitat hacía un llamamiento a la concordia y al desarme de las dos grandes organizaciones sindicales. Después de varios días de huelga, los trabajadores debían regresar a sus puestos si se pretendía vencer al fascismo. Al desánimo de los que veían partir al frente a muchos hombres y sufrían la miseria y los duros golpes de los ataques fascistas en sus propias casas se sumaban el desconcierto y la indignación de ver enfrentarse a los que debían defender con entereza los valores de una España de izquierdas que poco a poco se resquebrajaba.

Alicaída, la población volvió al trabajo. Regresaron todos a sus puestos en las fábricas, a sus comercios casi

vacíos, a sus talleres... Paco y Baulenas se encontraron en el paseo de García Hernández. No quedaba una gota de agua en los embalses rectangulares y los bancos estaban rotos. La ciudad parecía más gris aún que días atrás. Los dos hombres se saludaron con un apretón de manos que hablaba por sí solo y ambos miraron de reojo el quiosco de Sisquet, cerrado desde la semana anterior. Segundos después de atravesar la puerta principal, les llegó la voz de Eulália Gil comentando que al pobre quiosquero se lo habían llevado al Hospital Clínico, pero no llegó a tiempo.

El 3 de mayo, Sisquet había acudido al llamamiento del POUM para congregarse en la plaza Cataluña. Entre la muchedumbre se contaban los Amigos de Durruti, leninistas-bolcheviques y las Juventudes Anarquistas. Las informaciones eran confusas, todos tomaron posiciones y, pocas horas después, las organizaciones políticas les habían facilitado armas a todos ellos. Construían cientos de barricadas por varias zonas de la ciudad y la policía ocupaba azoteas y campanarios de algunas iglesias del centro. Aquella noche Barcelona era una ciudad en guerra, una guerra dentro de otra guerra, y en ella moría tiroteado el Camarada de la tinta, el vecino que, desde que era un muchacho, vendía la prensa en la caseta de la esquina del paseo García Hernández con Rosellón. Murió tiroteado debido a sus ideales, en un inútil intento de dar sentido a su vida, de justificar una lucha por la que valiera la pena perderla.

Los dos compañeros se dirigieron a sus lugares de trabajo en silencio. Los dos lamentaban lo sucedido, pero ninguno de ellos se atrevía a hablar del tema.

Papá tenía la sensación de que cada vez quedaban menos caras conocidas en el barrio. Así se lo había confesado a mi madre cuando le contaba sus preocupaciones los días que él lograba escaparse al pueblo para descansar un poco

y ver a su familia o que Adelina y los chicos estaban en Barcelona.

Algunos hombres se alistaban y, al cabo de un tiempo, se veía a sus esposas o madres vestidas de negro, cabizbajas, vendiendo lo que podían en el mercado negro. Otros, simplemente, desaparecían, como mucha gente pensó que le había ocurrido al pobre Sisquet. También en la fábrica habían cambiado los rostros que se veían a diario antes de la guerra. Dentro de las instalaciones, el buen ambiente de otros tiempos se había transformado en jornadas agotadoras, combinando el montaje de obuses, munición y motores con la construcción del refugio que debía guarecer a los trabajadores en caso de bombardeo. Ya habían sufrido alguno, especialmente durante los turnos de noche, y los vecinos de las calles adyacentes culpaban de los ataques a la actividad de la industria, a causa de la luz que producían las chispas de las soldaduras que se realizaban durante toda la noche.

Aquel día, al finalizar el turno de la mañana, Francisco Peret llegó acompañado a casa. De camino, al verla cruzar la calle Grassot, papá se acercó a Teresa. Pensó que venía de la vaquería y que también ella parecía cambiada. Su larga melena rubia se veía lacia y descuidada. Mucho más delgada, la ropa que antes solía ajustarse a su talle, evidenciando unas curvas voluptuosas, era una vestimenta desgastada, llena de zurcidos y algunas pinzas cosidas ex profeso para disimular aquellas partes de tela que sobraban. No obstante, seguía siendo una mujer hermosa de mirada dulce y con la suficiente prudencia como para no pedirle favores a nadie, consciente de que aquellos tiempos eran duros para todos. La muchacha iba distraída y ni siquiera lo saludó, pero él pudo verla llorar, así que se acercó para preguntarle por Rafel.

—¡Teresa! ¿Es que no me dices nada?

—¡Ah! Hola, Paco. Perdona, no te he visto —le dijo, frótándose disimuladamente la mejilla con una mano para evitar que la viera llorar—. Yo... bueno, venía de... mi tía...

—¿Estás bien, Teresita? Vienes del local de la vaquería, ¿no? Supongo que va acumulando porquería y tu tía te manda limpiarlo... Como si lo viese. Lola no tiene remedio, nunca te deja descansar. —Sonrió para animar a la chica mientras seguía hablando—: Hace semanas... o más de un mes que no te veía. ¿Has sabido algo de Rafael?

—No, nada. La verdad es que estoy perdiendo la esperanza de volver a tenerlo conmigo. —Después de afirmar tal cosa, Teresa no pudo contener más las lágrimas. Con amabilidad se apartó de las manos de Paco cuando él intentó acercarse para consolarla—. Bueno, bueno, perdona, Paco, pero me tengo que marchar. Mi tía me estará esperando en casa —se despidió.

—Pero mujer... Teresa, ¿no quieres venir a comer a casa? Adelina se alegrará de verte. Bueno, ya sabes dónde estamos. —La vio alejarse sin saber qué hacer para detenerla. Levantó el tono de voz, intentando llamar de nuevo su atención, pero ella aceleró el paso en dirección a su casa, sin volver la vista atrás—. Cuando quieras...

—¡Hombre! Si tiene para invitar a comer a alguien y no le importa, yo hace ya tres días que no pruebo bocado.

Le pareció que el hilo de voz que acababa de oír provenía de sus pies. Paco se giró sobre sí mismo y miró hacia atrás. Efectivamente, había un hombre con la ropa sucia y raída sentado en el suelo. El pelo grasiento aplastado hacia la nuca intentaba disimular la falta de higiene que delataba la barba larga y descuidada. Paco no pudo evitar echarle una mirada de reconocimiento. Llevaba una ajada americana abrochada hasta el último botón y zapatos con las suelas levantadas en la parte delantera. No le pareció un mal tipo, sino un pobre hombre, una víctima más de

la miseria de la guerra. Lo ayudó a levantarse, sujetándolo de un brazo, y fue entonces cuando se dio cuenta de que la otra manga de la chaqueta estaba vacía. Caminaron juntos de camino a casa. El hombre no se atrevió a decir ni una palabra durante el trayecto, pues parecía avergonzado de sugerirle a un desconocido que lo invitase a comer. Papá, por el contrario, hablaba del tiempo, del frío que todavía se notaba durante las noches, de sus tres hijos y de las ganas que tenía de ir al pueblo de la familia de su mujer para volver a verme. Para reunirse con la niña de la casa, su Paquita. Contaba que me veía como a una señorita de seis años de edad con unos enormes ojos verdes que iluminaban todo aquello que me rodeaba.

—¿Un pobre?! ¡Paco! ¿Me has traído un pobre a casa?
—Mamá no salía de su asombro al ver llegar a su marido con semejante compañía. Con la boca abierta, lo vio entrar en casa junto a aquel desaliñado.

—Pero, mujer —dijo apartándola, para que su invitado no se ofendiera—, donde comen cuatro comen cinco, ¿no? A ver, ¿qué nos has preparado hoy?

—¡Lentejas! —contestó a regañadientes sin perder de vista a mis hermanos, que se acercaban al inesperado comensal sonrientes y sorprendidos.

—Bueno, mujer, pues mejor que mejor. No me dirás que las cuentas una a una... Seguro que unas poquitas le podemos servir a este señor. Señor...

—Bernardo. Perdonen, me llamo Bernardo Pàmies —le dijo a la pareja, al tiempo que se acercaba para besarle la mano a Adelina.

José, sorteando la figura de mamá, se acercó hasta el invitado sin disimular una mirada intrigada, pendiente de cada uno de los movimientos de aquel hombre tan peculiar. Manuel, que ya se había colocado junto a él, tiraba de la manga desocupada de su chaqueta, sin ninguna ver-

güenza, en busca del brazo que no aparecía por ninguna parte.

—¡Chicos, a la mesa ahora mismo! —les gritó Adelina.

—Nada, hombre, nada... No se preocupe. Ahora comemos tranquilamente un plato de las píldoras del Doctor. Negrín y después me acompaña usted un ratito mientras vuelvo a la fábrica. Así, tomamos una taza de café en el bar de la Chata y un día que se calienta el estómago, faltaría más. Por cierto —dijo señalando a los dos niños—, esos dos curiosos son nuestros hijos: José, el mayor, y Manuel, el pequeño de la familia. Falta Paquita, la mediana, ya le he hablado de ella por el camino, ¿recuerda?

Cuando los hombres se marcharon, Adelina, más tranquila, se sentó junto a sus hijos para asegurarse de que aquella lección se les había quedado grabada en la memoria tanto o más que las enseñanzas del catecismo. José recordaba, durante una de nuestras charlas rememorando tiempos pasados, los detalles de la visita de aquel hombre, «Manuel lo miraba y no conseguía cerrar la boca, estaba tan asombrado... Pobrecillo», me decía riendo.

Con el tiempo, vinieron otros mendigos a casa. Papá solía ofrecerles comida, algo de abrigo y un poco de cariño, pero aquel primer invitado marcó la diferencia, quizás porque su minusvalía llamó especialmente la atención de José y del pequeño Manuel. Cuando se suponía que mis dos hermanos ya estaban en su habitación, José alcanzó a ver, desde la puerta de su dormitorio, los preparativos de mamá. Miró en la caja de madera donde guardaba el dinero para las compras de la casa y los vales que le quedaban del economato militar. Al día siguiente iría el barrio de San Gervasio y pasaría la mañana de tranvía en tranvía con su capazo colgado del brazo, pero seguro que ya no le importaría haber terminado las existencias compartiendo mesa con aquel pobre hombre.

Aquella noche el matrimonio cenó solo un poco de caldo. Los chicos comieron una patata hervida y se acostaron pronto. Adelina y Paco se quedaron charlando un rato después de recoger los platos de la mesa. Sentados uno junto al otro en el comedor, ella se reconoció como una mujer afortunada. Emocionada, se acercó y besó a su marido, diciéndole lo orgullosa que se sentía de él, de su comportamiento, del ejemplo que daba cada día a sus hijos y de su bondad. El hombre sonrió mientras se liaba un cigarrillo con los últimos restos de picadura, su ritual cotidiano.

—Ya sabía yo que no te enfadarías. La verdad es que lo vi tan desamparado... De camino al bar de la Chata, me contó que estuvo en el frente de Aragón. Se alistó de los primeros, pero también fue de los primeros heridos. Lo atendieron como pudieron en un hospital de campaña y consiguieron sacarle toda la metralla que le había alcanzado el brazo cuando bombardearon la trinchera donde se encontraba. Con muchos esfuerzos por parte de un médico joven y las enfermeras voluntarias, pararon la hemorragia, pero no consiguieron detener la infección y lo trasladaron al hospital de Manresa. Allí no llegaban demasiados heridos y pudieron atenderlo con mejores condiciones, pero aun así no pudieron salvarle el brazo. Cuando llegó a Barcelona, se encontró su casa destrozada por los bombardeos, en uno de los cuales había muerto su mujer, y ahora, sola, da vueltas por la ciudad sin saber qué hacer ni adónde dirigirse. Lo he acompañado al Cuartel Bakunin y allí lo he dejado, esperando que alguien lo asistiera.

—¡Ah! Me alegro de que no lo abandonaras a su suerte, me he quedado preocupada cuando os habéis ido. Pobrecillo, hacía una cara... Me daba pena pensar que no solucionábamos nada dándole de comer cuatro lentejas. Al menos, ahora alguien tendrá que proporcionarle techo y comida,

pero ¿dices que estaba en el frente de Aragón? ¿Conoció a Rafel? ¿Sabe algo de él?

—Sí, lo conoce. Al menos, ahora sabemos que cuando coincidieron estaba vivo. Como él, Bernardo marchó en uno de los camiones hacia el frente de Zaragoza el año pasado, el veinticuatro de julio del treinta y seis. El hombre tiene bien grabada esa fecha en la memoria. Pertenecía a la columna Sur-Ebro y los dos participaron en la toma de Caspe. Tras la toma de Belchite, se les unió la columna Carod-Ferrer, donde lo hirieron, y lo enviaron a Manresa. Después no ha sabido más de él. Ahora, aunque no sea mucho, sabemos que a principios de septiembre Rafel estaba sano y salvo.

—¿Qué contenta se va a poner Teresita! —exclamó Adelina mientras se le saltaban las lágrimas—. Mañana mismo me acerco a su casa y se lo cuento todo.

Paco esperó a que se acostaran para explicarle a su esposa el breve encuentro con Teresa aquella misma mañana. Quiso prevenirla sobre el cambio de aspecto que había observado en ella. Le habló de la negativa de la muchacha a la invitación a comer con ellos y de la prisa que llevaba por llegar a casa y contentar a su tía. Aquel encuentro había desencadenado la casual invitación del soldado Pàmies y con ese relato, Paco evitó entrar en detalles sobre lo que realmente le preocupaba.

Tumbado en la cama, todavía con los ojos abiertos, repasó la escena una vez más, recordando algo que por un momento le había pasado por alto, pero a lo que ahora daba vueltas. Antes de toparse con Teresa, la había visto desde lejos. Se despedía de Tomás, el Tiovivo, y ella parecía rehusar el gesto de aquel hombre, que intentaba acariciarle la cara. También notó cómo se había apartado incluso de él, al acercarse a ella para invitarla a saludar a Adelina y a los niños. Sin embargo, no había sido miedo lo que intuyó en la muchacha, sino vergüenza.

VIII

Armando y yo pensábamos que formábamos parte del elenco protagonista en aquella nueva rutina que nuestro nieto Jaime se había construido, con sus frecuentes visitas a casa a la hora de merendar para que le contáramos los recuerdos de algunos vecinos del barrio, que a su vez nos ayudaban a reconstruir la historia de la familia y del propio lugar. Para mí, no solo era un soplo de aire fresco en el desván de nuestra memoria, sino también un orgullo rendirles homenaje a mis padres y a las familias que convivieron con ellos en una época terriblemente dura para todos. Nunca pensé que en la última etapa de mi vida se me presentaría la oportunidad de demostrar reconocimiento, a través de nuestro recuerdo, a tantos amigos y compañeros de trabajo que compartieron olor a grasa y sabor a sangre durante aquellos tiempos difíciles.

Se acercaba la hora de la salida de clase del chico y su abuelo ya caminaba nervioso por el pasillo. Lo veía andar arriba y abajo, como pollo sin cabeza; ora entraba en una habitación y salía de ella con fotografías en la mano, ora entraba en la cocina para preparar un chocolate y las

pastas preferidas de Jaime. Yo lo observaba satisfecha, sonreía y respiraba profundamente mientras, sentada junto a la mesa del comedor, revisaba algunas cartas y notas que había tomado esa misma mañana. Durante las últimas semanas, me entretuve hablando con familiares de algunos de los protagonistas del relato. No tenía ninguna duda: las heridas no habían cicatrizado. Puede que las circunstancias que se habían vivido en Cataluña en los últimos tiempos hubieran acentuado la acritud que la gente sentía en su interior, pero ¿hacia quién? Probablemente se trataba de una rabia instalada en el interior de muchos corazones, un odio latente que emergía sin remedio porque, en su día, nadie se atrevió a erradicarlo. Sin embargo, pensé que continuar explicándole al muchacho cuánto quedaba en la memoria colectiva de aquellas cuatro calles sería una buena manera de aportar un poco de luz a las nuevas generaciones.

Esperábamos a Jaime impacientes. Armando y yo ya habíamos completado nuestra rutina: algunas compras por la mañana en el mercado, recoger un poco la casa, preparar la comida, etc. Hacía algún tiempo que mis achaques no me permitían hacer ninguna actividad que implicase esfuerzo físico y mi marido era el encargado de llevar el peso de la casa. Solo me quedaba el consuelo de conservar la memoria y me sentía privilegiada por ello. Muchas de mis amigas no habían podido cumplir los ochenta años recordando cómo habían sido sus vidas. Posiblemente, repasar mis recuerdos y contrastarlos con los de otros vecinos del barrio también estaba resultando un buen ejercicio de memoria, de manera que intenté restarle importancia a la tardanza de Jaime y dispuse, como cada tarde, mis cajas de fotos, viejos álbumes y algunos libros de historia.

Nos sentaríamos rodeando la mesa del comedor y mendaríamos mientras, a toda prisa, el muchacho nos haría un resumen del fin de semana familiar junto a sus padres

y hermanos, que para él era una pura formalidad antes de enzarzarnos de nuevo en los recovecos de unas vidas sencillas que se torcieron involuntariamente y sin poder remediarlo.

El chico cada vez se mostraba más involucrado en el relato y a nosotros nos llenaba de orgullo que alguien tan joven sintiese tanto interés en saber cómo había transcurrido la vida en unos tiempos tan diferentes a los actuales, a pesar de que las similitudes de algunos sucesos ocurridos en Cataluña en los últimos meses nos acercasen sensiblemente a los problemas del pasado. Armando perdía la paciencia a menudo y solía preguntarle «pero ¿se puede saber qué os enseñan en clase de historia?», mientras el chaval, alarmado por cuanto le contábamos, nos trataba de exagerados o nos acusaba de querer montar una película de cine sobre la vida en aquella Barcelona tan desconocida para él. Sin embargo, estábamos contándole la verdad. Durante muchos años, nuestra ciudad fue un lugar de conductas selváticas donde reinaba el espíritu de supervivencia y donde los instintos prevalecían ante la evidencia de que todo estaba perdido y solo los más fuertes conseguirían salir adelante. Eso era lo más difícil de explicar. Ni yo misma entendía cómo gente corriente, sencilla, con ilusiones y sin demasiadas pretensiones era capaz de cambiar hasta perder de vista la sensatez.

—No creo que Jaime tarde en llegar. Suele ser puntual, más ahora que está tan interesado en esta historia. ¿Sabes, Armando? Hablar del pasado con él me ha ayudado a recordar cosas que me había esforzado en olvidar. Ahora me doy cuenta de hasta qué punto me afecta pensar en todo lo que pasó. No se trata solo de la historia de mis padres, de mi barrio, de vecinos y amigos... No, nada de eso. Lo que más me duele es pensar que todo aquello podría volver a repetirse, que la gente no aprende. Quizás

sea porque me he hecho vieja y veo las cosas desde la distancia que ofrecen los años, puede que sea porque ya me veo más allí —dije señalando hacia arriba— que aquí... ¿Quién sabe? También puede que la situación actual me esté condicionando.

Armando sonrió mientras negaba con la cabeza, al tiempo que se abrochaba el cinturón del albornoz.

—Armando, que no hace tanto frío —le dije, convencida de que exageraba. Vestido con pantalón, camisa, chaqueta y un fular protegiéndole el cuello, había empezado a sentir algo de frío desde hacía un rato y, tras una discusión sin importancia, como acto de protesta se había puesto el atuendo más cálido que pudo encontrar en el armario.

—Paquita, no digas eso. Ya sé que no somos unos jovencitos, pero aún nos queda cuerda para rato; al menos, si no pillamos una pulmonía —dijo mientras se abrochaba el cinturón con más fuerza—. De todos modos, algo de razón tienes, ya se sabe: el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. —Me guiñó un ojo y sonrió de nuevo.

Me gustaba ver sonreír a mi marido. Él siempre ha tenido la capacidad de restarle importancia a todo aquello que me preocupa, como si crease una esfera de protección para que nada enturbiara mi existencia. Puede que sea a causa de mi apariencia frágil, estatura menuda y poco peso, aunque lo cierto es que nunca me he doblegado ante las dificultades. Además, reconozco que he contado con los mejores cómplices para superar cualquier adversidad. De niña, mis padres decidieron alejarme de las bombas y de una ciudad que se destruía poco a poco, por dentro y por fuera, a través de quienes querían arrasarnos y de aquellos que nos rodeaban sin saber controlar la necesidad que afloraba como respuesta a la necesidad. La pobreza, el hambre, el miedo... era muy difícil convivir con todo aquello y, sin

embargo, yo pude vivir mi niñez con cierta tranquilidad, acurrucada bajo las faldas de mi prima María Antonieta, a la que tanto quería, en La Pobra de Montornés. Para mí, aquello era una aventura más, una época que viví en un entorno apacible, ajena a las atrocidades que ocurrieron en otros muchos pueblos. Años más tarde supe de tantos lugares, también pueblos en apariencia tranquilos, donde los odios, las rencillas y las envidias personales afloraron y se fortalecieron gracias al abrigo que les prestó el nuevo régimen al final de la guerra.

El sonido insistente del timbre interrumpió mis pensamientos. Armando avanzaba por el pasillo dispuesto a abrirle la puerta a Jaime, al tiempo que gritaba «¡¡Ya va!! ¡¡Ya va!!». La sordera con la que convivíamos desde hacía años y que para nosotros era algo sin importancia resultaba desesperante para nuestros nietos.

—¡Hola! ¡Por fin! —exclamó nada más entrar—. Dejo la chaqueta en la habitación y vengo, que tengo muchas preguntas. He estado ordenando la información que me habéis contado hasta ahora y hay cosas que no entiendo.

—Llegas tarde, jovencito.

—Perdona, abuelo. Ya lo sé. He estado discutiendo con un compañero de clase, un listillo.

Se acercó a paso ligero hasta llegar al comedor, donde yo lo estaba esperando. Me levanté del asiento para abrazarlo y él me correspondió besándome en las mejillas. Armando lo miraba con cierto aire de satisfacción. No había perdido un ápice de interés por conocer hasta el mínimo detalle de la vida de su bisabuelo Francisco y eso me enorgullecía a mí también, pero ambos coincidíamos en que lo más importante era despertar la conciencia del muchacho.

—Lo siento, abuela, es que Carlos, un compañero de clase, me ha entretenido un buen rato. Es buen tío y la verdad es que estamos de acuerdo en muchas cosas, pero

cuando le he dicho que me estáis contando la historia de lo que pasó en nuestra familia y en el barrio, durante la guerra civil... No sé, parece que a nadie le importa recordar aquello, como si no pudiese volver a pasar, como si fuese algo que pasó por casualidad y que nunca pudiese volver a repetirse.

—Ah, eso no podrás cambiarlo por mucho que discutas con los amigos. A nadie le apetece recordar. Unos, por lo mucho que sufrieron; otros, por el miedo que pasaron y, la mayoría, por el daño que causaron y del que ellos o sus antepasados se beneficiaron.

—Venga, Armando, ahora no vamos a liar al chico con esas ideas.

—No, no, abuela, si tiene razón. Aunque nosotros no discutíamos por eso. Es que Carlos es independentista y yo comparto muchas de las cosas que dice, pero me niego a cerrarme en banda sin atender a razones. Hay que contrastar la información y hay que respetar a todo el mundo, pero ahora parece que, si no eres indepe, eres facha, y yo me niego a que me acusen de serlo, ahora que estoy entendiendo de verdad el sentido de esa palabra.

—Pero bueno... Cuéntanos qué te ha dicho.

Se sentó a la mesa, entre Armando y yo, y nos contó la conversación que tanto lo había alterado:

—Bueno, Carlos, me voy corriendo, que me esperan mis abuelos en casa.

—¿Otra vez, tío? Vas día sí, día no... ¿Todavía estás preparando el trabajo?

—¡Qué va, tío! Me están contando la historia de la familia de mi abuela, y estoy totalmente pillado. Me encanta.

—Pues debe ser tan palo como una clase de historia.

—Te equivocas. Precisamente, es una versión de la historia desde el punto de vista de alguien que la vivió.

Ya sabes que me tira mucho todo lo relacionado con LLuis Companys y me interesa conocer cómo era Cataluña en los años treinta. Bueno, pues ellos me cuentan lo que pasó en la ciudad, en mi barrio de toda la vida, en aquella época. Antes, durante y después de la guerra. Siempre he querido conocer cómo vivía la gente, como lograron sobrevivir a los cambios. No sé cómo pudieron superar todo aquello. Fue tan fuerte, tío. No sé, es como si pudiese ponerme en la piel de algunos vecinos, gente corriente que vivió algo parecido a lo que está pasando ahora, pero que acabó fatal.

—Pero ¡qué dices, chaval! No compares. No tiene nada que ver lo de ahora con un golpe de estado militar. A ver si a ti también te han comido el coco y te crees todo lo que te dicen en la tele.

—¡¡Serás imbécil!! Me refiero a que el clima político estaba totalmente tenso los años anteriores a la guerra. No existía diálogo entre los diferentes partidos y, al parecer, la falta de acuerdos o, incluso, los pactos antinaturales ayudaron a que los militares se creyeran salvadores de la patria y no dudaran en empuñar las armas para hacerse con el poder. Claro que los enfrentamientos políticos no tuvieron toda la culpa, pero abrieron una brecha importante gracias a la que Franco y los demás generales consiguieron apoyos de otros países fascistas. Entre los desacuerdos, también los nacionalismos que reivindicaban la separación territorial de catalanes y vascos. Te guste o no, algo se parece a la situación actual.

—Yo creía que eras indepe, tío.

—Mira, Carlos, yo no tengo que justificar mi grado de catalanismo ni dar explicaciones de lo que pienso o de aquello en lo que creo. Es mi derecho, igual que el tuyo es defender las ideas que tengas. Mi lengua materna es el catalán, pero me encanta ser bilingüe. Sí, siempre me he sentido catalanista, enamorado de las tradiciones que me

han enseñado a querer en mi casa. Ahora parece que todo eso está mal, que eres independentista si lo sientes de esa forma o que no tienes derecho a defender esos sentimientos si no lo eres. No sé si me gusta el independentismo que defienden algunos, la verdad, no estoy de acuerdo con lo que defienden algunos partidos, que nos empujan a manifestarnos en contra de España cuando su ideario nada tiene que ver conmigo ni con mi idea de gobierno.

—Ya veo que no tienes las cosas muy claras.

—Lo que tengo son quince años. Hasta que pueda votar, lo que quiero es aprender, informarme y saber qué quiero antes de seguir como un corderito a quien me digan. La historia que me están contando mis abuelos me parece una buena referencia y ¿sabes? A ellos ni siquiera les interesa la política. Nunca había hablado con ellos de ese tema y puede que no vuelva a hacerlo cuando terminen de explicarme cómo y por qué las decisiones que otros tomaron en el país cambiaron la vida de tanta gente. Bueno, ahora te dejo, me voy volando... Mis abuelos estarán esperándome desde hace un buen rato.

—¡Lárgate! A ver si te cuentan que a los catalanes nos han estado robando siempre.

—¡Vete a la mierda! No has entendido nada.

Era gratificante pensar que quedaba un resquicio de esperanza. Jaime no se conformaba con lo que veía a su alrededor, necesitaba saber más. Si conseguíamos que la juventud se preocupase por conocer los errores del pasado, nuestro esfuerzo habría valido la pena. Intentábamos luchar, a nuestra manera, por mantener vivo aquello que tantos gobiernos habían procurado enterrar, como una semilla plantada por el miedo durante la dictadura de Franco. Los episodios oscuros se sucedieron durante cuarenta años y, al llegar la Transición, quedaron ocultos de un car-

petazo como prebenda pactada, condición indispensable para conseguir una democracia que hiciese posible la convivencia en un país acomodado a la obtención de beneficios internacionales. La Transición, la llegada de la democracia, había sido un comienzo basado en chantajes, pero un comienzo, al fin y al cabo. A las generaciones futuras les tocaría replantear los cimientos del nuevo sistema. Ese era nuestro granito de arena. La noche anterior Armando y yo habíamos hablado de ello durante la cena.

Durante unos minutos, la escena de la noche anterior volvió a mi cabeza. Estaba demasiado preocupada como para olvidar mi responsabilidad.

—Paquita, podemos manifestar nuestras opiniones, pero no podemos trasladarle nuestras frustraciones, tenemos que ser cuidadosos con lo que le contamos, con la forma de contárselo —me dijo Armando, un tanto asustado por la responsabilidad que estábamos asumiendo—. Jaime es muy joven todavía. Tenemos suerte de que quiera saber del pasado de su familia, de lo que pasó en su ciudad, en su país. Aunque sea a través de las experiencias vividas en un círculo tan pequeño, a él le servirán para adoptar una postura crítica en la sociedad en la que ahora se desenvuelve.

—Lo sé, Armando —contesté sin mirarlo. Cortaba en ese momento un pedazo de pan y el recuerdo del aroma de masa horneada que nos llegaba desde la pastelería volvió a trasladarme a otra época durante unos instantes—. Tengo tantas cosas que contarle que algunas veces me da mucha pena que los malos momentos embrutezcan la imagen que tiene en su cabeza. No sé cómo decirte, que cambie su visión de las cosas, su percepción de la realidad, como me ocurre a mí misma mientras le explico que, al inicio de la guerra, camiones militares llenaban la calle esperando el pan que abastecía al ejército en la ciudad o que a mediados del treinta y seis ya no encontrábamos pan blanco. Sin

embargo, no le he contado lo mucho que disfrutábamos mis hermanos y yo pocos años antes, deleitándonos con el olor que provenía del obrador cada mañana y que inundaba nuestra casa al abrir la puerta del patio.

—¿Qué dices, mujer? Si precisamente se trata de eso... Mira nuestros hijos, míralos...

—Bueno, ¿qué pasa con ellos? A mí me parece que no lo hemos hecho tan mal. Son buenas personas, se quieren y han formado bonitas familias. Tienen principios, valores... ¿Qué pasa con nuestros hijos, Armando? —le pregunté, ligeramente enfadada.

—Nada, no pasa nada malo, pero dime: ¿has hablado alguna vez de política con ellos?, ¿les has contado alguna vez qué te parecían a ti... o qué me parecían a mí los cambios de gobierno que hemos vivido? ¿Saben tus hijas la educación represiva que tuviste con las monjas? Pues yo sí sé que de un bofetón casi te dejaron sorda cuando eras muy pequeña. —Dejó los cubiertos sobre su plato para tomar un sorbo de agua y continuó—: No, Paquita, no hemos hablado de nada porque hemos preferido crear una burbuja a nuestro alrededor, algo que nos mantuviese alejados de todo aquello que no afectase directamente nuestro día a día, y ¿sabes? No hemos hecho ni más ni menos que el resto de nuestra generación y eso mismo es lo que están haciendo ellos con sus hijos. Reconozcamos que preferimos que se enterasen de algunas cosas por sí mismos, y cada uno encontró respuestas en un entorno diferente. ¿Quién te asegura a ti ahora que no optarán por respuestas opuestas entre ellas? ¿Que no van a distanciarlos las influencias que hayan recibido cada uno por su lado?

—Bueno, yo me acuerdo de que mi madre siempre decía que en casa no se hablaba de política, que era de mala educación. Hasta ahora ha sido así. Además, bastantes preocupaciones teníamos para sacar adelante a la familia:

trabajo, colegios... Que si uno caía enfermo, que si otro necesitaba clases de refuerzo... Como para ocuparnos de arreglar el país. ¡Vamos! Pues solo nos faltaba eso.

—¡Claro, mujer! A eso me refiero. Estamos todos muy ocupados, tanto que no nos queda tiempo ni ganas para plantearnos por qué tenemos que preocuparnos tanto del trabajo, de los colegios, de las enfermedades de nuestros hijos... Bueno, no quiero marearte, cariño. Creo que nos hemos abstraído de la política porque nos han convencido de que votando cada cuatro años ya no hace falta que pensemos en nada más, que discutamos nada más ni que cuestionemos nada más. Es un círculo vicioso que empieza a romperse ahora, y yo quiero que, al menos, uno de mis nietos aprenda a pensar por sí mismo, que no acuda a llamamientos ideológicos sin plantearse las consecuencias, que sepa valorar los pros y los contras, que no se deje llevar por fanatismos y que no caiga de nubes de algodón creadas a base de euforia.

Al día siguiente recibiríamos a nuestro nieto y los dos queríamos establecer un código ético que pautase nuestra charla. Así, decidimos que continuaríamos sin omitir ninguna información, por dura que fuese.

Tuve que repasar mis nociones de historia para situar al chico en los avances de una guerra que ya casi nadie quería recordar. Armando y yo buscamos entre los viejos libros de BUP y COU de nuestros hijos y, al final, le pedimos a Jaime que trajese a casa su ordenador. Lo más práctico sería consultar juntos algunos datos.

IX

El 15 de marzo de 1938, una fuerte ofensiva del general Yagüe en Aragón obligó a los milicianos y al ejército republicano de Sebastián Pozas a retirarse y agruparse en Caspe. Dos días más tarde, las tropas franquistas ocupaban la localidad y las fuerzas republicanas huían en desbandada. Para entonces, supongo que hacía tiempo que Rafael Velasco se sentía derrotado. Los piojos y el hambre habían hecho mella en su estado de ánimo, como en el de tantos otros, y no quedaba ni rastro de su buen carácter. Ya sabía que muchos se habían marchado y que algunos de los voluntarios que le acompañaban en el camión aquel 24 de julio de 1936 se quedaron escondidos entre los muros de las casas en ruinas que dejaban atrás. Qué lejos quedaba ya el día que partieron desde el paseo de Gracia de Barcelona hacia Zaragoza, pasando por Lérida, unos dos mil voluntarios, hombres y mujeres, marchando con el himno de la CNT-FAI, siguiendo incondicionalmente a Buenaventura Durruti. Los esperaban combates en Caspe, en Bujaraloz –donde también sufrieron los bombardeos de la aviación nacional–, en Pina... Rafael recordaba también su destino

en Belchite a las órdenes de Pozas, para terminar con un dolor que le recorría el cuerpo entero, sin fuerzas siquiera para robar ropa de abrigo que lo ayudase a dormir algunas horas. En aquellos momentos, según nos contaron algunos de sus compañeros de trinchera, solo pensaba en huir de aquel infierno.

Velasco recuperó, entre sus pocos enseres personales, las cartas que había ido recibiendo de Teresa y las que él le escribió y no pudo enviarle. Leyéndolas mientras dejaba caer alguna lágrima sobre ellas, imagino que intentó acumular algo de fortaleza que lo ayudase a mantenerse firme. Junto a otros soldados observaba sus manos renegridas, que temblaban sujetando el papel, y las recordó manchadas de grasa en otros tiempos. Los días felices trabajando en Elizalde junto a sus compañeros, cuando las risas y el ruido de las máquinas del taller eran los únicos sonidos que llegaban a sus oídos, antes de que el impacto de las bombas y el silbido de las balas lo ensordecieran para siempre.

El 18 de marzo de 1938, Franco dio por finalizado con éxito el Frente Aragón-Norte. Solo resistía, en Bielsa, una bolsa de la 43 División Republicana con cuatro mil quinientos hombres aislados en el Valle de Cinca al mando de Antonio Beltrán. Entre ellos, sin embargo, ya no se encontraba Rafel Velasco, pues había sido fusilado junto a cinco desertores más por orden del teniente-coronel de su regimiento, al intentar escapar durante la noche. Sin cumplir la treintena, sin regresar a Barcelona, sin poder darle un hijo a Teresa, sin apenas haber comenzado a vivir.

La consigna fascista era menoscabar la moral del enemigo y, para ello, era necesario atacar su retaguardia. Los soldados republicanos que resistían en los diversos frentes de Aragón y en los alrededores de Cataluña debían saber que

sus familias también eran castigadas en sus casas. Ya no bastaba con el azote de hambruna o con la falta de recursos que padecía la población civil mientras esperaba la llegada de ayuda desde aquella Rusia que los había socorrido en los primeros tiempos del conflicto, pero que ya no les volvería a llegar. Para amedrentar a quienes se resistían, contaban con la colaboración de la Italia fascista y la Alemania nazi, que continuaban sus demostraciones de fuerza por toda la costa mediterránea, efectuando asiduamente incursiones aéreas desde Mallorca.

Remedios sujetaba al pequeño Ricardito en brazos, mientras Eladio la seguía con Merceditas a cuestas. Los dos mayores los habían adelantado corriendo hacia las escaleras, mezclados entre varios cientos de personas que bajaban al refugio de la plaza del Diamante. El segundo día de bombardeos de aquella semana, la familia Baulenas al completo sabía el punto exacto en el que debían reunirse en cuanto el sonido interrumpido de la sirena anunciase el final del peligro. La señora Baulenas recordaría aquellos días durante el resto de su vida. Años más tarde, mientras lo recordaba y se lo contaba a mi madre, le caían lágrimas silenciosas por las mejillas.

El 16 de marzo de 1938 Benito Mussolini ordenaba, a través de un telegrama dirigido al general Vincenzo Velardi, jefe de la Aviación Legionaria Italiana, «iniciar acción violenta sobre Barcelona con martilleo espaciado en el tiempo». Al día siguiente comenzó a cumplirse el mandato del Duce. Escuadrillas de cinco y seis aviones S-81 Pipistrello, por la noche, y S-79 Sparviero, durante el día, bombardearon objetivos civiles de toda la ciudad de manera ininterrumpida durante más de cuarenta horas. Una serie de ataques aéreos que, en una semana, dejaban un saldo de entre 900 y 1300 muertos, además de las cifras aproximadas de entre 1500 y 2000 heridos y cientos de

edificios destruidos, hospitales, escuelas y viviendas entre ellos. Barcelona se había convertido en el campo de pruebas de la aviación italiana.

Eladio Baulenas conservaba fresca en su memoria la imagen de un grupo de cadáveres de niños, tumbados uno junto a otro, perfectamente alineados en el suelo a la espera de que personal sanitario, brigadas de desescombro y bomberos acudieran a la zona. Eran las víctimas del bombardeo del 30 de enero, alumnos de la escuela de la plaza de Sant Felip Neri. Cuando pensaba que cualquiera de sus hijos podía ser uno de aquellos pequeños, el corazón se le rompía en pedazos. Desde entonces, ni una sola vez habían dejado de bajar al refugio. Remedios sabía que, durante los ataques diurnos y en ausencia de su marido, los dos chicos mayores, en edad adolescente, acompañarían a la niña, de tan solo seis años. Así, ella podría cargar con el menor de sus cuatro hijos, que a sus tres años apenas podía seguir el ritmo de descenso por aquellas largas escaleras y llegar a los doce metros de profundidad que los protegerían de las bombas.

Durante la segunda de las jornadas del ataque alfombrado de la aviación italiana, se produjo una escalofriante explosión cuando una de las bombas aéreas alcanzó un convoy cargado con cuatro toneladas de trilita y custodiado por veintitrés soldados republicanos que se dirigía en la retaguardia hacia el frente de Aragón. El certero pulso del piloto le permitió también fotografiar su hazaña, una de las novedosas tácticas propagandísticas de la Aviación Legionaria, que mostraría la envergadura de aquel ataque, nunca antes visto en ninguna ciudad europea. Aquella foto se hizo famosa. Mussolini logró demostrar que podía paralizar una ciudad a través del terror. En los oídos de Eladio Baulenas resonaba la voz de Queipo de Llano durante una de las locuciones radiofónicas que pudo oír al

inicio de la guerra. La arenga del general sublevado desvelaba sus verdaderas intenciones: «Convertiremos Madrid en un vergel, Bilbao en una gran fábrica y Barcelona en un inmenso solar».

Permanecían sentados en uno de los cubículos de cemento del refugio más cercano a su casa. En él había trabajado, durante las horas que libraba en la fábrica, como pago por el acceso de toda la familia. Al ser vecino de la plaza y no poder contribuir económicamente, el hombre se comprometió a montar la instalación eléctrica y cavar cuanto fuese necesario junto a sus dos hijos mayores para garantizarles un espacio seguro a Remedios y los niños. Desde aquel jueves maldito durante el que se producían ataques cada hora, cada dos horas, cada tres horas, mientras la gente corría desorientada por el sonido de las sirenas, cuando ya nadie sabía si indicaban el principio o final de las incursiones, Eladio decidió quedarse junto a los suyos. Después vio a su mujer, que abrazaba con fuerza al indefenso Ricardito y las caras de sus hijos mayores, que le devolvían la mirada con expresión contrariada. En ese instante quiso dormir para no despertar nunca, para no ser testigo del sufrimiento de su familia, que ya había padecido el pánico a la muerte cuando a su mujer y a los dos pequeños se les quebró la salud y las bacterias se cebaron con ellos. Eladio se juró a sí mismo no fallarles nunca y hacer lo que fuese necesario para salvarlos y procurar su bienestar

—Allí estábamos, algunas veces, varias horas. Sentados con un miedo en el cuerpo que nos agarrotaba los huesos. Ricardito llorando, Eladio intentando distraer a la nena... Indefensos. Frágiles. Esperando a que todo se acabase y pudiéramos volver a nuestras casas —le explicaba la pobre mujer a mi madre—. Por la noche, cuando los niños ya

dormían, el pobre Eladio rompía a llorar, impotente, y se desahogaba a mi lado. Sufrimos mucho, Adelina, mucho.

Durante uno de aquellos bombardeos, sentados a un metro de separación el uno del otro y entre un numeroso grupo de gente que había decidido cobijarse bajo tierra, se encontraban Lola y su marido Juan. Una centena de caras conocidas los acompañaba. Permanecían inmóviles a lo largo del estrecho túnel, en silencio, sin disimular el terror que sentían. Algunas criaturas lloraban, especialmente cuando se producía algún apagón esporádico. Al fondo, en el cubículo de escasos diez metros cuadrados que acogía la precaria enfermería, varias personas esperaban su turno para curar las heridas producidas al caer por la larguísima escalera por la que a toda prisa habían accedido al refugio. Algo alejada de sus tíos, Teresa miraba fijamente la lámpara de carburo que sujetaba uno de los responsables de la guarida subterránea. La mujer, que parecía escuchar absorta el chisporroteo de la llama, emitía un leve quejido sin abrir la boca, haciendo vibrar sus cuerdas vocales, cada vez que se oían los silbidos de las bombas cayendo unos metros por encima de ellos. Con cada temblor, los niños gritaban y sus madres lloraban en silencio. Bajo la prohibición de hablar sobre determinados temas como política, religión o mujeres, algunos hombres comentaban la convocatoria de alguna partida de cartas o anécdotas ocurridas en sus lugares de trabajo. Intentando evitar cualquier actitud catastrofista y, en consecuencia, la histeria colectiva que podría conducirlos al caos, algunos reían con nerviosismo o inventaban tareas de reconstrucción deseando demostrar una fortaleza en la que ya casi nadie creía.

Junto a Teresa, acariciándole una pierna sin demasiado disimulo, se encontraba el Tio vivo. Remedios decía que había sentido vergüenza ajena al observar como Tomás,

mostrando el mayor de los descaros, susurraba algo al oído de una joven que parecía haber envejecido décadas en los dos años que habían pasado desde el inicio de la guerra. Con la cara desencajada y la mirada perdida, con actitud autómatas, la muchacha asintió en silencio, derramando una lágrima que surcó su mejilla y se perdió bajo la mandíbula, dejando un rastro mojado entre las grietas de la piel antaño de terciopelo.

—¡Teresa! ¿Te encuentras bien? —le preguntó la esposa de Baulenas, esperando despertarla de su aparente ensoñación—. No te preocupes, saldremos de esta, ya lo verás. Pronto se acabará todo y volveremos a reunirnos en algún *envelat* para celebrar las fiestas del barrio.

Tomás enderezó la espalda y se incorporó, dando un respingo. Tomó la palabra con total naturalidad, como si formase parte de un grupo de amigos que se reencuentran en circunstancias poco comunes, sin importarle lo más mínimo incomodar a ninguno de los presentes.

—Pues claro que sí. Teresa estrenará un vestido bien bonito y unos zapatos de tacón, yo se los regalaré —continuó el cojo, sin darle importancia a la mirada de reprocción que Remedios le dedicaba—. Y ya sabes, si alguna vez necesitáis alguna cosilla para los críos, yo sé cómo conseguirlo —dijo bajando el tono de voz.

—Sí, ya lo sé. De hecho, creo que todo el barrio sabe quién controla el mercado negro en esta zona. Gracias. Por el momento creo que, si conseguimos sobrevivir a las bombas, aunque sea difícil hacerlo, podremos salir adelante con lo poco que tenemos. Muchas gracias, Tio vivo.

La mujer quiso que se notase la antipatía que sentía hacia aquel hombre, protagonista de las habladurías del barrio en más de una ocasión. No lograba entender, sin embargo, qué tipo de relación lo unía a la esposa de Velasco.

—Bueno, bueno, nunca se sabe. La verdad es que tengo buenos contactos y ahora he dejado de ser Tio vivo —le dijo, y levantó un pie para enseñarle el talón reforzado que igualaba la altura de sus piernas—. Mi amistad es, en estos tiempos, un bien muypreciado, Remedios. Te lo digo a ti porque sé que te une una vieja amistad con Teresa y yo a ella le tengo un gran aprecio —continuó diciendo, mientras acariciaba la mejilla de la chica.

Baulenas, que contemplaba la escena a cierta distancia, no conseguía escuchar de qué hablaban, pero por las miradas que intercambiaba con su mujer, intuyó el cariz que estaba tomando la conversación. Semanas antes, un compañero de la fábrica le había comentado que habían visto a Teresa manoseándose con el cojo entre las últimas filas del cine Chile. Él se negaba a creerlo, pero no quiso inmiscuirse en las miserias ajenas y, al comentárselo a su esposa, le quitó importancia, evitando entrar en detalles. En ese momento, se arrepintió de haberlo hecho, pues sospechaba que Remedios iba a descubrir un secreto vínculo. Desvió su atención hacia los tíos de Teresa, esperando alguna reacción.

Juan miraba fijamente al suelo. Con las manos apoyadas en las rodillas, balanceaba el torso adelante y atrás en un compulsivo baile, como si su mente estuviese ausente. La tía Lola evitaba las miradas de los vecinos concentrados en aquellos pocos metros subterráneos y, fingiendo estar distraída, revisaba sus manos, sus uñas mal cortadas, recogía los mechones de pelo que descolgaban de las agujas de su moño... Todos allí sabían que la mujer había vendido a su sobrina a cambio de alimentos, ropa y calzado. Sintíendose recriminada por la gente que antes acudía a su pequeño comercio en busca de leche fresca, la mujer debió de recordar cómo había cambiado todo desde que en su casa empezaron a escasear los alimentos. Ocurrió allí

mismo, en otro de los helados bancos del refugio, cuando por primera vez coincidieron con Tomás, aproximadamente un año antes.

—Hola, Lola. La veo más delgada. ¿Va todo bien? —le había preguntado, mostrando una falsa preocupación.

—Hola. No, Tomás, nada va bien en esta maldita guerra. Pero qué digo... Claro que debes saberlo, tú lo sabes todo en el barrio, ¿no? —continuó, ante la sonrisa que le dedicó el hombre a modo de respuesta—. En casa estamos en las últimas. Si seguimos así, nos moriremos de hambre. Hemos invertido el poco dinero que teníamos guardado en el pago del refugio y en medicinas para Juan, he vendido lo poco que tenía de valor y Teresa no supera la falta de noticias de su marido. No sabemos nada de Rafel desde hace más de un mes.

—¿De verdad? Lo siento, créame —contestó, fingiendo lamentarlo—. ¿Se sabe dónde está?

—Pues sí, eso sí, pero de poco nos sirve. Sin nada que llevarnos a la boca, la única esperanza que nos queda es pensar que algún día volverá y contaremos con su sueldo en la fábrica o con cupones de la cooperativa, pero de momento no sé cómo vamos a sobrevivir. —Rompió a llorar mientras Juan y Teresa, alejados unos metros y con decenas de personas por medio, intentaban averiguar de qué estaban hablando.

La mujer pronto les desvelaría el sentido de aquella conversación. Habló primero con su sobrina, escondiéndose de su marido. Le dijo que el cojo del barrio estaba loco por ella desde hacía ya mucho tiempo, desde que era soltera. Le confesó que, en aquellos tiempos, cuando ella se instaló en Barcelona, aquel hombrecillo le pareció poco para una muchacha tan bonita y ella misma lo había convencido para que abandonase el sueño de proponerle

relaciones, pero que el hombre, lejos de olvidar sus propósitos, se había enamorado todavía más. Le dijo a Teresa que se trataba prácticamente de un acto de caridad.

—Mujer, ¿qué te cuesta? —le había dicho—. Teresita, hija... Tú sabes que eres como una hija para mí. ¿Sabes lo que eso representará para nosotros tres? No nos faltará de nada... de nada. —Teresa escuchaba atónita los dictados de su tía, casi sin poder creer lo que le pedía que hiciese—. Hace mucho tiempo que estás solita, hija, y toda mujer joven necesita varón. Tú solo tienes que cerrar los ojos. Imagínate que es tu Rafel.

Así empezó para Teresa una nueva tortura. Primero vio marcharse al amor de su vida, sin saber si volvería a verlo nunca más. Después llegó la falta de noticias del frente, hasta que por fin localizaron a Rafel. El tercero de sus sufrimientos llegó de boca de su propia familia, de la hermana de su madre, con la que llevaba varios años conviviendo y a la que tanto había ayudado en la vaquería. Además de convertirse en una sirvienta en casa, ahora le rogaba que se entregara a un hombre para asegurarles la subsistencia.

Más presionada por el decadente estado de salud de su tío Juan que por la insistencia de la tía Lola, Teresa desistió en su empeño por mantenerse fiel a su marido y a ella misma, y se prestó al obscuro chantaje que Tomás le proponía. Así, un día por semana durante los primeros meses y tres días ya en las fechas en las que se encontraban, la joven acudía a la antigua vaquería familiar con la excusa de limpiar el local, extendía una manta de franela en el suelo y se tumbaba desnuda, dejando que Tomás se acostara sobre ella y recorriera cada palmo de su cuerpo, que lo recibía frío y tenso. Teresa cerraba los ojos, pues no soportaba ver cómo aquel hombre, al que ahora consideraba de mentalidad también deformada, lamía ansioso sus se-

nos. Ella aguardaba el final del sacrificio en el mismo lugar donde tiempo atrás la vaca les regalaba la blanca y sabrosa leche que brotaba de sus ubres.

El vaivén de las cortinas silenciosas de las ventanas de la estrecha calle Grassot fue testigo de aquellos encuentros. El cariño que todos le tenían a la chica hizo que nadie hablase abiertamente de lo que sospechaban en el barrio. Se trataba de una consecuencia más de las circunstancias, algo que el tiempo borraría, como tantas otras cosas.

La primera vez que se produjo el intercambio, Teresa le relató a su tía Lola el asco que había sentido minutos antes, mientras la mujer se deslumbraba ante la imagen del contenido del paquete que su sobrina le entregaba: un saquito de arroz, un kilo de azúcar, una lata de carne, un bote de leche en polvo y unas onzas de chocolate.

Teresa supo entonces que aquella no sería la última vez que volvería a la vaquería y, dejando sola a Lola, corrió hasta la comuna para vomitar la bilis que durante toda la mañana se le había acumulado en la garganta.

Sus tíos la habían estado esperando en casa. Juan, ajeno al sometimiento de la muchacha, y Lola, ansiosa por saber si el intercambio resultaría favorable. La tía de Teresa parecía haber encogido durante los últimos años. Nunca había sido una mujer corpulenta, pero su estatura había menguado y su delgadez le confería un aspecto huesudo que endurecía también sus facciones.

Desde principios de agosto de 1938, las jornadas laborales de papá se eternizaron. Francisco Peret Ferrer había ascendido a teniente y su función militar de inspección de taller abarcaba no solo la fábrica SAZ-8, antigua Elizalde, sino también la empresa Hispano Suiza, convertida igualmente en industria de guerra.

La Comisión creada por la Generalitat con la asistencia del sindicato CNT, encargada de la coordinación entre las principales constructoras de armamento en la ciudad, quedó relegada de sus funciones para ser controlada directamente desde el gobierno de la República, que decretó su militarización.

Años atrás, trabajando en los talleres bajo la tutela de doña Carmen Biada, Paco solía fantasear en silencio, recordando sus vuelos de recreo durante su estancia en Cuatro Vientos. Tiempo después le explicaría a mamá que aquellos días, en ese mismo lugar, se encontraba rodeado de recambios para ametralladoras y fusiles, granadas, bombas de aviación y piezas de vehículos blindados. Entonces apenas le quedaba un minuto para desconectar y dejar volar su imaginación. El trabajo era pura supervivencia, además de una misión militar. Varios días a la semana acudía también a la fábrica ubicada en el barrio de Sant Andreu, donde revisaba y reparaba los motores Klimov M-100 de los aviones Tupolev SB-2 Katiuska. Mi madre nos contaba que, en aquellos tiempos, pocas eran las ocasiones en las que papá podía escaparse de sus obligaciones para acercarse al bar de la Chata, haciendo un pequeño esfuerzo por recuperar algo de la añorada rutina de tiempos pasados.

Parece que lo estoy viendo, con sus gestos, su manera de andar...

—¡Buenas tardes! Chata, ponme un café... o lo que tengas, por favor. —A continuación, se quitaba la gorra de plato y se peinaba con la mano, aplastándose el pelo hacia atrás—. ¿Qué tal? ¿He interrumpido algo?

Los taberneros conversaban detrás de la barra con uno de los trabajadores de la fábrica, otro de los que, como mi padre, recordaba el olor a grasa del taller y los buenos momentos vividos junto a sus compañeros al finalizar la jor-

nada, riendo mientras frotaban las manos con fuerza con un pedazo de esparto y jabón.

La Chata, tal y como la recordaban algunos de sus clientes durante aquellos días, con el semblante serio y la tristeza reflejada en sus retinas, paseaba con parsimonia una bayeta por encima del mostrador de la barra. Apenas quedaban botellas de licores en las repisas colgadas en la pared a su espalda. Simón se encargaba, de vez en cuando, de traer la jarra llena de la trastienda, donde solo quedaba un pequeño barril oval con unos pocos litros de vino que el hombre regaba, de vez en cuando, con algo de agua. Apiladas en un rincón, las barricas bordelesas que antaño acumularon varios centenares de litros de buenos caldos del Priorato esperaban tiempos mejores, convertidas en reliquias vacías.

—Nada, Paco —contestó Simón—, ¿qué vas a interrumpir? Hablábamos de las imágenes que esta guerra está dejando grabadas para siempre en nuestras cabezas. ¿Recuerdas la bomba del Coliseum? Hacía ocho años que no nos acercábamos por aquellos barrios. La última vez, mi Chata y yo habíamos ido a ver allí una película, ¿te acuerdas, Cándida?, ¿cómo se llamaba aquella película? —preguntó en voz alta, rascándose la barbilla mientras intentaba recordar.

—*El desfile del amor* —dijo la mujer, dando un pequeño brinco al tiempo que una leve sonrisa volvía a su cara—. Fíjate, aún me acuerdo, con todo lo que ha pasado desde entonces.

—¡Eso es! Bueno, pues yo de la película no recuerdo nada, pero lo que no olvidaré nunca es la estampa que vi con mis propios ojos al caer aquella maldita bomba. Los caballos volando por un lado y los carros de basura impactando contra la pared de la universidad. Esa explosión tan salvaje no se me olvidará en la vida.

—Es verdad, fue una atrocidad. Habíamos dejado las bicicletas aparcadas delante del bar El Estudiantil, donde teníamos que encontrarnos. Yo me quedé cerrando el bar y Simón se adelantó para hacer la cola, pues necesitábamos aceite y azúcar, y Pilarín, la del colmado, me había dicho que en la tienda de ultramarinos de la plaza de los Ángeles todavía tenían existencias —continuó relatando la Chata—. Calculamos que podríamos ir, comprar y volver, que llegaríamos a tiempo antes de que se cumplieran las tres horas de margen entre cada bombardeo... pero por poco no llegamos. Cuando oímos la segunda sirena, nos tiramos al suelo y nos abrazamos. Conseguimos salir ilesos, pero el miedo parecía habernos paralizado las piernas. Incapaces de pedalear, echamos a correr cargando con las bicicletas lo más rápido que pudimos.

—Cuando llegamos al barrio, no nos quedaban fuerzas ni para bajar al refugio —continuó explicando Simón—. Nos sentamos junto a una de las paredes maestras de la casa, nos tapamos con el colchón y lloramos todas las lágrimas que nos quedaban. Desde entonces, mis ojos parecen haberse secado.

Aquella noche, mi padre le contó a mamá su paso por el bar, impresionado por la experiencia que parecía haber hundido definitivamente a Cándida y Simón.

Los últimos días de 1938, la República, condenada definitivamente y abandonada por las potencias europeas, sufría una lenta agonía. Barcelona despedía el 28 de octubre a las tropas de las Brigadas Internacionales, a los voluntarios que se habían unido al ejército republicano para luchar contra el fascismo. Sin poder contar ya con las ayudas de México y la URSS, que hasta entonces habían aportado unos auxilios indispensables, la resistencia era insostenible. Las tropas republicanas se encontraban totalmen-

te agotadas por los combates del Ebro, donde sumaban 10 000 muertos, 34 000 heridos y más de 19 000 prisioneros. Barcelona caía, prácticamente sin oponer resistencia, ante las tropas del Generalísimo.

El 26 de enero de 1939, el ejército nacional llegaba por la avenida Diagonal y por Vallvidrera. Lo recibía una Barcelona callada y quieta. Los ciudadanos, en un primer momento, esperaron encerrados en sus casas; más tarde, salieron a la calle para seguir a los soldados y concentrarse en la plaza de Cataluña.

Cuando el 22 de enero el general Vicente Rojo le comunicó al presidente del Gobierno, Juan Negrín, que el frente catalán había dejado de existir, los organismos gubernamentales abandonaron la capital catalana para dirigirse a Gerona y Figueras. La defensa numantina que se produjo en Madrid no era posible en una Barcelona que albergaba divisiones políticas, además de falta de armas. Cuando llegaron noticias sobre la toma de Tarragona, sin apenas resistencia por parte de las fuerzas navarras y el cuerpo del Ejército Marroquí, la sensación de derrota era latente entre la población, que comenzaba a abandonar la ciudad, presa del pánico.

Dos días antes de la inminente caída de la ciudad ante las fuerzas nacionales, se produjo el éxodo de miles de barceloneses. El caos era total. La gente se marchaba con lo imprescindible, llenando fardos que colgaban a sus espaldas. Ante la inmediata llegada del fascismo, muchos huían frenéticamente y se producían asaltos a tiendas de comestibles y almacenes, con el fin de marcharse con provisiones suficientes para llegar a la frontera con Francia.

Ramón, uno de los frutereros del mercado, me contó que habían descubierto locales con víveres y mucha gente desesperada entraba en ellos. Un vecino suyo murió ahogado

al caer dentro de una tinaja de aceite. La hambruna y el pánico habían causado estragos en la ciudad.

La multitud avanzaba cargada con paquetes por la avenida Diagonal. Entre abultados carros y carretas y algún que otro automóvil, entre la muchedumbre que caminaba acelerando el paso cuanto podía, entre ambulancias e incluso algún carrito de basurero cargado con colchones y otros utensilios por las calles de Muntaner y Aribau, hacia el norte, iban también Cándida Vidal, la Chata, y su marido, Simón García, arrastrando sus bicicletas cargadas con petates llenos de algo de ropa, calzado de repuesto, toda la comida que habían conseguido acumular y los recuerdos de toda una vida: cartas, obsequios de amigos y, entre las fotografías, un retrato del bar con algunos de los trabajadores de la Elizalde brindando alegres junto a la barra. Cuando exhausto, a principios de febrero, el matrimonio consiguió llegar a la frontera de La Jonquera-Le Perthus, Simón volvió a llorar.

Un día después de la entrada de las tropas franquistas en la ciudad, muchos comercios no abrieron sus puertas. La euforia de los que ya se sabían victoriosos no tardó en hacerse evidente en las calles de Barcelona. Una vez instalados, daba comienzo una nueva etapa que debía liquidar el pasado republicano e imponer la nueva realidad de los vencedores. Mientras soldados marroquíes se cobraban su botín de guerra asaltando establecimientos, grupos de hombres armados vestidos con chaquetas de cuero negro o acompañados por soldados entraban en edificios de viviendas y detenían a cualquier sospechoso de colaborar con los rojos.

Aquel viernes en casa celebramos con cierta timidez que, por primera vez en mucho tiempo, no fueron las sirenas las que nos despertaron. Mis hermanos consiguieron

dormir toda la noche seguida gracias a un silencio al que ya no estaban acostumbrados. Adelina, mi madre, descansó completamente porque se durmió rezando, agradeciendo a Dios que por fin empezasen a vislumbrar la paz. Papá, por su parte, nos dijo que cerró los ojos pensando que lo mejor para dormir con placidez era el convencimiento de tener la conciencia tranquila.

De camino a la fábrica, vestido de nuevo con un pantalón gris, camisa blanca, americana de paño azul y abrigo de lana negro, Paco observaba a los vecinos del barrio andar atemorizados, nadie sabía cómo sería la vida a partir de entonces. Algunos se acercaban a los soldados para besarles las manos, agradeciéndoles que les salvaran de las bombas. Otros, conscientes de que eran precisamente ellos los que los habían acribillado en ataques despiadados, bajaban la cabeza a su paso, intentando pasar desapercibidos para que no se les notase su desafección.

Al llegar a la entrada principal, Paco miró a un lado y a otro de la calle. La ciudad le seguía pareciendo gris, si bien intuía un tímido aire de tranquilidad al pensar en el futuro. No pudo evitar que la tristeza se apoderase de él al ver el antiguo quiosco de Sisquet medio derribado y las maderas clavadas sobre las puertas, cerrando para siempre el bar de la Chata.

Mamá recordaba que le contó Eulalia que pocos acudieron al taller aquella mañana. Paco saludó, como siempre, al personal y, extrañado, atendió el gesto que desde lejos le dedicaba la secretaria, haciendo girar el dedo índice en el aire y señalando la salida.

—Buenos días, Eulalia. ¿Qué pasa? ¿Necesitas algo? Dime en qué puedo ayudarte.

—Paco... Señor Peret... Yo siempre le he tenido mucho respeto, ¿sabe? Usted es un buen trabajador, un buen hombre, siempre ayudando a todo el mundo, nunca se

mete con nadie, no ha hecho daño a nadie... —La mujer rompió a llorar desconsoladamente—. Perdone... perdone, es que me da mucha lástima.

—Pero mujer, dime qué pasa...

—Ha visto que falta gente hoy en el taller, ¿verdad?

—Pues sí, claro que lo he visto, pero eso no debe preocuparte, es normal, se están produciendo muchos cambios, la gente está asustada... Ya vendrán, Eulalia, no te preocupes, todo volverá a la normalidad —contestó, golpeando suavemente la espalda de la mujer, consolándola.

—No es eso. Márchese, Peret, márchese a casa o adonde usted crea conveniente. No se quede en Barcelona si puede.

—¿Marcharme? ¿Adónde, por qué?

—Porque le han delatado. Vendrán a buscarle y le detendrán. Yo lo sé, sé quién le ha delatado.

La mujer rompió a llorar. Entre hipos se acercó al perchero de madera situado junto a la puerta, sujetó el bolso que colgaba de él, sacó un pequeño pañuelo con sus iniciales bordadas en una esquina y se sonó la nariz. A continuación, con disimulo, aprovechó para asomar la cabeza por la puerta. Quería asegurarse de que nadie se acercaba al despacho.

Paco la miraba sorprendido, no comprendía qué estaba sucediendo. «¿Por qué tiene tanto miedo?», pensó. Sin interrumpirla, continuó atento a sus confidencias:

—Han empezado lo que ellos llaman un «proceso de depuración». A primera hora de la mañana nos han pedido listas con los nombres de todo el personal, en las que además debíamos indicar quiénes se significaban a nivel político o sindical. Están confiscando bienes, el patrimonio de todos aquellos a los que detienen. Nos han dicho que en las próximas semanas nos harán llegar la lista de despidos y normas de restricción de trabajos

remunerados y calificados. Su nombre estaba anotado en rojo...

Papá sentía respeto y cariño por la secretaria de don Julio. Sabía que su madre había muerto durante uno de los bombardeos a la ciudad. Desde que se había quedado sola, la mujer asumía su condición de solterona con total dignidad, aferrándose a la amistad que la unía a unas pocas vecinas y a algún compañero de la fábrica de los viejos tiempos. Paco Peret era uno de ellos y él lo sabía.

Paco le hizo caso y se marchó. Estuvo toda la mañana dando vueltas por el barrio, necesitaba pensar. Tampoco quiso arriesgarse a acercarse a la fábrica de la Sagra, la antigua Hispano Suiza. Pese a conservar la serenidad, no quiso correr riesgos innecesarios y antes de la hora de comer ya se encontraba en casa. No volvió a la fábrica aquella tarde, quiso quedarse en casa junto a su familia. Le dio mil vueltas en la cabeza a lo que Eulalia le había contado por la mañana, buscó razones que lo ayudasen a comprender qué quiebra la voluntad de los hombres cuando el miedo los atenaza. Rezó, besó a Adelina, la acarició y la abrazó hasta que no pudo ocultarle más la decisión que había tomado.

El sábado 28 de enero de 1939 Francisco Ferrer Peret se presentaba impecable, vistiendo su uniforme de teniente del Ejército del Aire, en la sede del Juzgado Militar de Barcelona.

Teresa había oído decir que, después de la ocupación militar, las nuevas autoridades habían impuesto controles que cerraban la ciudad, desconectándola de su entorno. Tan solo habían pasado un par de semanas y la prensa ya informaba de cómo sería la nueva era, marcada por la aplicación del Régimen Especial de Ocupación. También daba instrucciones acerca de las primeras medidas de

convivencia pacífica, que incluían la limpieza de fachadas y diversas zonas de la ciudad, la desaparición de carteles y rótulos de los años republicanos y de la guerra, la implantación de la Falange, el cambio y las presentaciones de autoridades civiles y militares, y lo que a ella le pareció una bocanada de aire fresco, una nueva esperanza: abastecimiento de alimentos y productos de primera necesidad. Sin hacer ninguna interpretación en clave política, para ella todo aquello solo tenía un significado: terminaría la esclavitud a la que Tomás la tenía sometida.

Durante unos meses, Lola intentaba mostrarse amable con su sobrina y su esposo, que no le dirigía la palabra desde el día que se enteró del trato que había cerrado con Tiovivo.

Ocurrió a la salida del refugio de la plaza del Diamante, después de uno de los múltiples bombardeos sufridos, que los sorprendió buscando víveres. Seguía a su sobrina a unos metros de distancia y pudo escuchar a dos vecinas que, después de pasar Teresa, cuchicheaban a su espalda sobre la fórmula que había permitido su triste subsistencia. «¡Anda que no sabe nada la Lola! A costa de la chavala se han asegurado la manduca», oyó que decía una de ellas, mientras la otra hacía el gesto de llevarse la comida a la boca.

—¡Ah! Muy bonito, hombre... Así que no vas a volver a hablarme, ¿es eso? —le gritó Lola al ver la mirada de desprecio que le dirigía su marido, sin ni siquiera abrir la boca—. Claro, claro... Es que es muy fácil encontrar culpables, pero dime, ¿qué solución tienes tú para la fresquera vacía? Venga, venga, dime... ¿Sabes lo que cuesta conseguir tus medicinas? ¿Sabes cuántos asmáticos sobreviven en tiempos de guerra? Pues yo te lo diré: ninguno, Juan, ninguno. Pero claro —dijo contoneándose hacia un lado y hacia otro con las manos apoyadas en la cintura, levantan-

do el tono de voz—, lo más fácil es culpar de todas nuestras miserias a la tía Lola.

—Y pensaste que la solución era prostituir a tu propia sobrina. ¿Esa es una buena solución, Lola? —inquirió el hombre, mirándola con desdén.

—No sé si es buena, Juan, pero es la única que pude encontrar. Tomás se encaprichó de la niña y me propuso algo que solucionaría nuestras principales necesidades. Tampoco es para tanto, muchas lo hacen. Ya se sabe, en tiempos difíciles, soluciones difíciles.

—Sí, sobre todo, difícil para Teresa. Cómo has podido perderle el respeto de esta manera, con lo que ella nos ha querido y nos ha ayudado siempre, con lo que está sufriendo por Rafel...

—Rafel, Rafel... ¡Coño! Que no se hubiese marchado tan alegremente.

—Y eso qué más da, sabes que lo habrían reclutado igualmente si no se hubiera presentado voluntario. Somos la única familia que tiene Teresa. Podía haber vuelto a Tarragona, pero vendió sus propiedades y nos lo dio todo a nosotros para que lo administrásemos hasta que regresara su marido. Y tú, ¿cómo se lo pagas?

—Mira, qué quieres que te diga, el dinero se acabó, sin la última vaca dejamos de tener ingresos y nosotros somos unos viejos, Juan. Además, tampoco ella planteó ninguna alternativa, pero claro, aquí la única que se preocupa por sobrevivir es la tía Lola, la mala de la película...

—La vaca... eso no se te ha olvidado, ¿eh? No le perdonaste que entregase el animal a los soldados. ¡¡La puta vaca!! —gritó.

No volvieron a hablar del tema. Juan no le dirigía la palabra a Lola y bajaba la cabeza, avergonzado, cada vez que su sobrina regresaba de la vaquería. La veía llegar atuándose el pelo o abrochándose algún botón del vestido.

Cada día más demacrada, cada día más triste, la miraba mientras dejaba caer el cubo y la bayeta que la acompañaban en su personal vía crucis hasta la vaquería.

Transcurridos varios meses desde la llegada de las tropas autodenominadas «nacionales», Juan se sentía algo aliviado al ver que Teresa volvía a sonreír de vez en cuando y que le comentaba los carteles que había visto colgados en algunas fachadas: tres jóvenes falangistas, dos hombres y una mujer, vestidos con camisas azules luciendo el escudo con el yugo y las flechas a un lado del pecho, con el brazo en alto y la esfinge de un león a sus pies, y en el cielo el lema «Ha llegado España» o «Cataluña ha sido recuperada para España». El hombre sabía que la joven viuda vivía con la esperanza de que todo cambiase y el hecho de que no se hubiera vuelto a encontrar con Tio vivo era la prueba de que la idea de una nueva vida podía convertirse en una realidad.

Mientras la maquinaria implacable de la represión política actuaba contra maestros, funcionarios, abogados, periodistas y simpatizantes de la causa revolucionaria, Teresa pensaba que quizás también el verdugo de Tomás podría haberse transformado en víctima. Fantaseaba pensando que, posiblemente, el que antes controlaba las mercancías del estraperlo de gran parte del Ensanche de Barcelona, estaría entonces bajo el más oscuro de los calabozos o incluso, como tantos otros, habría caído en manos de algún batallón disciplinario. Alguna de las sonrisas con las que su tío la sorprendía, mientras absorta miraba al cielo asomada a la ventana, se debían a su imaginación, que le ofrecía la visión de Tomás sucio y desarrapado, golpeado y humillado, frente a un pelotón de fusilamiento o encerrado en un campo de concentración.

X

El 10 de febrero de 1939 se culminó la ocupación de Cataluña y el 1 de abril de ese mismo año un grupo de vecinos del número 357 de la calle Cerdeña (entre ellos, Adelina, con el pequeño Manuel sentado en su regazo y José en pie a su lado) escuchaban por la radio el comunicado del general Francisco Franco: «Cautivo y desarmado el ejército rojo, las tropas nacionales han alcanzado sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. Burgos, 1 de abril de 1939».

La voz del locutor-soldado Fernando Fernández de Córdoba sonaba durante el parte de las 23:15 h, con la entonación y énfasis que marcarían la radiofonía de la época.

En el comedor de nuestra casa se hizo el silencio. Ni siquiera las voces de los niños enturbiaron el mutismo que reinaba en la sala. Mi hermano José, el pequeño Manuel y los hijos de algunos vecinos solían jugar alrededor de sus padres cuando se encontraban para escuchar la música que sonaba a través de un R-471 «La voz de su amo». Un año antes, la llegada de aquel aparato de segunda mano había representado un bálsamo contra el desánimo de

todo el edificio. Ahora, a la alegría por el fin de la guerra se sumaba la incertidumbre de los nuevos tiempos que les tocaría vivir.

Adelina pensó que aquella declaración radiofónica era el paso previo para volver a ver a su marido, ya que Paco no había vuelto a casa desde que se entregó en las dependencias militares. Al día siguiente, mamá preparó el desayuno para los niños, las farinetes de costumbre, que los críos devorarían hambrientos. Tras dejar los platos vacíos de papilla, ya aseados y vestidos, los dejó a cargo de una vecina y se dirigió al Juzgado Militar. Cogió la chaquetilla negra de lana que solía llevar a diario, se la echó sobre los hombros y salió del portal decidida a encontrar respuestas. Caminó lo más rápido que pudo para tomar el último tranvía, concentrándose en lo que se atrevería a decirles a las nuevas autoridades para que le dieran alguna información sobre su marido. «Tienen que decirme si sigue aquí. No pueden dejar a tres niños sin padre, me lo devolverán, estoy segura —pensaba—. Paco no ha hecho nada malo, solo hacía su trabajo, no le ha hecho nunca daño a nadie —repetía en su interior—. Mi marido es un buen cristiano», eso les diría. Si la Iglesia estaba del lado de aquellos hombres, debían de tratarse de creyentes como ellos y escucharían sus ruegos. La mujer continuaba cavilando nerviosa mientras, durante el trayecto, intentaba arrancar bolitas de lana de las mangas de la desgastada chaqueta. Pese a las barbaridades que habían llegado a sus oídos, Adelina albergaba una esperanza. Mamá nunca olvidaría la angustia que la acompañó todo el trayecto.

Nadie quiso darle razón sobre Francisco Peret Ferrer. Nadie le confirmó si estaba detenido en aquellas dependencias. Nadie atendió sus súplicas ni quiso escuchar sus explicaciones.

Era ya noche cerrada cuando los soldados disolvieron la larga cola formada a la entrada del imponente edificio militar por cientos de personas que, como mi madre, se habían acercado a interesarse por el estado de sus familiares. Regresó a casa sola y abatida, pero decidida a no rendirse, y continuó pensando qué haría al día siguiente. No descansaría hasta ver de nuevo a su marido en casa.

Dos meses más tarde, con el anuncio oficial del final de la guerra, Adelina veía más cerca la posibilidad de que Paco volviera a su hogar. Hasta ese día se había dirigido a familiares y amigos en busca de ayuda. En Sant Cugat consiguió la dirección y el teléfono de contacto en París de sor María Josefa. Estaba segura de que su cuñada, la tía Antonia, no abandonaría a papá a su suerte. Sus suegros también estaban convencidos de ello y eso la animó. Aquello representaba un gran logro. Algunos vecinos del barrio también se comprometieron a abogar a favor de su amigo si era necesario. Gracias a la colaboración de mucha gente, mi madre no se sintió sola en aquel trance y consiguió reunir la fortaleza suficiente como para seguir insistiendo y acudir a las instalaciones militares, día tras día, en busca de respuestas. Finalmente, uno de los soldados que custodiaban la puerta del despacho de los juzgados accedió a entrar y consultar a sus superiores. Minutos después le confirmaron que su marido se encontraba bajo disposición judicial militar en uno de los centros de reclusión habilitados en la ciudad, a la espera de que se celebrase el Consejo de Guerra que determinaría su grado de participación en la contienda.

Con la llegada de la primavera, volvió también el color a las mejillas de Teresa, pese a la nostalgia que todos notaban en su mirada y que seguro sentía por la ausencia de Rafel. Día a día, trabajaba duro para recuperar la tranquilidad y

forjarse un futuro que le permitiera independizarse de sus tíos. Decidida a salir adelante, la joven empezó a trabajar limpiando casas. Familias de la burguesía catalana habían decidido regresar a sus palacetes y casas modernistas esparcidas por toda la ciudad, convencidos de que la Nueva España de Franco ofrecía para ellos el orden y la paz acorde con la fe católica y prometía, además, una etapa de prosperidad que auguraba un gran desarrollo industrial y económico para sus negocios.

La joven, poco a poco, recuperó la confianza en sí misma y consiguió enfrentarse a su tía Lola y tomar las riendas de su propia vida.

—No voy a entregarle mis semanadas, tía, se ponga usted como se ponga. Le daré algo de dinero para que lo administre para la compra y se acabó. —Así habló cuando Lola intentó hacer valer su autoridad en la casa, mientras su tío Juan la miraba orgulloso, aprobando su actitud con un gesto de afirmación.

Después de cinco meses sin aparecer por el lugar que tan malos recuerdos le traía, Teresa decidió limpiarlo. Salió de casa ataviada con un vestido azul cielo estampado con florecillas también azules, largo hasta media pantorrilla, con escote de pico adornado con un pequeño cuello blanco de diferente tela. Una cinta de color azul marino hacía las veces de cinturón, a juego con la que rodeaba su pelo, sujeto en un moño en lo alto de la cabeza. Su peinado acababa siempre en la nuca, vencido por el peso de la larga melena. Dos mechones rubios ondulados, uno a cada lado de su cara, no impidieron que Teresa viera desde lejos, justo al cruzar el paseo del General Mola, antes García Hernández, una imagen que se clavaría en su cabeza. La aparición se hacía más real a medida que se acercaba: un grupo de hombres vestidos de militar formando un círculo, conversando y riendo al unísono. Las risotadas del gru-

po llamaban la atención de algunos vecinos que, con cierta timidez, acudían a sus trabajos. Algunos, sin embargo, pudieron presenciar la escena. Al separarse dos de los soldados que conferían parte del corrillo, la muchacha pudo ver su cara y seguramente se confirmó la pesadilla que creía vivir cuando segundos antes le pareció oír su voz. Estaba sentado de lado sobre una motocicleta, con el trasero parcialmente apoyado en el sillín y una pierna, la más corta, balanceándose en el aire sin ocultar la doble suela y el enorme talón que igualaba su altura.

Cuando, en cuestión de segundos, Teresa pudo reaccionar, intentó sin resultado dar media vuelta y huir paseo abajo.

—¡Teresa! ¡Teresita! Ven, ven. No te marches, mujer, acércate, quiero presentarte a unos amigos —le gritó, levantando el brazo para que ella pudiese distinguirlo.

Al ver a los seis hombres que se giraban al mismo tiempo, Teresa se quedó paralizada durante un instante. Sus labios quedaron sellados y los pies parecieron clavar-se en uno de los adoquines del pavimento, sin que fuese capaz de dar un solo paso en ninguna dirección. Tomás bajó entonces de la moto y con apenas un ligero renqueo se acercó hasta ella, sonriendo.

—Anda, no seas tímida. Ven, ven, quiero presentarte. Ya verás, son muy simpáticos —insistió, mientras la sujetaba con fuerza por un brazo para llevarla junto a los soldados—. Mirad, esta es Teresita, es amiga mía desde antes de la guerra y no os lo creeréis porque ahora parece muy tímida, pero os aseguro que es muy, pero que muy cariñosa y no sabéis lo suave que tiene la piel —dijo acariciándole una pierna y levantándole parte del vestido.

Teresa estaba bloqueada, el miedo la tenía completamente paralizada y sentía que, de un momento a otro, la orina correría por sus pantorrillas sin poder evitarlo.

Angelines, una de las criadas de los Elizalde, alcanzó a ver la escena camuflada entre la ropa tendida de su balcón, intuyendo el terror que estaba pasando su amiga, pero sin valor para inmiscuirse para no verse salpicada de la desgracia.

La joven viuda no podía soportar la vergüenza. De nuevo, aquel hombrecillo había conseguido atemorizarla y humillarla. A diferencia de otras veces, en aquella ocasión lo hacía en público, causándole una sensación de pánico que no sabía cómo vencer. Los jóvenes soldados se reían, susurrándose comentarios al oído los unos a los otros. El cabo Gutiérrez la miraba de arriba abajo, pasando la punta de la lengua por los labios. El primero Jaramillo se pasaba la mano derecha por la entrepierna, mirándola sonriente. El tono jocoso de los comentarios entre dientes de los soldados era para ella una auténtica amenaza.

—Te presento y te explico, ven —le dijo, haciéndose el interesante—. Hace tiempo que no nos vemos y siento decirte que he conocido a otras mujeres que encuentran atractiva mi «peculiaridad» —dijo con ironía antes de romper a reír, provocando las carcajadas de sus acompañantes—. Pero he pensado que te gustaría despedirte de mí como es debido y he decidido organizarte una fiesta. Para que resulte más divertida la celebración, he invitado a estos chicos tan majos, que hasta hace poco estaban en el frente salvándonos de los rojos. Sí, sí, de los rojos, como tu maridito... —Al decir esto, a Teresa le empezaron a brotar algunas lágrimas—. No, no, por favor, no te pongas triste —continuó, mientras acariciaba una de las mejillas de la viuda—. ¿Ves? Tienen muchas ganas de consolarte, hace tiempo que necesitan estar con una mujer y les he dicho que tú estarás encantada de pasar un buen rato con ellos, ¿verdad? —Dando el encuentro por hecho, despidió a la mujer besándola en una mano, combinando el trato caba-

lloso a la dama con un guiño a sus camaradas—. Anda, vete a la vaquería, que nosotros nos reuniremos contigo dentro de un ratito, en cuanto traiga unas botellitas de vino que tengo en mi almacén.

Teresa colocó lentamente un pie delante del otro y, al darles la espalda, uno de los soldados le dio una palmada en el trasero. Ella reaccionó asustada, dando un pequeño salto que provocó la carcajada del grupo y, sin arriesgarse a mirar hacia atrás, continuó caminando lentamente. Una marea de pensamientos colapsaba su cabeza, incapaz de sublevarse ante la inesperada aparición de Tomás. Andaba en dirección a la vaquería con el cubo de zinc colgando de la punta de sus dedos, sintiéndose la mujer más desgraciada del mundo, la más ilusa de las desafortunadas viudas de aquella maldita guerra. Les oía reír mientras se alejaba hacia la calle Grassot. Podía escucharlos incluso cuando ya era imposible que las voces llegasen a sus oídos. Aquellas risas se habían clavado en su interior.

Tomás había desarrollado desde niño la capacidad camaleónica de adaptarse a las circunstancias. Con una facilidad pasmosa, se mimetizaba en diferentes ambientes sin apenas esforzarse. Aquella cualidad era fruto de la necesidad. Todos en el barrio conocían la historia del cojo, pues él mismo solía contarla haciendo gala de su particular capacidad para superar las adversidades de la vida.

Cuando de pequeño jugaba en el patio del colegio, enseguida tomó conciencia de la soledad que lo acompañaría siempre por culpa de la desigual longitud de sus piernas. Sin entender bien el porqué, desde temprana edad se dio cuenta de que los otros niños se mofaban de los ingeniosos artilugios que inventaba para compensar la altura de ambas extremidades. Había probado con todo: pedazos de cajas de fruta, bastones amarrados con cordones a lo

largo de su pierna más corta, calcetines doblados dentro del zapato... Nada resultaba eficaz.

Sin embargo, la fragilidad física de Tomás contrastaba con su firme temperamento. Lejos de deprimirse por su condición de tullido, urdió una venganza contra Miguelito Contreras cuando, una mañana durante el recreo, después de mirarlo fijamente durante unos minutos, el chaval lo señaló, carcajeándose delante del resto de chicos. Aquel día, su inspirado compañero de clase lo bautizó como Tiovivo. El tambaleo del caminar de Tomás recordaba a los caballos de la atracción de feria que, armoniosos, subían y bajaban mientras avanzaban a cada vuelta.

Al día siguiente, Miguelito se quedó pegado al agujero de la comuna. Tomás, escondido, aguardaba sigiloso tras la puerta del excusado el momento propicio mientras observaba al chico, aguantando el equilibrio y concentrado en apretar el vientre, con los pantalones y el calzoncillo arremolinados en los tobillos. Con un impulso certero, lanzó una cuerda con un pequeño gancho amarrado en el extremo, alcanzó la ropa de su compañero y estiró con todas sus fuerzas hacia él, haciendo que el culo del pobre Miguelito pegara contra las cuatro tablas de madera sucias que enmarcaban el asqueroso agujero. Al oír el grito de la víctima, todos los alumnos del colegio corrieron alarmados hacia él. Delante del auditorio congregado, Tomás abrió la puerta de par en par con todo descaro para que el ultrajado colegial supiera que meterse con el Tiovivo tenía su castigo. Después de aquel suceso, aparentemente, Tomás se ganó el respeto de los chavales del barrio, pero nadie volvió a llamarlo por su nombre.

A medida que crecía, se percataba de que aquello no servía para ganarse la simpatía de sus compañeros y decidió probar otra estrategia y jugar la baza lastimera. Con ojos llorosos se acercaba a las muchachitas del colegio de

la Inmaculada de Vedruna, contiguo al suyo. A la salida de clase, intentaba ganarse el favor del sexo contrario para después afianzar la amistad de sus compañeros. «A cambio de algo de valor, me aceptarán como uno de los suyos», pensaba, de manera que decidió abrirles las puertas de la condescendencia femenina, ganándose su confianza. Tomás consiguió nuevos fracasos, además de alguna que otra bofetada. Las jovencitas, adoctrinadas por las hermanas Carmelitas, se percataron del juego del «pobrecito cojo». La maldad que cimentaba la personalidad de Tomás se desveló de nuevo en cuanto el chico intentó convencerlas para que participaran en un acercamiento carnal con otros mozalbetes y así lograr su ansiada popularidad.

Con el paso de los años, Tiovivo, hijo único y tardío de un matrimonio mayor y huérfano desde los quince años, aprendió a buscarse la vida para sobrevivir. Dejó el piso de alquiler donde había vivido con sus padres y se trasladó al barrio de Gracia. Consiguió una pequeña buhardilla a bajo precio y eventuales trabajos de recadero, dependiente, limpiabotas o cualquier cosa que le proporcionase el dinero justo para ir tirando. Así transcurría la vida gris de un acomplexado hombre gris, hasta que un día, en la vaquería de la calle Grassot, se quedó prendado de la muchacha más bonita que había visto nunca. Le faltaba poco para cumplir los cuarenta el día que Teresa se convirtió en su obsesión. Cuando, unos años más tarde, estalló la guerra, el tullido del barrio supo que aquel río revuelto supondría para él la oportunidad de convertirse en otra persona. No dejaría pasar la ocasión de ser un ganador, poco importaba en qué bando estuviese.

Dos días antes de la entrada definitiva de las tropas rebeldes en Barcelona, muchos se marchaban con lo puesto o con las pocas pertenencias que podían cargar a sus espaldas. Tomás se acercó a la ventana de su buhardilla durante

la noche, armado con una pequeña libreta y un lapicero y, sonriendo ante la estampa que vislumbraba, acercó el quinqué hasta donde se encontraba y anotó los nombres de todos los que su mirada alcanzó a ver. Eran vecinos que, atemorizados, dejaban atrás sus propiedades. «Una lástima que se pierda todo esto», se dijo a sí mismo. Viviendas, comercios, muebles, utensilios, ropa... Con todo aquello, él podría crearse una nueva vida.

Antes de que se escuchase el comunicado oficial del Generalísimo anunciando el final de la guerra, Tomás ya estaba instalado en el piso principal de un edificio con ascensor, en la Travesera de Gracia. Dos semanas después, en un acto heroico y haciendo gala de su afecto al nuevo régimen, se presentaba en las dependencias militares para facilitar el listado, cuidadosamente confeccionado, de los vecinos que durante años demostraron estar comprometidos con la causa republicana. Familias enteras de comunistas, sindicalistas y estraperlistas que, a ojos de los vencedores, confirmaban su culpabilidad con su cobarde huida de la ciudad.

Puesto que él mismo consideraba su colaboración indispensable para fomentar la buena convivencia y establecer en la ciudad los valores de la nueva España, no dudó en adjudicarse su propia recompensa. El abandonado bar de la Chata se transformó en un almacén de abastos, sorprendentemente lleno, que él mismo se encargó de descubrir ante las autoridades, ofreciéndoles a cambio encargarse de la gestión del local. Con su metamorfosis, Tiovivo fue desde aquel momento un valiente patriota de la «Nueva Era».

Teresa avanzaba con paso ruborizado y la mirada perdida, todavía oyendo sus risas. «No se ha muerto. Ese asqueroso lisiado no se ha muerto. Ni siquiera ha salido huyendo. Tampoco está detenido. No lo han llevado al paredón ni

han acabado con él en ninguna esquina matándolo a patadas, las que se merece y que yo misma le daría si tuviese valor. Ahora es amigo de los nacionales. Ahora presume como un falangista de toda la vida. Viste una impecable camisa azul y parece manejar dinero... Estoy perdida... Estoy perdida para siempre». Despacio, giró la llave de hierro en el interior de la cerradura de aquella puerta de madera que había atravesado tantas veces. Los que la conocían bien podían reconstruir la escena de lo sucedido sin albergar ninguna duda: entró en la estancia donde antes había estado la vaca, miró el suelo aún con restos de paja seca y se vio a sí misma tumbada, con Tomás encima manoseando cada centímetro de su cuerpo antes de montarla como un animal. Se acercó hasta el rincón donde su tío guardaba los aperos de la res y cogió la cuerda más grande que pudo encontrar. Volvió a salir a la tienda y dejó el cubo sobre el mostrador junto a la báscula que, descuidada durante los últimos años, había perdido su blancura, se había oxidado por los bordes y se había cubierto del polvo y de la grasa que había quedado acumulada en el ambiente. Todo a su alrededor le parecía sucio, maltrecho y deprimente. Miró hacia el techo. Las vigas de madera estaban repletas de telarañas. Ensimismada, por un momento pensó que algunas de las moscas que un día se quedaron pegadas en ellas debían de esquivar antaño los golpeteos inconscientes de un rabo que se mecía acompasadamente, mientras ella ordeñaba y atendía a la clientela. Allí había conocido también a Rafel y había compartido buenos momentos con sus tíos y con los vecinos del barrio. Allí mismo, ella, durante un tiempo, había sido feliz.

Cuando al cabo de una hora Tiovivio apareció en la vaquería acompañado de los cinco soldados, medio borrachos, ávidos de desenfreno y venganza fácil contra una mujer indefensa, el cadáver de Teresa colgaba de una viga,

rompiendo para siempre el nudo que le había oprimido la garganta desde hacía muchísimo tiempo. A sus pies, el cubo de zinc tirado en el suelo se movía ligeramente y producía un redundante sonido metálico.

Enriqueta y Angelines no daban abasto acondicionando la casa de los Elizalde. Muchos de los palacetes y casas señoriales, propiedad de las principales familias burguesas de la ciudad, habían sido ocupados durante la guerra por los principales sindicatos y usada como cuartel general o centros de operaciones del Ejército Popular.

Carmen Biada y algunos de sus hijos habían regresado a su domicilio de la calle Valencia de Barcelona y el servicio tenía la premisa de borrar cualquier huella que evidenciase el paso de los sindicalistas por la propiedad de la familia. Cuando los rumores sobre la muerte de Teresa, una de las mujeres que las ayudaban con las tareas de limpieza, llegaron a oídos de las dos muchachas, las sirvientas comenzaron a alternar sus quehaceres con susurros al oído de una y otra, sin parar de enjuagarse las lágrimas, sonarse la nariz y lanzar algún que otro gemido lastimoso. Angelines todavía guardaba fresca en su memoria el desagradable encuentro que había presenciado desde detrás de una falda mojada tendida al sol. Doña Carmen las observaba desde su despacho, donde retomaba las obligaciones de su cargo en la fábrica. Ordenaba minuciosamente la documentación que Salvador había salvaguardado en Corvier durante la Guerra, alternando miradas furtivas hacia las dos sirvientas. Intrigada por la causa de tanta aflicción, cogió la campanilla dorada de la escribanía y la agitó con fuerza, deseando terminar con la llanterá que ralentizaba los trabajos domésticos de las muchachas y no le dejaba concentrarse en su tarea.

Sin moverse de su asiento tras la mesa de trabajo, la señora alzó el brazo derecho y con un gesto les ordenó a las dos mujeres que se acercasen.

—Bien, ¿alguien va a contarme qué está pasando? —preguntó con expresión seria y un tono de voz que delataba su enfado. Miró a una de las muchachas, que bajaba la cabeza y sollozaba con timidez—. ¿Enriqueta? No tengo demasiado tiempo que perder...

Ninguna de las dos se atrevía a contar lo sucedido. Doña Carmen empezaba a impacientarse, mirando a una y a otra. Juntó las manos, entrelazando los dedos, y apretó los dientes antes de insistir. Por fin, una de las criadas se decidió a contestar:

—Se trata de Teresa, señora —dijo Angelines, la mayor y, además, veterana sirvienta de familias acomodadas barcelonesas—. La han encontrado muerta esta mañana.

—Dicen que se ha suicidado, señora —continuó Enriqueta.

—¡Virgen Santa! —exclamó, santiguándose—. Qué desgracia... ¿Quién era esa mujer? ¿Vecina vuestra? ¿La conozco?

Las dos muchachas se miraron, sorprendidas.

—Sí, señora... Teresa venía a limpiar. Cuando su hijo nos avisó de su llegada y quiso que todo luciera impecable lo antes posible, llamamos a Teresa para que nos echara una mano. Don Antonio nos pidió gente de confianza y, como el marido de Teresa, el pobre Rafel, había trabajado en su fábrica, pensamos que sería de su agrado para el puesto. —Se enjuagó los ojos y se sonó la nariz de forma ruidosa ante la mirada de desaprobación de doña Carmen.

—Era una buena chica, la pobre Teresa —continuó diciendo su compañera, que también había empezado a llorar—. No sé en qué estaría pensando... Después de todo lo que ha pasado durante estos años y ahora que llega la paz... Pobre Teresita.

Carmen Biada se levantó y se acercó a las criadas. Suspiró profundamente y negó con la cabeza. Les dio la mano y así, cogidas las tres, con la señora situada en el centro, se dirigieron con gesto compungido hasta el salón, donde antes Enriqueta había frotado con un paño el juego de café de plata y Angelines, de rodillas, había restregado con fuerza la bayeta, lustrando el dibujado mosaico modernista. Después de invitarlas a abandonar el despacho, la señora movió ambas manos en el aire, dio un par de palmadas y, dándose media vuelta, regresó a su escritorio.

—¡Que Dios la acoja en su seno! —dijo en voz alta, mientras se acomodaba en su asiento. Desde la estancia contigua, las dos empleadas escuchaban perplejas a su patrona—. Yo, por mi parte, ya la he perdonado —continuó, volviéndose a santiguar—. Quitarse la vida es pecado. No obstante, en los tiempos que corren, después del sufrimiento que esta guerra le ha traído a tanta gente, comprendo que debía de estar muy desesperada. Ahora solo podemos rezar por su alma. Me ocuparé de conseguir información sobre el estado en el que deja a su familia y tomaré las medidas que, como buena cristiana, me parezcan más oportunas. —A continuación, dio por terminado el luto por la muerte de la empleada—. Y ahora, a seguir con lo que estabais haciendo. ¡Vamos! ¡Vamos!

Carmen Biada sabía que empezaba una etapa especialmente difícil. La reconciliación entre los que se quedaron, los que lucharon, los que sobrevivieron y, sobre todo, entre vencedores y vencidos, llevaría un tiempo de adaptación sin una duración determinada pero necesario por el bien del futuro de la empresa. Quedaba mucho trabajo por delante y debería afrontar también noticias tristes sobre los infortunios y destinos de muchos de sus trabajadores. No sería fácil, pero ella nunca se había amedrentado frente a las dificultades.

XI

«Oh, Señor, Dios mío, que puedes ver el interior de los corazones y conoces las conciencias de los hombres: dame la gracia de examinar sinceramente y conocer la mía, de manera que descubra todas mis malicias y pecados, para que, confesándolos y enmendándome, merezca tu perdón y gracia en la tierra y la entrada en el cielo. Por nuestro Señor Jesucristo. Amén».

Encerrado en los sótanos del fastuoso edificio militar, Paco repetía sin cesar su rezo, en silencio y con los ojos cerrados, intentando no perder la esperanza de que Dios lo ayudase a superar aquella dura prueba, pero preparándose también para lo que podría ser su final. Eran las oraciones que algunas veces le habíamos oído en casa y que durante aquel tiempo había repetido hasta la saciedad.

Años más tarde, mi hermano José me contaba que papá, respondiendo a regañadientes a sus insistentes preguntas sobre la guerra y su vida en prisión, recordaba la sensación de pérdida y abandono que se apoderó de él durante su cautiverio. «En mi vida solo he procurado ser una buena persona, nunca hice ni deseé mal a nadie. He cumplido

con mi trabajo y con mi obligación como haría un buen cristiano, no puede ocurrirme nada malo, Adelina y los niños me necesitan». Aquellos pensamientos se repetían una y otra vez en su cabeza mientras esperaba a que llegase su turno para ser interrogado. Sin embargo, la recuperación de su estado de ánimo volvía a desvanecerse cuando abría los ojos para ver lo que ocurría a su alrededor. Cientos de hombres empujándose entre sí, mientras algunos soldados les apuntaban con sus fusiles. Algunos perdían sus fuerzas y caían al suelo. Las colas a los calabozos, donde las horas transcurrían despacio, parecían infinitas. A medida que el tiempo avanzaba, el olor corporal de aquella muchedumbre, mezclado con la humedad del recinto, se hacía cada vez más insoportable.

A los dos días de entregarse, había tantos hombres en su misma situación amontonados en lo más profundo de aquel edificio que Francisco Peret Ferrer creyó que, si por un instante consiguiese desaparecer, su nombre pasaría inadvertido y se olvidarían de él. Una entelequia, un juego mezquino de su imaginación que por un momento lo trasladó a la vida tranquila que había llevado antes junto a los suyos, cuando la rutina era vivir disfrutando de las pequeñas cosas. Ante el peso de la realidad y el fuerte olor a podrido de aquel subsuelo sin ventilación, su confianza fluctuaba de nuevo.

Por fin, su nombre sonó entre los diez que gritó con un leve canturreo uno de los policías militares. Se puso en pie a duras penas, pues casi no le quedaban fuerzas para acercarse a los soldados. Paco ya había perdido la noción del tiempo y ni siquiera sabía cuánto llevaba allí. En un acto instintivo, alzó un brazo mientras se levantaba para colocarse entre los citados y olisqueó su axila. Se sentía hambriento y cansado, pero lo que más le molestaba era la suciedad, ese olor del que no se desprendía ni al

salir a la superficie y separarse del enjambre que dejaba atrás.

El primer interrogatorio al que lo sometieron dejó poco margen para que el teniente explicase su causa y todo aquello en lo que había estado pensando desde que lo recluyeron. Los argumentos, perfectamente esquematizados en su interior, resultaron un esfuerzo inútil.

—Nombre. Apellidos. Edad. Estado. Profesión. Alistamiento. Empleo militar. Cuerpo o unidad. Destino y mando a dieciocho de julio de mil novecientos treinta y seis. ¿Tiene usted algún documento? —Paco entregó su identificación militar—. ¿Avaless para tramitar?

—¿Avaless? Verá, yo no he podido hablar con mi familia, pero si pudiese contactar con ellos... ¿Qué son los avales? ¿Avaless de qué?

—Ya tendrá tiempo de hacerlo cuando sea trasladado, ahora no puede ser —dijo el soldado, dando por terminada su declaración.

Paco miró atentamente al soldado, que apenas levantaba la vista del teclado de la máquina de escribir. A su izquierda y a menos de diez metros de distancia, otro hombre desalentado como él, agotado como él y tan sucio o más que él describía una perorata similar a la suya. Ambos se miraron durante unos segundos antes de observar a los detenidos que subían en grupo del calabozo y les dictaban su pasado a los burócratas militares encargados de clasificarlos.

Paco pensó que ninguno de ellos debía de ser importante para los vencedores. Ninguno debía de representar un trofeo digno de presentar ante autoridades de mayor graduación. Nunca antes se había sentido como una pieza más de ganado al que solo le espera el matadero como destino.

Dentro de la estructura represiva que las nuevas autoridades diseñaron para la Cataluña conquistada,

jugaba un papel importante el Servicio de Información Político-Militar (SIPM). Se trataba del organismo encargado de todo lo que estuviese relacionado con el espionaje, contraespionaje y orden público durante la guerra, que en Barcelona desplegó el 7 de febrero de 1939 con diecinueve grupos operativos a cargo del alférez Laureano García, cifra que aumentaría hasta veintiocho en marzo del mismo año. Con la finalidad de hacer la maquinaria represiva lo más eficaz posible, ampliaron sus operativos tejiendo una red de confidentes que cooperaban en las labores de vigilancia, rastreo y recogida de armas, encomendadas a las guarniciones de los sectores organizados por el ejército.

A pesar de los planes de conquista y represión militar trazados de antemano para llevar a cabo la aniquilación de cualquier vestigio de oposición a las nuevas normas, la gran cantidad de detenidos desbordó la capacidad de la ciudad para encerrarlos.

Un jirón en la tela de araña confeccionada por Ramón Serrano Suñer, un fallo en sus cálculos, provocó la saturación de presos fruto de las detenciones indiscriminadas producidas no solo atendiendo a las ansias de eliminar cualquier rastro del ejército enemigo, sino también fruto de las sospechas, delaciones y antiguas rencillas vecinales.

Las SIPM contaban con sus propios centros de reclusión, que funcionaban de forma independiente de los servicios penitenciarios barceloneses, centrados en aquel momento en la cárcel Modelo. Entre los diversos emplazamientos carcelarios se habilitó el de la Tamarita, un edificio modernista neoclásico situado a los pies del Tibidabo, antigua propiedad de la familia Craywinckel reconvertida en checa de la policía soviética durante la guerra. Allí, hacinado junto a cientos de prisioneros a la espera del correspondiente proceso judicial, se encontraba Francisco Peret

Ferrer desde el 10 de febrero de 1939, apenas dos semanas después de entregarse.

Si las condiciones higiénicas de los calabozos donde estuvo recluido los primeros días le parecieron execrables, la situación en la que se encontraban en el nuevo enclave era poco más que inhumana. Una vez al día los detenidos eran conducidos al patio, donde formaban una larga fila para recibir el rancho (cada día lo mismo, escaso en cantidad y sin ningún valor nutritivo): un cuenco de caldo aguado con cuatro garbanzos y, con un poco de suerte, un pedazo del hueso que fundamentaba el brebaje. Durante esa misma salida al exterior, en el mismo recinto donde comían, los prisioneros hacían sus necesidades. Cuando de nuevo regresaban a su encierro, debían respetar el lugar que habían ocupado antes, fieles a un código de convivencia que ellos mismos habían establecido. El espacio era insuficiente y cada recluso tumbado en el suelo necesitaba acordar cualquier cambio de posición con el que tenía a su lado, para intentar acoplarse sin golpearse entre ellos. Escasas duchas y escasos cambios de ropa causaban un hedor casi insoportable, que se mezclaba con el que causaba la falta de letrinas.

Muchos murieron en aquellas condiciones infrahumanas. El efecto de consolidar la segregación social entre vencedores y vencidos, la enorme prisión en la que se había convertido la ciudad y el exterminio de cualquier posible insurrecto eran piezas indispensables del engranaje que asentaría la política disciplinaria de la Nueva España. No era solo la imposición de su superioridad, sino también una venganza, una humillación, una pedagogía del terror que asegurase su perpetuidad.

Paco se encontraba física y anímicamente débil, pero no se sintió hundido hasta que vio con sus propios ojos hasta qué punto puede degradarse el ser humano. «¿Hasta

dónde puede llegar la maldad del hombre? Hasta perder su propia condición, volviéndose un ser inhumano».

Gregorio Márquez era un joven que no debía de tener ni veinte años. Muerto de miedo se sinceró con él en la celda, confesándole que sus ansias de libertad y la promesa de una España más justa, sin ricos y pobres, sin diferencias entre hombres y mujeres, con educación y garantías sociales para todos, fueron las causas que lo llevaron a alistarse. Causas nobles, sin otro propósito que conseguir una España mejor, ideas que al joven le sonaron a música celestial, que lo llevaron a unirse a la causa comunista sin saber apenas cómo se llevaría a término aquel cúmulo de promesas, sin conocer el camino y sin importarle quién lideraría aquella utópica España. Su familia había trabajado el campo desde generaciones. Procedía de un pequeño pueblo de Extremadura, donde a ninguno de sus paisanos se les habría ocurrido imaginar que llegaría un día en el que los jornaleros se unirían para reclamar un pedacito de las fincas en las que se habían dejado la piel trabajando. «Ha llegado el momento de cambiar tanta injusticia, una vida de sufrimiento a cambio de un pedazo de pan», dijo al despedirse de su madre antes de alistarse con otros jóvenes del pueblo.

Se lo llevaron en volandas entre dos soldados. El chico pataleaba y gritaba «¡Cabrones! ¡Fascistas de mierda!», mientras otro soldado lo recibía en el pasadizo dándole puñetazos en la cara y patadas en los riñones, y escupiéndole. «Cállate, rojo de los cojones, muy gallito eres tú», le increpó uno de los hombres que lo zarandeaba, mientras avanzaban por el pasillo.

Cuando, dos días más tarde, devolvieron al chico para tirarlo en un rincón, Gregorio no era ni la sombra del pobre enclenque que se habían llevado. Paco se acercó como pudo hasta él para intentar socorrerlo, pues no podía creer

lo que veían sus ojos. La mirada del chico se perdía en un mar de colores azules y violetas, en las dunas brillantadas de sus mejillas, que tan pronto se elevaban como descendían por su mandíbula rota. No lloraba ni hablaba, solo sangraba y gemía en un tono lastimoso que parecía pedir que alguien lo matase. La compasión le pareció a Paco un sentimiento irrisorio y entonces tomó conciencia de lo insignificante de su persona, de su voluntad. No supo ayudarlo. Lo tomó de las manos, también ensangrentadas y sin uñas, y llorando le pidió perdón, por él, por Dios y por el ser humano que había dejado de ser. El sufrimiento que había presenciado hasta entonces se le antojó una refracción de la crueldad que se ocultaba en los corazones de aquella causa.

«Yo, ¿para qué nací? Para salvarme. Que tengo que morir es infalible. Dejar de ver a Dios y condenarme triste cosa será, pero posible. ¿Posible? ¿Y río y duermo, y quiero holgarme? ¿Posible? ¿Y tengo amor a lo visible? ¿Qué hago? ¿En qué me ocupo? ¿En qué me encanto? Loco debo de ser, pues no soy santo». Paco repetía sus oraciones mentalmente e intentaba no desfallecer, conviviendo con las infecciones que germinaban en aquel caldo de cultivo a la espera de que su familia y sus amigos presentasen alguno de aquellos avales de los que había oído hablar a los soldados.

Gregorio se iba recuperando poco a poco. La fortaleza de los jóvenes no dejaba de sorprender a Paco, convencido de que él mismo no habría sido capaz de superar ni una sola de las atrocidades con las que castigaban al muchacho, al que volvieron a llevarse para aplicarle otro correctivo en cuanto pudo mantenerse en pie por sí solo.

Calculó que había pasado bastante tiempo cuando le preguntó a uno de los vigilantes por la suerte de su compañero.

—¿Es amigo tuyo?, ¿por qué te interesas tanto por el comunista? —preguntó irritado el carcelero. Paco aclaró la situación respondiéndole que lo había conocido allí mismo y solo sabía su nombre. Cuando el militar, sin ocultar su escarnio, le respondió que ya no tendría ocasión de entablar amistad con el chico, Paco se santiguó y comenzó a llorar, cabizbajo.

Las torturas en aquel lugar estaban a la orden del día. Era una trágica rutina de humillaciones físicas y psíquicas a las que la mayoría de presos se estaban habituando, manteniéndose a la espera del desenlace que los liberase y deseando la muerte. Algunos ni siquiera eran capaces de sostenerse en pie cuando regresaban junto al grupo. Palizas, encierros en cubículos del tamaño de un armario, donde solo cabían de pie o cargando sus rodillas y riñones contra las paredes. Chorros de agua helada les partían las costillas y cargas de electrodos les quemaban los testículos. Que el motivo de tanta brutalidad fuese recabar información resultaba poco creíble. A medida que pasaban los días, Paco se convencía de que aquellos abusos eran totalmente innecesarios. El despotismo de los que se sabían vencedores alcanzaba cotas de monstruosidad.

El tiempo transcurría despacio entre aquellos muros. Los días se hacían interminables y las noches eran aún más oscuras que el porvenir al que se veían avanzar sin remedio.

Una de las primeras llamadas que hizo Carmen Biada, una vez instalada en su casa de Barcelona, fue a su amigo Rentería. Había llegado a la ciudad días después del final de la guerra y, tras varias semanas de idas y venidas a la fábrica, extenuada por el trabajo que suponía revisar toda la documentación y a la espera de que el resto de su familia se reuniera con ella, sentía la necesidad de hablar con quien tres

años antes había sido su mano derecha. Necesitaba restablecer lo antes posible la normalidad. El único que la acompañaba en aquella vorágine que suponía retomar sus funciones como presidenta era su hijo Antonio, quien no había participado en la contienda debido a su delicado estado de salud. Pensando ya en las nuevas directrices que debían tomar con el fin de retomar acuerdos con el ejército y conseguir nuevos contratos de construcción de motores de aviación, la mujer contactó con el que volvería a ser su máximo valedor ante las más altas autoridades militares. Elizalde, S.A. devolvería a sus talleres su actividad principal.

—¡¡Julio!! Cuánto me alegra oírle. ¿Cómo se encuentra? —Sentada en una de las butacas del despacho, junto a la pequeña mesilla donde Angelines le acababa de servir una taza de café y unas galletas caseras, doña Carmen no ocultaba la alegría de reanudar el contacto interrumpido durante varios meses con el gran amigo de la familia.

Durante los tres años que había durado la guerra, doña Carmen tan solo había perdido el contacto con su colaborador en ocasiones esporádicas, cuando el militar abandonaba la retaguardia para dirigirse al frente. El resto del tiempo, aunque la comunicación no fuese demasiado fluida, la correspondencia y algunas llamadas telefónicas mantenían a doña Carmen al corriente de los avatares de la contienda y de sus repercusiones en las zonas conquistadas.

—¡¡Carmen!! ¿Cómo se encuentra? ¿Ya instalada en Barcelona? —preguntó él con entusiasmo—. He estado en contacto con algunos de sus hijos, que me mantenían al corriente sobre su retiro en Corvier, pero ya tengo ganas de que nos veamos en Barcelona. ¿Han regresado ya Miguel, Salvador y Arturo Luis? Sé que Antonio está con usted y Pedro sigue en San Sebastián.

—No, no, todavía no estamos todos aquí y, sinceramente, creo que la familia al completo no volverá a residir

en Barcelona, pero lo importante es continuar y salir adelante, ¿verdad, amigo mío? —Esperó unos segundos antes de continuar. No quiso hablar de sus pérdidas y siguió informando a Rentería de las actividades de sus hijos—: Ya sabe que Miguel estaba en la zona norte, cumpliendo como observador bombardero de aviación, y pudo acabar su carrera de ingeniero industrial. Se casó durante la contienda. Salvador sigue en Daroca, pero creo que regresará pronto. Después de pasar por Corvier se marchó a San Sebastián para colaborar como locutor de radio, puesto en el cual su francés resultó ser de gran utilidad para facilitar información a nivel internacional. Creo que coincidió con usted en aviación, antes de dedicarse al mantenimiento de la sección de automovilismo en aquel lugar cerca de Zaragoza, ahora no recuerdo el nombre...

—Cierto, no coincidimos, pero tuve noticias de él y, naturalmente, también de Miguel. Yo he estado en diversas zonas del territorio y procuraba seguir su actuación.

—Sabrá entonces que Arturo Luis fue a Salamanca, siendo ya capitán, después de reunirse con nosotros en Corvier y dejar allí a sus cinco hijos. Estuvo un tiempo en San Sebastián, pero finalmente lo destinaron a Logroño para que se encargara del mantenimiento de motores y aviones. Carmen también me dejó para irse a Zaragoza y creo que se quedará por allí, al menos un tiempo. —La mujer hizo una pausa, emitiendo un suspiro que llegó a oídos de su interlocutor.

—¿Carmen?

—Sí, sí, sigo aquí, perdone... Aunque cuento con la compañía de mis nueras y nietos, me sigue costando alejarme de mis hijos. Rafael también me dejó a sus dos hijos al fallecer su esposa y he podido verlo de vez en cuando entre sus idas y venidas de París a León transportando piezas de recambio para motores de aviación. Creo que no

lo veremos por Barcelona, ha conocido a una muchacha francesa y mucho me temo que se establecerá en París. Pedro dejó conmigo a su esposa y su hija, y regresó también a España, donde contribuyó retransmitiendo noticias y trabajando como telegrafista. Después...

—Lo sé, lo sé —interrumpió el coronel—. Está en el sector aéreo del Nordeste, planificación de aviación... coincidí con él en San Sebastián. Me dijo que María también estaba allí.

—Sí, fue conmigo a Biarritz y después a San Sebastián, donde empezó a colaborar con el movimiento en el control de correspondencia, y Carmen sigue en Zaragoza, de modo que llevo una pesada carga prácticamente sola. Así que, bueno, dígame, ¿cuándo va a venir para que volvamos a trabajar juntos? —La mujer dejó que su risa se escuchase a través del aparato—. De momento, estamos Antonio y yo. Cuento con su ayuda en la fábrica, pero no le voy a ocultar que las instalaciones han sufrido muchos cambios y el personal tampoco se encuentra en condiciones óptimas. Por supuesto, ha habido bajas importantes. Le voy a necesitar, amigo mío, y también sus influencias.

Rentería dejó escapar su sonrisa a través del cable telefónico para que su amiga notase su complicidad.

—Sí, Carmen, soy consciente de ello. Creo que en unos meses podré establecerme definitivamente en la ciudad. Por el momento solo puedo prometerle que iré por allí de vez en cuando y moveré hilos para que nuestros recursos se inviertan en la construcción de nuevos motores para los aviones del ejército. Cuente conmigo. En cuanto llegue a la Ciudad Condal, me acercaré por la fábrica y valoraremos juntos los daños, tanto humanos como materiales.

Eulalia Gil estaba sentada tras su mesa de trabajo, como si durante aquellos tres años nada la hubiese apartado de

allí. Con su traje gris marengo desgastado, una blusa blanca que amarilleaba en el cuello, el pelo cuidadosamente recogido con un moño en la nuca y unas gafas de pasta negra que disimulaban el garzo de sus ojeras a juego con el celeste de sus ojos, no pudo reprimir unas lágrimas al ver entrar a Julio de Rentería por la puerta del antiguo edificio de la fábrica Elizalde. Entre una montaña de papeles y carpetas revueltas estaba la secretaria intentando organizar los expedientes, las órdenes de trabajo de taller y el control laboral del personal. La figura imponente del militar contrastaba con la sonrisa que le dedicó a la mujer en cuanto ella se acercó a saludarlo.

—¡Don Julio! ¡Qué alegría verle, de verdad! No sabe cuánto me he acordado de usted durante este tiempo.

La empleada se sinceró con su antiguo jefe. Deseaba volver a la tranquila monotonía que reinaba en aquellas instalaciones cuando estaban bajo las directrices de la familia fundadora y la batuta de aquel hombre de aspecto rudo pero bondadoso que ella recordaba con sensación de alivio.

—Mi querida Eulalia, yo también he pensado mucho en todos ustedes, no se crea —le contestó a la mujer, mientras ella escondía la mirada con timidez, al tiempo que se sonrojaba—. Dígame, ¿cuántos años lleva usted trabajando aquí? ¿Diez, doce?

—Pues... Ahora tengo casi cuarenta y entré con veintitrés años... Dieciséis, si no me equivoco, don Julio. ¡Santo cielo! Cómo pasa el tiempo.

Rentería pensó que, sin duda, la guerra había envejecido a la secretaria más de la cuenta. Su ropa parecía heredada de alguien que necesitaba dos tallas más. Los zapatos, que ella intentó esconder bajo la mesa cuando ocupó su puesto, delataban una suela desgastada y pegada varias veces, intentando recuperar la solidez de sus prime-

ros tiempos. Atento a los detalles, el coronel observó que, pese al calor que azuzaba en aquel despacho, la mujer no se desprendía de la chaqueta, evitando también desabrocharse alguno de los botones que desfilaban entallándole el torso. Supo que, bajo aquel camuflaje de empleada perfecta, se escondía también la miseria de unos tiempos difíciles para ella.

—Y dígame, ¿cómo está usted? Supongo que no habrá sido fácil para dos mujeres solas sobrellevar unos tiempos tan convulsos...

—Mi madre murió en el treinta y ocho, don Julio, durante uno de los bombardeos a la ciudad. Yo estaba trabajando y pude bajar al refugio de la fábrica, pero mamá no quería dejar nuestro piso. Solo pensar en bajar aquellas escaleras tan empinadas la hacía temblar. Me lo dijo bien claro después de la primera vez: «Nena, yo de casa no me muevo. Si me muero, pues me muero». Lo tenía muy claro, era una mujer de una pieza. Me quedé muy sola sin ella. De pronto, me pareció que nada tenía sentido: sin familia, sin hijos... Muchos de mis compañeros ya no estaban... me veía perdida y sin ninguna ilusión en la vida.

—Pero, mujer... Todo se supera con el tiempo...

—Así es, pero siempre tiene que haber alguien que te ofrezca su mano para seguir adelante. Yo tuve la suerte de contar con algunas amigas. Adelina, la esposa de Paco Peret, la pobre Teresita... ¿Sabe? Durante la guerra también algunas personas fueron capaces de sacar lo mejor de sí. Pese al drama que cada una tenía que soportar, aún tuvieron ánimos para acompañarme en los peores momentos de mi soledad —dijo sacando un pañuelo de una de sus mangas para enjuagarse los ojos.

—Imagino que debió ser muy duro, pero las guerras siempre dejan víctimas inocentes por el camino y,

lamentablemente, la nuestra no iba a ser menos. Ha sido así para ambos bandos, no le quepa duda.

—No sé, don Julio. Yo no entiendo nada de guerras, de contiendas ni de cruzadas... Solo soy una mujer que ha trabajado toda la vida, casi desde que era una niña huérfana de padre, que tuvo que arrimar el hombro en casa antes de tiempo para ayudar a su madre enferma. No he tenido tiempo de tontear con los muchachos, de festejar con pretendientes ni de formar una familia. La única persona que me quedaba en el mundo era mamá y créame que se me partía el alma cada vez que tenía que dejarla sola para venir a la fábrica. Cada mañana me despedía de ella dejándola sentada junto a la mesa camilla. La pobre levantaba la vista por encima de sus lentes, apartando su mirada de las agujas de punto y, con un sentido del humor fuera de lo común, me decía: «Nena, antes de la próxima bomba ya tienes la bufanda». ¡Ah! Perdome, perdome, don Julio, no sé por qué le cuento todo esto...

—Bueno, bueno, tenemos que aprender a pasar página. Ahora, querida Eulalia, vamos a ponernos manos a la obra —le dijo en tono pausado, al sentarse frente a ella—. Empecemos a recomponernos y vamos a intentar que todo vuelva a ser como antes. Necesito que me haga una lista actualizada del personal, organizado por secciones, y otra del personal con el que contábamos en mil novecientos treinta y seis. Ayúdeme con la información disponible sobre las bajas y, por favor, deme cuantos detalles le parezcan relevantes.

Al cabo de un año, a principios de 1940, la fábrica Elizalde había recuperado la actividad de antaño. Doña Carmen firmaba nuevos contratos que sus hijos y el propio don Julio de Rentería cumplían con rigurosidad. En los talleres había quedado olvidado el trato de camaradería y tuteo,

y se volvía a mostrar el servicial y respetuoso tratamiento de acatamiento a las jerarquías. Por la ciudad, vestida con nuevas nomenclaturas en las calles y plazas, se veían letreros y pintadas en honor y recuerdo de José Antonio Primo de Rivera, ideólogo del movimiento, y abundaban fotografías de Franco en escuelas, edificios oficiales, etc. Bustos del Caudillo, estatuas conmemorativas del glorioso alzamiento y reproducciones en hierro del yugo y las flechas, emblema de la Falange, formaban parte del paisaje urbano. Se consolidaba una nueva forma de vida que, a través de la fuerza, se había impuesto en el país para que sus gentes se acostumbrasen a vivir con el miedo en el cuerpo. Un miedo que no les dejaría recordar en voz alta, que les obligaría a olvidar a los familiares que perdieron la vida en el frente o a los que se llevaron un día de sus casas o de sus puestos de trabajo y que nadie volvió a ver jamás.

Paco fue liberado de su encierro para cambiar de destino. Como respuesta a la necesidad de ubicar a gran cantidad de prisioneros y a la urgencia por reconstruir un país desolado por la guerra, el nuevo régimen había creado, durante el primer año de su victorioso asentamiento, diversas instituciones disciplinarias de posguerra que utilizaron presos como mano de obra. Las colonias penales militarizadas, los batallones disciplinarios, los destacamentos penales y los campos de trabajo fueron algunos de los destinos de los presos que lograban sobrevivir a las inhumanas condiciones de las prisiones del franquismo. Para prisioneros que no habían sido condenados se formaron también los batallones de soldados trabajadores, creados al margen del sistema penal. Las tareas encomendadas como trabajos forzados consistían en la recuperación de explosivos, la carga y descarga de trenes y barcos con avituallamiento de intendencia, la construcción de fortificaciones, las tareas de desescombro, recuperación y

construcción de nuevos tramos de vías férreas, la explotación de minas, el trabajo en fábricas de armamento y la recogida de material bélico. Durante todo un año, Paco fue un preso más de los muchos que obtuvieron ese destino. Una molestia, un prisionero sin clasificar, un rojo más sin juzgar a la espera de que la propia naturaleza siguiese su camino y, en las deplorables condiciones en las que subsistían aquellos hombres, la parca se adelantase a la justicia militar de Franco.

La existencia del preso Peret Ferrer estuvo marcada por las idas y venidas en trenes de mercancías y camiones de carga por diferentes zonas del país, en busca y recuperación de restos de componentes de aviación perdidos en combate, durmiendo en improvisadas tiendas de campaña o en elementales barracones que construían los propios presos. Resistían a base de caldos sin fundamento y algo de legumbres, trabajando en condiciones climatológicas extremas y sin recibir apenas atención médica, soportando las humillaciones y los malos tratos que les dispensaban los soldados que los vigilaban, sufriendo el odio intrínseco de aquellos individuos adoctrinados contra cualquier forma de vida o pensamiento contrario a las imposiciones fascistas. Así pasaron las horas, los días, los meses, esperando que alguien se acordase de ellos, aunque solo fuese para apiadarse de sus familias.

Adelina siguió preguntando por su marido. Siguió acudiendo a los juzgados militares en busca de información y continuó contándoles a sus hijos que algún día volverían a ver a su padre. Había pasado todo aquel tiempo a la espera de que se celebrara el juicio sumarísimo contra él. Vivía aferrándose a la idea de que aquello era una prueba de vida. Que esperara un consejo de guerra quería decir que, en algún lugar, aunque fuese preso, estaba su Paco. Los avales de sor Carmen y sor María Josefa tardaron en

llegar. Sus testimonios resultarían de vital importancia, pero habían tenido que seguir los conductos reglamentarios exigidos por las autoridades militares y que el propio clero estableció como protocolo para evitar que cualquiera presentara testimonios falsos de curas ficticios. Hasta tal punto llegaba la desesperación de las familias de los reclusos. Sin embargo, no solo sus hermanas presentaron credenciales que ayudasen en el proceso contra el teniente republicano, sino también vecinos y amigos, más de los que él mismo habría podido imaginar, vencieron el terror que oprimía a cualquiera que se significase o confirmara vinculación alguna con sujetos contrarios al alzamiento en 1936 y quisieron prestar testimonio de la bondad que caracterizaba a Francisco Peret.

Para papá, que durante tanto tiempo se creyó olvidado por todos, descubrir que mucha gente en el barrio le quería y había dado la cara por él había resultado reconfortante. Adelina, mi madre, con su firmeza ante cualquier adversidad, siempre luchando contra viento y marea sin desfallecer, le había dado una lección de dignidad y coraje a todo el barrio. Muchos se sintieron en la obligación de prestar ayuda a aquella mujercilla bizca y menuda que, de la noche a la mañana, se encontró criando sola a tres niños pequeños.

XII

«No puedo dormir. La conversación de ayer con Rentería me dejó muy preocupada. No es que no le agradezca su ayuda, y también me llena de orgullo que la propia doña Carmen se tomase la molestia de pensar en nuestra familia y darnos dinero sin tener obligación para ello. Siempre fue muy considerada con sus trabajadores, lo sé, lo sé. Pero hay algo en ese hombre que me inquieta. Ese gesto tan rotundo, esa mirada tan profunda que parece penetrar hasta el fondo de tus pensamientos, ese cuerpo tan grande que tapa hasta la luz que entra por la ventana... No puedo evitarlo, me da respeto. Me da miedo. ¡Hala! Lo reconozco».

A la mañana siguiente de la inesperada visita, Adelina no lograba quitarse de la cabeza la preocupación que le generaba su propio instinto.

Sonó el timbre al tiempo que arrancaba el hervor del coci-do, pues se acercaba la hora de comer. Al abrir la puerta, mamá sostenía al pequeño Manuel con un brazo, mientras el pequeño mordisqueaba un corrusco de pan duro. El diablillo se sentía vigilado en todo momento por la desviada mirada de la mujer.

La figura de don Julio de Rentería cubría por completo el umbral de la entrada al piso. Adelina dio un paso atrás instintivamente e intuyó que algo grave había sucedido.

—Buenos días. ¿La señora Peret?

—Sí, señor, yo misma. ¿Ocurre algo? ¿Le ha pasado algo a mi marido?

—De eso precisamente quería hablar con usted. Pero, primero, permítame que me presente, soy...

—Ya sé quién es usted, señor Rentería, mi marido me había hablado de usted, de la fábrica, de doña Carmen... En casa se comentaban pocas cosas del trabajo, con los niños y eso, ya sabe, pero a ustedes Paco sí se había referido en alguna ocasión; para contar cosas sin importancia, claro. Pero, por favor, pase, pase usted y perdone el desorden. Estos críos lo tienen siempre todo por medio.

—Gracias. Serán solo unos minutos, no la entretendré mucho.

Adelina dejó al niño en el suelo, que rápidamente echó a correr por el pasillo hasta el patio interior, riendo y gritando al ver las caritas atentas de José y la mía tras el cristal de la puerta.

A medida que avanzaban por el pasillo hasta el comedor de la casa, el hombre observaba el entorno. El olor a sopa invadía el ambiente; sin duda, había entorpecido los quehaceres del ama de casa. Aquel lugar le resultaba completamente diferente a los que solía frecuentar, distinto a cualquiera de las viviendas donde se celebraban las fiestas de sociedad a las que solía asistir, antes y después de la guerra. Nada en común con su propia residencia y, por descontado, nada parecido al palacete de la familia Elizalde, tan solo unas calles más abajo. Nuestro pisito de la calle Cerdeña era un verdadero hogar: las paredes, a un lado y a otro del largo pasillo, estaban manchadas por lo que intuyó era el recorrido diario de los deditos de los

niños. Los sencillos muebles estaban ajados, víctimas de los arrastres sufridos durante los juegos infantiles. Bajo un gran espejo que abarcaba casi toda la superficie de la pared, un viejo aparador presidía el comedor y separaba lo que debía de ser el dormitorio principal. Pensó que la pareja debió de heredar el mueble de algún pariente, pues el aspecto ajado de los armarios en ambos laterales y el vidrio cuarteado por las esquinas delataban su condición. El hombre mantenía la misma seriedad con la que había entrado, pues no podía mostrar debilidad. Si la esposa del trabajador había oído hablar de él, ya sabría que trataba con un hombre serio de carácter, de trato frío y moral intachable.

—Siéntese, por favor —le invitó su anfitriona, señalando la mesa del comedor rodeada de asientos.

Agradeciendo el ofrecimiento con un gesto de la cabeza, atrajo una de las sillas hacia él. Desabrochó un botón de su americana y levantó levemente una de las perneras del pantalón. Sacó un pañuelo del bolsillo de su chaleco y se lo acercó un instante a la boca. Tosió levemente y lo guardó de nuevo. Respiró profundamente, manteniendo el torso erguido, y comenzó a hablar, mirando fijamente a su interlocutora. Nosotros casi no podíamos verlo. El hombre se mantenía tieso, sin girar la cabeza ni un instante, evitando la atenta mirada de José, que se mantenía alerta al otro lado de la puerta de cristal que los separaba del patio. Yo no podía soportar la curiosidad y, oculta tras las piernas de mi hermano mayor, asomaba de vez en cuando la cabeza. Nunca había visto a un hombre tan grande.

—Verá, señora, el motivo de mi visita es ponerla sobre aviso acerca de lo que ocurrirá con su marido, según nos ha sido revelado por nuestros contactos en los juzgados militares. En realidad, me envía doña Carmen Biada. —Al oír el nombre de la matriarca de la familia Elizalde,

Adelina echó los hombros hacia atrás, levantando la mirada y fijándola en los ojos de Rentería. El hombre se percató entonces del defecto visual de la mujer. Todo aquello resultaba muy extraño para ambos. Don Julio se dio cuenta de su sorpresa y quiso tranquilizarla—: No sé si sabrá que ella siempre se ha mantenido al corriente, dentro de lo posible, de todo lo referente a la fábrica y lo que concierne a sus trabajadores. Me consta que tiene en gran estima a Francisco y me ruega le haga llegar esta ayuda de su parte. —Extrajo un sobre del bolsillo interior de su chaqueta y se lo entregó a Adelina, quien lo dejó sobre la mesa sin abrirlo—. Es una generosa cantidad que le servirá para subsistir en ausencia de su esposo. También contiene algunos boletos del economato de la empresa. Los necesitará, créame. Han colaborado algunos de los compañeros de Francisco, su marido es una persona muy apreciada por los trabajadores.

El semblante de Adelina se volvió taciturno y perdió la leve sonrisa de cordialidad que había mostrado a su invitado hasta ese momento. José se dio cuenta del cambio del gesto, por lo que me llevó al patio, junto al pequeño Manuel, invitándonos a jugar con unas macetas y la regadera, y se apresuró a entrar en el comedor. Serio y erguido, el jovencito se situó en pie junto a su madre a modo de guardaespaldas. Ella permanecía sentada frente al señor elegante que él desconocía. Desde que mamá había decidido traerme de vuelta a casa, mi hermano José, en calidad de primogénito, se consideraba también cabeza de familia en ausencia de nuestro padre. Mientras yo vivía en La Pobra de Montornés junto a los primos de nuestra madre, supongo que Adelina cuidaba de sus otros dos hijos con afanoso proteccionismo. Eso cambió al regresar la pequeña a casa y acusar la falta de papá, al que yo idolatraba, por lo que José sintió la necesidad de volcarse con nuestra madre, ayudándola cuanto podía.

—No comprendo. Dígame de una vez, señor Rentería, ¿qué le ha ocurrido a mi Paco? ¿Por qué este dinero? —Por primera vez, Adelina frunció el ceño y elevó el tono de voz, luchando por retener las lágrimas en sus ojos—. ¿No va a volver?!

José también intentaba disimular las lágrimas que llenaron sus ojos, en un intento de mostrarse como el hombre de la casa. Él mismo me contaría años después que en aquel momento miraba con rabia a aquel hombre, mientras le echaba vistazos de reojo a mamá. Aunque deseaba con todas sus fuerzas darle una buena patada en la espinilla, pensó que, más que nunca, debía recordar lo que su padre le decía siempre: «Lo más importante es aprender a escuchar». Manteniéndose a la espera, prestaba atención, prevenido ante cualquier cambio en la expresión de mamá. No entendía bien lo que estaba sucediendo, pero intuía que no podía ser nada bueno.

—No, no se trata de eso, Adelina, ¿permite que la llame Adelina? —Mamá asintió con la cabeza—. Verá, su marido no volverá inmediatamente, pero volverá, tranquilícese. No queremos disgustar a los niños, ¿verdad?

El aire era denso en el comedor. Adelina se encontraba tensa y el guiso de la cocina empezaba a llenar el ambiente de un vapor cargado de olor a apio, zanahoria y hueso de jamón. Una ligera capa de grasa y vaho comenzaba a empañar el cristal del aparador, la fotografía de la familia sonriendo, donde a mí se me veía sujetando una palma de Pascua entre las manos. Ya casi no dejaba ver nuestras caras, cubiertas de humedad. El invitado, algo acalorado, se aflojó el nudo de la corbata.

Mi madre se levantó de repente, abrazó al muchacho y respiró hondo. Le besó en la cabeza, meciéndole los cabellos, y con un gesto le indicó que volviera junto a los

pequeños, que esperábamos en el patio. Más relajada, se dirigió nuevamente a la visita:

—Perdone, tengo que ir un momento a apagar el fogón. No tengo mucho que ofrecerle, pero creo que me queda algo de achicoria y leche en polvo, ¿quiere un cortado?

—No, no, se lo agradezco. Vaya tranquila, tengo algo de prisa, pero puedo esperar unos minutos.

A su regreso, don Julio quiso continuar con la conversación para zanjar el tema y dar por terminada su visita lo antes posible.

—Permítame que me explique, creo que no le he aclarado bien la situación y precisamente esa era mi intención.

—Se lo agradeceré —contestó la mujer algo más calmada, mientras volvía a ocupar su asiento.

—Según hemos sabido, a su marido se le acusará de auxilio a la rebelión, pero no se le aplicará la pena máxima.

—Giró la cabeza y nos miró unos segundos—. De todos modos, es un hecho que fue miembro del ejercito republicano, y no soldado raso, sino teniente. Gracias a Dios, ahora solo se le reconocerá la graduación de brigada obtenida antes de la contienda. Probablemente, eso también le ha ayudado a salvar la vida. No obstante, señora mía, Franco no lo puede pasar por alto.

»Hasta que se celebre el consejo de guerra, donde se presentarán los avales con los que pueda contar y llegue el indulto que se solicitará por parte de su defensa, deberá seguir cumpliendo condena en uno de los batallones de soldados trabajadores, colaborando en la reconstrucción del país que contribuyó a resquebrajar, y le serán retirados todos los beneficios que pudiera obtener de la generosidad del Caudillo, lo cual quiere decir... —hizo una pausa, consciente de la gravedad de su anuncio— que Francisco no podrá volver a la fábrica, ni tampoco optará a contrato laboral alguno. No podrá volver a ejercer su oficio de

mecánico de aviación ni podrá contar con los beneficios con los que hasta hoy disponía: el economato de la fábrica, el servicio médico... ¿Lo entiende, Adelina? Lo siento mucho, pero si a partir de ese momento alguno de los niños o usted misma necesita alguna cosa, deberán acudir al auxilio social. Créame que siento transmitirle estas noticias.

—Rentería sudaba, consciente de que su discurso representaba para aquella mujer la voz de la dictadura que desde el final de la guerra se había apropiado del país, de la ciudad, del barrio y de su vida. Continuó hablando, quería transmitirle la buena voluntad de la gente que, sinceramente, apreciaba a su marido pero que, de alguna forma, también eran víctimas de decisiones ajenas que estaban obligados a cumplir—. La señora Biada ha intentado ayudar cuanto ha podido, pero hay asuntos que se encuentran fuera de su alcance.

—Ya, comprendo. —Dando por terminada la conversación, se levantó y le ofreció la mano para despedirle con solemnidad—. Permítame que le acompañe a la puerta, señor Rentería. Le agradezco su atención. Por favor, deles las gracias de parte de mi familia a doña Carmen y a los compañeros de la fábrica. Comprendo que para ellos ha supuesto un gran esfuerzo cedernos algunos de sus bonos del economato —dijo la mujer, mientras caminaba hacia la puerta.

—Saldrán adelante, ya lo verá, yo...

—Usted ya ha hecho suficiente, no se preocupe. Por supuesto que saldremos adelante. Nosotros somos gente humilde, pero si algo no falta en esta casa es amor, cariño y fortaleza para luchar contra lo que venga. Saldremos adelante, seguro —dijo, volviendo la cabeza y mirándonos, mientras forzaba un amago de sonrisa.

Los pensamientos de Adelina no daban tregua. ¿Qué sería de ellos? «Los niños son aún pequeños —pensaba—.

José tiene ya edad para darse cuenta de muchas cosas, pero es demasiado pequeño para trabajar, no puedo colocarlo de aprendiz en ningún sitio hasta que cumpla dieciséis años. Paquita es tan niña, una criatura. Para ella la guerra solo ha supuesto alejarse de su familia para ir a casa de las primas a La Pobla de Montornés, un retiro donde las penurias del hambre y las bombas no han dañado su inocencia. Volver y no encontrar a su padre ya ha sido duro, cómo permitir ahora que se destruya todo su mundo pasando miseria a sus nueve añitos... Lo mejor será llevarla con las monjas, allí estará protegida de todo y comerá lo que necesite. Manuel es muy chiquitín y no se dará cuenta de nada. Mientras se cumpla su rutina, él estará bien y yo me desviviré para que así sea. No me queda otra: luchar, luchar y rezar para que Paco vuelva pronto, pronto y sano. Quién sabe lo que estará pasando el pobre; él, que nunca le ha hecho daño a nadie».

Adelina volvió a sus quehaceres y le dirigió una mirada de complicidad a José, que enseguida nos ordenó a Manuel y a mí sentarnos a la mesa a esperar la comida y siguió a mamá hasta la cocina para ayudarla a disponer los servicios. En pie junto a ella, la observó en silencio, aguardando que le hiciese algún comentario sobre el motivo de la visita de aquel desconocido tan elegante. ¿Quién era? ¿Qué tenía que ver con ellos? Con los cubiertos en una mano y la botella de agua en la otra, el chico se atrevió a preguntar:

—Mamá, ¿es el hombre que delató a papá? —Adelina lo miró sorprendida. Seguramente pensó que su hijo mayor había crecido más rápido de lo que ella podía imaginar. Su percepción de los problemas que los rodeaban y de los peligros que habían corrido no habían pasado desapercibidos para el muchacho, por mucho que ella hubiese luchado por mantener la sangre fría y por demostrar que tenía controlada la situación.

—No lo sé, hijo —le contestó—, no lo sé.

Mi madre acababa de enterarse de que a su marido se le aplicaría el «pacto del hambre». Ella ya había oído hablar de aquel acuerdo tácito difuminado por el silencio, decretado por el régimen franquista y acatado por los empresarios afines al dictador. Era otra represalia contra los rojos. Habían conseguido salvar la vida, pero su existencia resultaría casi imposible. Ese sería el castigo que sufrirían también sus familias.

Julio de Rentería y Fernández de Velasco bajó las escaleras despacio. Intuyó el recelo de la mujer durante toda la visita. Aunque le doliese, comprendía perfectamente la desconfianza que sentía la esposa del mecánico.

Al abandonar el portal, buscó el reloj en el bolsillo de su chaleco y, sin prisa, se encaminó hacia el despacho. El tiempo acompañaba y le apetecía pasear. Imaginó cómo debía de ser la tranquila rutina de aquella familia cuando no faltaba ninguno de sus miembros. Esbozó una leve sonrisa al recordar al joven alumno Francisco Peret Ferrer, un aventajado estudiante en la escuela de aviación, prometedor mecánico, lleno de vida, pletórico por cumplir su sueño de conseguir su título del Ejército del Aire y al que conoció cuando él mismo llevaba allí tan solo un año.

Caminaba abstraído, recordando su ingreso en el Servicio de Aviación en julio de 1918. Al año siguiente se especializó como observador y, dos años más tarde, como piloto. Su actividad se decantó hacia la fabricación, encargándose de los talleres y de la formación de mecánicos y ajustadores en la Escuela de Aviación Militar de Cuatro Vientos, Madrid.

Francisco Peret, Paco para todos, era un alumno destacado de la promoción de 1920. A principios de septiembre, después de jurar bandera, ingresó en la Escuela de

Mecánicos y, tras conseguir su titulación, prestó servicios en el mismo aeródromo hasta el 22 de diciembre del mismo año, cuando fue destinado a la localidad marroquí de Larache y allí, en el aeródromo de Anuámara, continuó prestando sus servicios hasta el 22 de diciembre de 1922, fecha en la que se licenció.

Tal y como él mismo le contó a papá años después, durante aquel día pasaron por su mente muchas de las vivencias que compartieron desde que se conocieron hasta que se separaron en Barcelona a causa de la guerra.

Lo primero que al profesor Rentería le llamó la atención de aquel joven de veintidós años fue el interés y la seriedad que demostraba en su aprendizaje como mecánico, que a su vez contrastaba con un finísimo sentido del humor. Aquello le otorgaba una elegancia y una sencillez que despertaron su simpatía hacia aquel catalán. Lejos de intentar aprovecharse de esa situación, Paco intentaba siempre pasar desapercibido, disimulando algunas veces su propia capacitación para las tareas que le eran encomendadas con el fin de evitar envidias o antipatías por parte de sus compañeros. No obstante, lo que más le unió al joven mecánico fue su bondad. Había conocido a pocas personas con un corazón tan grande, con tan poco apego por lo material y con aquel ferviente deseo de ayudar al prójimo. Era alguien especial, un buen trabajador en quien se podía confiar, porque era, además, una buena persona. Cuanto más lo conocía, más se convencía Julio de que, en el futuro, lo quería trabajando junto a él.

Continuó caminando hasta el paseo del General Mola. Pasaría el resto del día encerrado en su despacho, en el antiguo edificio de la fábrica. Necesitaba concederse un descanso y le apetecía seguir exprimiendo su memoria. Quería despertar las inocentes imágenes de aquellos tiempos, repletos de ilusión y energía, con intención de olvidar el

disgusto que le había provocado el encuentro matinal en casa de su admirado amigo y el difícil trago que le supuso afrontar la situación. Retrasaría hasta última hora la llamada telefónica a doña Carmen para informarla de todo.

Durante su estancia en Cuatro Vientos, la colaboración profesional con Arturo Elizalde, que desde hacía unos años había ganado un considerable prestigio con la actividad automovilística, se convirtió en algo más personal cuando se inició en el campo de la aviación. Por otro lado, su verdadera vinculación con la empresa y con la propia familia del fundador se acentuó tras la inesperada muerte del patriarca en París, cuando su esposa tomó la decisión de continuar con el legado de su difunto marido, contando con la colaboración y el apoyo de sus hijos mayores.

En 1926, nombrado jefe de escuadrilla y con su título de observador revalidado, pasó a ocupar la gerencia de Elizalde, S.A., impulsando al accionariado y a los directivos de la fábrica a orientar todos sus esfuerzos y recursos hacia la construcción de motores de aviación, como haría también en la fábrica Hispano Suiza. Contaba con importantes factores a su favor para llevar la empresa al máximo reconocimiento dentro de la aeronáutica nacional, como la complicidad de una familia que estaba volcada en el negocio y no tenía miedo a emprender nuevos retos. La confianza de la nueva presidenta del consejo de administración, doña Carmen Biada, los conocimientos y la experiencia de los dos hijos mayores de don Arturo, Arturo Luis y Antonio, con los que ya había colaborado en el pasado y estaba seguro de que se entenderían a la perfección, ahora que ocupaban los cargos de director de producción y consejero, respectivamente. Gracias a su condición de militar, podía obtener buenos contactos y ya tenía prácticamente cerrado el trato para la firma de un importante contrato: la fabricación de motores de

aviación para el ejército español. Su traslado a Barcelona fue inmediato.

Ese mismo año, tan solo unos meses más tarde, siendo ya capitán de ingenieros, el destino quiso que coincidiera de nuevo con su antiguo alumno en una de las calles que bordeaban las instalaciones de la fábrica.

—¡Paco! Bueno, me lo dicen y no me lo creo. ¡Paco! ¿Es usted? —alzó la voz en tono marcial—. Francisco Peret Ferrer. ¡FIRMES!

Paco se detuvo de repente y, girándose asombrado, miró aturdido a todos lados. Al ver al que había sido su amigo y profesor, sonrió y avanzó hacia él.

—¡Mi Capitán, qué alegría verle! ¿Qué hace por aquí? Cuénteme, ¿cómo está?, ¿cómo va todo?

Los amigos se estrecharon las manos y se dieron un cordial abrazo golpeándose recíprocamente la espalda, emocionados por el encuentro.

—Trabajo, amigo mío, no podía ser de otra manera... trabajo y pasión —añadió sonriendo—. Ya sabe, los aviones y sus motores. ¿Conoce la fábrica Elizalde? Ahora llevo la gerencia de la empresa de mi buen amigo Arturo. Falleció hace pocos años y su esposa ha querido continuar con el negocio familiar, contando con mi gestión.

—Venga a cenar a casa, por favor, le presentaré a Adeline, acabamos de casarnos. Me haría mucha ilusión que la conociera, vivimos muy cerca... Ahora iba para allá. He terminado mi turno y estoy libre hasta mañana, tenemos mucho que contarnos.

—No puedo —dijo con una sonrisa—. Ya me gustaría, créame, pero es imposible. Tengo una reunión dentro de media hora en la oficina con Carmen Biada, la presidenta de la empresa. Es la viuda de Arturo Elizalde y le gusta estar al corriente de todo. Estamos ultimando los detalles de un importante contrato, las cosas no van mal, pero hay

algunos obstáculos que debemos vencer y nos preocupan: proveedores, materias primas... En fin, amigo, no quiero aburrirle. De todos modos, quedamos mañana para tomar un café a esta misma hora y me cuenta qué es de su vida... quizás tenga una propuesta para usted —añadió sonriendo, mientras le apuntaba con el dedo índice.

—¡Qué lástima! Pero lo comprendo, usted es un hombre muy ocupado. Me parece estupendo lo del café. ¿Conoce el Alaska? —Julio asintió, pensativo—. Está en el paseo García Hernández, esquina con San Antonio María Claret, aquí al lado —explicó, señalando en dirección al bar con el brazo el alto.

Paco llegó eufórico a casa aquella tarde. Le contó a su esposa el encuentro con su antiguo profesor en Cuatro Vientos. Su admirado superior lo había formado como mecánico y poco a poco se convirtió en un buen amigo y consejero dentro de la academia. Al día siguiente volverían a encontrarse y aprovecharía para comentar con él la decisión que había tomado, animado por su esposa: volver a ingresar en el ejército para continuar su carrera como mecánico de aviación. Era su gran pasión y la oportunidad de progresar en su especialidad. El ejército le proporcionaría un empleo fijo que le daría la seguridad laboral necesaria para formar una familia junto a la mujer que tanto quería y que lo seguiría adonde fuese. De momento, volvería a Madrid, regresaría a Cuatro Vientos.

Al gerente el café con su reencontrado amigo le supo algo amargo. Sentados cada uno a un lado de una mesa del Alaska, junto a la cristalera con vistas al soleado paseo, don Julio removía con parsimonia la cucharilla dentro de la taza. Escuchaba a un entusiasmado Francisco, que le contaba sus planes de continuar especializándose, contando con la complicidad de su joven esposa. El recién casado se sentía feliz junto a una mujer decidida a apoyarlo en sus

proyectos, de modo que a él no le quedaba más remedio que animarlo a continuar y esperar otra oportunidad para ofrecerle un camino alternativo a seguir trabajando a su lado. Los planes que tenía para su amigo deberían esperar un tiempo.

Unos años más tarde, el destino volvía a unir a los dos hombres y, en aquella ocasión, el encuentro sería definitivo. En 1930 Paco, instalado nuevamente en su ciudad, combinaba su actividad militar de inspección mecánica en la factoría que Hispano Suiza tenía en La Sagrera con un puesto reconocido y mejor remunerado junto al equipo de taller de Elizalde, S.A. Con el tiempo, el mecánico iría ganándose la confianza de su jefe de sección, el cariño de sus compañeros y el respeto de Antonio Elizalde, responsable del área de producción.

Rentería fue de nuevo su mentor. Él le había hablado ya de la filosofía de trabajo que doña Carmen quería inculcar en la fábrica, de sus expectativas y del espíritu que quería que reinase entre los trabajadores. Le habló de ella, de su fortaleza, de su honestidad, de sus convicciones y de sus profundas creencias cristianas. Era evidente que Paco se sentía cómodo trabajando en aquel ambiente, convencido de que aquella situación duraría siempre.

XIII

La vida era todavía más triste para Juan desde que su sobrina había decidido liberarse del peso que no la dejaba respirar y se había suicidado en la antigua vaquería. Faltaban tres meses para que se cumpliera el primer aniversario de la muerte de la que había sido como una hija para él, pero recordaba como si acabara de suceder lo que supuso para ellos aquel trágico suceso.

Al entierro de Teresa solo habían asistido unos pocos vecinos. Cuatro amigas de toda la vida, como Adelina y Eulalia Gil, que lloraban desconsoladas por la pérdida de otra amiga, de otra buena persona víctima de las atrocidades de una guerra.

Lola parecía aliviada por haber conseguido que su sobrina recibiera cristiana sepultura.

En aquella nueva España se había instaurado un acérrimo catolicismo, por lo que la decisión de Teresa provocó todo tipo de rumores, levantando, además, sospechas sobre las afinidades políticas de la familia. Cuando se corrió la voz de que había sido la propia muchacha la que había decidido quitarse la vida, todo tipo de comentarios

empezaron a extenderse como la lava de un volcán en erupción. Al matrimonio le pareció que la tierra temblaba bajo sus pies cuando se enteraron de que muchos en el barrio apuntaban, como causa de la desesperación de la muchacha, al miedo que tenía a ser detenida por defender las mismas ideas que su marido defendía en el frente.

Juan, completamente derrotado, volvió a permitir que fuese su esposa la que tomase las riendas, encomendándose de nuevo a Tiovivo. Lola se encargó de arreglarlo todo.

—¡La enterraremos como Dios manda! Tú déjame a mí —le había dicho.

Le suplicó al cojo que la ayudara, recurriendo a sus contactos. Tomás, alentado por el ruego de Lola, a la que volvía a tener a su merced, sorteaba cuantos obstáculos bloqueaban sus propósitos. Movié los hilos necesarios y, finalmente, consiguió limpiar la memoria de la mujer a la que había llevado a la muerte. Aseguró a unos y otros no haber llegado a tiempo para evitar el accidente de la muchacha cuando, encaramada a una escalera para limpiar las telarañas de las vigas del techo, «resbaló, con tan mala fortuna que el pañuelo que llevaba anudado al cuello quedó enganchado en una de las alcayatas donde, años atrás, solían colgar el arnés de la vaca». Nadie puso en duda la rocambolesca versión del lisiado, máxime cuando alguno de los soldados que lo acompañaban corroboró las explicaciones, dándole credibilidad absoluta a su testimonio.

Unos días después del funeral recibieron en su domicilio la visita de doña Carmen Biada. La tía Lola rompió a llorar desconsoladamente. Con el rostro desencajado, la anciana le relató la ayuda que suponía su sobrina para el sustento de la economía familiar.

—De verdad se lo digo, doña Carmen, no sabe lo agradecida e ilusionada que estaba mi Teresita gracias al empleo que había conseguido como limpiadora en la casa de

ustedes. Y nosotros tenemos muy presente el hermoso recuerdo que nos unía a su familia, ya sabe que mi amado yerno Rafel había trabajado orgulloso en los talleres de la fábrica hasta que aquellos rojos desalmados lo engañaron, llevándoselo a luchar al frente. Una pena, señora mía. ¡No somos nadie! —dijo entre sollozos.

Juan la miraba dejando entrever la vergüenza que su mujer le causaba con sus improvisadas mentiras. Poco tiempo después, le explicaría a Eulalia Gil cómo había logrado aguantar el tipo durante aquella visita inesperada.

Sin embargo, era cierto que el matrimonio lograba subsistir a duras penas. Aunque los escasos alimentos que conseguían a través de la cartilla de racionamiento les permitían combatir el hambre, debido a falta de medicamentos, el asma de Juan y los achaques de Lola no tardarían en terminar con la poca salud que les quedaba. Les esperaba un final tan oscuro como el presente en el que vivían desde la muerte de su sobrina. En aquel piso que un día compartieron con la feliz pareja, llenándolo de risas y juegos de enamorados, se encontraban ahora los dos ancianos solos, enfermos y hambrientos, encerrados en aquella vivienda que se había teñido de un gris tan oscuro como su propio porvenir.

—Pero no se quede en la puerta, señora. Pase, doña Carmen. Pase, pase, por favor. No sabe cómo agradezco su visita. Me sabe mal, pero no tengo nada que ofrecerle. En otros tiempos, un vasito de leche bien fresca sí le hubiese podido dar, pero ahora... Ya ve, señora, ni eso tenemos. Por favor, siéntese —le dijo, haciéndole un gesto a Juan para que le acercase una silla, mientras ella la llevaba del brazo al comedor—. En fin, ya lo sabe usted todo, ¿no? Ya le habrán contado la desgracia de nuestra pobre Teresita, ¿verdad? Una hija era para nosotros, una hija —dijo, rompiendo a llorar.

—Mi más sentido pésame. Les acompaño en el sentimiento, una desgracia. Dios la tenga en su seno —dijo la mujer, santiguándose.

—Un accidente, doña Carmen, ya ve. Pues eso, no somos nadie. Ella, que tan feliz había empezado a vivir de nuevo, después de la desgraciada pérdida de su esposo... ¡Qué solos nos hemos quedado, doña Carmen! ¡Qué solos!

—Sí, sí, ya me han informado. Sé cómo ocurrió. Una desgracia, sin duda —dijo, mirando a Juan.

Lo que a él, en un principio, le había parecido un sincero acto de contrición de su esposa era en realidad uno de sus habituales paripés. El hombre, avergonzado, se percató del ridículo que su esposa estaba haciendo ante la viuda de Elizalde.

Lola no dejaba de parlotear sin que nadie le prestase demasiada atención, intercalando suspiros y exagerados gimeos de vez en cuando. Con su voz como música de fondo, contrastando con el silencio compungido de su esposo, la viuda de Elizalde observaba la vivienda de la pareja.

Juan se percató de su interés y, durante un instante, ambos fijaron su mirada en el otro y entre ellos se creó una complicidad que reconfortó al pobre anciano como no había logrado hacer ninguna de las muestras de afecto de sus vecinos o amigos. Juan estaba convencido de que aquella mujer sabía toda la verdad sobre la muerte de Teresa y aquello le daba especial valor, porque, pese a ello, doña Carmen se había tomado la molestia de presentarse en su casa para mostrarles sus respetos. Pensó que Lola no era capaz de estar a la altura y mostrar una pizca de humildad ante aquel gesto. El hombre bajó la cabeza, abrumado por la vergüenza ajena que sentía y, con los ojos llorosos, se acercó a besar la mano de la señora.

Doña Carmen, emocionada por aquel impulso que le parecía la viva imagen del dolor, se levantó de su asiento.

Despidiéndose brevemente de Lola y sujetándose al brazo de su marido, le pidió amablemente que la acompañara hasta la salida.

—Juan... ¿Me permite que le llame por su nombre?

—Ante el gesto afirmativo del hombre, doña Carmen continuó—: Permítame que les ayude con lo que esté en mi mano. —La mujer negó con la cabeza cuando el hombre levantó la palma de la mano, negando la posibilidad de recibir dinero.

—No, no, no puedo aceptar...

—No me entienda mal, por favor. Dígame, Juan, ¿cuántos años tiene usted?

—Pues veré, señora, yo tengo ahora setenta y tres años, pero padezco de asma y en los últimos tiempos mis ahogos han ido aumentando.

—Bueno, pero alguna cosilla podrá usted hacer, ¿no?

—La mujer salió al rellano de la escalera y atrajo al hombre hacia ella en cuanto vio que Lola se apresuraba a reunirse con ellos—. Venga a la fábrica mañana por la mañana. Pregunte por la secretaria, Eulalia, ella le explicará lo que tiene que hacer. Anímese, Juan, que Dios aprieta, pero no ahoga, ya lo verá.

Cuando al día siguiente Eulalia Gil llegó puntual al trabajo, el hombre ya la estaba esperando junto a la puerta de la entrada principal. Al verlo, lo reconoció enseguida. Lo recordaba en el funeral de su sobrina, curvado sobre sí mismo, intentando secarse las lágrimas que caían como un manantial de sus pequeños ojos negros. Años atrás, al inicio de la guerra, cuando su cara no acumulaba tantas arrugas, lo había visto acompañando a Teresa. Felices, tío y sobrina esperaban a los compañeros de Rafel para leerles alguna de las cartas que, de vez en cuando, recibían como agua de mayo.

La secretaria le sonrió cariñosamente, lo invitó a seguirla hasta los despachos y, una vez allí, le rogó que se sentara frente a ella para transmitirle la oferta de doña Carmen. Su mirada asustada desvelaba que la patrona no debía de haberle adelantado demasiada información y no quiso tenerlo en vilo por más tiempo.

—Buenos días, Juan, creo que hoy se va a llevar usted una alegría. Doña Carmen me ha pedido que le traslade una oferta que, estoy convencida, será de su interés. Es un buen trabajo, Juan, créame. No ganará mucho, pero será una ayuda y a usted no le supondrá demasiado esfuerzo —comenzó a explicarle—. Doña Carmen, además de presidir el consejo de administración de la empresa, dedica gran parte de su tiempo a realizar obras de caridad. Una de sus hijas la ayuda en esas tareas, que ambas realizan en memoria de otra de sus hijas, que falleció hace muchos años a causa de una enfermedad. Las dos visitan a los hijos enfermos de algunos trabajadores y a familias desamparadas que necesitan medicinas y alimentos que no pueden conseguir a través del auxilio social. Verá, Juan, ella ha pensado que usted podría acompañarlas, organizar las cajas con el material que llevan consigo, preparar listados de las cosas que necesitan en cada hogar... ¿Sabe usted leer y escribir? ¿Cree que podría llevar a cabo esa labor?

—Sí, sí, sé leer y escribir, mi Teresita me enseñó cuando llegó de Tarragona. Yo no creía que fuese a necesitarlo nunca, pero ella insistió en que, para llevar mejor la tienda, debía aprender a leer, escribir y las cuatro reglas para que nadie pudiese nunca aprovecharse de mi ignorancia. Ya ves tú, ¿quién me lo iba a decir? Si la pobre Teresa levantase la cabeza —dijo, llevándose la gorra a los ojos para enjuagar las lágrimas que comenzaban a brotar.

—Seguro que su sobrina estaría orgullosa de usted, Juan, no lo dude.

La secretaria cogió un impreso del cajón de su mesa, formó un bocadillo con él y una hoja de papel en blanco, rellenándolo de papel carbón, y lo metió en el rodillo de la máquina de escribir. Sonrió al hombre, que la miraba sin perder detalle, y le hizo un cuestionario rutinario. Tecléo con agilidad nombre y apellidos, dirección, fecha de nacimiento... Él la miraba fijamente, encandilado por su destreza. Recordó entonces alguna de las bromas que Rafael les había contado en casa, durante la comida, sobre aquella mujer, cuando debía de ser una joven soltera que todavía soñaba con encontrar al amor de su vida.

—Preséntese mañana en la casa Elizalde, aquí tiene la dirección —dijo entregándole una nota—. Allí le recibirá Angelines, una de las muchachas del servicio, y avisará a doña Carmen. Ella le presentará a su hija María, quien le explicará lo que debe hacer y sus horarios. Empieza la próxima semana.

Con el tiempo, Eulalia y Juan entablaron amistad y cada uno se convirtió en el paño de lágrimas del otro. Solían sentarse en uno de los bancos del paseo, a la salida del trabajo, para contarse viejos recuerdos.

Después de aquel primer encuentro Juan salió de la fábrica sin poder creerse lo que estaba pasando. Parado en mitad de la calle, tardó unos minutos en comenzar a caminar. Cuando se disponía a cruzar, no pudo evitar desviar la mirada hacia el antiguo bar de la Chata. Varios hombres apartaban la lona de un camión del que descargaban cajas de madera cargadas de bebidas para meterlas en el local. La persiana de la puerta estaba abierta a media altura, la justa para que su actual dueño, Tomás, apoyase uno de sus antebrazos contra ella mientras miraba a los mozos. El tullido alternaba las largas caladas a un enorme puro con las indicaciones a los trabajadores. Cuando las miradas de los dos hombres se cruzaron, Tomás intuyó que había perdido

a una de sus más fieles clientas y confidentes del barrio. Sin duda, algo había cambiado en la vida del desgraciado matrimonio. Tiovivo esbozó una media sonrisa, mostrándole al anciano el menosprecio que sentía hacia ellos. No, aquella no era una pérdida que le importase lo más mínimo.

El nuevo empleado de la familia Elizalde decidió dar un paseo por el barrio. Hacía tiempo que no salía de casa. No le quedaban motivos para caminar por las calles, disfrutando del sol y la brisa, mirando los tranvías y automóviles pasar, cruzándose con vecinos y amigos de otros tiempos. Al cabo de un rato, se dio cuenta de que llevaba caminando toda la mañana y de que no había sufrido ninguno de sus frecuentes ataques de tos. «Puede que mis últimos días no sean tan oscuros como esperaba», se dijo. Algo cansado, pensó que ya era hora de regresar a casa. Se dirigió al piso de la calle Bailén dándole vueltas a la idea de enfrentarse de una vez por todas a su esposa. «¿Cómo pude enamorarme de Lola? —se preguntaba—. O, más bien, ¿cómo pudo Lola dejar de ser la mujer de la que un día me enamoré?». Subió despacio las escaleras, reservando sus fuerzas para afrontar lo que le esperaba al cruzar el umbral. La conversación que debían haber mantenido hacía mucho tiempo no podía demorarse más. Sintió que no le quedaba más vida por perder, que había llegado el momento de poner punto final al odio que los separaba desde hacía tanto.

Nueve meses después de aquel trágico episodio y del sorprendente giro que dieron sus vidas gracias al ofrecimiento de doña Carmen, en casa de los antiguos dueños de la vaquería de la calle Grassot reinaba una falsa armonía acorde con los tiempos que se vivían en el país. Una realidad fabricada, moldeada tan solo para que la convivencia

no le resultase insoportable a ninguno de los dos. Entre el modesto sueldo de Juan y las medicinas que conseguían gracias a su patrona, salían adelante al ritmo lento que marcaban las carencias de una España que se recuperaba a marchas forzadas.

El aire que se respiraba entre la pareja cuando estaban juntos estaba cargado de un modo similar al ambiente de la ciudad, pero Juan había recuperado su autoestima y ya no sentía el yugo del malnacido de Tomás. Acudían al colmado tan dóciles como el resto de la población, sumándose a la larga fila de vecinos hambrientos que aguardaban disciplinadamente su turno para conseguir víveres. A cambio, Juan dormía tranquilo, sin temer que su mujer recibiera ningún encargo de Tomás. Salía a la calle cada mañana con la cabeza alta, sin imaginar cuchillos afilados clavados en su espalda.

Hacía tiempo que ejercía como cabeza de familia. Con la autoridad que le confería un humilde salario, Lola volvía a respetar sus decisiones. Desde entonces, en aquella casa estaba terminantemente prohibido adquirir cualquier cosa proveniente del mercado negro y, por descontado, mantener ninguna relación con Tomás, aunque se hubiese creado una reputación que le permitiría postularse como alcalde del barrio. «Cuando a un ignorante le cuelgan un galón, se convierte en un chulo», le había dicho Juan a su mujer cuando ella intentó recriminarle que no quisiera tratos con el lisiado. Si bien los dos ancianos convivían sin que se interpusiera entre ellos la hostilidad de otros tiempos, el amor y el cariño que un día los unió había desaparecido.

El primer año transcurrido después de la guerra arrojó tintes de blanco y negro sobre una sociedad acobardada y esperanzada a la vez. Mientras unos luchaban por salir

adelante afrontando el hambre, la miseria y el temor a la represión que ejercían los vencedores, otros solo deseaban prosperar y olvidarse de las penurias que durante tanto tiempo habían empobrecido su existencia.

En los talleres de Elizalde, subido a la plataforma de madera que soportaba una de las prensas, Eladio Bauleñas continuaba trabajando, convertido en un mecánico veterano.

—¡Cuidado! Esa pieza está medio suelta, Damián. Será mejor que la lleves al taller de soldadura, no tengamos un disgusto...

—¡Carajo! Gracias, Eladio. Ni siquiera me había dado cuenta, maestro. Si no fuese por usted, no sé cómo nos las apañaríamos, lo comentamos muchas veces entre nosotros...

—Ojalá los jefes pensaran igual, chico.

—Cualquier día le ascienden y le nombran jefe de taller. Lleva usted aquí muchos años y nunca ha tenido ningún problema, ¿no es así?

—No, la verdad es que siempre he cumplido bien con mi trabajo, soy puntual y eficiente. Al menos, eso creo yo. Mi mujer me azuza en casa para que pida un aumento, para que intente promocionarme, dice ella. Pero yo no lo veo claro, no sé por qué, pero parece que no confíen en mí. Yo, que pensaba que a estas alturas ya estaría ganando el doble y no llego a final de semana. Cuando no es un crío enfermo, son los libros del colegio o los uniformes. Malditos curas, siempre pidiendo. ¡Uff! Perdón, perdón —dijo santiguándose—, ya no sé ni lo que me digo.

—Pues llévelos al colegio público, carajo.

—No, de eso nada, muchacho. Remedios insistió muchísimo en que los niños fuesen a los curas y la pequeña a las monjas. Son los mejores colegios, adonde van los hijos de las mejores familias.

—Como quiera, solo era una idea. Bueno, yo voy a lavarme ya. ¿Se anima a tomar un vino en el Alaska con nosotros?

—No, no. Otro día, Damián. Gracias. Remedios me espera con los niños para ir al fotógrafo de la plaza de la Sagrada Familia. Estrenan trajes y quiere retratarlos.

Allí estaban los cinco esperándolo a la salida de la fábrica. Los chicos serios, con cara de aburrimiento. La pequeña, enlazando un pie con el otro, cansada porque su madre no les dejaba sentarse en el banco por miedo a que se ensuciasen. Remedios estaba inquieta por la tardanza de su marido. ¡Pobre Remedios! Cuántas veces recordaría aquella escena que le remordía la conciencia...

—¿Qué, podemos ir ya a retratar a los niños?

—Sí, mujer, sí.

Eladio besó a sus hijos en la mejilla y cogió un momento en brazos a la chiquilla para hacerle una carantoña que ella agradeció.

—Baja a la niña, Eladio, que se le arruga el vestido, caramba. Con lo que me ha costado que se estuvieran quietos. Cómo se nota que tú no tienes que bregar con ellos. Pero bueno, dime, dime, ¿has hablado ya con don Julio?

—¿Con don Julio? No. ¿Es que tú te crees que no tienen otra cosa que hacer que atender las peticiones del personal? Ya habrá tiempo, mujer... El mes que viene.

—¿El mes que viene?! Pero bueno, Eladio, tú no te das cuenta de los gastos que tenemos, cariño, no te das cuenta. Eso debe ser. Eso o que no te valoras. Si ya te lo digo yo, Eladio, tú llevas ya muchos años y vales mucho, cariño, vales mucho.

—Claro que sé los gastos que tenemos. ¡Caramba! Si ya ni siquiera voy a tomar un café o un vino al bar para no gastar. Si no te hubieses empeñado en que fuesen a colegios tan caros...

—¡Pero bueno! No, si aún tendré yo la culpa. Eso ya lo teníamos hablado, Eladio. —Brazos en jarra, su mujer le recriminó aquella actitud, recordándole los motivos que los llevaron al tomar aquella decisión—: Llevándolos a estos colegios, nadie pondrá en duda que somos unos buenos cristianos. Estoy harta de oír rumores por el barrio. Ya sabes de qué te hablo. Nuestro orden de valores tiene que ser otro. Ya no somos unos jovencitos y los chicos tienen que asegurar su futuro en el seno de una familia modélica. Nadie puede pensar que tú eres un cobarde que no fue a la guerra. Eso no, Eladio, por ahí no paso. Al contrario. En todo caso, somos una familia numerosa que, obligada a quedarse en la zona roja por sus circunstancias, mantenía en silencio su amor a Dios y su devoción a la iglesia católica. Bastante sufrimos cuando, al final de la guerra, tuviste que tomar decisiones difíciles para alejar sospechas sobre nosotros. Ahora, lo único que pretendemos es prosperar un poco y ofrecerles a nuestros hijos nuevas oportunidades en un país que por fin tiene la estabilidad con la que siempre soñamos.

La campanilla sujeta en lo alto del marco de la puerta del estudio fotográfico interrumpió el discurso de Remedios. No hizo falta decir nada más. El matrimonio compartía la esperanza de ascender en la jerarquía social. Les inculcarían a los chicos los principios del Movimiento, llevándolos a los campamentos de la OJE.

—¿Has visto qué guapos están los tres con sus camisas azules? —le preguntó. En efecto, a los chavales no les faltaba un detalle: calcetines blancos hasta la rodilla, camisa azul con los faldones metidos dentro del pantalón corto, el cinturón con la hebilla bien reluciente y la gorra ladeada.

—Así me gusta que luzcan siempre, cariño, impecables —le contestó Baulenas, orgulloso, apartando durante unos segundos la vista del periódico.

Se habían adaptado perfectamente a la realidad que, a partir de ese momento y para siempre, dictaría la monotonía de la gente de bien. Era la paz con la que habían soñado durante los tres años de infierno del que Franco los había salvado. No obstante, un resquicio de amargura corroía los corazones de la pareja. No comprendían que el agradecimiento que sentían hacia el Generalísimo provocase miradas de rencor y desprecio de muchos de sus vecinos de toda la vida, incluso de algunos compañeros de trabajo de Eladio. También ellos habían sufrido. Nadie se libró de la miseria de la guerra y así se lo hizo saber Remedios a Eulalia cuando, al encontrarse en el mercado de la Abacería de Gracia, la compañera de su marido quiso compartir con ella su compasión hacia sus amigos comunes, Rafael y Francisco, por la desgracia del fallecimiento del primero y el incierto futuro que esperaba al segundo.

—¡Ay, Reme! No sabes la pena que me da cuando veo entrar y salir a Eladio tan solo de la fábrica —le dijo después de intercambiar los saludos de cortesía—. ¡Qué lástima, ellos que siempre andaban juntos! Rafael, el pobre, gastando bromas y riendo, tan alegre y simpático, y Peret, con lo formal y bellísima persona que era, que se desvivía por ayudar a todo el mundo. ¿Qué será de él ahora? ¿Qué será de su familia? Vete tú a saber.

—¿Qué quieres que te diga? Una guerra es una guerra, mucha gente se muere, otros quedan inválidos para siempre...

—Ya, mujer, pero hablamos de gente inocente, de buenas personas... de amigos nuestros de toda la vida. Todos lo hemos pasado mal, pero unos han tenido peor suerte que otros.

—Bueno, Eulalia, inocentes, lo que se dice inocentes, tampoco eran.

La secretaria dio un paso atrás. Sus ojos se abrieron de par en par. No daba crédito al comentario de aquella mujer, esposa de uno de los mejores amigos de aquellos hombres. Sin poder disimular su asombro ante lo que estaba escuchando, quiso darle a Remedios la oportunidad de aclarar lo que estaba diciendo mientras ella pestañeaba y movía las manos, como si quisiera borrar sus propias palabras.

—A ver, quiero decir que Rafel se alistó porque quiso, ¿no? Y Francisco era teniente del ejército rojo. Entiéndeme, mujer —dijo cambiando el tono, intentando rectificar su actitud al ver la cara indignada de su interlocutora—, que yo no les deseo ningún mal, de verdad, ni a ellos ni a nadie, eso no sería de buena cristiana —añadió santiguándose—, pero todos hemos sufrido. Nosotros hemos pasado mucho miedo con los niños tan pequeños, pasamos mucha hambre. Es muy duro no tener nada que darles a tus hijos cuando te suplican comida. Mientras yo les daba un vaso de agua a cada uno para engañar su dolor de barriga, Adeline disponía de un poco de comida para darles a los suyos gracias al economato militar. Algo de legumbres, arroz, algunas patatas y, de vez en cuando, huevos que compraba en Cal Paretas, en San Cugat de Sasgarrigas. Chica, ya me habría gustado a mi tener la mitad que ella para darles a mis críos.

—Pero eso no quiere decir que ella tenga la culpa —le contestó la secretaria, antes de que Remedios la interrumpiera.

—No, claro que no, entiéndeme... Yo no digo que ella sea mala persona ni mucho menos, lo que quiero decirte es que todos hemos pasado lo nuestro. Mira, sin ir más lejos —dijo colocando los brazos en jarra—, nosotros teníamos unos ahorrillos en el banco, pero al creer que con Franco cerrarían las oficinas y que el dinero peligraba, retiramos todos los fondos para ponerlos a buen recaudo dentro del

colchón. Bueno, pues ese dinero ya no nos lo quisieron cambiar por las nuevas pesetas. No te imaginas cómo llo-ramos, Eulalia. Tantos esfuerzos para nada, era como per-derlo todo. Menos mal que a Eladio se le ocurrió otra for-ma de salir adelante, por muy duro que fuese. Ya se sabe, en tiempos de guerra hay que recurrir a lo que sea.

—Sí, ya sé —dijo Eulalia, bajando la cabeza. No le gus-taba el cariz que había tomado la charla y se despidió de Remedios forzando un amago de sonrisa, no sin antes hacerle una última apreciación—: De todas formas, perder-lo todo no es quedarte sin dinero. Los que lo han perdido todo son quienes se han quedado sin casa, sin familia, sin vida. Esos sí que lo han perdido todo y eso, Reme, eso no es duro, es terrible.

La señora de Baulenas regresó aquella mañana de sá-bado a casa con su pequeña agarrada de la mano, pensa-do que la gente era muy egoísta. Es muy fácil juzgar a los demás cuando no se tienen las mismas responsabilidades. Ellos tenían que preocuparse del futuro y del bienestar de su prole y Eulalia no podía entenderlo. Compartió lo ocu-rrido con su marido durante la cena y ambos llegaron a la misma conclusión.

—Lo que pasa es que nos tienen envidia porque vamos saliendo adelante poco a poco. Al fin y al cabo, a la pobre Eulalia hace tiempo que se le pasó el arroz.

—De todos modos, cariño, lo mejor será que no vuel-vas a hablar con nadie de aquellos tiempos tan difíciles. No vale la pena llevarse un disgusto tontamente. Tene-mos que mirar hacia delante, hacia el futuro. Ahora todo aquello ya ha quedado atrás, no nos falta de nada, el economato de la fábrica nos proporciona los alimentos necesarios y, si necesitamos atención médica, también lo cubre el seguro de Elizalde —sentenció el cabeza de fa-milia.

Eladio había superado la timidez de otros tiempos. Poco a poco, se convertía en un hombre seguro de sí mismo. Al verse reflejado en el espejo cada mañana, incluso se encontraba apuesto. Valoraba su metro noventa de altura y el cabello rubio que empezaba a blanquear por las sienes. Reconocerse a su vez como un mecánico de aviación respetable con una familia modélica le ayudó a perder la timidez de su juventud. Los domingos y fiestas de guardar, sin falta, acudían los seis a la misa de doce que se celebraba en la iglesia del Inmaculado Corazón de María. Ocupaban uno de los primeros bancos. Remedios lucía un traje chaqueta gris marengo que ella misma había confeccionado con los patrones de la revista *Labores*. Llevaba el pelo recogido en un moño bajo un tul bordado, dejando al descubierto una onda en lo alto de la frente. La niña, sentada a su derecha, llevaba un vestidito azul marino y una coleta a cada lado de su redonda carita anudada con un enorme lazo de terciopelo a juego con el vestido. Los cuatro varones llevaban el único traje que tenían y que estaba reservado para esas ocasiones, de rayón azul oscuro y americana cruzada el cabeza de familia, y abotonada en el centro los tres chicos. Completaban su atuendo con una corbata gris y, por supuesto, camisa blanca. Sin duda, el prototipo de familia que reflejaba el Nuevo Amanecer pronosticado por José Antonio y que Francisco Franco había instaurado en España tras la victoria del glorioso Alzamiento Nacional.

XIV

Presionó el pulsador de plástico. Aquella puerta, que tantas veces había abierto sin más, le parecía inmensa. Recordaba aquel timbre, que el paso del tiempo había teñido de un tono crema. «Como yo, este trasto también ha mudado la piel», pensó. Incluso su sonido le pareció distinto. Durante un par de minutos, pensó que se había equivocado de dirección.

—Buenas tardes, señor. ¿Qué desea?

La cara del adolescente que le abrió la puerta también le resultó diferente, pero lo reconoció. Era su hijo José. Ante la expresión de sorpresa del chico, papá no supo cómo reaccionar. No acertaba a identificarse como el padre que un año y medio antes había cerrado aquella puerta después de despedirse de su familia.

—¡¡José!! ¿Quién es, hijo? No dejes la puerta abierta, que hay corriente. —Adelina se acercó al recibidor. Mientras caminaba por el pasillo, renegaba en voz baja, cansada de tener que estar pendiente de todo. Levantó la cabeza, mirando curiosa hacia la entrada cuando, por fin, alcanzó a ver al hombre que su hijo mantenía en el descansillo de

la escalera sin dejarlo pasar, a la espera de que se presentase—. ¡¡Dios mío!! ¡¡Eres tú!! —gritó—. ¡¡Paco!! ¡¡Paco!!

Francisco Peret Ferrer había llegado a su casa en un estado deplorable. José, impresionado, no pudo evitar que las lágrimas brotaran de sus ojos de forma incontrolada. Lloraba por la emoción de volver a ver a su padre y por la alegría de contemplar la felicidad de su madre. Lloraba de rabia por no haberlo reconocido al instante y de pena al comprender que su padre había sufrido mucho. Bastaba con ver su extrema delgadez y el color endrino que cercaba sus ojos.

Adelina obligó a entrar a su marido, agarrándolo del brazo, al mismo tiempo lo besaba, desbocada por la excitación. José admiraba la escena en el recibidor, sin alejarse demasiado de ellos, como si aquel momento fuera parte de un sueño y temiera despertar si dejaba de mirarlos. Manuel y yo, alertados por las voces que habíamos oído desde el comedor y al ver que mamá y José tardaban en volver, nos acercamos sigilosos por el pasillo. Yo sostenía una muñeca en la mano izquierda y con la derecha tiraba del pequeño Manuel, que se escondía detrás de mi espalda.

—¡¡Niños!! ¡Paquita, Manuel! Venid, venid. ¡¡Venga!! Es papá, ¿no veis que es papá? Venid a darle un abrazo y un beso muy fuerte. ¡Ha llegado papá!

Me acerqué con timidez. Cuando papá se agachó frente a mí y su cara se quedó a la misma altura que la mía, me asustaron sus ojos hundidos que parecían flotar en un lago de lágrimas. Era tan niña... Me dejé abrazar sin demasiado entusiasmo. Obedecí a mamá, regalándole un par de tímidos besos que rozaron el cráter de piel de cada una de las mejillas de aquel hombre y me separé de él tan pronto como pude para cobijarme tras las piernas de mi hermano mayor. Manuel arrancó a llorar como reacción a las rogativas de nuestra madre para que me imitase. José le

ordenó que le diera un beso, pero el niño salió corriendo hacia su habitación gritando: «¡¡No quiero, no quiero y no quiero!!». José insistió, pues quería mostrar su autoridad delante de su padre, pero no hubo manera y Manuel se encerró en su habitación, dando un sonoro portazo. Enfadado por el gesto del pequeño, que lo había dejado en evidencia, y disgustado por la decepción que seguro sentía nuestro padre, José quiso salir tras él, pero papá lo sujetó del brazo.

—Déjalo. Es todavía muy pequeño, no me reconoce, ya habrá tiempo —le dijo.

Durante unos meses, en el humilde hogar de los Peret todos los esfuerzos se dirigieron a que el patriarca recuperase su salud. Aquel hombre alto, apuesto, de talle elegante y mirada cordial a mediados de los años treinta era, en el verano de 1940, una sombra de proporciones esqueléticas, encorvado, sin otro color en el rostro que el de una mortaja y ni un ápice de vigor en su mirada. Mamá lo observaba con infinita paciencia. Sin embargo, a medida que pasaban los días, la mujer perdía la esperanza de que su marido volviera a ser el de antes. Él permanecía en silencio, sentado en una de las butacas del comedor, junto a la salida acristalada que daba al patio. Allí esperaba absorto durante horas a que terminasen los juegos infantiles de sus tres hijos. No nos perdía de vista ni un solo segundo. Ella pensó que su marido luchaba por recuperar el tiempo perdido sin ver crecer a sus hijos, por todos aquellos días que no le permitieron disfrutar de su familia.

Durante años, Paco no quiso hablar de lo ocurrido mientras estuvo fuera de casa. No quería sufrir recordando el dolor, los abusos, la violencia. Cómo podía explicarnos por todo lo que había tenido que pasar, lo que había visto... No, sería un sufrimiento más, otro castigo inmerecido para todos. Mucho tiempo después le confesó a José

que, mientras intentaba reponerse de sus heridas, aún veía los camiones, los vagones de tren sucios y fríos, los campamentos helados y las celdas húmedas. En sus oídos todavía permanecía el sonido de los quejidos, la tos insistente de los enfermos, los llantos apagados de aquellos desgraciados.

—Paco, he hablado con mi hermana Orència —le dijo un día—. Creo que su marido necesita un socio para abrir un negocio.

—¿Un negocio? ¿De qué? —Paco, sentado en uno de los sillones del comedor, aprovechaba la luz que entraba por la puerta del patio para leer el diario. Al oír el comentario de su mujer, colocó *La Vanguardia* sobre las piernas y contestó sin demasiado entusiasmo—: La verdad es que me gustaría volver a trabajar pronto. Algo tendré que hacer, la vida sigue.

—¡Claro, cariño! La vida sigue, eso es precisamente lo que quiero que veas. Y no vamos a dejar que nuestros hijos sean infelices ni que les falte nada que podamos darles. Habla con mi cuñado, Cortés, él te explicará de qué se trata. —Se acercó y le acarició el cabello—. Ya sé que no es el sueño de tu vida, pero tú siempre has sabido hacer un poco de todo. En el pueblo nunca se te cayeron los anillos por ayudar con cualquier tarea que te pidieran, eres un hombre de recursos.

—No, claro que no. Pero, si no te importa, antes tengo que hacer una visita. Es un capítulo que debo cerrar.

Allí estaban de nuevo, mirándose a los ojos. Sentados cada uno a un lado de una mesa del Alaska. En el mismo rincón frente a la ventana con vistas al paseo de General Mola. Don Julio levantó el brazo para llamar al camarero.

—Café solo y... —Se giró hacia Paco y le preguntó con un gesto de la cabeza.

—Un sifón.

El chaval, con batín blanco hasta la cadera y pantalón negro, giró sobre sí mismo y se dirigió de inmediato a la barra. El director de Elizalde volvió a mirar fijamente a mi padre. Aquella conversación era un tema pendiente entre el viejo profesor y el que había sido su destacado alumno y colaborador durante tantos años. Mi madre no entendió entonces qué sentido tenía volver a remover viejas historias, pero papá le dijo que necesitaba ahuyentar fantasmas del pasado para volver a confiar en las personas que formaban parte de su vida.

—¿Qué pasó, mi coronel? Usted sabe que yo solo cumplía órdenes, que los dos las cumplíamos. Usted sabe que mi deber era trabajar como mecánico y supervisar las tareas de taller.

—Lo sé, amigo mío, lo sé. La guerra es algo injusto que se ceba siempre con los que menos lo merecen. La situación política... En fin, solo puedo decirle que me llegaron noticias tuyas demasiado tarde. Doña Carmen y yo hicimos cuanto pudimos en cuanto regresamos, pero han sido tiempos difíciles y muy complicados.

—Sí, para algunos más que para otros. No lo digo por mí, estoy pensando en tanta gente que ha corrido peor suerte que yo... Algo difícil de olvidar. Imposible de justificar.

Se quedaron una hora más en el bar. Mi padre se tomó su refresco poco a poco, girando el vaso de forma juguetona sobre la mesa mientras rememoraba tiempos mejores con su antiguo superior. Don Julio tomó su café de un sorbo, quizás pensando que Paco le había citado para recriminarle las acciones del régimen y su responsabilidad en el ejército que ahora lo castigaba con tanta dureza. En cuanto comprendió que no era el rencor el objeto del encuentro, el hombre se relajó en su asiento y disfrutó de la despedida

del compañero con el que había compartido tantos años su pasión por la aviación.

Al cabo de unos pocos meses y superado el intenso calor del verano, la nueva vida de Francisco Peret empezaba a recuperar el sentido. Paco se reinventó, porque la necesidad agudiza el ingenio. Gracias a la energía que Adelina le contagiaba a diario y la ayuda que consiguió de algunos parientes, consiguió afrontar aquella nueva etapa.

Mis padres aprendieron otra lección de vida, sorprendiéndose de la solidaridad de quienes menos se esperaban. Recibieron dinero prestado de algunos vecinos y también de aquel hombre al que familiarmente llamaban el Peret Gitano, un primo lejano con aspecto de buhonero que vivía en una casa con cuadra para caballos, en el barrio de San Andrés. Mi hermano José había acompañado a papá a la reunión concertada un par de días antes por nuestra madre. Alternando sus miradas curiosas a las ballerizas, admiraba la humildad de su progenitor, que se comprometía con total firmeza a retornar hasta la última peseta del crédito que le concedía aquel sujeto tan peculiar. Un apretón de manos y un abrazo bastaron para sellar el acuerdo y, sin saber muy bien por qué, el chico volvió a sentirse orgulloso de su padre. Cuando me lo contaba, años más tarde, entendió que quizás en aquel instante reconoció la fortaleza de nuestro padre, dándole al Peret Gitano la mano con firmeza, seguro de sí mismo, confiando en su propia voluntad.

Con la moral más reparada que la salud, Paco entendió que su vida había cambiado para siempre y, aun así, debía sentirse afortunado por no haber perdido a ninguno de los miembros de su familia y, además, por conservar su propia vida.

Después de calibrar la nueva oportunidad que se le ofrecía, Paco se asoció a su cuñado, Cortés. Aunque el ma-

ruido de Orència no despertaba demasiada simpatía, era un hombre tranquilo, llevaba una vida sencilla junto a su esposa y no albergaba ninguna ambición ni afinidad política que pudiese causarle problemas. Un hombre tan opaco que ni siquiera lográbamos recordar su nombre y nos referíamos a él por su apellido.

Junto al anodino cuñado, Paco aprendió lo necesario para trabajar el cuero y manufacturar de forma artesanal cinchas para caballerías, correas y demás utensilios de cuero. Aquella sería su nueva profesión. Lejos quedaban ya sus horas entre motores. Desde aquel momento debería olvidar su pasión por la aviación, junto a unos sueños de infancia y juventud.

La mañana de un viernes del mes de octubre de 1940, quiso la casualidad que Adelina le encargase a su marido llevar al pequeño de la casa a jugar entre la arena del paseo, mientras ella iba a la cooperativa militar a por el género que les suministraban con su cartilla.

Caminaba sin prisas, pero evitando entretenerse demasiado, mientras observaba los carteles: un muestrario de nuevas instrucciones de vida, acordes a las imposiciones del régimen franquista. Durante el año y medio de su cautiverio, Francisco Peret había presenciado la cara más amarga que encubría la verdadera esencia del nuevo gobierno del dictador, el tiempo suficiente para aprender a odiarlo. Con mi hermano pequeño sentado en su antebrazo izquierdo, avanzaba en línea recta por la calle Rosellón en dirección al antiguo paseo de García Hernández, que había sido rebautizado como paseo del General Mola. Aquel parque seguía siendo nuestro lugar preferido de juegos. Se acercó hasta el arriate de arena de la amplia avenida y dejó a Manuel para que jugase con otros niños. Los dos disfrutábamos llenándonos de arena y amontonando

piedrecillas que mi padre nos limpiaría después. Mimoso, nos quitaba los zapatos y los calcetines, y los sacudía al aire. Le veíamos hacerlo embelesados, recreándonos en el cariño con el que limpiaba después las plantas de nuestros piececillos con la palma de su mano, soplando y sonriendo, mientras nos guiñaba un ojo. Todavía recuerdo ese gesto.

Cuando a mediodía regresó a casa, papá le confesó a mi madre la mezcla de sensaciones que le abordaron aquella mañana. Supongo que a partir de entonces Adelina comprendió que su marido había empezado a asimilar su nueva situación.

—Me he sentado en el banco más cercano al niño. Observaba a la gente que se dirigía a un lado y a otro. Unos acudían con prisa a sus puestos de trabajo; otros, esperaban en riguroso orden la llegada del tranvía. La mayoría miraba al suelo, algunos fumaban y ojeaban algún periódico. La ciudad vive enmascarada en una apariencia de normalidad. Es como si se intuyera el sometimiento al que estaremos todos condenados indefinidamente.

Sin poder evitarlo, miró hacia la puerta principal de la fábrica Elizalde. No había encontrado el momento propicio para reunirse con doña Carmen, ni siquiera tenía la certeza de que ella quisiera recibirlo para remover el pasado. Todavía le dolía demasiado pensar que nada volvería a ser igual que antes, que aquello a lo que se había dedicado desde que era casi un adolescente ya no formaría parte de su vida. «Nada se desea con más fuerza que aquello que se nos ha prohibido», pensó.

—El niño habrá disfrutado, habéis estado un buen rato... Yo no tengo tiempo para estar tanto jugando con él.

—¡Uff! Manuel ha estado horas jugando feliz. Se ha pasado la mañana embadurnándose de tierra, montando algo parecido a castillos de arena rodeado de otras criaturas de su edad. Ninguno de los dos nos hemos dado cuenta de lo

tarde que era hasta que se me ha ocurrido mirar el reloj del paseo. Entonces, no he podido evitar acordarme del pasado. «Cómo pasa el tiempo, ya se termina el turno de mañanas», me he dicho. Me ha parecido mentira estar allí sentado, en uno de los bancos donde solía esperar a mis compañeros para entrar o donde me fumaba un pitillo antes de volver a casa. No he podido evitar mirar embelesado hacia la salida de las naves donde estaban los talleres para ver salir a los trabajadores. Algunos abandonaban las instalaciones de dos en dos, hablando entre ellos; otros, apretaban el paso. Cuando me he querido dar cuenta, estaba sonriendo como un tonto, pensando que tendrían el tiempo justo para ir a comer a casa antes de regresar al turno de tarde. «Cuántas veces he llegado corriendo a comer, reservándome los diez minutos para tomar el café en la Chata antes de volver a entrar», he pensado. He reconocido a alguno de mis antiguos compañeros: mecánicos, soldadores, Gonzalo, el operario de chapistería... Sin querer, me he mordido el labio inferior. No sé por qué, pero me daba vergüenza que alguno de ellos me viera allí sentado; Baulenas, entre ellos. No sé si le habrán llegado noticias sobre mi libertad...

—Pues no lo sé, Paco. De todas formas, mejor será que te olvides de Baulenas. Él ya no es el antiguo amigo y compañero que tú conociste. Tampoco Remedios es la misma... En fin, supongo que todos hemos cambiado mucho.

—¿Qué quieres decir?

—Durante el tiempo que estuviste preso, ninguno de los dos se acercó una sola vez por casa para preguntar por ti. No es que yo esperase su ayuda... Ya sé que todos hemos pasado penurias y yo no habría aceptado nada sabiendo que tiene cuatro criaturas, pero... No sé, al menos mostrar un poco de interés... Mira, Eulalia, la pobrecilla, perdió a su madre y lo pasó fatal, pero nunca se olvidó de los demás.

—¡Ah! La buena de Eulalia Gil... También la he visto. Con su habitual compostura, aunque me ha parecido demacrada. Doña Carmen también se marchaba. Salía custodiada por su hijo Antonio. Entraba en su coche, el Elizalde tipo cuarenta y ocho. Ramón, el chofer de la familia, los esperaba para abrirles la puerta trasera, tal y como recuerdo que solía hacer siempre. Mientras salían, don Julio los despedía y se marchaba caminando. ¿Sabes?, durante unos segundos, he reconocido un gesto muy suyo, echando un vistazo a su alrededor sin un interés particular, antes de sacar el reloj de bolsillo del chaleco, manosearlo y mirar la hora. El director de la fábrica, mi antiguo profesor... Durante unos segundos, nuestras miradas se han encontrado. Supongo que habrá pensado «Pobre Francisco Peret, ¡quién lo ha visto y quién lo ve!».

—¡Ya ves tú! A lo mejor eso es lo que no se esperaba, que te pudiésemos volver a ver. ¿Te ha saludado, al menos?

—Sí, claro, mujer... Los dos hemos levantado el brazo con la palma de la mano abierta. Un saludo cordial, de reconocimiento, de respeto mutuo, nada que ver con el gesto ese obligatorio, alzando el brazo en línea recta hacia el frente en señal de salve al dictador.

Al tiempo que se adaptaba a las nuevas costumbres pensando en el bienestar de su familia, recuperábamos también algunos hábitos de antaño. El domingo siguiente, la familia al completo asistíamos de nuevo a misa de doce en la iglesia del Inmaculado Corazón de María.

Eladio Baulenas debió de intuir la mirada clavada en su nuca. Cuatro bancos delante de los Peret, guardando el orden jerárquico familiar con sus trajes impolutos y en respetuoso silencio, el matrimonio rezaba cabizbajo junto a sus cuatro hijos, esperando el momento de acercarse a comulgar. Para obtener el perdón por los pecados come-

tidos ya se habían confesado a primera hora. Todos en el barrio conocíamos sus nuevas costumbres.

La profunda mirada de papá se había fijado en el dorso de su antiguo compañero. Lo veía distinto o, al menos, eso es lo que él mismo nos contó al cabo de algunos años. Lucía un impecable traje azul y tenía las sienes bordeadas por unos mechones blanquecinos, que sugerían una especie de aura alrededor de su cabeza. Papá dijo entonces que ningún otro disfraz le habría parecido más acertado. Ni José ni yo entendimos entonces porqué se le pasó esa idea por la cabeza. También nos dijo que, a medida que avanzaba la eucaristía, un sentimiento de lástima se fue apoderando de él. Miró a los hijos de Eladio, en perfecta formación militar, inmóviles y serios como si estuvieran a la espera de instrucciones, y volvió la vista hacia sus propios vástagos. Durante unos segundos me observó. Yo, como de costumbre, buscaba la complicidad de los niños sentados en otros bancos. Manuel jugueteaba subiendo y bajando del peldaño de madera del banco delantero y mamá reprendía a José por meterse las manos en los bolsillos del pantalón para jugar con las canicas que había llevado para cuando salieran de misa.

—Perdono por vuestro amor a todos los que me han ofendido, para que vos me perdonéis —susurró, si bien fue Adelina fue la única que alcanzó a oírlo.

Levantó después la cabeza para mirar al frente. Veía regresar a su puesto en la bancada a los feligreses que ya habían comulgado. Eladio miraba sumiso el suelo, con los brazos caídos, mostrando sincera compunción. De pronto levantó la cabeza, cuando solo le faltaban unos pasos para llegar al espacio que su esposa y él ocupaban con su prole, y lo vio. Cuando sus miradas se encontraron, a Baulenas parecieron arderle las mejillas. Sus pies se quedaron pegados al piso y unas gotas diminutas de sudor le cubrieron la

frente. Su mujer lo regañó por entorpecer el paso del resto de fieles. Adelina vio aparecer el Arriba España de Remedios tras la espalda de su marido, que permanecía inmóvil como una talla más de la imaginería que ornamentaba la iglesia, sustituyendo la que se quemó en el treinta y seis.

—Paco, ¿fue él? —preguntó Adelina, aunque no hizo falta que su marido contestase. La mujer se santiguó mientras mantenía su mirada fija en los que, tiempo atrás, formaron parte de su círculo de amistades más cercano.

Al terminar la ceremonia, los cinco abandonamos la iglesia. Papá y mamá decidieron que nos convendría caminar un rato por el barrio para despejarnos. El olor a incienso parecía haberse pegado a nuestras ropas y mis padres parecían preocupados por algo que yo no alcanzaba a comprender.

Los niños bajamos saltando la escalinata que llegaba hasta la calle mientras mis padres decidían qué camino tomar. Valía la pena aprovechar la invitación del clima templado. Caminamos por la travesera de Gracia, adentrándonos después por las callejuelas del corazón del barrio. Así pasamos la mañana. Nos detuvimos un rato también en la plaza del Diamante. Los dos quisieron descansar sentados en un banco mientras nos observaban.

Unas horas más tarde, decidieron regresar a casa. Los dos pequeños correteábamos sin separarnos demasiado de nuestros padres. Yo daba vueltas sobre mí misma, haciendo volar mi falda estampada con florecillas que parecían desprenderse de la tela. Manuel se reía, mirándome y distrayéndome para que perdiera el equilibrio y cayera redonda al suelo. José nos miraba al uno y al otro riendo a carcajadas. De vez en cuando, volvía la cabeza y observaba a nuestros padres caminando unos pasos detrás de nosotros. También él se acordaba perfectamente de aquel día mucho tiempo después. Cuando poníamos en común

nuestros recuerdos, pensaba en sí mismo como un muchacho que se sentía aliviado al vernos a todos juntos.

Poco a poco todo, parecía volver a su lugar. Hacía tiempo que a Paco no le importaba encontrarse con antiguos vecinos, pese a no haber recuperado el buen humor, la alegría y la tranquilidad. El dolor crónico que lo acompañaba desde su regreso ya no impedía que se relacionase con la gente. Había dejado de ser un problema que su cara fuese el reflejo de su alma. Aquel paseo después de asistir a misa de doce, estaba resultando agradable hasta que, al llegar a Fontana, justo al final de la calle Mayor de Gracia, el tumulto congregado nos llamó la atención.

—¡Mamá! ¿Puedo ir a ver qué pasa? —La curiosidad de José no tenía límites.

—No sé, hay tanta gente mirando, parece que están formando un corrillo. No debe de ser nada bueno. Mejor quédate aquí, no sea que tus hermanos quieran seguirte.

—¡Mira, papá! Ya vienen los guardias... y una ambulancia...

El chico se acercó a nuestro padre. Adelina nos llamó a los dos pequeños, y obedecimos asustados. Corrimos hacia nuestra madre y le dimos la mano.

—Esperad aquí, Adelina. Ahora vuelvo. —Paco nos cortó el paso y, sujetando a José, le indicó que aguardase junto a su madre. Se acercó hasta un grupo de gente que abandonaba el tumulto y pudo ver la escena.

Remedios lloraba desconsolada, sujetando en brazos a la pequeña Merceditas. Los tres chicos lloraban, abrazados, mientras veían cómo los sanitarios subían a la camilla el cuerpo destrozado de su padre. El conductor del tranvía que obstaculizaba la calle Mayor de Gracia permanecía sentado en el bordillo de la acera, estrujando su gorra mientras un hilo de voz salía de su garganta:

—No ha parado. He tocado la campana varias veces y no ha parado... Iba como dormido... con la mirada perdida... —repetía consternado a la pareja de municipales.

Sus comentarios se solapaban entre los de los transeúntes-testigos del atropello:

—Su mujer le ha gritado para que se detuviera, pero no ha debido de oírla...

—Pobre hombre...

—Delante de sus hijos, ¡qué tragedia!

Nadie supo a ciencia cierta qué pasó por la cabeza de Eladio Baulenas cuando, a las tres de la tarde de aquel domingo de octubre, lo embistió el tranvía de la línea 555 de Barcelona, provocando su muerte instantánea.

Remedios enterró su altivez al mismo tiempo que a su marido. Cambió los vestidos de los figurines por un riguroso luto que impuso también a la pequeña Mercedes y sustituyó el peinado de moda por un moño recogido en la nuca. Se cerraron las ventanas de su casa y cosió brazaletes negros en todas las camisas y americanas de los niños. Con los años le confesaría a Eulalia que, desde entonces, vivió convencida de que el peso de la conciencia, más que el impacto del tranvía, había provocado las hemorragias internas que mataron a su marido.

XV

Sentados uno junto al otro a la mesa del comedor, tomando a pequeños sorbos una infusión de tila y algo más ansiosos que de costumbre, esperábamos la llegada de Jaime. Las noticias no contribuían a tranquilizarnos. Armando, con el mando a distancia echando humo, cambiaba de canal compulsivamente, buscando en vano contenidos que no se centrasen en la posible declaración unilateral de independencia de Cataluña. En mi cabeza se mezclaba la información que nos llegaba de diferentes cadenas de televisión. A favor de esa decisión, aparecían miembros de la coalición de los partidos catalanistas frente a un alud de micrófonos improvisados a pie de calle en la puerta del Parlament. En contra, intervenciones de políticos que se decantaban por la opción unionista –un nuevo concepto que parecía estar también de moda durante los últimos tiempos y que yo no había oído nunca antes–. Todos ellos, visiblemente alterados, participaban en programas de debate desde primera hora de la mañana.

Armando intentaba seguir el hilo de los acontecimientos, pero nos sentíamos saturados. Banderas bicolores en

los balcones, señeras esteladas por todas partes y un ambiente enrarecido que parecía exigir a gritos la opinión de todos en un sentido o en otro.

Yo esperaba la llegada de Jaime como quien anhe-la una bocanada de aire fresco que limpiara el ambiente. Algo preocupada por cómo estaban influenciando al chico los sucesos de las últimas semanas en Cataluña, sospecha-ba que todo aquello era algo nuevo para él. Las novedades y los cambios despiertan la curiosidad de los jóvenes. Po-siblemente, también cambiaría su percepción de la historia de su propia familia y la opinión que tenía de todos noso-tros.

Armando renegaba entre dientes, escuchando las afir-maciones de contertulios que, lejos de vivir la situación des-de dentro, afirmaban ser testigos de rupturas y manifesta-ciones violentas inverosímiles. No se reconocía como parte de una sociedad que parecía ser el centro de atención de todo el país. Hablaban de nosotros, hablaban de nuestras ciudades, de nuestros pueblos, barrios, escuelas... ¿Cómo decirles que la mayoría de argumentos que sostenían con tanta rotundidad eran un sinsentido? ¿Estaríamos nosotros mismos tan aislados como para no darnos cuenta de lo que pasaba realmente? ¡No, no lo estábamos! La sensación de impotencia crecía y esperar al muchacho era una tortura.

Empezaba a ser algo urgente aplacar los nervios de mi marido y calmarme yo misma. Tenía uno de mis fre-cuentes dolores de cabeza y deseaba desconectar. A los dos no convenía distraernos del patético duelo pasional entre gobernantes. Cómo le explicaría a nuestro nieto que los recuerdos más amargos de aquella historia que le estaba contando se remontaban a una época en la que se había producido un enfrentamiento semejante. En un rincón de nuestra memoria continuaban latentes las consecuencias de unos años en los que las responsabilidades recayeron

sobre los hombros del pueblo, cuando se trasladaron los conflictos partidistas a la calle y algunos se erigieron salvadores de la patria.

—Armando, la manifestación era a las cinco y ya son casi las siete y media, no creo que tenga ganas de venir a casa. Además, cada vez me duele más la cabeza. Puede que sea por el ruido de este helicóptero que lleva todo el día dale que te pego, dando vueltecitas por todo el barrio...

—Pero, ¿estás segura de que quería ir? He hablado con Mónica esta mañana y me ha dicho que tenía dudas... La verdad es que no entiendo a estos chicos. Primero, te lían con sus proyectos, cambias tus horarios y costumbres para ayudarlos en lo que puedes y, después, atienden más a lo que les digan sus amigos que a sus compromisos. Me estoy cansando, Paquita, ya sabes que le quiero mucho, pero no voy a consentir que nos maree de esta manera.

—No te enfades, de sobra sabes que Jaime no es así. Creo que está decepcionado. No esperaba que la historia fuese tal y como se la hemos contado. Se creó falsas expectativas sobre su bisabuelo. Mira, la verdad es que lo comprendo. Ponte en su lugar, piensa en lo que está viviendo él.

—No sé a qué te refieres. Le hemos contado la verdad, ni más ni menos. ¿Qué se esperaba? ¿Una película con final feliz?

—No, Armando, no es eso.

—Pues no sé. No sé por qué tenía que haberse creado una idea distinta de tu padre, ni por qué puede sentirse decepcionado. Al fin y al cabo, fue un luchador.

—Precisamente por eso, porque es posible que, para el chico, la idea del luchador sea una muy diferente. Mira, solo tienes que escuchar la radio o ver la televisión, mirar los carteles que hay por la calle, las banderas colgadas en los balcones... ¡Vamos! Todo lo que estamos viendo ahora, ¿no te recuerda a nada? Mi padre fue un hombre

que luchó por mantenerse al margen de la violencia, de todo tipo de violencia. El drama personal que vivió después de su regreso a casa fue precisamente tener que convivir con el recuerdo de un sufrimiento que no merecía y no poder rebelarse. Como tantos otros, se adaptó a las normas que le impusieron para mantenerse a salvo y, sobre todo, para mantener a salvo a su familia. No es el tipo de heroísmo que implica protestas, lucha clandestina, insumisión, etc.

—Entonces, el problema es que no le hemos contado bien la historia, Paquita. Si no hemos sabido transmitir la idea de que un hombre es valiente por enfrentarse a sus demonios y salir adelante, dejando atrás sus aspiraciones personales y su vocación, por anteponer la seguridad de los suyos y, aun así, conseguir mantener un hogar feliz, entonces hemos fracasado, querida mía.

Puede que Armando tuviese razón. Puede que fuese yo la que estaba adelantando acontecimientos, sin saber si realmente había comprendido el sentido de toda aquella historia. Cansada y con un dolor cada vez más intenso taldadrándome las sienes, decidí llamarle por teléfono y dejar nuestro encuentro para el día siguiente. Entre mi sordera y el ruido de fondo casi no lograba entender lo que Jaime me decía, pero sí comprendí que se encontraba entre los manifestantes.

—¡¡Abuela!! ¿Abuela? No, no te preocupes, voy mañana... Sí, se me ha hecho tarde, pero es que no sabía que se alargaría tanto... No, no, nada de dormir fuera de casa, ya lo sé, mi padre me mata... Que sí, no sufras, que no me meto en líos. Ya, ya lo sé, nada de enfrentarme a la policía. Pero, abuela, ¿qué te crees? Yo no sé qué canal de televisión estáis viendo, aquí nadie está armando jaleo, solo protestamos por lo que está pasando... Bueno, ya hablaremos mañana, casi no te oigo. Un beso.

—¡Cuelga ya, Paquita! ¡Déjalo! A su edad, ¿en qué líos quieres que se meta? No te preocupes, mujer, ahora está todo el mundo muy exaltado, pero pronto pasará esta efervescencia y volverá todo a la normalidad.

Colgué. Intenté no pensar más en manifestaciones, independencias, atropellos, golpes, coaliciones imposibles ni acuerdos tácitos. Intenté olvidarme de todo mientras preparaba la cena y recordé a mi padre, procurando mantener unida a su familia. ¿Seríamos capaces nosotros de conseguir lo mismo? ¿Separarían los ideales políticos a nuestros hijos, a nuestros nietos? Lo último que esperaba en esta vida era volver a ser testigo de todo aquello.

Al día siguiente, Jaime se presentó en casa a media mañana. Todavía afectado por lo que estaba sucediendo en todo el país y visiblemente emocionado por la respuesta que se vivía en la calle, me contó que había preferido no acudir al instituto aquel lunes para quedarse en casa estudiando y venir a vernos en cuanto pudiese. Lo invité a comer, pues quería hablar con calma con él y no solo contestar a sus preguntas sobre el relato de estas semanas. También quería comprobar que le había dado a cada una de las personas de las que le hablé el valor que merecían.

De pronto, me pareció que el muchacho había crecido en los últimos días. Quizás era yo la que no lo reconocía como el hombrecito que era. Estaba detrás de mí, en el umbral de la puerta de la cocina, recostado contra el marco de madera. Le pregunté por la jornada anterior y su participación en el acto de protesta. No me atrevía a mirarlo a la cara y continué removiendo el sofrito en la cazuela de barro, agarrando la cuchara de madera como quien se aferra a un cigarrillo para disimular su inseguridad o su impaciencia. Como si no me importase demasiado su respuesta, continué observando el guiso, moviendo de vez en cuando una mano para atraer el vaho del hervor hasta mi nariz.

—¡Fue brutal, abuela! De verdad, fuimos cinco amigos de clase y yo, vimos la convocatoria por whatsapp, después nos llamamos porque ya estaban dando la noticia por la tele. Los organizadores pedían que mantuviéramos la calma, que nada de violencia, estaba todo el paseo de Gracia lleno de gente, el centro de la ciudad era nuestro. A ver si ahora se atreven a decir que éramos cuatro gatos... ¡A ver! ¿Vosotros no habéis visto imágenes de la mani?

Creo que Jaime esperaba que le hiciese aquella pregunta. No disimuló su entusiasmo, le hervía la sangre. Cuando giré sobre mí misma y pude verlo contándome su experiencia con tanto entusiasmo, lo tuve claro: están utilizando su juventud, su sangre caliente y sus ganas de cambiarlo todo. Para los políticos, eso es un arma poderosa; para él, todo esto representa la gran aventura de protagonizar la historia de su país.

—No, yo no he visto nada, ni quiero verlo. Lo que estoy es harta de todo este lío que nos han montado entre unos y otros. —No supe enfadarme, no estoy acostumbrada a mostrar mal genio.

Dando un golpe, dejé la cuchara de palo sobre el mármol y me metí las manos en los bolsillos del delantal. No quería hacer ningún gesto que pareciera amenazador, me gustaba que el chico confiase en nosotros y nos hablara sin tapujos de lo que pensaba y lo que sentía, pero tampoco podía disimular mi nerviosismo por más tiempo.

—Pero, abuela, es que es muy grave, es muy importante para Cataluña, para todos... No te puedes quedar al margen, estamos haciendo historia, abuela.

Me encendí al oírlo, era lo que me temía. Hasta ese día no habíamos hablado de aquel tema con ninguno de nuestros nietos, no queríamos que la política entrase en casa. Las ideas políticas de cada uno de nuestros hijos y de sus familias se veían influenciadas por su estilo de vida, por su

nivel económico, por sus estudios o por sus aficiones, por demasiados factores a los que nosotros no teníamos acceso y que sabíamos que diferenciaban a unos de otros. Nosotros no queríamos que los discursos de toda aquella gente que generaba tanto odio se metieran en nuestro hogar.

—¡¿Historia?! ¿Es que no tienes suficiente con la que hemos estado contando durante estas semanas? —Inconscientemente, levanté el tono de voz—. ¿Estás diciéndome, de verdad, que quieres formar parte de todo este embrollo que ni siquiera ellos saben resolver? No, no... Aquí, en mi casa, no hablaremos más de lo que está pasando. Si lo prefieres, puedes marcharte. Creo que ya te he contado muchas cosas que no sabías y con eso tendrás suficiente para hacer tu trabajo del instituto.

Al cabo de unos minutos, noté como se acercaba. Yo había vuelto a concentrarme en la comida, no quería seguir discutiendo, pero tenía claro que debía imponer algún límite o entraría en un juego en el que no quería participar. Sus manos se posaron sobre mis hombros. Era tan solo un crío, pero ya me superaba en altura desde hacía un par de años. Bajó la cabeza para susurrarme al oído justo lo que yo esperaba oír.

—Tranquila, abuela, si tú ya sabes que yo no me meto en política. Tienes razón, no entiendo lo que está pasando. Igual que vosotros, solo quiero vivir tranquilo, pero necesito saber qué quieren unos y otros. ¿Cómo voy a aprender a respetar si no escucho primero qué es lo que reclaman? —Me dio la vuelta para mirarme a los ojos—: Ya sé que lo que os asusta es que mis amigos y lo que veo en la calle o en la tele puedan influenciarme, pero tenéis que confiar en mí. Piensa que dentro de unos pocos años ya tendré derecho a votar, necesitaré saber qué fue lo que pasó a mi alrededor durante estos años y, si puedo comprobarlo por mí mismo, siempre será mejor que fiarme de lo que me

cuenten unos y otros. Y ahora, venga, deja la comida y vamos al comedor. Quiero que me sigas contando qué fue de tu padre y de la gente del barrio que tuvo que adaptarse a tantos cambios después de la guerra.

Le hice caso. Apagué el fogón y, algo más tranquila, lo acompañé al comedor. Mientras empezábamos a preparar la mesa para comer, retomé el tema de nuestros encuentros. Armando apagó la televisión, apretando con rabia el mando a distancia, y se sentó a la mesa.

—¿Sabes algo muy curioso que le pasaba a tu bisabuelo cuando tenía fiebre? Tu abuela me lo había contado, pero hasta que no lo comprobé yo mismo no pude creerlo: el hombre repetía, con todo lujo de detalles, cada una de las cosas que había hecho durante el día. Volvía a pronunciar las mismas palabras que le había dicho a su mujer, a sus hijos... Era increíble. —Se quedó callado y pensativo, perdiendo la sonrisa antes de continuar—. Pobre Paco, nunca volvió a ser el mismo. Nunca quiso contar nada de aquella época.

—Es verdad. Pobre papá. Yo sé que nos quería igual, puede que incluso más. Cuando crees que no volverás a ver a tus seres queridos y los recuperas, tu instinto de protección es un sentimiento más profundo que las ganas de disfrutar con ellos. Supongo que por eso no se reía como antes ni jugaba como mis hermanos y yo recordábamos. Se acentuó su mal carácter, aquellos arranques de mal genio que en la academia de vuelo le costaron el sobrenombre de Sargento Polvorilla. En el colmado de Pilarín todavía se acuerdan de cómo les tiró una sandía a los pies porque había salido de mala calidad... —Los tres nos reímos a carcajadas imaginando el momento y la cara del pobre dueño de la tienda de ultramarinos.

—De todas formas, con tanta rabia que debía de tener acumulada, todavía no entiendo cómo es que no le dijo

nada a su delator. Había sido amigo suyo, ¿no? Supongo que cuando vio que el tranvía lo había atropellado, pensó: «¡Tomaaaaa, jódete!».

—¡No! ¡Te equivocas! No has entendido cómo era mi padre. Tenía un pronto muy fuerte, pero era un buen hombre, un trozo de pan. Mis padres ayudaron a Remedios y a sus hijos a superar la pérdida de Eladio. Acudieron juntos a su funeral y no los dejaron solos ni un momento.

Armando quiso intervenir, al ver cómo me empezaba a desesperar. Me preguntaba si sería culpa mía que el chico no entendiese que la vida, algunas veces, te obliga a tomar decisiones que pueden ser equivocadas, pero no por eso dejamos de merecernos la comprensión de los demás.

—Mira, Jaime, aquella no solo fue una guerra entre buenos y malos, no solo se trataba de dos bandos enfrentados. Mucha gente que nunca se había preocupado por la política del país se vio involucrada en ella. La mayoría de la población vio cómo se llevaban a sus maridos o a sus hijos al frente sin entender por qué. Mucha gente pasó hambre.... Tú no sabes lo que es pasar hambre y, lo peor de todo, no sabes lo que es ver pasar hambre a los que más quieres —siguió hablando mientras las lágrimas empezaron a llenarle los ojos—. Y no solo se trataba de afrontar el hambre, era el frío, el miedo... mucho miedo. Eso, quizás, era lo peor de todo, y eso es lo que les pasó a los Baulenas, pero Paco y Adelina lo entendieron y nunca les odiaron por lo que habían hecho, aunque el pobre Eladio no llegase a perdonarse a sí mismo.

—¿Y qué pasó con la fábrica? En ese lugar siempre he visto bloques de pisos.

—Sí, allí se construyeron bloques de viviendas, toda una manzana. La fábrica se vendió... o malvendió, vete tú a saber. Todo formaba parte de la nueva idiosincrasia del país. Franco no quiso correr el riesgo de que una antigua

fábrica de aviación y dedicada a la reparación y construcción de armamento durante la guerra representase un peligro para la España que él gobernaba con mano firme.

Me levanté para ir a la cocina a por la cazuela y, al regresar a la mesa, Armando todavía le contaba a nuestro nieto la información que le había llegado sobre la dispersión de las instalaciones de Elizalde, las negociaciones que duraron años y su venta al INI. Empezamos a comer y, mientras les oía hablar, seguí pensando en los paseos que daba junto a mi padre, siendo aún una cría, por los alrededores de la fábrica.

Lo veía mirar hacia la puerta con nostalgia. Sé que alguna vez había coincidido con don Julio de Rentería, por el que seguía teniendo un gran cariño. Finalmente, tuvo la oportunidad de agradecerle a doña Carmen Biada la carta que envió para que formase parte de su defensa en el juicio sumarísimo. Aquel escrito supuso una gran ayuda, pues fue uno de los avales que más se tuvieron en cuenta. En ella daba fe de que era un trabajador de conducta intachable y un ferviente cristiano que nunca promovió acto alguno de rebeldía en los talleres de la empresa. Se trataba de un escrito de puño y letra de una de las empresarias más influyentes del país, una respetada dama de la alta burguesía catalana y, aunque sus afinidades políticas siempre se habían decantado por la monarquía, su posición social y la participación de sus hijos en la guerra civil junto a las tropas franquistas no dejaban lugar a duda sobre el valor de su testimonio.

Recordé cómo me parecía intuir un halo de envidia en la mirada de mi padre cuando, al pasar por el paseo del General Mola, veíamos a los muchachos de la escuela de aprendices de la fábrica tomando un vino en el Alaska. Nunca me hizo ningún comentario, pero yo creo que recordara viejos tiempos en el bar de la Chata. Quizá se

imaginaba a sí mismo apoyado en el antiguo reloj del paseo, frente a la entrada principal de la fábrica, conversando con Eladio y Rafel después de tomar juntos su café en el bar y esperando a que las agujas se fuesen acercando a las tres para comenzar su turno.

Lo único que le quedaba de aquellos tiempos era soñar con los momentos que no habían podido compartir como hacían aquellos chicos, ilusionados, cantando el lema que los unía y formaba parte del espíritu de la empresa: ¡¡ESTUDIO, ACCIÓN, DISCIPLINA!!

Puede que aquella fuese la juventud que le interesaba tener a Franco —disciplinada, obediente, trabajadora y nada comprometida con ideas políticas que se salieran de los parámetros marcados por él mismo—, pero la verdad es que a aquellos muchachos se les veía felices. Probablemente, porque trabajaban en lo que ellos mismos habían elegido. No era el caso de mi padre, que viviría castigado por el Pacto del hambre durante el resto de su vida.

—Pero ¿siguieron fabricando motores de aviación después de la guerra? —Jaime seguía preguntando y volví a centrarme en los detalles que despertaban su curiosidad.

—Sí, creo que sí. Rentería continuaba dirigiendo la producción y, como sus contactos en el ejército eran inmejorables, eso llevó a la firma de nuevos contratos y, aunque con algunos cambios de ubicación, la empresa siguió siendo una de las más importantes de su especialidad en el país. ¿No es así, Armando?

—Sí, pero tampoco eso le convenía al régimen de Franco. Les faltó una buena promoción, el apoyo comercial prácticamente inexistente... Todo eso, sumado al problema que suponía para una empresa la falta de reconocimiento en el resto de Europa. Rentería también dejó la gerencia en cuanto empezaron las negociaciones para la venta de la factoría. Era de esperar, un hombre con

su prestigio... No le faltarían mejores ofertas y claro, sin la figura de la viuda de Elizalde, ya no tenía sentido que él continuase allí. Al final, aquel cúmulo de inconvenientes hacía predecible la desaparición de la fábrica del barrio, al menos, como entidad privada. Una verdadera lástima, la verdad.

—¿Una lástima, abuelo?

—Sí. No era solo por lo que significaba para la gente de Gracia y Grassot. Se podría decir que en esa empresa fueron pioneros en cuanto a formación profesional de sus empleados. Ten en cuenta que la escuela de aprendices acogía a chavales de catorce y quince años, y los convertía en trabajadores con una especialización de gran prestigio. Todos conseguían trabajo dentro y fuera de Elizalde. Nadie dudaba de la maestría con la que se impartían las clases, de la preparación de sus alumnos y, especialmente, de los valores que allí se les inculcaban. Tienes que hacer un esfuerzo y trasladarte a aquellos tiempos...

Armando le hablaba al chico colocándose las manos en la cabeza. No sabía cómo conseguir que Jaime empatizase con un joven de su misma edad, pero setenta y cinco años atrás. Y continuó:

—Entonces, no existía más formación profesional que la que te ofrecían en alguna empresa para trabajar como aprendiz, por poco o nada de dinero a cambio y sin remilgos a la hora de exigirte esfuerzos. Pocos eran también los que podían estudiar, ir a la universidad era un lujo que solo podían permitirse las familias acomodadas. ¿Entiendes ahora lo que representaba aquella empresa para la gente del barrio?

—Pobre bisabuelo, no me extraña que le diera pena no haber podido disfrutar de todo aquello. Abuela, dime, ¿no volvió a tener contacto con antiguos compañeros suyos?

¿Qué fue de Tomás, del Tiovivo? ¿Llegó a ser alcalde del barrio?

—Bueno, con los compañeros de taller solo coincidía de vez en cuando, saludaba y poco más. Eulalia, la secretaria, se encontraba algunas veces en el mercado con Adelina y charlaban un buen rato. Cuando la mujer, después de la compra, llegaba a casa con los ojos llorosos, Paco ya sabía que habían estado juntas recordando viejos tiempos. Y en cuanto a Tiovivo... Al parecer, alguien boicoteó su candidatura. Según las hablaturías del barrio, continuó durante mucho tiempo con sus negocios de compra-venta, que más adelante fueron de importación-exportación. Me dijeron que había establecido la sede de su empresa en Andorra y vivió durante un tiempo a caballo entre Madrid y el principado. Armando, ¿guardas todavía el papel de las listas? Me parece que lo tenías en la habitación...

—¡Ah! Sí, sí, esperad un momento.

Tardó un buen rato en aparecer por el comedor. Yo ya estaba sirviendo el café y el chico recogía los platos. Nos sentamos alrededor de la mesilla auxiliar. Encendí la lámpara del techo y me fijé en los cristalitos que colgaban de ella, reflejando destellos en la pared. Las lágrimas de la lámpara de mis padres volvían a brillar.

Bajo la expectante mirada de Jaime, nos trasladamos al año 1977. El 15 de junio se celebraban en España las primeras elecciones generales democráticas, después de cuarenta años de dictadura franquista. Las primeras en el país desde 1936.

Muchos lloraban de alegría, otros creían algo imposible de consumir, la violencia había irrumpido a través del terrorismo de ETA y el GRAPO, y los militares se negaban a ceder ni una pizca del poder que habían disfrutado gracias a su caudillo. La redacción de la Constitución representaba una tarea difícil para quienes querían salvar al país de

la indiferencia que sufría fuera de nuestras fronteras, pero se trataba de algo urgente porque la economía del país no podría resistir demasiado tiempo sin acuerdos internacionales. Llevábamos cuarenta años aislados, cuarenta años de retraso. La legalización del Partido Comunista fue uno de los pasos imprescindibles hacia la ansiada democracia, que hizo montar en cólera a los más apegados al antiguo régimen.

—Yo me acordé mucho de mi padre. No llegó nunca a ver otro gran cambio en la sociedad ni fue testigo de la muerte del dictador.

—Es verdad, Paquita. Me acuerdo de tu madre, Adelina, temiendo que volviera a repetirse el escenario del treinta y seis. Paco murió muchos años antes, el uno de mayo (Día Internacional de los Trabajadores), de mil novecientos cincuenta y nueve. Sus riñones no aguantaron más. De hecho, nunca llegó a recuperarse de las dolencias que lo aquejaron desde que recuperó la libertad.

Jaime no nos interrumpía. Continuaba escuchando cada uno de los detalles que aportaban credibilidad a las lecciones de historia, que le parecían pura ficción.

—Fíjate, cariño, también tu abuelo y yo nos interesamos por la política del país por un tiempo. Éramos jóvenes, ya habíamos tenido hijos y nos preocupaba saber cómo sería el país en el que les tocaría crecer, aprender y labrarse un futuro. Nos estrenábamos pensando sobre esos temas, vetados hasta aquel momento por el dictador. Satisfacíamos nuestra curiosidad a través de la televisión, los carteles con caras desconocidas que ofrecían cambios y nos parecían una oportunidad de acercarnos a Europa y progresar. Aquellos comicios los ganó Unión de Centro Democrático, con Adolfo Suárez a la cabeza. Aquel hombre contaba con la confianza del rey para llevar a cabo la reforma política del país, un joven Juan Carlos primero que antes había

sido confirmado como sucesor por el propio Franco. Todo era muy confuso y nadie confiaba en que se consiguiera un clima de tranquilidad que facilitase la transición. El principal partido de la oposición era el Partido Socialista Obrero Español, con un inexperto congresista como líder. Felipe González llegaba desde la clandestinidad, vistiendo pantalones de pana de pernera ancha y jersey pegado al torso con coderas de ante, a la moda de la época, acompañado de su inseparable Alfonso Guerra y su lengua afilada. ¡Qué poco se acuerdan ahora de lo transgresor que era su discurso! El Partido Comunista de España, con un casi recién llegado del exilio, Santiago Carrillo, quedaba como tercera fuerza política después de cuarenta años de lucha antifranquista. Puede que muchos temieran que se repitiese el escenario anterior a la guerra, o ¿quién sabe? Quizás todo se reducía a un menor apoyo económico extranjero. El mercado americano había puesto sus ojos en nuestro país y no convenía que el nuevo gobierno se tiñera de rojo. También los que se aferraban a la supremacía ejercida hasta entonces quisieron formar parte de aquella cámara. Alianza Popular, con Manuel Fraga y otros ministros de Franco al frente, consiguieron dieciséis escaños. Muchas caras conocidas aparecieron entre las bancadas de sus diputados y muchos nombres que parecían olvidados resurgieron para no perder tajada de lo que los nuevos tiempos avecinaban.

—¡Mira, Jaime! Lo he encontrado, este es el papel que me pedía tu abuela. Quise guardarlo como curiosidad, nunca imaginé que pudiera interesarle a alguien, pero ahora me alegro de tenerlo entre mis reliquias.

Armando le mostró al chico una papeleta de Alianza Popular, entre cuyas filas pudo ver un nombre que le resultó familiar: Tomás Canales Ramírez, más conocido por nuestra barriada como Tiovivo.

—¡¡Hostia!! Abuelo, ¿se dedicó a la política?

—Lo intentó, pero creo que esa jugada no le salió del todo bien. —Armando me miró y levantó los hombros, sonriendo—. Eso es lo que creíamos nosotros hasta hace poco. Te contaron algo de eso en el mercado el otro día, ¿verdad, Paquita?

—Sí, estos días he estado preguntando y la carnicera se acordaba de él. Tomás volvió a Andorra y desde allí controlaba sus negocios, se casó y tuvo dos hijos: una chica que se casó con un aristócrata algo falto de recursos y un muchacho al que envió a estudiar a Estados Unidos. Años después, el chico regresó para sustituir a su padre en la dirección de sus empresas y ahora lo vemos participar también en política. Está en las listas de ese nuevo partido tan de derechas. Entre todas esas mujeres tan jóvenes que parecen sacadas de un catálogo del Venca... No sé cómo se llama.

Entre risas, besos y abrazos despedimos a Jaime en el recibidor. Sentimos que diera por terminada la documentación para su trabajo escolar, temiendo, como siempre hacemos los viejos, que con ello se acabasen sus visitas periódicas. En ocasiones, la soledad de los ancianos se apacigua gracias al egoísmo de los jóvenes.

Cerramos la puerta al tiempo que dábamos por concluido el capítulo final de la vida de mis padres. Armando y yo todavía comentamos algunos detalles pero que continuaban escondidos en los recovecos de nuestras desgastadas memorias.

Como tanta gente en este país, mi padre tuvo que reinventarse muchos años antes de que la crisis o el paro pusieran de moda ese concepto. Aprender a ser feliz con lo que tienes, cuando sobrevivir es ya un acto heroico en sí mismo, no se ha valorado nunca en su justa medida.

Adelina, mi madre, siguió acudiendo con la cartilla de la cooperativa militar de Barcelona de papá a recoger ali-

mentos para su familia. De sobra sabía que, si le encomendaba a él esa tarea, al llegar a casa faltarían la mitad de los víveres, porque los habría repartido con los que estaban más necesitados que ellos. Con su cuerpo menudo y su estrabismo se presentaba en cuantas ventanillas hiciesen falta con los impresos cumplimentados y su póliza de una peseta con cincuenta céntimos, exhibiendo el carisma y fortaleza de las personas nobles. Reclamó una y cien veces la paga de militar que le correspondía al brigada Peret Ferrer, enfrentándose a contestaciones desairadas, a miradas de desprecio y a la indiferencia de soldados y funcionarios burócratas. Con ese ejemplo crecimos mis hermanos y yo, con ese ejemplo convivió Armando y es el que hemos querido transmitir a nuestros hijos y a nuestros nietos, pero en el barrio, en la ciudad, en todo el país fueron muchos los que tuvieron que resignarse a una nueva vida en un entorno hostil.

Convivir con los vencedores no fue fácil. Al hambre y las carencias de los cuarenta les siguió la represión de los cincuenta, la persecución de los sesenta, la inestabilidad y el falso aperturismo de los setenta. Muchos tuvieron que convivir con las imágenes de policías represores condecorados, mientras los nombres de las calles seguían rindiendo culto a viejas glorias militares. Bustos de piedra, estatuas ecuestres y monolitos conmemorativos se erigían perennes repartidos por todas las ciudades. En los ochenta, muchos comprendimos que la sociedad estaba cambiando, pero el sistema había quedado establecido y en las décadas sucesivas ni siquiera se consiguió honrar a los antepasados olvidados bajo tierra.

Alguien se había encargado de dejarlo todo atado y bien atado. En cierta manera, España cargaba también con el yugo del Pacto del hambre. Una sentencia que anulaba las voluntades, los sueños de libertad, la diversidad y el

respeto se había instaurado de tal forma que llegó a filtrarse por los poros de una democracia que ahora parecía resquebrajarse, quizás porque en realidad nunca estuvo bien asentada. Lo único que podíamos hacer era intentar que las generaciones futuras aprendieran de los errores cometidos, para evitar que la historia se volviera a repetir.

Nota de la Autora

La historia de Francisco Peret Ferrer, como la de tantos otros españoles, es la adaptación a un medio que se volvió hostil de un día para otro. Una guerra cruel e injusta, como suelen ser también todas las guerras, provocada por la ignorancia, la ambición y la falta de respeto a la democracia.

A través de las vivencias de gente corriente, vecinos del barrio de Gràcia Nova y Camp d'en Grassot de Barcelona, *El pacto del hambre* pretende reflejar la capacidad de supervivencia de muchas personas que han afrontado y se enfrentan a los cambios impuestos desde 1935 hasta la actualidad.

Muchos de los personajes que aparecen en la novela responden a una ficción recreada gracias a la información con la que se ha estado trabajando. Se trata de casos que, en un lugar diferente, en otra población o en unas circunstancias parecidas, han sufrido también la misma barbarie y los mismos abusos. Casos en los que actitudes fascistas, por parte de los que ostentaban el poder, han menospreciado

la voluntad de gente trabajadora que a lo único que aspiraba era a vivir en paz.

Gracias a todos aquellos que han colaborado facilitándome información de forma desinteresada, con absoluta fe en el proyecto. Mostrándome, siempre con cariño, sus aportaciones y sugerencias para mejorar la historia.

Gracias a Paquita, que desde hace tan poco ya no está entre nosotros. No podré visitarla en su casa después de leer la historia de sus padres, la historia de una niñez que se esforzó en recordar para prestármela. Gracias por saber comprender, como hacía siempre, que moldearía lo que ella rememoraba entre brumas para plasmar la bondad de sus padres y la vida de una familia que sufrió discretamente las consecuencias de aquella guerra sin sentido de la que, para muchos, todavía quedan resquicios.

Gracias a Armando Bori por ejercitar su memoria rescatando detalles del pasado, recuerdos de su juventud en los inicios de la relación con Paquita y con sus suegros, Francisco Peret y Adelina Quintana.

Gracias a Jaime Monclús Bori, un muchacho que despertó mi curiosidad desde el principio, demostrando que tiene inquietudes más allá de la música o la electrónica y al interés que muestra por conocer el porqué de las cosas, algo poco común entre los chicos de su edad.

Sirva esta novela como homenaje a todos aquellos que sufrieron, a los que callaron y acataron, a los que vivieron en la intimidad de sus hogares la presión del yugo que les presionó la voluntad durante tantos años. Sirva también para no olvidar nunca a los que nadie reconoció como héroes, a los que siguen perdidos en alguna cuneta, a los que fueron torturados, a los que un sistema injusto pactado como improvisada balsa de aceite condenó a la más triste indiferencia. A todas las Teresas, a todos los Sisquet. A todos los que tuvieron que abandonar sus casas, a sus fa-

milias y amigos para salvar la vida. A todas las Cándidas. Y naturalmente, a todos los que murieron defendiendo un ideal de vida: mejor o peor, pero, en cualquier caso, elegido por el pueblo.

En la Barcelona de 1935, el brigada del ejército Francisco Peret Ferrer trabaja como mecánico de aviación en la fábrica ELIZALDE, presidida por Carmen Biada, una mujer de la alta burguesía catalana.

Al poco tiempo de estallar la Guerra Civil, llega la barbarie afectando también a la vida de sus trabajadores.

Ochenta años después, se reclama la independencia de Cataluña. Paquita Peret se enfrenta al reto de explicar a su nieto el pasado de su familia.

«Lo único que podíamos hacer era intentar que las generaciones futuras aprendieran de los errores cometidos, para evitar que la historia se volviera a repetir».

ISBN: 978-84-122702-0-4



Código THEMA: FBA